

El rey caído



Joaquín Sanjuán

Prólogo

Salssa'el, diosa de la vida, observaba Saphir desde el panteón divino donde ella y sus hermanos vigilaban tanto ese como el resto de los incontables mundos habitados por sus criaturas. La deidad lanzó una mirada de soslayo a los otros dioses, pero estos se encontraban enfrascados en una de sus habituales discusiones y no parecían siquiera advertir su presencia.

—¡Esto es intolerable! —la voz de Mohed, señor de la tierra, la roca y la arena, resonó como un alud de piedras montaña abajo. Salssa'el no pudo evitar estremecerse solo con escucharlo—. ¡Los mortales jamás debieron tener acceso a la Quintaesencia!

—Nuestra traicionera hermana ya ha sido castigada por eso —recordó Kurgan, el dios de los mares y del hielo. Sus palabras resultaban frías y penetrantes como agua helada—. ¿Qué más quieres que hagamos?

—Esta esfera se nos ha ido de las manos —añadió Kazag, señor del fuego y de la incineración; cuando hablaba era como escuchar el crepitar de un gran incendio—. Sigo pensando que deberíamos destruirla, a fin de cuentas, tenemos muchas más en las que enfrentar a nuestras criaturas.

—Yo siento curiosidad por ver hasta dónde pueden llegar los humanos. Mis hijos han demostrado una capacidad de adaptación que supera a la de cualquier otra raza de las miles que hemos creado en las distintas esferas. —Malesur, señor del viento, miraba con cariño hacia Saphir, donde los humanos a los que él mismo había dado forma continuaban disputándose el territorio divididos en distintas facciones.

—Puede que los creases tú —intervino de nuevo Mohed—, pero esos ya no son tus hijos. Con la excepción de los que viven ocultos en los bosques, los demás se han olvidado por completo de ti y te han dado la espalda.

—Es posible, pero yo no se la he dado a ellos —replicó Malesur con férrea determinación.

—En cualquier caso el juego debe continuar —indicó Kurgan—. Llevamos compitiendo entre nosotros desde que dimos forma a la primera esfera. Nuestras criaturas reciben el don de la vida que otorga nuestra hermana tan solo para enfrentarse unas con otras en el duelo cósmico que libramos desde hace eones. ¡No vamos a permitir que la intervención de la estúpida Salssa'el nos obligue a dejar de lado esta esfera!

—Hablando de nuestra hermana, ¿dónde se ha metido? —preguntó

Mohed—. Desde que recibió su castigo y arrebatamos la inmortalidad a sus criaturas se muestra tan taciturna y melancólica que temo que pueda hacer alguna tontería.

—Olvídate de ella —dijo Kurgan—. Todavía hay mucho que ver en Saphir. Venid, estoy seguro de que pronto caerán esos Neonatos, pese al poder de la Quintaesencia con el que nuestra engañosa hermana les obsequió.

Los cuatro hermanos se reunieron ante la cúpula celestial y escrutaron con interés los acontecimientos que se desarrollaban en Saphir, mientras la quinta divinidad los observaba desde las sombras, llena de rencor y odio hacia aquellos que le habían castigado a través de su más preciada creación: los trascars, los únicos seres a los que dio forma al romper la ley que le prohibía crear algo por sí misma. Tanto ella como sus criaturas pagaron un alto precio por su desobediencia, pero no estaba dispuesta a que las cosas quedasen así. No podía soportar por más tiempo lo que sus cuatro hermanos estaban haciendo con ella y con todos los seres a los que le obligaban a dotar de vida.

Salssa´el aprovechó que los dioses elementales estaban distraídos con guerras y batallas para marcharse de allí, pues tenía asuntos de los que ocuparse. Llevaba muchísimo tiempo ideando un plan con el que vengarse de sus hermanos y finalmente había encontrado la forma de hacerlo. Sabía que no podía volver a crear criatura alguna por cuenta propia, pues si bien tan solo lo había hecho en una ocasión, fueron sus hijos quienes pagaron el precio por sus actos cuando les fue arrebatada la inmortalidad con que ella les había obsequiado. Si volvía a intentar algo semejante no dudaba que sus hermanos los erradicarían de la faz de Saphir con un solo gesto. Así pues llegó a la conclusión de que debía encontrar otros emisarios que pudiesen actuar en su nombre. Sin embargo después de discurrir sobre ello se le planteó una nueva pregunta: ¿cómo podía hacerlo cuando solo se le permitía dar vida a las criaturas de sus hermanos? Al fin había dado con la respuesta: ella era la diosa de la vida, sí, pero también de la muerte. Ella era la única de entre los cinco hermanos que tenía poder sobre la vida y la muerte, motivo por el que los otros cuatro dioses precisaban de su ayuda para crear a sus criaturas. Decidió por tanto que, puesto que no podía originar nuevos seres que le ayudasen a ejecutar su venganza y tampoco unir a su causa a las creaciones de sus hermanos, tan solo había un lugar en el que podría encontrar aliados: el otro mundo, más allá de la vida y de la muerte, el lugar al que van las almas cuando parten de sus cuerpos mortales. El único lugar al

que los otros cuatro dioses no tenían acceso.

Serían los muertos los que le ayudarían a llevar a cabo sus planes. Resultaría de lo más apropiado, pues ellos debían ser el instrumento mediante el cual se vengaría, no solo de sus hermanos, sino también de los humanos conocidos como Neonatos. El líder de esta facción había recibido tiempo atrás el regalo de insuflar vida de manos de la propia Salssa'el, y para su decepción, en lugar de usarlo para honrarla y ayudarle a llevar a cabo sus planes, la traicionó e incluso fue el causante de la muerte de un elevado número de trascars. Ese día Salssa'el cambió: desde entonces tan solo vivía para la venganza.

Una vez tuvo eso claro no le costó esfuerzo dar con un alma poderosa y que, al igual que ella, se encontraba ansiosa de venganza. Otorgarle el poder de la muerte tan solo requirió un soplo suave por su parte.

Un castigo terrible estaba a punto de caer sobre los habitantes de Saphir, un castigo al que los propios dioses no sabrían cómo hacer frente. Ella, diosa de la vida, había abrazado la oscuridad de la muerte y sacrificado su identidad misma, un precio muy elevado, para cobrarse su venganza. Y sin embargo todavía estaba dispuesta a dar mucho más a fin de castigar a sus hermanos.

La lluvia repiqueteaba entre las ruinas del antiguo Castillo de Malakoy. El cielo estaba cubierto de nubes negras cargadas de agua entre las que saltaban algunos relámpagos; la tormenta estaba a punto de estallar.

Los siglos habían hecho mella en los restos de la antigua fortaleza. Los pedazos del que fuese el castillo del más poderoso linaje que jamás había gobernado Darlime no eran más que un tenue recuerdo de una época ya muy lejana, una época mejor, en la que los humanos todavía estaban unidos y combatían contra sus enemigos como un único pueblo. Eso quedaba muy atrás. El presente resultaba terrorífico para el futuro de la humanidad, pues no solo se encontraba dividida en facciones enfrentadas, sino que, además, eran muchos los enemigos que buscaban su exterminio.

Una figura se alzaba entre los restos del castillo sin apartar la mirada de las ruinas. Era la silueta de un antiguo rey, del que fuese un poderoso guerrero y un gran estratega y líder. En su raída capa podía verse el blasón de Malakoy, descolorido y estropeado por el tiempo.

Un relámpago restalló entre las nubes y su luz iluminó durante solo un

instante al ente que posaba la mirada en los restos de su antiguo hogar. Su armadura, forjada para ser llevada por reyes y emperadores, le daba un aspecto imponente y majestuoso que se veía potenciado por el mandoble cruzado a la espalda, un arma de hoja oscura y envilecida por el poder de la muerte.

Con movimientos calmados pero decididos la criatura se quitó el yelmo que cubría su rostro y dejó a la vista unos ojos fríos como el hielo y enmarcados por una cascada de raído cabello oscuro. Su piel pálida parecía el reflejo de la misma luna.

—Malakoy... —fue solo un susurro, pero habría sido capaz de provocar la locura en el más cuerdo de los mortales—. Mi linaje ha desaparecido y con él todo aquello por lo que luché. Pero ahora he vuelto y la Hermandad de los Cien Corazones deberá pagar con sangre por lo que hizo, pues Jeryk Malakoy camina de nuevo entre los vivos.

Salssa'el le había prometido devolverle a su ejército para que le ayudasen en su búsqueda de venganza, y era el momento de que la diosa cumpliera su promesa. El espectro alzó los brazos hacia el cielo oscuro y lanzó una llamada siniestra y silenciosa que recorrió todo Darlime. Al principio no ocurrió nada, pero poco a poco comenzaron a escucharse lamentos hasta que los primeros de entre los caídos se alzaron para acudir a la invocación: el que fuera su Emperador durante sus vidas, también lo sería en la muerte.

Jeryk Malakoy sintió cómo acudían las almas de campesinos y plebeyos fieles a los Malakoy, pero también las de soldados, caballeros y hechiceros que defendieron hasta su último aliento al que fuera Emperador de Darlime hacía ya tanto tiempo.

—Salssa'el, tú me has devuelto la vida y a mi ejército. No te fallaré —susurró el caballero espectral—. Tus enemigos, al igual que los míos, caerán a mi paso.

La tormenta arreció y empapó a los fantasmas del pasado que una vez más se alzaban para combatir por su Emperador.

El Rey Caído había regresado a Darlime.

1ª Parte:
RECUERDOS

1

El estruendo de los fusiles de pólvora resonó en el campo de batalla iluminado por el sol del atardecer. Un postulante de la Legión de los Cien Corazones cayó muerto en el acto cuando los proyectiles de plomo y fuego impactaron contra ellos, pero sus compañeros continuaron corriendo hacia los tiradores.

—¡Legión, con el corazón!

El grito de guerra del capitán insufló valor a sus compañeros y los tres supervivientes cargaron contra un grupo de cuatro fusileros que con fría calma dispararon a sus atacantes. Lograron derribar a un segundo hombre, mientras los restantes desenfundaban sus espadas. Uno de ellos ensartó al tirador que tenía más cerca de un solo golpe y su compañero hizo un feo tajo a otro, que soltó el arma de pólvora y trató de huir corriendo; sin embargo el soldado le hizo tropezar al patearle en una pierna y lo remató cuando cayó al suelo.

Los dos fusileros supervivientes dieron la vuelta y echaron a correr, conscientes de que no eran rival para los postulantes de la Legión en una lucha cuerpo a cuerpo. Los dos soldados no dudaron ni por un momento y persiguieron a uno de los tiradores, que se dirigía directo hacia unas rocas con intención de ponerse a cubierto tras ellas. A su alrededor podía sentir la batalla con todos sus sentidos: el rugido de los fusiles y el entrechocar de las espadas; el olor a pólvora, sudor y sangre de los hombres de la Legión de los Cien Corazones y de los Neonatos que combatían unos contra otros por la victoria, como tantas y tantas otras veces durante los últimos años. Cuando finalmente llegó junto a las rocas pasó sobre ellas de un salto y cayó rodando al otro lado, donde rápidamente apuntó con su arma para disparar al primero que apareciese tras él mientras trataba de recuperar el aliento. Cuando uno de los dos postulantes llegó rodeando las rocas recibió el impacto de un proyectil de plomo ardiente que le perforó el pecho y lo arrojó hacia atrás con fuerza, derribándolo al suelo de arena y guijarros donde quedó tendido para no volver a levantarse.

—¡Maldito cobarde! —el grito del capitán de los postulantes alertó al fusilero, que advirtió que el superviviente había rodeado las rocas por el otro lado. Disparó de nuevo, pero el soldado interpuso el escudo que le había sido entregado como símbolo de su rango y el proyectil se estrelló inofensivo

contra el acero. Después golpeó con fuerza al tirador y le arrebató de las manos el arma de pólvora, la punta de la espada apuntó al pecho del neonato y este levantó las manos sabiéndose derrotado.

—Esto va por mis compañeros —gruñó entre dientes.

Sin embargo el golpe mortal no llegó. El fusilero miró a su enemigo sin entender lo que pasaba y advirtió que este tenía los ojos muy abiertos, un hilo de sangre le corría por entre los labios. La espada repiqueteó al caer de sus manos flácidas y un momento después el cuerpo del capitán de los postulantes también se derrumbó.

En pie quedó una figura oscura que portaba en las manos una daga ensangrentada, dos ojos color tierra miraban al tirador desde el fondo de una capucha negra. El rostro cubierto de marcas y tatuajes del hombre lo señalaban como miembro del Gremio de Asesinos de los Neonatos. El fusilero lo identificó como uno de los silenciosos y letales sombríos.

No intercambiaron palabras. Una única mirada y un gesto de asentimiento fue todo lo que necesitaron, pues ambos sabían bien qué era lo que debían hacer. El fusilero recuperó su arma y se atrincheró tras las rocas en busca de nuevos objetivos mientras su compañero se marchaba corriendo, en silencio; todavía quedaba mucha batalla por delante.

El sombrío avistó a dos exploradores enemigos que trataban de rodear la línea de batalla y se deslizó tras ellos mientras empuñaba una daga. En silencio reptó tras unos arbustos espinosos hasta que se aproximó lo suficiente como para escuchar la conversación de los dos exploradores.

—Tenemos que llegar hasta sus máquinas de guerra —dijo uno de ellos, un hombre joven de largo cabello trenzado—. Están causando estragos entre los nuestros.

—Sabes que si lo hacemos posiblemente podamos sabotear una o dos de ellas pero no saldremos vivos, ¿verdad? —El otro, de mediana edad y poco pelo, miró a su compañero con compasión. Él había vivido bastantes años, pero el otro era demasiado joven para morir. Sin embargo en la guerra nada de eso importaba.

—Sí —respondió el aludido al cabo de unos instantes.

—Entonces hagámoslo, por la Legión.

Los exploradores desenfundaron sus espadas cortas y se prepararon para cruzar a la carrera la distancia que los separaba de tres de los ingenios mecánicos con que los Neonatos hostigaban a sus enemigos a base de devastadores disparos, pero el asesino no estaba dispuesto a darles ocasión de

llevar a cabo sus planes. Echó mano a su otra arma, la daga Vunscher diseñada por los ingenieros y que incorporaba una pequeña arma de pólvora en su empuñadura, y disparó. El más joven gritó de dolor y cayó de rodillas, una herida negra humeaba en su espalda.

—¡No! —su compañero se agachó junto a él para tratar de socorrerle en lugar de enfrentarse a su atacante y ese fue su último error; ni tan siquiera vio venir la daga que le hizo una gran sonrisa roja en el cuello. Murió antes incluso que el otro explorador.

El sombrero miró hacia los ingenios mecánicos y esbozó una mueca de contradicción al advertir que, pese a que había neutralizado esa amenaza, no estaban a salvo, pues varios miembros de la Legión de los Cien Corazones cabalgaban directos hacia allí.

—¡Matad a la dotación, después inutilizar las máquinas! —El grito del llanero llegó a sus dos compañeros por encima de la batalla y los tres azudaron a sus monturas para dirigirse lo más rápido posible hacia donde se encontraban los peligrosos ingenios.

Nueve pequeñas criaturas correteaban junto a los tres aparatos y se apresuraban a apretar botones, mover palancas y cargar nuevos proyectiles antes de que los jinetes llegasen hasta ellos. Sin embargo no fue suficiente; con eficacia devastadora los llaneros hicieron una primera pasada junto a los diminutos seres y la mitad de ellos murieron aplastados por los caballos o golpeados por las espadas.

—Acabad hasta con el último de esos pequeños engendros —dijo el cabecilla casi escupiendo la última palabra.

Las dotaciones de los ingenios mecánicos estaban formadas por los kluch, unos seres del tamaño y la complexión de niños de siete años que los Neonatos habían creado con lo que para la Legión de los Cien Corazones no podía ser otra cosa que artes siniestras, pues nadie excepto los dioses y los practicantes de magia oscura eran capaces de otorgar vida. Los kluch, cuyo aspecto recordaba al de una esmirriada tortuga sin caparazón y con piel, trataron de defenderse sin éxito, pero pronto sus patéticos cuerpecillos yacían mutilados en el suelo. Los llaneros bajaron de sus monturas y se apresuraron a inutilizar las máquinas de guerra, conscientes de que esa pequeña victoria supondría una gran ventaja para sus compañeros.

Un grito demente desvió su atención de los ingenios mecánicos y

advirtieron que una figura de aspecto desquiciado corría hacia ellos con mirada ida y extraños artefactos en las manos. A juzgar por sus ojos desencajados e inyectados en sangre y por su expresión de ira, no parecía estar en sus cabales.

—Seguid, soldados. Yo me encargo de él.

Un caballero se situó ante ellos con pasos tranquilos. Su porte gallardo y la espléndida armadura de placas que vestía le daban un aspecto magnífico que contrastaba con el demente neonato. Con el escudo en una mano y la espada en la otra el guerrero se aprestó para recibir la embestida de su enemigo, que corrió directamente hacia él sin importarle al parecer atacar a un enemigo o a otro.

—El Corazón Virtuoso —susurró uno de los llaneros, que de pronto se sintió lleno de orgullo por poder combatir junto a uno de los más reputados caballeros de la Legión de los Cien Corazones, de quien se decía que representaba como nadie el ideal de caballería y que poseía un valor y una integridad moral intachables.

—¡Daos prisa con eso, no podré contenerlos mucho tiempo! —exclamó el aludido. Fue entonces cuando sus compañeros advirtieron que otros tres Neonatos de aspecto muy similar al primero corrían tras él.

Los jinetes se apresuraron a buscar la manera de incapacitar los ingenios mecánicos cuando una tremenda explosión llamó de nuevo su atención. Al volverse vieron al Corazón Virtuoso de rodillas y envuelto en una nube de humo, una mancha negra en el suelo era todo lo que quedaba del primero de los dementes.

—¿Ese loco se ha hecho explotar a sí mismo? —dijo uno de ellos con horror.

Cuando advirtieron que los otros tres estaban cada vez más cerca comprendieron que el caballero no sobreviviría a otra explosión, pese a que en esos momentos volcaba todas sus fuerzas en tratar de incorporarse para interceptar el ataque.

—¡Con el corazón!

El grito de guerra de la Legión de los Cien Corazones vino de detrás de los dementes, desde donde surgió al galope un Corazón Équite, el más alto rango al que podían aspirar los caballeros. Este cargó contra los suicidas y hundió su martillo de guerra en la cabeza de uno de ellos, cuyo cráneo quedó aplastado mientras una masa gelatinosa se escurría por su nariz cuando cayó al suelo. Al segundo le golpeó en la espalda y con un terrible crujido el

neonato también quedó tendido en el suelo. El Corazón Équite hundió las espuelas en los flancos de su caballo y este corrió directo hacia el último de los dementes, al que derribó y pisoteó. Justo cuando el caballero se alejaba de él este explotó al igual que lo había hecho su compañero, pero no consiguió causar daños.

Un disparo resonó como un trueno y el corcel relinchó de dolor mientras se derrumbaba, casi aplastando a su jinete en el proceso. Sin embargo este logró salir ileso del percance y cuando se incorporó advirtió que tenía a uno de sus enemigos ante él. Se trataba de una figura oscura con el rostro cubierto por una capucha y marcado por tatuajes, pero que a diferencia del sombrío mostraba un físico mucho más musculoso y desarrollado, más apto para el combate que para el movimiento furtivo y sigiloso. Una de sus manazas empuñaba un alfanje Vunscher.

El caballero se colocó en posición de combate con el escudo y el martillo de batalla dispuestos. Ambos sabían que solo uno de ellos podría seguir con vida al final del duelo.

En medio de la cruenta batalla destacaban las dos figuras que se alzaban una frente a otra, cada uno de ellos un reputado líder entre los suyos. La rivalidad entre los Neonatos y la Legión de los Cien Corazones se remontaba ya a varios años en el pasado, cuando los primeros se alzaron desde las sombras donde se habían formado en secreto y derrocaron a los caballeros de los puestos de poder de Darlime. Les arrebataron el control de las distintas ciudades poco a poco hasta que los expulsaron por completo y la Legión se vio obligada a esconderse para evitar ser aniquilada. Durante muchísimo tiempo antes, desde que ellos hicieron lo mismo con el linaje de los Malakoy, la Legión de los Cien Corazones había dirigido Darlime con puño de hierro. Sin embargo en ese duelo no era la rivalidad de dos facciones la que se enfrentaba, sino la de dos hombres. Su enemistad databa incluso de antes de que caballeros y Neonatos se enfrentasen; antes incluso de que la existencia de estos últimos dejase de ser un secreto.

Uno de ellos, el más grande y corpulento, cubría su cuerpo con una armadura de acero y oro que le daba un porte majestuoso. Parecía un héroe surgido de las canciones y las leyendas. El emblema de la Legión de los Cien Corazones estaba grabado en su pecho a la altura del corazón y un escudo con forma de lágrima lucía el emblema de la Alianza surgida del pacto de

hermandad entre la propia Legión y las Mercenarias de Isha, también enemigas de los Neonatos. El caballero empuñaba una espada larga de doble filo con la hoja repleta de runas que emitían un brillo dorado, el yelmo metálico con que se protegía mantenía oculta la mirada de vivo odio y desprecio que tenía fija en su adversario.

El otro hombre era menos corpulento, y desde luego su aspecto no recordaba en nada al de los héroes de las canciones. Vestía sencillas ropas de cuero blando teñidas en tonos oscuros que le permitían moverse entre las sombras sin ser visto. Estaba cubierto además por una gabardina del mismo material, a la que se le habían añadido refuerzos de oricalco, una aleación metálica descubierta por los Neonatos que les otorgaba una protección que rivalizaba con la cota de mallas de los caballeros pese a ser mucho más ligera. Dos dagas de aspecto siniestro emitían un resplandor verdoso en las manos del hombre, que miraba desafiante a su adversario. Un sombrero le cubría la cabeza y bajo su sombra destellaban dos ojos verdes en los que también podía entreverse la ira que albergaba el corazón del neonato. Varios mechones de cabello rubio sobresalían por debajo del sombrero, a juego con una fina barba del color de la paja.

—Hacía mucho tiempo, Ovreuc —dijo el caballero.

—Demasiado, Nírlém el Paladín —concedió el asesino—. Hace años que debimos zanjar nuestro... asunto pendiente.

—Estoy de acuerdo. He oído que ahora estás al mando del Gremio de Asesinos de los Neonatos.

—Has oído bien —señaló el otro—. Sobre ti, en cambio, no he escuchado nada nuevo. ¿Sigues siendo el Corazón Bélico de la Legión de los Cien Corazones o han decidido dar el cargo a alguien más digno?

—Sigo siendo yo.

—Lástima.

—Eso dicen nuestros enemigos cuando deben enfrentarse a nosotros —replicó el Paladín—. Dime, ¿piensas quedarte ahí intercambiando pullas o has venido a resolver nuestro asunto pendiente?

—Llevo años esperando una oportunidad para matarte con mis propias manos. Te aseguro que saborearé el momento. Recuérdalo cuando te hunda una de mis dagas en el corazón.

—Defiéndete, asesino.

El caballero cargó contra su enemigo y asestó un golpe con la espada que el asesino detuvo al entrecruzar sus dagas, un estallido resonó en la

batalla al entrechocar las tres armas. El Paladín dirigió un golpe con su escudo al neonato y este reculó de un salto de manera que el arma de su enemigo quedó libre, este se apresuró a atacar de nuevo. Sin embargo en esta ocasión Ovreuc se limitó a agacharse y dejar que la hoja pasase por encima sin causar daño, después embistió hacia delante y una de sus dagas rebotó en el escudo mientras que la otra resbalaba sobre la armadura del caballero, el asesino retrocedió de un salto y ambos recuperaron la guardia.

Un alarido de terror llamó la atención de los dos cabecillas, pero ninguno de los dos apartó los ojos de su adversario. A su alrededor comenzaron a resonar más y más gritos de terror a medida que el manto de la noche cubría el campo de batalla.

—¿Qué demonios ocurre? —gruñó Nírlem, que finalmente miró de reojo a su alrededor mientras procuraba no perder completamente de vista al asesino.

Este enfundó sus dagas y frunció el ceño al ver que una figura se acercaba tambaleándose hacia ellos. Cuando esta salió de entre las tinieblas de la noche vieron que se trataba de un fusilero, pero una espada atravesaba su pecho de lado a lado y sus ojos los miraban carentes de vida.

—Por los dioses... —el asesino retrocedió dos pasos al ver al engendro muerto viviente.

—No sé qué es lo que sucede aquí, pero mi lugar está con mis caballeros —dijo Nírlem—. Aunque te doy mi palabra de que retomaremos nuestro duelo lo antes posible.

—Como si tu palabra valiese de algo —bufó Ovreuc, después dio la vuelta y echó a correr hacia donde esperaba encontrar a sus hombres.

El Corazón Bélico apenas le dirigió una postrera mirada antes de encararse con el muerto viviente.

Ovreuc corría a través del campo de batalla en busca de los supervivientes Neonatos, pero hasta el momento no había encontrado más que muertos vivientes que se tambaleaban mientras gemían patéticamente. No comprendía cómo podía haber estado tan absorto en obtener su venganza del Paladín como para no advertir que algo no iba bien, ¿o realmente todo había sucedido tan rápido como parecía?

No importaba dónde mirase, pues a su alrededor no quedaba nada que no estuviese tocado por la muerte. Al fin dejó de correr mientras comprendía

que no encontraría a sus hombres.

—Por los dioses, ¿qué ha pasado? —preguntó en lo que fue apenas un susurro.

Fue entonces cuando advirtió que no todos los muertos vivientes que podía ver en el campo de batalla habían sido miembros de la Legión de los Cien Corazones o de los Neonatos, pues algunos parecían más bien sencillos campesinos y otros vestían antiguas armaduras de escamas que nada tenían que ver con las de los caballeros. Sin embargo todos los desconocidos tenían algo en común: sus cuerpos aparecían parcialmente descompuestos y sus ropas y armaduras mostraban avanzados signos de putrefacción mientras que las armas, que iban desde espadas hasta improvisadas azadas, mostraban señales de óxido y podredumbre. Mirar el rostro de cualquiera de esas criaturas era como mirar a la mismísima muerte, pues unas cuencas vacías devolvían la mirada mientras un lamento fúnebre escapa de bocas descarnadas. Los huesos podían verse a través de desgarrones en la piel y en algunos casos era posible incluso apreciar los órganos del muerto viviente, dejados al descubierto por la piel desprendida.

Al asesino le estaba suponiendo un grandísimo esfuerzo mantener la calma. Esos gritos amenazaban con volverlo loco de un momento a otro. Sacudió la cabeza y reunió todas sus fuerzas para echar otro vistazo a su alrededor. No demasiado lejos de su posición advirtió que un grupo de guerreros de la Alianza estaba a punto de verse desbordado por la marea de muertos vivientes que acabaría con ellos al igual que habían hecho con todos los humanos que encontraron. Eran sus enemigos, pero algo dentro de él le dijo que si querían salir de esa con vida iban a necesitar toda la ayuda posible. Tal vez no había sido tan buena idea separarse de Nírlem, después de todo. Podían ser enemigos, pero contra un ejército de muertos vivientes cualquiera capaz de respirar era un aliado en potencia.

Echó a correr hacia el grupo de supervivientes consciente de que probablemente habría resultado más sensato ocultarse hasta que todo eso hubiera pasado, pero dudaba que él solo pudiese hacer nada contra un enemigo semejante. Con un rápido movimiento empuñó su rifle pesado, un arma excepcional a la que le habían aplicado diversas mejoras mecánicas, y disparó hacia la multitud. El proyectil de plomo ardiente destrozó la cabeza de uno de los muertos vivientes y este cayó al suelo como un muñeco roto, pero seguían siendo demasiados. Realizó un par de disparos más y después se colgó el arma del hombro, desenfundó sus dagas y cargó contra los muertos

vivientes.

Los combatientes de la Alianza miraron asombrados al hombre que acudía a rescatarlos, uno de los líderes de sus acérrimos enemigos ahora convertido en improvisado aliado.

—¡Legión, por el corazón! —gritó el Corazón Próximo que lideraba al grupo de caballeros y mercenarias que trataba de resistir.

Sus subordinados reanudaron el ataque con renovado vigor, motivados por la intervención del neonato. Dos postulantes rasos contraatacaron a ambos lados de su líder mientras una oteadora utilizaba su ballesta para abatir al enemigo desde detrás de los caballeros. Otra de las mujeres, una de las temidas recaudadoras, hacía lo mismo con su arco; los cinco miembros de la Alianza se encontraban acorralados contra un risco.

Los muertos vivientes se desmoronaron como trigo ante una guadaña cuando Ovreuc cayó sobre ellos, rápido y letal como una serpiente con colmillos de acero. Sin embargo por cada uno que caía otro ocupaba su lugar; la marea de espectros parecía no tener fin.

—¡Es suficiente! —El grito resonó con fuerza y las criaturas sobrenaturales detuvieron su ataque, después se apartaron y entre la muchedumbre de muertos vivientes surgió una figura majestuosa y terrible como una criatura de pesadilla—. Es suficiente —repitió.

Ovreuc miró a ente espectral que había dado la orden y por un momento sintió que perdía la cordura. Era un caballero, pero no tenía nada que ver con los hombres de la Legión de los Cien Corazones. Su armadura parecía surgida de las historias del pasado, y su rostro estaba cubierto por un yelmo astado en cuyo fondo podían verse dos ascuas ardientes, dos ojos de fuego que observaban con una calma inhumana a los hombres y mujeres que habían osado contraatacar.

Una explosión de oscuridad y frío surgió del espectro y derribó a los supervivientes, momento que aprovecharon los espectros para arrojarse sobre ellos. Los gritos de los desafortunados parecían surgidos de terribles pesadillas.

—¡He dicho que ya basta! —gritó el ser—. ¡Necesito a alguno con vida!

Sus súbditos inmovilizaron a los pocos que todavía vivían: el Corazón Próximo, las dos mujeres y el líder de los asesinos. Con un gesto del ser eterno los muertos se levantaron de nuevo, sus rostros carecían ya de toda humanidad.

—¿Qué... qué eres tú? —preguntó el caballero, negándose a someterse al miedo que le provocaba la criatura espectral.

—¿De verdad no lo sabes? —su voz, como el ruido de una daga arañando un trozo de metal, era capaz de provocar escalofríos solo con escuchar sus palabras de ultratumba.

—¡No, maldita sea! —La mera presencia de la inhumana criatura hacía que al miembro de la Legión de los Cien Corazones le temblasen las piernas, pese a que siempre se había considerado un hombre valiente.

—Darlime se ha olvidado de mí, de nosotros —susurró el caballero de la muerte, decepcionado—. Ha pasado tanto tiempo... —El espectro clavó su mirada ardiente en el caballero—. Legión... —el susurro se clavó en la mente del hombre como cristales en la carne, un grito desgarrador surgió de su garganta—. ¡Legión!

—¡No! —suplicó el caballero—. ¡No!

El ente espectral hundió los dedos fantasmales en la cabeza de su víctima y comenzó a indagar en busca de algo, sin embargo el terrible bramido de dolor del caballero le hizo apartar la mano cuando este cayó sin sentido a sus pies.

—¡Maldito seas! —gritó una de las mujeres—. ¡Que los dioses te lleven, mil veces maldito seas!

—Tú serás la siguiente —advirtió el ente mientras se acercaba a las dos supervivientes de la Alianza inmovilizadas junto a Ovreuc.

—¡No! —gritó—. ¡No, eso no!

No hubo piedad para ella. Al igual que había hecho con el caballero el ente espectral hundió su mano incorpórea en la cabeza de la mujer y comenzó a buscar algo, a remover las brumas de su mente. Pero la mujer, también al igual que el caballero, no pudo soportarlo: su cuerpo empezó a convulsionarse hasta que la vida le abandonó acompañada de un grito desgarrador. Sus restos quedaron postrados en el suelo entre el barro y la lluvia. Unos instantes más tarde se movió y se puso en pie una vez más, pero esta vez lo hizo como muerta viviente.

—Ya que no has podido serme de utilidad en la vida al menos me servirás en la muerte —proclamó el ente—. ¿Quién es el siguiente? —sus ojos recorrieron a los dos supervivientes.

—¿Por qué no pruebas conmigo? —Ovreuc devolvió la mirada a la criatura fantasmal, sus ojos verdes relampaguearon a causa de la ira—. Veamos qué sabes hacer.

El espectro no se molestó en responder, simplemente se aproximó a él y después de observarlo con detenimiento enterró su mano en el cráneo del neonato. Este apretó los dientes con fuerza para evitar gritar pese a que el dolor le recorría todo el cuerpo.

—Tu voluntad es fuerte —dijo el caballero espectral—. Tal vez pueda obtener algo de ti.

Ovreuc sintió que recuerdos de su pasado regresaban a su mente para después escurrirse de nuevo, como si alguien intentase coger agua con los dedos. Pudo recordar docenas de imágenes, toda una cascada de vivencias que parecían querer volverlo loco. Al cabo de unos minutos que a él le parecieron horas el caballero espectral sacó la mano de su cabeza y lo miró fijamente.

—Bastardo —escupió el asesino, que sentía todo su ser puesto del revés.

—Tú servirás —dijo el ente—. Puedes soportar mi búsqueda y lo que he visto en tu interior me dirá lo que quiero saber, pero tendré que profundizar mucho más en tu mente. ¿Podrás soportarlo, mortal? No quiero que mueras antes de que saque de ti lo que necesito.

—Vete al cuerno —replicó el aludido.

—Nos lo llevaremos —el caballero espectral se dirigió a su horda de muertos vivientes—. Y también a la mujer, sus conocimientos pueden resultar útiles si consigue soportar el proceso. Matad al otro, tendrán el honor de unirse a mi ejército en la muerte.

Una muchedumbre de muertos vivientes alzó sobre sus cabezas a Ovreuc y a la mercenaria, que apenas pudieron oponer resistencia cuando se los llevaron en pos del ente fantasmal. Tras ellos solo quedaron los gritos de muerte del Corazón Próximo, que pronto se alzaría de nuevo.

—No te diré nada.

Ovreuc era consciente de su difícil situación, rodeado por entes espectrales y muertos vivientes se encontraba por completo a merced del caballero fantasmal que lo escrutaba con sus ojos ardientes. A escasa distancia de él estaba también la superviviente de la Alianza, sumida en un extraño sueño mediante los poderes del caballero espectral.

—Lo cogeré yo mismo, mortal —dijo la criatura, su voz gélida y abrasadora al mismo tiempo hizo que el asesino rechinase los dientes—.

Entraré en tu mente y me llevaré lo que necesite, no hay nada que puedas hacer para evitarlo. Tan solo intenta no morir hasta que dé con lo que necesito.

—¿Qué... qué buscas? —El prisionero miró con desesperación la mano translúcida que se aproximaba a su cabeza, sabía que el ente estaba en lo cierto.

—Venganza —dijo este—. La Hermandad de los Cien Corazones pronto recibirá el castigo que merece.

—¿Hermandad?

—Así se hacían llamar en mi época, aunque al parecer ahora son conocidos por otro nombre. Pero ven, hay mucho que debo saber.

Cuando la mano del caballero espectral entró en su cerebro, Ovreuc lanzó un grito desgarrador mientras sentía que los recuerdos de días pasados regresaban a su mente como un torrente imparable. La criatura esbozó una sonrisa cruel y se concentró en aquellos que trataban sobre los caballeros.

2

Lerian, seis años antes de la caída de la Legión de los Cien Corazones.

—¡Que Malesur nos asista! ¡Hemos abandonado la verdadera fe, hermanos! ¡Malesur está aguardando a que volvamos con él, nos espera con los brazos abiertos! ¡Solo regresando a su lado podremos salvarnos!

Los gritos del ferviente servidor pasaban inadvertidos a la mayoría de los ciudadanos que caminaban apresurados por la calle embarrada, temerosos de que en cualquier momento volviese a llover. Algunos, los pocos que todavía conservaban la fe en Malesur, se llevaban las manos a talismanes escondidos entre sus ropas y los más valientes incluso se atrevían a besarlos. Durante las últimas décadas los seguidores del dios habían sido humillados y extorsionados hasta tal punto que muchos de ellos se embarcaron en busca de nuevas tierras donde poder vivir sin esconder sus creencias. Esto causó grandes daños internos en una Darlime ya afectada por los acontecimientos que, tiempo atrás, llevaron al orador Saül a abandonar el continente junto a sus seguidores. Los fantasmas que dejó la guerra civil todavía eran demasiado recientes, y si bien finalmente se alcanzó la paz, esta era engañosa, ganada con la fuerza de las armas. La situación era extremadamente tensa y podía estallar en cualquier momento. La Legión de los Cien Corazones hacía todo lo posible por mantener la calma, pero no tardarían en llegar a un punto de no retorno en el que la situación de Darlime resultaría insostenible.

Pero nada de eso era lo peor. Si bien los peligros de guerras internas eran innegables no lo eran menos los de enemigos externos: los Vástagos de Kurgan en el norte, feroces depredadores que se alimentaban de la vida de los humanos; las Manadas de Urueh al oeste, extendiéndose por la inmensa red de túneles que cubría todo Saphir y que les había llevado en más de una ocasión hasta la propia Darlime; los siniestros Carroñeros de las Profundidades bajo las montañas de todo el continente... Las amenazas eran muchas.

Así pues, las gentes que vivían bajo el gobierno marcial de la Legión de los Cien Corazones trataban de contener la difícil situación en que se encontraban. No les convenía que estallase otra guerra interna, pues sus enemigos sabrían aprovechar el momento para destruirles.

—¡Malesur espera vuestras oraciones, hermanos! ¡Tened el valor de acudir a él y obtendréis protección y salvación!

—¡Eh! —una cohorte de postulantes corría hacia el orador—. ¡Quedas arrestado en nombre de la Legión!

Pero el orador, cuya túnica del color de la hierba lo señalaba como Agente de Malesur, echó a correr entre la gente apartando a empujones a todo aquel que se cruzaba con él mientras los soldados lo perseguían con las espadas desenfundadas.

Algunos de aquellos que se habían detenido a escucharlo siguieron al fugitivo con la mirada mientras los ojos se les empañaban por las lágrimas. Se decía que esos hombres vestidos con túnicas verdes podían indicarles el camino a una nueva tierra en la que los seguidores del Padre podían vivir en paz sin ocultar sus creencias, un lugar donde se entonaban cánticos a Malesur todas las noches y se hacían bailes y banquetes en su honor cuando la luna estaba en su máximo esplendor. Cuando perseguido y perseguidores se perdieron entre la gente, la calle recuperó la normalidad casi de inmediato.

El fugitivo corría con toda su alma, no quería ni pensar en lo que le harían si lo capturaban. Recordó que el mercado estaba dos calles más abajo y confió en perder a los soldados entre la multitud si lograba llegar hasta allí.

—¡Abrid paso! —gritó mientras tiraba al suelo unos barriles con la esperanza de que entorpecieran a sus perseguidores.

Esquivó a un grupo de niños que jugaban con una pelota hecha de trapos y tomó impulso para saltar por encima de una empalizada de madera, aceleró y torció por otra calle; respiraba como una locomotora pero sabía que no podía frenar el ritmo, solo tenía que resistir hasta alcanzar el final de esa calle y estaría en el mercado.

—¡Ahí está!

La cohorte de postulantes se abrió paso con las espadas a través del obstáculo y continuó con la persecución, pero se encontraban exhaustos. Mientras que el Agente de Malesur vestía una sencilla túnica de lana, ellos iban equipados con sus características cotas de mallas; el peso era un grave problema en una persecución.

El fugitivo frenó en seco al ver que dos soldados de la Legión se encontraban al final del callejón, ocupados en algún tipo de charla intrascendente. Miró con nerviosismo a su alrededor y comprobó que no podría escapar ni por delante ni por detrás. Su mirada se posó en el cartel descolorido que se encontraba en mitad de la calle, El Corazón Verde, y

esbozó una sonrisa antes de correr hacia su entrada y abrir la puerta de un empujón.

Aspiró el olor a hierbas y el frescor del ambiente. El local era una vieja taberna que pese a no ser un local de lujo tampoco era uno de esos destartados, sucios y malolientes agujeros que podían encontrarse en cualquier ciudad. El propietario, un hombre sencillo, muy delgado y que siempre esbozaba una sonrisa en el rostro, había decorado el local con incontables plantas y flores cuyas macetas se repartían en estantes, pedestales o incluso colgadas del techo.

El tabernero borró la sonrisa de su rostro en cuanto vio la expresión del Agente de Malesur y comprendió de inmediato que algo iba mal, muy mal.

—Jynos, ¿qué pasa? —preguntó con temor mientras se acercaba a él.

—Postulantes —respondió este entre jadeos. Necesitaba recuperarse de la carrera—. Me persiguen.

—¿Los has traído hasta aquí? —apretó el brazo de Jynos con su mano huesuda—. ¿Te has vuelto loco?

—No tenía otra opción, estaba acorralado —se justificó él—. Si me atrapan me matarán por traidor.

—Muy bien, escóndete en la bodega. ¿Te han visto entrar aquí?

—Sí.

—No tenías que habernos puesto en peligro así, Jynos —protestó el tabernero.

Los dos amigos se miraron durante un instante y después el Agente de Malesur echó a correr hacia la pequeña puerta que daba a la bodega del establecimiento.

El Corazón Verde estaba abarrotado, era día de mercado y la taberna se encontraba lo suficientemente cerca de la plaza donde se ponían los tenderetes como para que la gente acudiese allí a descansar o a beber algo. La mayoría de ellos había hecho caso omiso del recién llegado, pero algunos miraban con el ceño fruncido a la puerta por la que en cualquier momento podían aparecer los soldados de la Legión de los Cien Corazones. Otros se encogieron aterrorizados en sus asientos, tenían miedo de lo que podía pasarles si los soldados de la Legión decidían que todos ellos eran traidores. Uno permaneció con la mirada clavada en la desvencijada puerta por la que el Agente de Malesur había escapado y con total calma dio un trago de la jarra de cerveza fría que estaba disfrutando.

Jynos corrió entre los barriles de vino, sabía que había una salida secreta en alguna parte. Lamentaba haber tenido que tomar ese camino y aunque temía por la seguridad del flaco Mander y de su establecimiento, su única alternativa había sido enfrentarse a la muerte. El Corazón Verde era en realidad una tapadera para los seguidores de Malesur donde los Agentes enviaban a aquellos que profesaban la fe en el Padre y querían huir del continente en busca de la nueva tierra que se les había prometido.

Allí estaba. Entre los muchos barriles repletos de cerveza y los estantes cargados de botellas de vino, aguardiente y otras bebidas vio un tonel con una mancha de pintura verde en su base, hecha de forma que pareciese casual. Levantó la tapa del barril y vio unas escaleras metálicas que descendían hasta un estrecho túnel que le permitiría salir por el callejón. Se metió dentro y después de colocar la tapa sobre su cabeza comenzó a descender a ciegas mientras tanteaba con cuidado a cada paso para evitar caer al vacío.

Estaba a salvo.

La puerta de El Corazón Verde se abrió de una patada y entraron seis hombres de la Legión de los Cien Corazones, cinco postulantes rasos al mando de un capitán que portaba el escudo que lo distinguía como tal.

—Estamos a su disposición, buenos señores. Pero no lastimen a nadie —suplicó el sonriente tabernero.

—Buscamos a un hombre, le vimos entrar aquí. ¿Dónde se ha escondido?

—Salió por la puerta de la cocina —mintió aquel—. No pude detenerlo, ¿se trata de un fugitivo?

—No es asunto tuyo —respondió el capitán de los postulantes—. ¿Por dónde se sale?

—Por allí —indicó con un gesto.

—¡Dejad a ese hombre en paz! —gritó alguien entre la multitud que se encontraba en la taberna—. ¡No ha hecho daño a nadie!

—Pole, persigue al fugitivo. Llévate a estos dos —ordenó el capitán mientras señalaba a los dos postulantes con los que casi había tropezado el Agente de Malesur y que acababan de unirse a la persecución por orden de su líder—. Enseguida os seguimos.

Cuando los tres postulantes se hubieron marchado sus compañeros se encararon hacia la multitud de la que había venido la voz y su capitán escrutó acusador a los clientes del local. Todos aquellos en los que posó la mirada la

apartaron de inmediato, demasiado temerosos por lo que podía llegar a pasarles si eran considerados traidores por la Legión de los Cien Corazones.

—¿Quién ha sido? ¿Quién se ha atrevido a desafiar a la Legión? —preguntó el capitán. Sus hombres intercambiaron una mirada inquieta—. Si tenemos que castigaros a todos, lo haremos. Eso tenedlo por seguro. Os sugiero que colaboréis.

—Creía que la Legión de los Corazones entrenaba caballeros, no matones —exclamó una voz. El capitán de los postulantes miró al hombre que lo había dicho—. Sería mejor para todos que os marchéis por el mismo sitio por el que habéis venido.

—¿Te atreves a desafiarnos? —bramó el capitán.

—Creo que tiene razón —se atrevió a decir uno de sus hombres—. No es buena idea enfrentarnos a toda esta gente; sería un baño de sangre. Además, tampoco han hecho nada.

—Por fin, un hombre inteligente —intervino el hombre de la cerveza de nuevo—. Haríais bien en escucharle; la situación ya es bastante tensa en Darlime sin que la Legión de los Cien Corazones se dedique a buscar pelea por las tabernas. ¿Qué pasará si un día, en lugar de desviar las miradas, os desafían?

—Que serán ejecutados por traidores —respondió el capitán, ya con menos convicción.

—Es posible, pero no antes de provocar un tumulto contra los extorsionadores. No pongo en duda que podéis reducir con facilidad a un hombre, a tres o a diez. ¿Pero qué pasará cuando os enfrentéis a cuarenta? Yo os lo diré: será vuestra sangre la que se derrame.

—Capitán, sería mejor que nos marchemos —sugirió el mismo postulante que había hablado antes, uno al que le caían sobre los ojos mechones de pelo negro como el carbón.

—Estoy de acuerdo, el Agente de Malesur podría escapar —dijo el otro, un hombre con la nariz enorme.

El aludido frunció el ceño sin apartar la mirada de Ovreuc, quien aprovechó para dar un trago a su bebida mientras con la otra mano acariciaba de manera despreocupada la empuñadura de una daga oculta.

—Muy bien, nos pondremos en marcha. A fin de cuentas los seguidores de Malesur son traidores y por tanto verdaderos enemigos de Darlime.

—Una decisión muy sabia. —Esbozó una sincera sonrisa y alzó la jarra de espumosa cerveza dorada cuando los soldados salieron por la puerta—.

¡Un brindis por la Legión!

Las pisadas resonaban por el suelo de madera y a cada paso Jynos se encogía un poco más en su escondite, dentro de un viejo armario repleto de carcoma.

La huida le había llevado a tropezarse de nuevo con sus perseguidores y no tuvo más remedio que ocultarse en esa vieja casa abandonada y llena de ratas pero ahora no estaba tan seguro de si habría sido una buena idea: si los postulantes daban con él, no tendría manera de escapar.

Los pasos se acercaban cada vez más y un sudor frío perló la frente del Agente de Malesur, que maldijo su suerte en silencio. Aunque sabía que no podía haber hecho otra cosa, llevaba un buen rato huyendo de los postulantes y estaba agotado.

De pronto escuchó un grito seguido de un gorgoteo sordo, un golpe seco le indicó que alguien había caído al suelo.

—¡Legión!

El grito de guerra resonó en la casa vacía y dio inicio a un intercambio de golpes. Jynos escuchaba aterrorizado el entrecocar del acero contra el acero pero la sensación de terror aumentó cuando el ruido cesó y con un quejido de dolor cayó alguien más.

—¿Quién... quién eres? —El tono de voz del tercer hombre era de auténtico terror—. Jamás había visto a nadie luchar como tú.

Como toda respuesta se oyó un grito ahogado y otro gorgoteo, después reinó el silencio.

Jynos luchaba contra sus miedos y sus instintos sin decidir qué haría a continuación. Una parte de él le instaba a permanecer allí escondido, pues temía que alguien le estuviese esperando si abandonaba el armario. Pero por otro lado una voz en su cabeza le apremiaba a escapar de allí, también por el temor de lo que podía pasarle si permanecía más tiempo en ese lugar. Allí había muerto gente y temía que si se atrevía a salir él sería el siguiente.

El tiempo pasó y poco a poco el Agente de Malesur recuperó la calma. Cuando decidió que había pasado rato suficiente se arriesgó a abrir la puerta para echar un vistazo a la habitación. Una figura se encontraba sentada en el suelo y recostada contra la pared. Cerca de él yacían los tres postulantes tumbados sobre charcos de sangre.

—Ya era hora, pensé que tendría que sacarte yo mismo —dijo.

Sus ojos verdes se clavaron en Jynos, que se sorprendió al ver en el rostro del hombre una sonrisa amistosa.

—Yo... eh... no sabía si eras un amigo o un enemigo —confesó el Agente mientras se obligaba a sonreír.

—Sí, eso supuse.

—Soy Jynos, gracias por salvarme.

—Ovreuc —dijo a su vez el asesino, que miró de arriba abajo al otro hombre mientras este salía del armario, su túnica verde claro estaba manchada de barro y suciedad.

—Muchas gracias por tu ayuda, amigo —repitió Jynos—. ¿Qué ha sido de los otros tres hombres que me perseguían?

—Se entretuvieron en la taberna más de la cuenta y después probablemente perdieron tu rastro.

—¿Y cómo has logrado encontrarme tú?

—Bueno, se me da bien cazar. A decir verdad me dedico a eso, y adoro mi trabajo.

—Ah, ya veo—. El Agente de Malesur sonrió aliviado—. Ciertamente es una buena profesión; las pieles y la carne se venden bien y en nuestros bosques hay muchos ciervos y jabalíes. Sin embargo Malesur nos insta a honrar a todas las criaturas vivas y no debemos cazar más de lo necesario para alimentarnos.

—En realidad me dedico a otro tipo de presas —confesó Ovreuc.

—¿Ah, sí? ¿Cómo cuales?

—Personas.

Jynos sintió que un sudor frío bajaba por su espalda y clavó la mirada en el asesino mientras comenzaba a retroceder despacio. Tenía que salir de allí y debía ser rápido si quería salvar la vida.

—¿Has venido a por mí?

—Ajá.

—¿Por qué? Has matado a tres postulantes, así que no puedes trabajar para la Legión de los Cien Corazones. ¿Formas parte de la Ecclesia de Saül? —preguntó el Agente de Malesur a fin de ganar tiempo.

—No. Trabajo para cualquiera que pueda pagar mis servicios, pero te confieso que siento bastante aversión hacia cualquier religión y, por extensión, hacia sus seguidores.

—Comprendo que sientas desprecio por los siervos de Saül, pues él no es más que un hombre que se hace pasar por dios. Pero nosotros, los adeptos

de Malesur, rezamos al Padre, a nuestro dios creador. Él nos dio forma en el nacimiento de Saphir y en cambio le hemos dado la espalda...

—¿Te parece este el mejor momento para predicar? Además, para mí sois todos iguales: cobardes que temen aceptar la verdad de la muerte y a los que les da miedo la certidumbre de que después de la vida tan solo hay oscuridad. Por eso os refugiáis en vuestros dioses, por cobardía y temor. Pues bien, ahora estás a punto de descubrir si tu fe en Malesur es o no justificada.

Ovreuc extrajo una daga de su vaina y se puso en pie sin apartar en ningún momento la mirada. Jynos trató de escapar pero sus piernas no le respondían, parecía atrapado por la intensa mirada verde del asesino.

—Si tu religión está en lo cierto deberías darme las gracias, pues te envió a encontrarte con Malesur. Pero si se equivoca mírame bien, pues el mío será el último rostro que verás.

3

Caía la noche. Ovreuc dio una última pasada con la piedra de amolar a la daga y la dejó junto a las otras tres que había afilado. Puso la piedra en el suelo, sobre la capa en la que se sentaba, y procedió a examinar las armas una por una con ojo crítico; un asesino debía mantener sus armas bien afiladas y su ingenio más afilado todavía.

Apartó las armas y se tumbó sobre la capa con las manos cruzadas tras la cabeza. Su mirada se perdió en el techo de madera y paja de la vieja vivienda. Resultaba demasiado grande para una sola persona, pero era lo mejor que había encontrado. No podía quejarse de su suerte, ya que se trataba de un caserón abandonado de un solo piso y un sótano, apropiado éste para encerrar a sus prisioneros o víctimas cuando necesitaba mantenerlas unos días con vida. Pero ya llevaba demasiado tiempo allí y la experiencia le decía que no debía asentarse jamás o correría el riesgo de que diesen con él. A la gente no le gustaban los asesinos y sabía con certeza que si la Legión de los Cien Corazones lo encontraba no dudarían en ejecutarlo. Ignoraba si lo ahorcarían como a los ladrones o le cortarían la cabeza como a los enemigos de guerra, pero tampoco tenía el más mínimo interés en descubrirlo pues había cosas que era mejor no saber.

Esa noche se marcharía, decidió. Cargaría con sus escasas pertenencias y abandonaría esa casa antes de acomodarse demasiado. Tal vez buscara algún agujero en el otro extremo de Lerian o quizás se fuese de allí. Llevaba tiempo queriendo visitar la lejana Caldara, de la que no en vano se decía que era la ciudad más espectacular de todo Darlime. O quizás Valderie, rodeada de espesos bosques en los que las historias contaban que vivían criaturas mágicas. Sabía que no eran más que cuentos de viejas, pero siempre se había sentido atraído por la naturaleza. Podría perderse durante un par de semanas en esos bosques y tomárselo como unas pequeñas vacaciones. En cualquier caso daba igual, tanto Caldara como Valderie se encontraban al sur, más allá de las montañas que rodeaban Lerian. Cuando decidiese marcharse simplemente tendría que viajar hacia allí, ya decidiría su destino por el camino.

Hacía tiempo que no salía a los caminos y en cierta forma lo echaba un poco de menos. Desde la muerte de su maestro Shirel se había dedicado a viajar de aquí para allá y a realizar aquellos trabajos que encontraba a su

paso, que no eran pocos. Su profesión podía no resultar demasiado agradable, pero se le daba bien matar. Shirel había tratado de convertirlo en un artista ladrón como él mismo había sido y todavía recordaba su mirada el día que Ovreuc realizó su primer trabajo como asesino. Supo de inmediato que el viejo maestro estaba decepcionado y hasta avergonzado de él, pero no le importó. Ahora era el mejor asesino de todo Darlime y Shirel estaba muerto. Él mismo se vio obligado a acabar con su vida. No se arrepentía. El anciano tampoco le había dejado otra alternativa. Echaba de menos a su maestro, pues pese a que este siempre fue un viejo cascarrabias y un renegón al que nunca la parecía bien nada, en muchos sentidos había sido también como un padre para él. No sólo lo había criado, sino que también lo adiestró en la desconocida disciplina de combate Ziech, que combinaba movimientos rápidos y letales con técnicas tanto para desarmar a un enemigo como para desaparecer de la vista o moverse en absoluto silencio. Shirel le dijo que era el arte que aprendían los auténticos maestros ladrones, pero Ovreuc pronto comprobó que resultaba igualmente útil para un asesino.

La vela de sebo con que iluminaba la destartalada vivienda titiló al colarse una ráfaga de aire por la ventana rota. De manera automática Ovreuc empuñó una de sus dagas y al momento se echó a reír. Estaba demasiado tenso. Eso significaba que definitivamente había llegado el momento de marcharse de allí.

Se puso en pie y sacudió la capa, una vieja prenda gris remendada, antes de echársela sobre los hombros. Después guardó las dagas una a una en sus fundas; dos de ellas las llevaba en la cintura pero las otras dos las había colocado en la parte del cinturón que quedaba detrás, ocultas por el manto, de manera que pudiera disimularlas. Recogió la piedra de afilar y la dejó caer dentro del pequeño saco en el que guardaba sus escasas posesiones, después se lo echó al hombro y se marchó en busca de una cerveza.

Cuando entró en el tugurio llamado El Escudo Quemado sintió el olor a bebida y sudor, olor que conocía muy bien. Sonrió mientras se dirigía a la barra y saludó a algunos de los clientes habituales, prácticamente los únicos que se encontraban en ese momento en el local.

—¿Lo de siempre, Kino?

El tabernero no levantó la vista de los cacharros que estaba fregando en un agua que no servía ni para dar de beber a los cerdos.

—Sí.

Todos en los bajos fondos conocían las actividades a las que se dedicaba, pero nadie sabía quién era en realidad. La mayoría de los asesinos de renombre utilizaban apodos en su trabajo para poder pasar desapercibidos, el más famoso era Comadreja Blanca de quién ni siquiera se sabía si era hombre o mujer. Algunos decían que en el pasado perteneció a las Mercenarias de Isha y utilizaba una ballesta con dardos impregnados en veneno para liquidar a sus víctimas. Otros aseguraban que era un antiguo caballero de la Legión de los Cien Corazones que se había visto obligado a abandonar la orden acusado de traición. Incluso se escuchaban historias de que en realidad era un Regor del norte. O un hombre lince que había abandonado a los Adeptos de Malesur. O un hombre criado por los salvajes Carroñeros de las Profundidades. Y muchas otras historias a cual más absurda. Ovreuc lo había hecho al revés; él tomaba las identidades falsas cuando no estaba trabajando para así poder mezclarse con la gente sin ser perseguido. A fin de cuentas era un asesino, un profesional, y no sentía la necesidad de ocultar su trabajo detrás de un nombre falso y tan estúpido como el de Comadreja Blanca. Mientras otros utilizaban una identidad secreta cuando trabajaban él solo se permitía ser él mismo cuando empuñaba sus dagas. En su faceta de honrado habitante de Darlime tenía muchas identidades, Kino era solo la última de las que había adoptado. Esto, además, hacía que fuese mucho más difícil seguirle la pista.

Le gustaba el ambiente de El Escudo Quemado. La clientela que lo frecuentaba era como él, gente de mala vida y peores costumbres: borrachos, pendencieros, ladrones y brutos de todo tipo, aunque ninguno ducho en las artes del asesinato. Él era un profesional, no un bruto con una porra como la mayoría de los que ofrecían sus servicios para semejantes menesteres.

Cuando el tabernero dejó la grasienta jarra ante él, Ovreuc bebió un largo trago de cerveza y se sentó en un taburete cojo mientras echaba un vistazo a su alrededor. Sus ojos estudiaron a los clientes y reconoció a la mayoría de ellos, hombres de aspecto descuidado y mujeres en busca de alguien dispuesto a pagar por sus atenciones, pero hubo una figura que le llamó la atención: el único encapuchado del local, un hombre de espaldas anchas y brazos fuertes que se cubría con una capa pesada. La capucha le caía sobre los ojos fijos en una jarra en la que apenas le quedaba ya cerveza. El asesino solo necesitó un fugaz vistazo para identificar al hombre como miembro de la Legión de los Cien Corazones; su porte gallardo y desafiante y un cuerpo fruto de un entrenamiento físico regular le hacían destacar en aquel

antro como a un caballo entre asnos.

—¿Quién es? —preguntó en voz baja mientras se giraba hacia el tabernero y echaba otro trago de cerveza.

—¿El caballero?

—Sí.

—No tengo ni idea, pero se dice que lleva semanas recorriendo todas las tabernas de la ciudad en busca de alguien. Por lo visto llega, pide una cerveza y pregunta por él, después se sienta durante varias horas a esperar. No ha tenido mucha suerte.

—Tampoco lleva muy bien lo de pasar desapercibido —añadió el asesino con una sonrisa.

—Para nada.

—¿Y a quién busca?

—Ni más ni menos que al famoso Ovreuc —respondió el tabernero con una risotada—. Como si fuese a encontrarlo en un lugar como este. Comenzó a visitar los tugurios cuando saltó la noticia de que el asesino había hecho un primer trabajo en Lerian, y desde entonces no ha dejado de ir tras él.

El asesino bebió otro trago de cerveza y sin dejar de sonreír echó una fugaz mirada por encima del hombro.

Era noche cerrada cuando el caballero encapuchado se levantó por fin de la mesa. Dejó un corazón de plata junto a la jarra, un pago exagerado por una bebida que apenas valía un par de corazones de cobre, y se marchó del local.

Cuando salió al exterior se quitó la capucha que le cubría el rostro y miró hacia el cielo estrellado. Esa noche, al igual que todas las anteriores, no había tenido éxito.

—Hace un tiempo estupendo —dijo alguien.

El caballero se volvió sobresaltado, pero se tranquilizó al ver a un hombre de poco más de treinta años que mordisqueaba una manzana con aire distraído.

—Sí —respondió el caballero. —Es bastante bueno.

—Has salido a respirar aire fresco, ¿eh? —preguntó aquel mientras arrojaba el corazón de la fruta a un montón de basura. Las ratas correteaban por el callejón sin mostrar ningún temor hacia los dos hombres.

—En realidad ya va siendo hora de irme a casa —respondió el caballero

con una sonrisa forzada—. Se me ha hecho algo tarde y mi esposa debe estar esperándome.

Ovreuc le devolvió la sonrisa.

—No es frecuente ver a miembros de la Legión de los Cien Corazones en este tipo de locales —confesó—. Aunque de vez en cuando se agradece que nos visitéis.

El caballero lo miró con los ojos muy abiertos mientras movía la boca en un vano intento de articular algo coherente.

—Yo... yo no... —tartamudeó al fin.

—Oh, vamos. Se nota de lejos, solo hay que ver vuestra indumentaria. ¿Un embozo oscuro que os permita cubriros y ocultar el rostro de miradas indiscretas? Nadie viste así, salvo en las representaciones de teatro y en las malas novelas de aventuras. Hombres encapuchados, figuras misteriosas... solo a alguien que desconoce por completo este ambiente se le ocurriría disfrazarse de esa forma para venir a los barrios bajos.

—Tiene sentido —concedió el caballero con una sonrisa cansada—. ¿Pero cómo has sabido que pertenezco a la Legión?

—Porque a pesar de tu disfraz mantenías en todo momento un porte digno y gallardo, eso llama mucho la atención en un antro atestado de ladrones y borrachos. Además no hay más que verte: tienes el cuerpo de un guerrero bien entrenado.

—Entonces he hecho el ridículo todo este tiempo —dijo el caballero con una risotada—. No me extraña que no haya aparecido.

—Y encima habéis tenido que beber la asquerosa cerveza que sirven aquí —añadió el asesino, los dos hombres echaron a reír como viejos amigos.

—Soy Nirlem, Corazón Bélico de la Legión —el caballero se presentó con la expresión de quien se sabe una figura importante—. Estoy seguro de que has oído hablar de mí.

—Oh, desde luego —respondió el otro. Con un veloz movimiento extrajo una daga de debajo de su capa y pinchó suavemente el vientre del caballero—. Yo soy Ovreuc, tengo entendido que también has oído hablar de mí. Tal vez deberíamos ir a un sitio en el que podamos conversar sin que nadie nos moleste.

—Bueno, ¿qué es lo que quieres de mí? —preguntó el asesino—. Tengo entendido que llevas días buscándome.

Se encontraban en la vieja casa que había abandonado apenas unas

horas antes, pues ya que no pensaba quedarse allí por más tiempo, bien valía la pena darle un último uso. Nirlem le miraba tenso y con cara de pocos amigos, incómodo por la situación.

—Lo primero que debes saber es que la Legión de los Cien Corazones no suele negociar con los de tu calaña —informó el Paladín—. Nosotros no...

—Sí, sí, el honor de los caballeros y todo eso. Ahórrame la charla, ¿quieres? Me la sé de memoria. El caso es que me has estado buscando. Normalmente no habría aparecido, pero te reconocí en la taberna y sentí curiosidad por saber qué podía querer el Corazón Bélico de alguien como yo. Solo lo repetiré una vez más: ¿qué es lo que quieres de mí?

Nirlem frunció el ceño y miró a Ovreuc a los ojos. Tenía las mandíbulas tensas y los puños apretados, el asesino sonrió burlón. Estaba seguro de que si el caballero hubiese tenido su espada no habría dudado en desenfundar ahí mismo para atravesarlo, pero afortunadamente le había obligado a dejarla entre la basura que se amontonaba junto a El Escudo Quemado.

—La Legión necesita a alguien como tú para... un asunto —explicó finalmente el caballero.

—Sí, eso está claro. ¿Pero por qué debería importarme a mí lo que necesite la Legión?

—Serás bien recompensado.

—Claro que sí. A ver si adivino: hay que quitar a alguien del medio y vosotros, nobles y honrados caballeros, no podéis hacerlo sin levantar un revuelo entre las gentes de Darlime. ¿Voy bien?

—Sí —concedió, sus dientes rechinaban.

—Dime de qué se trata y después negociaremos —pidió Ovreuc.

—Antes necesito saber que vas a hacerlo.

—No.

—¿No?

—No tengo intención de comprometerme hasta saber qué es lo que quieres que haga. ¿Y por qué has venido tú en persona a buscarme? Pensaba que la Legión tenía gente que se encargaba de estas cosas.

—Porque mientras menos de los míos se enteren de esto mejor será para todos —confesó el Paladín.

—Ah, por supuesto. Hasta los nobles y valerosos caballeros de la Legión tienen sus secretos oscuros. ¿A quién quieres que mate?

—¿Te dice algo el nombre de Saül? —preguntó.

—Bueno, una vez tuve un amigo que se llamaba así —bromeó el

hombre. La mirada que le lanzó Nirlem parecía indicar que no tenía demasiado sentido del humor, o al menos no en lo referente a esos asuntos.

—La Eclesía de Saül —insistió Nirlem.

—Por supuesto. Todo lo que sé es que Saül formaba parte del Latir Político de Darlime, pero se alzó en contra del gobierno de la Legión de los Cien Corazones y reunió un puñado de seguidores que empezaron a verlo como un dios. Al final fueron expulsados y se refugiaron en una isla a suficiente distancia de aquí como para no ser una amenaza inmediata. ¿Me dejo algo?

—Es un buen resumen —concedió el Paladín.

—Como ves hasta los asesinos estamos enterados de los asuntos de política —dijo Ovreuc—. Pero si tienes intención de que vaya en busca de Saül tendré que rechazar tu propuesta.

—No, no se trata de él. A decir verdad en estos momentos resulta inalcanzable para nosotros.

—¿Entonces de quién?

—Fuentes fiables nos han informado de que hay un grupo de sus seguidores infiltrados en Lorian. Por lo que sabemos pretenden causar una matanza entre aquellos que profesan la fe en Malesur, empezando por los agentes encubiertos diseminados por la ciudad.

—¿Y qué os importa a vosotros lo que les pase? ¿Ahora protegéis a los Adeptos de Malesur? —preguntó el asesino—. Pensaba que erais enemigos.

—Y así es —afirmó Nirlem—. Con sus estúpidas creencias ponen en peligro la hegemonía militar de la Legión de los Cien Corazones.

—Por supuesto —dijo Ovreuc con su habitual sonrisa burlona.

—Pero si la Eclesía de Saül hace una cosa semejante se nos culpará a nosotros por la matanza. Algo así podría hacer estallar la tensa situación que existe en Darlime.

—Vosotros mismos lo habéis provocado —recordó el asesino.

—Evidentemente no estoy de acuerdo con eso, pero ahora no importa. El caso es que necesito a alguien con tus habilidades para eliminar el riesgo que supone el grupo de la Eclesía de Saül infiltrado en Lorian.

—¿De cuánta gente hablamos?

—En realidad con eliminar a su líder sería suficiente. Sin su mando los demás no seguirán adelante.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Es Kaeza Dugol.

—Conozco ese nombre, aunque no sé de qué.

—Es miembro del Latir Político, como lo fue Saül antes de su traición.

—Por supuesto, ese Kaeza. ¿Por qué simplemente no lo arrestáis? Se os da de maravilla cortar cabezas, ahorcar gente y esa clase de cosas.

—No podemos hacer eso. En los últimos meses ha conseguido una gran cantidad de seguidores. Si tomásemos medidas contra él tendríamos el mismo problema que si llevan a cabo la matanza de Adeptos de Malesur.

—Supongamos que lo mato, ¿qué evitará que os culpen?

—Que lo harás en nombre de Malesur y vestido como su Agente mientras da un discurso.

—De esa manera conseguiréis darle la vuelta a su propio plan, muy inteligente. ¿Pero qué evitará que me maten después de eso?

—Que la Legión de los Cien Corazones te arrestará y haremos creer a la gente que te hemos colgado.

—¿Por qué iban a hacer eso?

—Porque en tu lugar ejecutaremos a alguien de las mazmorras, procuraremos que se parezca a ti. La gente no apreciará la diferencia, apenas tendrán tiempo de verte antes de que te capturen mis hombres.

—Parece un buen plan, pero le veo un inconveniente: ¿cómo sé que no me quitaréis del medio después de todo eso?

—Tienes mi palabra de caballero —aseguró Nirlem.

Ovreuc lo miró fijamente. Sus ojos verdes mostraban seguridad y fuerza. Nirlem le mantuvo la mirada con el cabello rojo cayéndole sobre los ojos del color del cielo.

—Supongo que con vosotros eso es suficiente —se burló el asesino.

—En efecto.

—Bien. Hablemos de mi recompensa. Tiene que ser algo grande para que me juegue el culo por vosotros.

—Te ofrecemos formar parte del Latir Explorador como uno de nuestros hombres destinados a explorar otras tierras. Este cargo incluirá una nueva identidad que te liberará de todos tus crímenes pasados y un sueldo nada desdeñable.

—¿Es una broma? —preguntó Ovreuc—. ¿Qué te hace pensar que me interesa unirme a vosotros?

—Sería lo más sensato.

—Quiero una porción de tierras al sur de Darlime y dos mil corazones de oro.

Nirlem lo miró como si se tratase de una aparición.

—¡Eso es una locura, no podemos pagarte semejante fortuna!

—Entonces busca a otro que haga el trabajo. Podrías probar suerte con Comadreja blanca, si logras dar con él. O con ella. Lo que sea.

—Necesito al mejor.

—Solo hay que clavarle una daga a un político, algunos lo harían gratis.

—No te equivoques, no te resultará sencillo acercarte a él lo suficiente como para matarlo. Cuenta con una guardia personal muy celosa, hace ya tiempo que espera algo así. Tendrías que infiltrarte entre los suyos y puede que debas dejar unos cuantos cadáveres por el camino.

—No será un problema siempre que cumplas con mis exigencias.

—Pides demasiado.

—Te dije que yo ponía el precio. Si quieres que haga el trabajo sucio es lo que hay. ¿Lo tomas o lo dejas?

—Lo tomo —aceptó el Paladín después de un largo silencio—. Sabes que no tengo otra opción.

4

Kaeza Dugol era un hombre poderoso y, como tal, contaba con un gran grupo de seguidores que le acompañaba a todas partes. No era fácil sorprenderlo solo, pues además de su séquito habitual de complacientes subordinados siempre contaba con la compañía de cuatro matones que hacían las veces de guardaespaldas del exitoso político.

Pero Ovreuc ya sabía todo eso. Llevaba más de una semana espiondo y siguiendo a su objetivo y ya lo tenía todo preparado para infiltrarse. El asesino sacudió el polvo de sus viejas ropas mientras miraba de reojo a Kaeza y sus acompañantes, que caminaban por la calle en su dirección y charlaban animadamente sobre la última representación teatral del famoso autor Arley Dilseo. Un hombre sucio y desaliñado avanzó hacia ellos con paso tambaleante. Llevaba en las manos una botella de vino medio vacía.

—¡Eh, borracho! —gritó uno de los matones—. ¡Apártate del camino de Kaeza Dugol antes de que te quite yo de una patada!

Los seguidores del político estallaron en carcajadas, pero el hombre no parecía haberlo escuchado. El bruto se adelantó a los demás y caminó hacia el borracho, que en ese momento echaba un trago de su bebida.

—Déjalo, no importa —dijo Kaeza pacificador.

—Es mi trabajo, jefe. Solo tardaré un momento. —El hombretón tensó sus hinchados músculos y esbozó una mueca burlona mientras empujaba al vagabundo—. ¡Eh, rata maloliente, te he dicho que te quites de nuestro camino!

Una cuchilla emergió de la manga de los ropajes del vagabundo y se hundió en el cuello del matón mientras la otra mano extraía una ballesta de entre los harapos y apuntaba al político. Antes de que tuviese ocasión de disparar, una flecha le atravesó el corazón y cayó al suelo como un fardo.

Los guardaespaldas corrieron a interponerse entre el tirador y su jefe mientras los seguidores del político corrían para alejarse de allí como gallinas asustadas. Ovreuc miraba fijamente a Kaeza con sus ojos verdes. El hombre le devolvió la mirada y el asesino dejó caer el arco con el que había abatido al supuesto vagabundo.

—Me has salvado la vida —dijo el político mientras lanzaba manotazos a sus guardaespaldas—. ¡Apartaos, idiotas! ¡El peligro ha pasado y no gracias a vosotros!

—No ha sido nada.

—¿Cómo supiste...?

—Llevo tiempo observándoos, Kaeza Dugol —aseguró Ovreuc—. Ese hombre os ha estado siguiendo, supe que planeaba mataros.

—¿Por qué no me avisaste?

—Porque habría escapado para poder intentarlo en otra ocasión. De esta manera el peligro ha desaparecido para siempre. Tampoco podía ocuparme de él hasta que lo intentase o se me habría acusado de asesinato a sangre fría.

—Señor, deberíamos marcharnos de aquí —dijo uno de sus hombres—. Los soldados de la Legión no tardarán en llegar pero conviene que os pongamos a salvo.

—Ya se ha encargado él de eso —dijo Kaeza mientras señalaba a su salvador. —¡Si hubiese sido por vosotros ahora estaría muerto!

—No ha sido nada, de verdad —aseguró Ovreuc con una sonrisa amistosa.

—Dime, ¿por qué ese interés por mí? ¿Eres un estudiante de política?

—En realidad no, solo soy un devoto de la Eclesía.

Kaeza le lanzó una sorprendida mirada y sonrió.

—Entonces sé bienvenido, hermano. Vosotros —dijo el político a sus hombres; su tono denotaba enfado—. Encargaos de los cuerpos, así podréis hacer algo útil.

Ovreuc ocultó una sonrisa y miró de reojo el cadáver. El pobre imbécil nunca fue un buen asesino pero ese último trabajo lo había cumplido con éxito, aunque estaba seguro de que no era así como él había esperado que terminase el encargo.

—He de confesar que antes me has sorprendido —dijo Kaeza.

Él y Ovreuc se encontraban sentados en la mesa de El Arpa de Oro, la mejor taberna de la ciudad. El político había despachado a la mayor parte de sus acompañantes con la excepción de los tres guardaespaldas.

—No podía permitir que os lastimasen, sois un miembro muy valioso de la Eclesía de...

—Por favor, no hablemos aquí de nuestros amigos comunes —le interrumpió el hombre. Echó un nervioso vistazo a su alrededor y finalmente clavó su mirada de nuevo en el asesino—. Nunca sabemos quién puede estar escuchando.

—Por supuesto —concedió Ovreuc con una sonrisa—. Seré más precavido.

—Mira, hijo... ¿Kino, verdad?

—Sí.

—Verás Kino, un hombre como yo se crea muchos enemigos, no importa lo mucho que intente evitarlo.

—Ya me he dado cuenta.

—Darlime está roto, el imperio establecido por la Legión de los Cien Corazones no es ni una mala sombra del que dirigió el Rey Caído. El linaje de los Malakoy convirtió a nuestro pueblo en lo que es hoy, y el día que la Legión destronó al último de ellos fue un día negro para todos.

—De eso ya hace siglos —apuntó Kino.

—Así es, pero seguimos sufriendo las consecuencias. En los últimos años se ha roto la unidad de nuestro pueblo, por eso surgieron los Adeptos de Malesur y la Eclesía de Saül.

—Todo eso ya lo sé.

—Bien. Lo que intento decirte es que la Legión está destruyendo Darlime poco a poco. No niego que sus intenciones sean nobles y honestas. A fin de cuentas se trata de caballeros, pero tratan de gobernar mediante el poder de las armas. Según he estudiado no es así como lo hacían los Malakoy.

—¿Ah, no?

Ovreuc bebió un trago de su copa de vino y sonrió. Él, un hombre inteligente, disfrutaba mucho haciéndose pasar por un idiota ante Kaeza, un idiota que se hacía pasar por un hombre inteligente. El asesino lo observó con fingido interés. El político le resultaba grotesco: era un hombre mayor con escaso pelo canoso, ojos pequeños y crueles como los de una rata y una temblorosa papada producto de su notable sobrepeso que se agitaba mientras el hombre se entregaba a su esforzado discurso y repetía la retahíla que le habían explicado a él en innumerables ocasiones; un discurso originado en grupos secretos que planeaban la caída de la Legión de los Cien Corazones.

—En definitiva, los caballeros no están preparados para ejercer de gobernantes —concluyó el político—. Serían unos perros guardianes excelentes, pero definitivamente Darlime sangrará mientras ellos sigan al mando.

—Todo eso es apasionante —mintió Kino—. Ojalá pudiese hacer algo más por ayudar.

—Hoy has demostrado tu valor y tu dedicación. Si no hubieses estado guardándome las espaldas en secreto, ahora estaría muerto.

—No es para tanto.

—Claro que sí y por eso me gustaría que trabajases para mí. Necesito gente como tú, hombres capaces y leales.

—¿Habla en serio? —Ovreuc puso su mejor cara de estúpido.

—¡Por supuesto! Podrías aprender mucho de mí y tal vez consigas escalar algunos peldaños entre los nuestros.

—Sería un honor, señor.

—Por supuesto que sí, Kino. La semana que viene doy un discurso muy importante y quiero que estés allí, conmigo. Tal vez, si alguien intenta matarme de nuevo, podrías ensartarlo con una flecha —bromeó.

El político estalló en carcajadas y su nuevo socio se obligó a sonreír cuando bebió otro trago de vino. Había resultado más fácil de lo que esperaba.

La siguiente semana transcurrió deprisa. Ovreuc pronto se hizo un hueco entre los más próximos a Kaeza Dugol y cuando llegó el día del discurso estuvo al lado del político. Había hecho bien su papel de novato estúpido y nadie sospechaba de él. Ovreuc iba embozado en una capa oscura con la que pretendía ocultar la túnica verde que le haría pasar por Agente de Malesur.

Daba la impresión de que todos los ciudadanos de Lorian se habían reunido en torno al claustro en el que los oradores se dirigían al pueblo. Después de la temporada de mercado los tenderetes de la Plaza Principal habían desaparecido sin dejar rastro y tras eso el Latir Político comenzó los preparativos. Una vez cada diez días los políticos se dirigían al pueblo y les hablaban de promesas de futuro que nunca se cumplían. En los últimos años el pueblo había ido perdiendo fe en ellos de forma paulatina, especialmente desde la desaparición de Saül. Durante un tiempo pareció que nadie podría recuperar la fe del pueblo e incluso se habló de que la Legión de los Cien Corazones estaba considerando abolir el Latir Político. Fue entonces cuando apareció Kaeza Dugol, un hombre grande y de grandes ideas al que le bastaron unas pocas semanas para recuperar el interés de la gente.

La muchedumbre se apretaba en torno al claustro y el gran hombre se alzaba sobre todos ellos en lo alto del atril desde el que daría el discurso. A su

alrededor se desplegaban sus hombres, un nutrido grupo bien armado y que miraba con expresión hosca a todo el que se acercaba a ellos. Kaeza ponía nerviosa a mucha gente y por ello eran conscientes de que más de una facción estaría encantada de verlo muerto. Por la plaza podía verse también unidades de la Legión de los Cien Corazones compuestas por un buen número de cohortes de postulantes y algunos Corazones Próximos que daban órdenes a sus subordinados.

Ovreuc estaba muy cerca del político, junto a media docena de matones que debían protegerle de posibles agresiones. Primero dejaría que hablase y cuando fuese el momento lo mataría.

—¡Gentes de Darlime! —el grito de Kaeza se elevó por encima de la multitud, que poco a poco fue acallando sus gritos—. ¡Gentes de Darlime, soy Kaeza Dugol! —Una aclamación estalló entre los oyentes del discurso—. ¡Estoy aquí para luchar por vosotros, hijos de nuestra tierra! ¡Darlime llora, hermanos! ¡Los conflictos internos nos están desangrando y debemos hacer algo si no queremos que estalle una nueva guerra civil!

Los gritos de los asistentes se redoblaron y algunos de los más valientes se atrevieron a arrojar puñados de estiércol contra los caballeros de la Legión apostados por la zona para evitar conflictos. Los que los tenían aprestaron sus escudos para protegerse de los deshechos, pero entre tanta gente les resultaba imposible localizar a los agresores. Incluso aunque lo hubiesen hecho, sabían que no tenían forma de detener a una muchedumbre rabiosa.

—Entonces ¿cuál es el camino? ¿Cómo podemos recuperar el control de nuestras vidas sin sentir miedo por lo que puedan hacernos? ¡Es todo una mentira, ese es el problema! Si queremos que Darlime vuelva a ser el glorioso reino que fue en el pasado, ¡tenemos que alzarnos contra aquellos que lo hacen sangrar!

—¡La Legión son unos matones! —gritó alguien.

—¡Los Adeptos de Malesur nos destruyen desde dentro! —exclamó otro.

—Tenéis razón, hermanos —concedió Kaeza—. Malesur abandonó Darlime hace ya mucho tiempo, nos dejó solos y desde entonces hemos sido capaces de salir adelante por nuestros propios medios. Pero también la Legión de los Cien Corazones ha tomado un camino equivocado, llevados por la fuerza de las armas y la sangre. ¡Queremos paz! —La enloquecida multitud alzó las voces y nuevos detritus se estrellaron contra los escudos de los caballeros, que cerraron filas y desenvainaron las espadas. Ovreuc

reconoció la señal acordada con Nirlem y llevó la mano hasta la empuñadura de una de sus dagas—. ¡Hermanos de Darlime, alzaos y enfrentaos a aquellos que tratan de gobernarnos en nombre de las armas o de un dios que nos abandonó!

El asesino extrajo la daga muy despacio, y con esta oculta entre los pliegues de su embozo, caminó hacia el político, que le guiñó un ojo en gesto de complicidad. Ovreuc le hundió el arma en las tripas sin que el hombre viese venir el golpe. Antes de que nadie atinase a reaccionar retorció la daga y desgarró hacia arriba. La sangre le salpicó la capa oscura. Sonrió, se quitó la capa y la arrojó hacia la multitud de manera que la túnica quedase a la vista.

—¡Por Malesur! —el grito sonó con fuerza en la plaza, conmocionada por el crimen que acababan de presenciar.

La muchedumbre bramó y se abalanzó hacia el asesino mientras los guardaespaldas de Kaeza empuñaban sus porras y dagas y encaraban a su vez a Ovreuc. Pero él no se quedaría allí a esperarles: saltó detrás del claustro y echó a correr, esquivó con ágiles movimientos a todo el que se interpuso en su camino y pronto se alejó de la palestra donde los hombres de Kaeza atendían al político moribundo. Ovreuc sabía que el hombre no podría sobrevivir, sus extensos conocimientos de anatomía le permitían causar heridas de todo tipo y en el caso del político había procurado destrozarle todos los órganos que era posible alcanzar con una sola cuchillada.

—¡El asesino escapa por allí! —gritó alguien.

Pero él no tenía interés en huir, sino más bien en llegar hasta los hombres de la Legión de los Cien Corazones.

El caos había estallado en el lugar. Al ver el asesinato del hombre en el que habían depositado sus esperanzas de un futuro mejor, la gente no pudo más: piedras y más puñados de excrementos se estrellaron contra los caballeros y soldados apostados por toda la plaza mientras estos trataban de cerrar filas para evitar que la multitud se desbordase.

Ovreuc vio a uno de los grupos de postulantes ante él y aceleró, empujó con el hombro a un hombre que trató de interponerse en su camino al grito de “¡asesino!” y saltó hacia otro que trataba de cortarle el paso. Ambos rodaron por el suelo pero él se incorporó de un salto y continuó corriendo. Los postulantes lo vieron ir directo hacia ellos.

—¡Ahí está! ¡Cogedlo!

Dos de los caballeros se abalanzaron sobre él y en esta ocasión el

asesino no trató de escapar mientras lo inmovilizaban.

—¡No! ¡No me detendréis! ¡Malesur está conmigo! —gritó Ovreuc en un discurso ensayado. Sabía que sus palabras se extenderían entre la gente como el fuego—. ¡Darlime caerá a manos de los Adeptos de Malesur! ¡Kaeza era un traidor, miembro de la Eclesía de Saül, fieles de una fe falsa!

Los seguidores del político trataron de llegar hasta él pero la Legión de los Cien Corazones se interpuso para capturarlo. Todo había salido tal y como estaba planeado.

Ovreuc apretó los dientes para contener un grito de dolor cuando el tercer puñetazo se estrelló contra su estómago. Los postulantes lo habían arrastrado hasta una de las mazmorras de la Legión de los Cien Corazones y el capitán de la cohorte que lo apresó lo golpeaba mientras sus hombres lo sujetaban.

—¡Rata asesina, esto es lo que les pasa a los criminales! —bramó el hombre.

—Llebadme ante Nirlem —exigió el asesino, la ira relampagueaba en sus ojos mientras se mostraba firme y fuerte ante la inminente paliza—. Ahora.

—¿Te atreves a exigirnos algo, pedazo de mierda?

Otro golpe le arrancó un gruñido de dolor.

—Te mataré por esto —prometió él—. Y no será rápido.

—¿Eso crees? Veremos quién mata antes a quién —dijo el capitán con el puño en alto de nuevo.

—¡Tinus, detente! —bramó una voz repleta de autoridad—. No debe ser así.

El aludido dudó durante un instante y finalmente bajó el puño. Un Corazón Próximo entró en la sala escoltado por varios postulantes.

—Wyles el Corazón Bravo —murmuró el capitán—. Es un honor verle, señor.

—Nosotros no tratamos así a nuestros prisioneros, Tinus —dijo el hombre con el rostro congestionado por la ira—. Me encargaré personalmente de que seas sancionado por esto.

—Pero señor, este hombre...

—Es un prisionero y como tal será castigado según nuestras leyes. Probablemente le corten la cabeza, pero no nos corresponde a ti ni a mí

tomarnos la justicia por nuestra mano. Hay normas y debemos ser los primeros en cumplirlas, harías bien en recordarlo.

—Sí, señor. No volverá a pasar —murmuró Tinus, pero el asesino sabía que mentía. Conocía a los hombres como él.

Ovreuc sonrió. Ignoraba si el llamado Corazón Bravo había actuado así movido por su propio honor o incitado por las órdenes que Nirlem, pero prefirió pensar que todavía quedaban caballeros con honor.

—Has hecho un gran trabajo —concedió el Paladín.

Se encontraban reunidos en el despacho personal del Corazón Bélico, en lo alto de la torre más alta de la Fortaleza Corazón de Lorian.

—Para eso me contrataste —recordó Ovreuc.

—Así es.

—Nirlem, si me permites un consejo estás jugando a un juego muy peligroso. Si los Adeptos de Malesur y la Eclesía de Saül llegasen a enterarse de lo que realmente ha pasado hoy, no tardarían en unir sus fuerzas contra vosotros. Y si eso pasara...

—Sería el final de la Legión de los Cien Corazones, lo sé. Pero es necesario que corramos riesgos como este si queremos mantener la paz. Lo único que evitará que nos causen problemas es que se enfrenten entre ellos.

—Estás corriendo un gran riesgo.

—No si evitamos dejar rastros.

—Ya, bueno. Tú verás, en cualquier caso no es mi problema. ¿Has arreglado el papeleo de mis nuevas tierras?

—Ha surgido un problema sobre eso —dijo Nirlem.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata?

—Bueno... me temo que al final no podré darte el pago que te prometí.

—Sabía que abundan los caballeros sin honor, pero no esperaba que el propio Corazón Bélico fuese uno de ellos —bufó el asesino con la mirada clavada en el Paladín.

—Si fuese como los caballeros de las leyendas jamás habría tenido que recurrir a un asesino ni a este tipo de subterfugios, para empezar —aclaró él, y se llevó a los labios el cuerno que descansaba sobre el escritorio de roble. Una llamada resonó por toda la torre, después arrojó el instrumento a un lado y desenfundó su espada.

—Acabas de cometer el peor error de tu vida —le aseguró el asesino.

Las puertas de la habitación se abrieron de par en par y varios postulantes entraron en tropel dirigidos por un Corazón Próximo de voluminosa barriga. Ovreuc estaba rodeado con tan solo una ventana a su espalda.

5

La ventana estalló en añicos cuando el cuerpo la atravesó para caer al vacío desde lo alto de una de las torres de la Fortaleza Corazón en Lerian. El hombre, orgulloso miembro de la Legión de los Cien Corazones, gritó mientras el suelo se alzaba a su encuentro.

Recortado contra la ventana rota se encontraba un hombre joven que empuñaba dos dagas. A su alrededor se desplegabam media docena de caballeros que le cortaban el paso. El hombre trató de retroceder pero chocó con la pared de la ventana mientras los cristales rotos crujían bajo sus pies. Consciente de que estaba atrapado apretó los dientes y miró desafiante a los soldados que lo rodeaban, todos ellos equipados con espadas y armaduras.

—Es suficiente —advirtió una voz firme—. No pongas las cosas más difíciles de lo que ya son, Ovreuc. Entrégate.

—Si lo hago me matarás, Nirlem —dijo el aludido sin inmutarse—. Y la muerte es algo que prefiero evitar durante tanto tiempo como sea capaz.

—No puedes enfrentarte tú solo contra media docena de hombres — señaló el Corazón Bélico.

—Pagarás esta traición, Paladín —escupió el asesino.

Arrojó una de sus dagas contra Nirlem, pero este interpuso el escudo y el prófugo aprovechó la distracción para enrollar la mano libre en torno a una de las largas cortinas de seda de la estancia y saltar por la ventana hacia el vacío.

—¡Atrapadlo! —gritó el Corazón Bélico—. ¡No puede escapar con vida!

Pero eso era algo que ya no dependía de él. Con la agilidad de un mono, el hombre situó los pies de forma que amortiguasen el golpe contra la pared de piedra y, mientras el viento soplaba con fuerza y amenazaba con derribarle, se deslizó por la cortina. Las manos le quemaban, pero ese no era momento para andarse con delicadezas. Echó un fugaz vistazo hacia arriba y se percató de que uno de los caballeros de Nirlem el Paladín estaba a punto de sesgar la cortina con su espada. Sin pararse siquiera a pensar en lo que hacía se dejó caer y se sujetó a la cornisa de la ventana del piso inferior, después comenzó a trepar hacia el hueco y se sentó en el alfeizar.

Si quería salir de allí con vida tenía que ser rápido. Sabía que si lo apresaban Nirlem no permitiría que viviese, no con lo que sabía. Ovreuc

rompió el vidrio con el pomo de la daga, introdujo la mano en el agujero y forcejeó durante un instante con el cierre hasta que logró abrirla. Se atrevió a echar un último vistazo hacia arriba y sus ojos se cruzaron con los del Paladín, que lo miraba con una expresión de respeto y rabia. Después Ovreuc desapareció.

—¡Está en el estudio! —bramó el Corazón Bélico—. ¡Deprisa, moveos!

Los caballeros corrieron hacia las escaleras pero el Paladín sabía que iba a resultar muy difícil encontrar al fugitivo, pues a diferencia de ellos no iba cubierto de acero de los pies a la cabeza, el sigilo era su campo y se le daba condenadamente bien esconderse. Por eso había comprado sus servicios, porque no había asesino mejor en todo Darlime. Y ahora no solo había conseguido escapar, sino que sabía cosas que podían destruir a la Legión de los Cien Corazones. Por si no era bastante, Nirlem estaba seguro de que el asesino cumpliría su promesa: no descansaría hasta hundirle una de sus dagas en el corazón.

—Maldita sea —bufó—. Hay que atraparlo, no importa lo que cueste.

La biblioteca estaba vacía. Los soldados no habían tardado más que un par de minutos en llegar hasta ella, pero cuando lo hicieron no encontraron ni rastro del fugitivo con excepción de la ventana rota que el viento movía entre chirridos.

—No puede estar muy lejos —dijo el Corazón Próximo de la Legión que iba al mando—. Buscadlo por toda la torre, registradlo todo y a todos.

—Sí, señor.

Los soldados bajo sus órdenes se desplegaron por el pasillo y comenzaron una búsqueda exhaustiva. Su líder suspiró. Esperaba que al menos el otro grupo hubiese llegado hasta la base de la torre a tiempo para impedir escapar a Ovreuc. Si lograban que nadie saliese mientras la registraban acabarían dando con él.

Los gritos resonaron por la torre a medida que los caballeros abrían las puertas a patadas y registraban las estancias a punta de espada. El Corazón Próximo se dirigió al piso de abajo escoltado por dos de sus hombres mientras pensaba en dónde podría haberse ocultado el fugitivo. Sospechaba que trataría de llegar hasta la entrada de la torre para escapar, pero no podría

hacerlo corriendo sin más por las escaleras o sería detenido por la primera patrulla con la que se cruzase. Con una sonrisa de suficiencia decidió que sin duda trataría de confundirse con los cocineros que preparaban el almuerzo en las grandes cocinas del piso de abajo. Orgulloso se palmeó la abultada barriga y estuvo a punto de tropezar con un hombre que venía directamente desde allí y que cayó al suelo de espaldas. Parte del contenido de los cubos que transportaba se le derramó encima, todo vísceras, pieles y desperdicios.

—¡Maldito inútil! —bufó Lance al ver manchada la sobrevesta y su escudo. En ambos lucía orgulloso el símbolo de La Legión de los Cien Corazones ahora salpicado de sangre y tripas.

—Lo... lo siento señor —el ayudante de cocina se puso en pie como pudo, torpemente trató de limpiar las salpicaduras con una manga todavía más sucia.

—¡Apártate de mí! —bramó el Corazón Próximo mientras le empujaba contra la pared—. ¡Maldito inútil!

El caballero y sus subordinados continuaron su camino sin volver a mirar al hombre salpicado de vísceras.

—¿Cómo que no hay ni rastro de él? —Nirlem trató de parecer sorprendido e incluso enfadado, pero en el fondo había esperado ese momento desde que perdió de vista al prófugo—. ¿Habéis registrado la torre a fondo?

—Sí, mi señor —respondió un joven capitán de los postulantes arrodillado ante él—. No ha quedado una sola habitación por registrar desde aquí hasta el pie de la torre y por lo que sabemos nadie ha salido en las últimas dos horas, mucho antes de que comenzase la búsqueda. Afortunadamente para nosotros el hombre que cayó al vacío sirvió para alertar a dos destacamentos de postulantes al mando de un Corazón Próximo, que tomaron posiciones alrededor de la torre al temer un ataque desde el interior.

—¿Estáis seguros de haber mirado en todas las habitaciones, en todos los rincones?

—Sí, dos veces. No hay ni rastro de él, tan solo han encontrado su túnica verde.

—¿Dónde?

—En el patio, señor. Al parecer la arrojó por la misma ventana por la

que escapó.

Nirlem se llevó la mano a la sien, tenía que haber sabido que eso pasaría. ¿Cómo se le había ocurrido buscar los servicios de ese hombre? ¿Cómo no había previsto que más pronto o más tarde le causaría problemas?

—Muy bien —dijo al fin, de repente parecía muy cansado—. Que registren de nuevo la torre, dos veces más. Mantenedla cerrada, si no ha podido escapar tiene que estar en algún sitio. Que nadie salga, encerrad a todos los civiles y trabajadores en el comedor y registradlos uno por uno. Poned especial atención en los hombres que tengan en torno a los treinta años, podría ser cualquiera de ellos. Es bueno con los disfraces.

—Sí, señor.

El soldado corrió a hacer cumplir las órdenes del Corazón Bélico mientras este se dirigía a la ventana y se quitaba el yelmo. Un pelo rojizo y apelmazado por el sudor le cayó sobre los ojos, unos ojos claros como un lago en calma. Dejó el casco encima de una mesa y se rascó la incipiente barba de manera despreocupada mientras miraba hacia el atardecer. No tardaría en hacerse de noche y cuando eso pasase Ovreuc estaría definitivamente fuera de su alcance. Sabía mejor que nadie que no podrían encontrar al asesino, no si este contaba con el amparo de la noche.

Nirlem el Paladín desvió su mirada y vio la ciudad que se extendía ante él, la capital de Darlime y principal asentamiento de la Legión de los Cien Corazones. En muchos hogares comenzaban a iluminarse las ventanas con velas titilantes y débiles columnas de humo emergían por las chimeneas de manera casi tímida. Había cometido un gran error, y si no era capaz de solucionarlo sabía que todo Darlime sangraría. Sería culpa suya y viviría o moriría sabiendo que sus actos bien podían haber condenado a la Legión de los Cien Corazones.

El viento agitó el cabello de Ovreuc, rubio y corto, mientras este descansaba tumbado boca arriba con las manos tras la nuca, absorto en la luna y las estrellas. Recordó a su viejo maestro, el ladrón más reputado de todos los tiempos, el temible Shirel. Sus palabras resonaban en su memoria a pesar de los años transcurridos desde la muerte del anciano: “Nunca hagas lo que esperan de ti. Si esperan que presentes batalla, huye. Si esperan que corras, escóndete. Si esperan que vayas a la derecha, ve a la izquierda”

Si esperan que bajes, sube.

Llevaba horas tumbado entre las almenas de la torre después de haberse cruzado con dos grupos de la Legión de los Cien Corazones vestido de mozo de cocina. Sonrió al recordar el arrebató de ira del caballero gordo cuando le manchó el escudo y estuvo a punto de estallar en carcajadas al recordar la actuación de trabajador asustadizo y torpe con la que les había engañado por completo.

¿Y ahora qué? Ya había caído la noche y era el momento de ponerse en marcha, pero sin duda eso sería lo que Nirlem esperaba: que se escabulliese en las sombras como si de un vulgar ratero se tratase. Aunque él era Ovreuc, discípulo de Shirel y el mejor asesino de Darlime. No siempre había sido así, pero eso ya no importaba. Lo cierto era que no podía irse así como así, no después de lo sucedido.

Con una sonrisa mordaz el asesino se puso de pie y sacudió el polvo de sus pantalones. Solo tenía una daga y un cuchillo de carnicero que había robado de la cocina, pero tendría que bastarle con eso y con su habilidad. El Paladín todavía no había comprendido a quién se enfrentaba y eso iba a cambiar muy pronto.

—Lo lamento, mi señor. —El Corazón Próximo de prominente barriga se encontraba ante Nirlem con la rodilla doblada—. No hemos encontrado ni rastro del fugitivo, parece como... como si se hubiese esfumado en el aire. Diría que es cosa de magia, comandante.

El Corazón Bélico miró al caballero gordo cuya frente estaba perlada de sudor a causa del esfuerzo de subir tantas escaleras y resopló enfadado.

—Está bien, puedes marcharte —dijo con tono despectivo—. A estas alturas ya debe estar a mucha distancia de aquí.

—Señor, si me permite la pregunta, ¿cómo entró en la torre? ¿Qué es lo que buscaba? —Lancel levantó la mirada y sus ojos se encontraron con los de Nirlem—. ¿Qué podía pretender infiltrándose en un lugar custodiado por la Legión de los Cien Corazones?

El Paladín frunció el ceño y se volvió hacia la ventana, era el tipo de preguntas que se había temido desde que el asesino escapó.

—A mí también me gustaría saberlo —respondió al fin—. Pero para eso habría resultado muy útil capturarlo.

—¿Pero cómo llegó hasta aquí arriba sin que nadie diese la voz de alarma? ¿Cómo llegó ante vos, mi señor? Si no llega a hacer sonar el

cuerno...

—¿Qué? ¿Crees que habría sido capaz de vencerme? ¿Acaso debo recordarte que te encuentras delante del Corazón Bélico?

—No, mi señor. Pero ese hombre... ese hombre no lucha como los caballeros. Había algo en él que no me ha gustado nada.

“Porque era un asesino, imbécil. El mejor de todo Darlime”, habría querido decirle. Pero se tragó su réplica y esbozó una sonrisa forzada.

—Ahora eso no importa. Da la orden de que todos los hombres disponibles recorran Lerian y lo busquen, tal vez tengamos suerte. Y haz llamar a las Mercenarias de Isha, vamos a necesitar sus habilidades.

—Sí, mi señor.

El Corazón Próximo se despidió con una reverencia antes de marcharse. Cuando hubo cerrado la puerta tras él Nirlem suspiró aliviado y se pasó la mano por el cabello rojizo. Gracias a los dioses ese caballero gordo era un hombre estúpido, demasiado estúpido para atar cabos, pero no siempre sería así. Antes o después alguien llegaría a la conclusión de que la única manera de que Ovreuc llegase tan lejos era que le facilitasen la entrada a la torre, y si eso pasaba las miradas no tardarían en caer sobre él. Necesitaba buscar una solución a todo aquello lo antes posible.

Nirlem abrió un pequeño cajón de su escritorio de roble y cogió la botella y el vaso que descansaban en su interior, se sirvió una generosa cantidad de aguardiente y dejó el recipiente en su sitio. Después se sentó, necesitaba relajarse durante un momento para poder pensar con claridad.

Unos golpes resonaron en la puerta de la estancia. Con un bufido el Paladín dejó el vaso sobre la mesa de roble dando un golpe y se levantó rezongando en voz baja. ¿Qué demonios querían ahora? ¿Es que no podían dejarlo tranquilo ni un momento?

—¿Sí?

—Señor, hemos encontrado algo. Tal vez debería venir, creo que querrá ver esto.

Nirlem se apresuró a abrir la puerta. Se sorprendió al ver al otro lado a un postulante en lugar de a los Corazones Próximos que él mismo había puesto al mando. Cuando miró los ojos verdes del hombre comprendió que había cometido un gran error.

Ovreuc le embistió con el hombro y lo derribó al suelo. El sorprendido caballero trató de levantarse, pero el peso de la armadura de placas no se lo puso nada fácil. Se volvió para darse la vuelta y no sin esfuerzo se obligó a

incorporarse mientras clavaba una rodilla en el suelo. Una daga contra su cuello le convenció de que aquello no era buena idea.

—Eres un desgraciado —gruñó Nirlem, que advirtió de reojo que el asesino había atrancado la puerta desde dentro mientras él trataba de ponerse en pie con torpeza—. Si te enfrentases contra mí espada contra espada...

—Moriría como un caballero valiente y estúpido. Pero no soy un caballero y por suerte para mí tampoco soy estúpido —replicó mordaz el asesino—. Pero ya lo sabes y por eso necesitabas mis habilidades, ¿verdad?

El Paladín miró de reojo hacia el escritorio de roble, su escudo y su espada descansaban junto a él apoyados contra la oscura madera. El yelmo se encontraba también allí, junto al vaso de aguardiente.

—Ni se te ocurra —advirtió Ovreuc con una sonrisa—. Esas armaduras son estupendas, pero de poco te servirán si te clavo mi daga en un ojo o te hago una sonrisa roja.

—¿Qué quieres?

—Oh, ¿ahora intentas negociar conmigo? Vaya, eso sí que no me lo esperaba —dijo el asesino mientras usaba la mano libre para quitarse el casco de metal propio de los postulantes.

—Si me matas no saldrás vivo de la torre.

—Tampoco lo haré si me marchó por la puerta, ¿verdad? Si por ti fuese me habrías cortado la cabeza personalmente.

—¿Qué quieres? —repitió el caballero.

—Parece que te estás quedando sin argumentos —respondió Ovreuc con una carcajada—. Ya sabes lo que quiero, hicimos un trato y yo cumplí con mi parte.

—La Legión de los Cien Corazones no hace tratos con asesinos —sentenció Nirlem.

—Pues eso no te impidió buscarme para que solucionase tu pequeño problema, ¿eh? Lo hice y ahora quiero mi pago. Y de paso también me gustaría que mi cabeza dejase de tener precio.

—No.

—Sabía que dirías eso.

—Acaba con esto, Ovreuc. Hazlo ya.

—¿Crees que quiero matarte? —El asesino se echó a reír ante la mirada sorprendida del caballero—. Si esa fuera mi intención ya estarías muerto, paladín. Te recuerdo que sostengo una daga contra tu cuello.

—No puedo darte lo que te prometí, lo sabes.

—Entonces no debiste prometerlo. Ahora no tengo más remedio que hacer que lo pagues, Nirlem. Pero no te mataré todavía, antes te destruiré por intentar engañarme. Volveremos a vernos, embustero. Disfruta de este tiempo prestado.

Ovreuc le golpeó en la nuca con el casco metálico del postulante al que había suplantado y el caballero se derrumbó, después el asesino se colocó de nuevo la protección para la cabeza y abandonó la habitación.

6

Una llamada llena de urgencia resonó en la puerta. Nyala dejó el pastel que estaba preparando y corrió hacia la entrada de la vieja casa de piedra y madera maciza que compartía con su esposo a escasa distancia de la Fortaleza Corazón en Lerian. Si bien habrían podido vivir en el castillo rodeados de lujo y sirvientes, ambos decidieron que preferían algo más sencillo pero al mismo tiempo más privado.

La llamada sonó de nuevo, con más insistencia en esta ocasión.

—¡Ya voy, ya voy! —exclamó ella.

Cuando llegó ante la puerta y abrió se llevó una gran sorpresa: allí se encontraba un capitán de los postulantes, un hombre atractivo de cabello oscuro que la miraba con dureza.

—Señora, el capitán Onil a su servicio —dijo él.

—¿Qué sucede? ¿Le ha pasado algo a mi marido?

—No, tranquila. El Corazón Bélico se encuentra perfectamente, pero teme por vuestra seguridad.

—¿Qué es lo que pasa? Y llámame Nyala, por favor.

El postulante sonrió cortésmente y con cierto disimulo examinó a la joven esposa del paladín. Era muy bonita, su cuerpo conservaba el frescor de una veinteañera pese a que estaba cerca de cumplir los treinta. Tenía unas seductoras curvas, una larga y ondulada melena castaña y ojos color miel que reflejaban bondad y alegría.

—Hace dos días hubo un incidente en la Fortaleza Corazón —informó el capitán.

—Lo sé, Nirlem me lo contó.

—Lo que probablemente no le contó es que escapó un asesino peligroso y, aunque no conocemos sus intenciones, el Corazón Bélico teme por vos, mi señora. Me ha enviado a protegeros... eh... a protegerte.

—¿Estoy en peligro? —La mirada de la mujer reflejaba sorpresa y curiosidad más que temor.

—No lo sé, pero mi trabajo es asegurarme de que esté a salvo.

—En ese caso entra, por favor. ¿Quieres un vaso de leche y un trozo de pastel? —preguntó Nyala mientras invitaba al capitán a su casa, este cerró la puerta a sus espaldas.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó la mujer, esbozaba una bonita sonrisa.

—¿Cómo?

—El asesino.

—Ah, claro. Por lo que sé hubo un incidente en la Fortaleza Corazón... pero espera, eso ya lo he dicho.

La mujer dejó escapar una risita mientras señalaba al hombre un taburete de madera y ponía en la mesa una jarra de barro llena de leche fresca, después abrió un armario en busca de dos vasos de madera tallados a mano que había comprado unos días atrás a un artesano del mercado.

—¿Qué pasó después? —preguntó—. Espero que no haya muerto nadie.

—Lamentablemente sí —respondió él al tiempo que se servía algo de leche—. El asesino ha matado a varios de los nuestros, pero esperamos encontrarlo pronto.

—Es horrible. ¿Va a venir a por mí?

—No sabemos cuál puede ser su próximo movimiento.

—Bueno, si Nir te ha enviado a que me cuides debe ser por algo.

—¿Nir? —preguntó él mientras bebía un sorbo de su vaso.

—Nirlem, así es como yo le llamo —explicó la mujer con una risita encantadora.

—No debes preocuparte, es solo una medida de precaución. Además, ¿por qué iba a querer lastimar alguien a una mujer tan bonita y encantadora? —dijo él.

—¿Está tonteando conmigo, capitán? —Nyala trataba de ocultar su risa de manera adorable.

—¡No, por los dioses! ¡Nirlem me cortaría la cabeza! —bromeó él.

—No, no lo haría —negó ella entre risas—. Es un buen hombre, jamás dañaría a un inocente.

—Ese pastel tiene un aspecto delicioso —dijo el capitán en un intento de cambiar de tema—. El Paladín debe estar encantado con tus platos.

—Hago lo que puedo —un ligero rubor cubrió las mejillas de la mujer—. Te cortaré un trozo.

—Muchas gracias —el capitán sonrió mientras ella cortaba un pedazo y se lo tendía en un plato de barro, después rebuscó en un cajón y le pasó también un tenedor de madera.

—Es de fresas y nata —explicó con timidez.

—Está delicioso —dijo él con la boca llena de pastel.

Nyala empezó a cantar una canción popular de Lerian. El capitán Onil

no pudo evitar levantar la mirada del plato y observar con admiración a la mujer, tenía una voz preciosa.

Continuó devorando el pastel y bebió algo de leche para pasarlo mejor mientras ella recogía algunos cacharros sucios y los fregaba en un cubo lleno de agua con jabón. Un plato resbaló de entre las manos enjabonadas de la mujer y estalló en pedazos al estrellarse contra el borde del cubo; un trozo arañó la pierna de Nyala, que lanzó un pequeño gritito.

—¿Estás bien? —preguntó el capitán mientras se levantaba de un salto.

—Eso creo —dijo ella—. Solo me he cortado.

—Deja que te ayude.

Onil tomó un paño de lino de la mesa de la cocina y lo usó para eliminar la sangre de la herida, después rasgó algunos pedazos, mojó un par de ellos en el agua enjabonada y la limpió antes de usar una tira de tela para vendarla.

—Escuece.

—Ya está. No es nada, se curará bien —informó el postulante—. Ahora siéntate un momento mientras recojo los pedazos rotos.

—Gracias, eres muy amable.

Nyala se acomodó en una silla y se sirvió algo de leche fresca en el otro vaso.

—¿Cuánto tiempo lleváis casados?

—Unos pocos meses —explicó la mujer—. Pero todavía no hemos podido ir de luna de miel. Las obligaciones de Nir como Corazón Bélico lo tienen muy ocupado, especialmente en este momento de tanta tensión para Darlime.

—Sí, tenemos enemigos por todas partes —admitió Onil con un suspiro resignado—. Pero no siempre fue así y esperamos que en un futuro la Legión de los Cien Corazones vuelva a disfrutar de la grandeza que le corresponde. Los Adeptos de Malesur y la Eclesía de Saül nos han hecho mucho daño, a decir verdad.

—Suenas como mi esposo —confesó Nyala, un mechón de rizos castaños le caía de manera casual sobre los ojos.

—He aprendido mucho de él —explicó Onil—. Es un gran hombre.

—Sí, sí que lo es. He tenido mucha suerte al casarme con él.

—Ambos la habéis tenido, eres una mujer estupenda.

—Gracias, solo hago lo que puedo —dijo ella sonrojada.

—Formáis una gran pareja.

—¿Verdad que sí? —De repente parecía más contenta.

—Seguro que el Corazón Bélico está deseando volver a su casa para estar contigo —aventuró él.

—Ahora que lo dices será mejor que empiece a preparar la cena. Creo que haré pollo, ahora tenéis mucho trabajo y quiero que Nir coma bien. ¿Te quedas a cenar?

—¿Yo? —el capitán alzó las cejas sorprendido—. Bueno, no sé si debería...

—¡Claro que sí! Por eso te he invitado.

—Bueno, ¿por qué no?

—¡Bien! Iré al corral a elegir un pollo para la cena. ¿Me ayudas con el delantal? No quiero mancharme el vestido de sangre cuando lo mate.

—Por supuesto.

El capitán se acercó a Nyala mientras esta se ponía la prenda y cogió las tiras de tela para anudarlas a la espalda de la mujer.

—¡Ay! ¡El pelo!

—¡Lo siento! —se disculpó él con apuro—. Se enredó con el tirante. Espera, déjame que lo suelte... ya está.

—Muchas gracias —dijo ella—. Iré a por el pollo.

—Muy bien, te esperaré aquí.

Onil observó a la bonita mujer que salía por la puerta en dirección a los corrales y sonrió.

—¿Cómo que no hay ni rastro de él? —Nirlem parecía a punto de estallar de pura ira—. ¡Tengo a la mitad de los postulantes y los caballeros de Lerian buscando a un único hombre, no es posible que pueda esconderse de todos!

—Lo... lo siento, señor.

—¡Tiene que estar en algún sitio! —bramó él—. ¿Acaso tenemos que esperar a que vuelva a matar para encontrarlo?

—Hacemos lo que podemos.

—¡Y no es suficiente, maldita sea! ¡Ovreuc está en nuestra ciudad y ya ha matado a varios de nuestros hombres!

—Lo sé, señor. Pondremos a más hombres a buscarlo, pero es todo lo que podemos hacer...

—¡Corazón Bélico! —un postulante entró corriendo en el despacho de

Nirlem en la Fortaleza Corazón, parecía llevar mucha prisa.

—¿Qué es lo que pasa ahora?

—Un chico ha traído una carta para vos, Paladín —dijo—. Aseguró que se la entregó uno de los nuestros.

—¿Una carta? ¿Estamos buscando a un asesino y me hablas de un estúpido correo? ¡Déjalo en el escritorio y ve a buscar a Lucius, dile que coja a una cohorte de postulantes y se una a la búsqueda!

—Sí, mi señor. Pero el envío...

—¡Olvídate de la maldita carta y ve a cumplir mis órdenes ahora mismo!

—¡En seguida!

El hombre dejó el mensaje sobre el escritorio y se marchó corriendo de nuevo mientras Nirlem continuaba impartiendo órdenes a sus subordinados, tenían que encontrar a Ovreuc antes de que volviese a derramar sangre.

Nyala miraba por una de las ventanas de su casa con expresión preocupada mientras estrangulaba la falda del delantal a causa de los nervios. Ya se había hecho de noche y no había ni rastro de su esposo.

—Parece que ya tarda —comentó con fingida despreocupación.

—Seguro que está muy ocupado —dijo Onil para intentar tranquilizar a la mujer—. No te preocupes por él.

—¿Crees que estará bien?

—Claro, ¿por qué no iba a estarlo?

—A lo mejor ese asesino lo ha encontrado. Tal vez él... él...

El capitán de la Legión se acercó a la mujer y le puso una mano en el hombro.

—Tranquila Nyala. Estoy seguro de que no le ha pasado nada, tu esposo es un gran guerrero y ningún asesino podría con él. Si ese criminal tiene la mala suerte de vérselas con el paladín, ten por seguro que caerá derrotado.

—Espero que estés en lo cierto, no soportaría que le pasase nada.

—Él tampoco que te pasase a ti, por eso me envió a protegerte.

—Deberías protegerle a él, yo no necesito un guardaespaldas. ¿Quién iba a querer lastimarme? Solo soy una mujer que nada tiene que ver con los asuntos de Darlime.

—Ya sabes que es solo por precaución.

Nyala sonrió conmovida por el cuidado con que la trataba el postulante, no le cabía duda de que estaba en buenas manos.

—El pollo va a enfriarse —comentó distraída—. ¿Quieres cenar?

—Sería un honor, pero no querría abusar de tu hospitalidad —respondió él.

—Tonterías, eres mi invitado y no voy a dejarte sin cenar. ¿Me ayudas a preparar la mesa? Tal vez tomemos otro trozo de pastel en el postre.

—Claro.

El postulante cogió los platos y los cubiertos que le tendía la mujer y los colocó en la mesa mientras ella sacaba el pollo del horno de piedra, los carbones encendidos desprendían un calor muy agradable.

—Esta noche lloverá —comentó—. El cielo está cubierto de nubes negras.

—Vendrá bien para los cultivos —añadió él.

—Sí, lo cierto es que hace mucha falta.

Nyala sirvió el pollo recién hecho y con la piel dorada y crujiente y ambos empezaron a comer.

—¿Te sirvo un poco de leche con el pollo? —preguntó Onil.

—Sí, por favor. Hay que beberla antes de que se estropee —la mujer sonrió y miró al capitán, que le servía leche de la jarra—. Tienes unos ojos muy bonitos —comentó—. Me encanta ese color verde.

—Los heredé de mi madre —confesó él mientras le tendía el vaso—. Toma, bebe.

Nyala aceptó de buen grado el ofrecimiento, estaba sedienta. Se tomó todo el líquido y bostezó mientras apartaba el plato.

—Estoy agotada —murmuró—. Creo que echaré una cabezadita hasta que llegue Nirlem.

—Claro, descansa. Yo me quedaré a tu lado y vigilaré que todo esté en orden.

—Gracias por cuidar de mí —dijo ella con los ojos cerrados.

Onil se puso en pie y la observó, después sonrió y se marchó de allí en silencio.

—Esto es una locura —refunfuñó Nirlem mientras se servía una copa del aguardiente que guardaba en el cajón de su escritorio—. ¡No puede haberse evaporado, tiene que estar en alguna parte!

El Corazón Próximo dio un largo trago del fuerte licor y miró por la ventana. Ya había anochecido y seguía sin encontrar ni rastro de Ovreuc, comenzaba a perder la esperanza de que lograsen dar con él y si las cosas que el asesino sabía salían a la luz harían mucho daño a la Legión de los Cien Corazones. La gente no dudaría en alzarse contra sus gobernantes si supiesen la manera en que estaban manipulando sus vidas.

Sin embargo en esos momentos de lo único que tenía que preocuparse era de encontrar a Ovreuc, pues si daba con él todos esos problemas desaparecían de un plumazo.

El Paladín miró hacia el cielo y advirtió que estaba cubierto de nubes oscuras, no tardaría en empezar a llover y probablemente esa noche habría tormenta. Era lo último que necesitaba, la lluvia y el viento no harían otra cosa que dificultar todavía más la búsqueda del fugitivo. Su único consuelo era que hacía unas pocas horas que había ejecutado en persona y ante los ciudadanos a un pobre desgraciado encerrado en el calabozo por robo y que tenía cierto parecido físico con Ovreuc, de esa manera el pueblo pensaría que el asesino de Kaeza Durgan había sido castigado. Ahora solo tenía que encontrar al de verdad y todo volvería a estar en orden.

La mirada del caballero fue hacia el humo que emergía por la chimenea de una de las numerosas casas que se veían desde la Fortaleza Corazón. Las vistas abarcaban las viviendas de buena parte de la ciudad, pero a él solo le importaba una casa con paredes de piedra y madera en la que sabía que le esperaba su esposa, la bonita y dulce Nyala. A juzgar por el humo que ascendía serpenteando desde la chimenea tenía el fuego encendido. Casi podía verla sentada delante de la lumbre y con algo, una mantita, cubriéndole las piernas para resguardarlas del frío de la noche. Habría dado cualquier cosa por estar sentado junto a ella y por disfrutar de la deliciosa cena que seguro había preparado para él y que probablemente ya estaría fría.

—Maldito asesino —gruñó—. Si no fuese por él ahora podría estar en casa con Nyala y con el estómago lleno en vez de aquí, solo y hambriento.

Se sentó en la silla de su escritorio y dejó la copa de aguardiente junto a la carta que le había llevado el mensajero horas antes. Clavó la mirada en el mensaje y lo cogió con un gruñido, de muy mal humor. Abrió el sobre y extrajo un trozo de papel que acercó a la llama del candelabro que iluminaba la habitación; así podría leerla. Sin embargo el papel no contenía palabras, tan solo unas manchas rojas y un mechón de cabello castaño. El caballero frunció el ceño y depositó el mensaje en su escritorio. A juzgar por su aspecto, la

sangre del papel debía llevar horas seca. Se sentó, cogió uno de los pelos con dos dedos y lo observó con curiosidad y extrañeza. ¿Qué significaba eso? Estudió el cabello, que era largo, castaño y ondulado. «Como la bonita melena de Nyala» pensó, con una sonrisa de bobo enamorado.

Como la bonita melena de Nyala.

Nirlem se levantó de un salto y la silla cayó al suelo con gran estrépito, pero no le importó. Mientras corría escaleras abajo con lágrimas en los ojos pidió, suplicó, que no fuese demasiado tarde, que su esposa siguiese con vida. Pero su corazón ya sabía la verdad.

La lumbre ya se había apagado cuando llegaron. Las cenizas descansaban frías entre los restos que quedaban en la chimenea. Sobre la mesa de la cocina vieron medio pollo asado en una bandeja de plata junto a dos platos con sobras y un par de vasos con restos de leche. Nirlem abrió la puerta con el corazón encogido por el miedo y corrió al interior de la casa, allí vio que Nyala descansaba en una de las sillas dispuestas alrededor de la mesa con la cabeza entre los brazos. El Paladín se acercó a ella y sonrió, por un momento había temido lo peor.

—Corazón Bélico, ¿está todo en orden? —preguntó uno de los postulantes que acompañaban al hombre.

—Sí, gracias —dijo él con una sonrisa cansada—. Temí que ese asesino hubiese ido a por mi esposa, pero me había equivocado.

—¿Cuáles son sus órdenes, señor?

—Seguid con su búsqueda, yo me retiro unas horas. Estoy agotado.

—Muy bien, que descanse.

Los soldados se marcharon y Nirlem cerró la puerta tras ellos. Se quitó el yelmo y se pasó la mano por el pelo revuelto y sudoroso, dejó el casco junto a la bandeja con los restos del pollo y miró sonriente a la bonita mujer, al parecer se había quedado dormida mientras lo esperaba.

El Paladín se despojó del cinturón en el que colgaba su espada, descolgó el escudo de su espalda y apoyó ambos junto a la chimenea.

—Despierta Nyala, vamos a la cama —dijo—. Estoy agotado, ha sido un día muy duro y no hemos encontrado ni rastro de ese maldito asesino en todo Leria. —Al ver que su esposa no se movía el caballero se aproximó a ella y se agachó a su lado mientras trataba de despertarla suavemente—. Por un momento temí que te hubiese pasado algo, amor mío. De ser así, yo...

yo... no sé qué habría hecho sin ti. —La mujer se derrumbó sobre el suelo como un fardo inerte, el Paladín la miró blanco como la cera y se arrodilló junto a ella—. ¡Nyala! ¡Despierta, por favor! ¡Despierta! ¡Vine a rescatarte, no tenía que pasarte nada! ¡Tienes que despertar! —No se movió, ni tan solo respiraba—. ¡No, no, no, no! ¡Dioses, no! ¡No me la arrebatéis! —El Paladín rompió a llorar desconsolado. Con la muerte de Nyala sentía como si le hubiesen arrancado un trozo de su propia alma. De pronto alzó la mirada como si hubiese recordado algo—. Mi hijo... —susurró mientras tocaba el vientre de la mujer—. También te has llevado a mi hijo, antes incluso de que naciese. Te mataré, Ovreuc. Juro que te mataré por esto. Lo juro y puedes estar seguro de que esta promesa la cumpliré.

Onil caminaba bajo la lluvia, se había despojado del uniforme de capitán y vestía tan solo unas sencillas ropas de tela que chorreaban agua a causa de la tormenta. El viento azotó su cabello, que comenzaba a clarear por la lluvia. Un reguero de agua oscura le corría por el cuello y le calaba la espalda mientras el pelo comenzaba a recuperar su característico tono rubio a medida que se diluía la tinta que había utilizado para teñirlo de negro.

—Tendré que esperar a que vuelva a crecerme la barba refunfuñó mientras se frotaba las mejillas lisas sin dejar de caminar.

Había sido todo mucho más fácil de lo que esperó en un primer momento. A nadie se le ocurrió ir a ver si la esposa del Corazón Bélico estaba a salvo, de manera que pudo ocultarse toda la tarde allí mientras la ciudad entera le buscaba. Eso le había permitido disfrutar de una conversación amena, de una compañía agradable y un sitio caliente donde descansar mientras lo buscaban. Incluso había tomado una cena estupenda y un buen trozo de pastel, todo regado con leche fresca.

El hombre recordó sus movimientos. Para encontrar a la mujer solo tuvo que preguntar a las verduleras del mercado, que estuvieron encantadas de hablarle de Nyala con pelos y señales. Capturar y eliminar a uno de los miembros de la Legión de los Cien Corazones que le buscaban por toda la ciudad había resultado muy sencillo, si acaso la única dificultad que encontró fue localizar a la víctima adecuada: necesitaba a un capitán de los postulantes, pues un soldado raso no habría encajado con el cometido de proteger a la esposa del Paladín y era posible que esta conociese a buena parte de los Corazones Próximos que trabajan bajo las órdenes de su marido,

por lo que tampoco podía intentar hacerse pasar por uno de ellos. El disfraz no fue complicado, simplemente tuvo que preocuparse por cambiar su aspecto lo suficiente como para evitar ser reconocido en un primer vistazo por alguien que ya le conociese como Kino. Todo Lerian le había visto apuñalar al hombre de la Eclesía de Saül y no dudaba que alguien lo habría identificado incluso vestido de postulante. Pero lo más sencillo fue convencer a la mujer de que era quien decía ser. Nyala resultó ser una joven muy ingenua e inocente que creyó ciegamente todo lo que le dijo. Utilizar la sangre del paño con el que le había limpiado la herida y el mechón de pelo que le cortó cuando le ayudó a atarse el delantal había sido obra de un profesional, así como el envío de la carta al Paladín. Habría preferido que el Corazón Bélico acudiese cuando recibió la carta, pero al parecer algo le impidió hacerlo. Su idea inicial había sido matar a la mujer delante de Nirlem para después matarlo a él y completar así su venganza, pero este segundo asesinato tendría que esperar un tiempo.

Curiosamente lo que más le había costado fue echar el veneno en la leche que sirvió a Nyala. Lo hizo así porque quería darle una muerte limpia, la mujer no merecía que mutilase su cuerpo. Probablemente tampoco que la matase, pero tenía que darle una lección a Nirlem y ese era el más duro golpe que podía asestarle. Nyala había resultado una persona encantadora, pero así eran los asuntos de negocios. Nada personal, desde luego.

Tal vez después de eso Nirlem aprendería que nadie jugaba con el mejor asesino de todo Darlime.

Un sonido de pasos alertó a Ovreuc, que corrió hacia las sombras y desapareció en la noche.

7

El presente.

Cuando el ente espectral extrajo la mano de la cabeza de Ovreuc este no pudo reprimir una arcada y vomitó en el suelo. Se sentía mareado y a punto de perder el sentido.

—Es necesario que resistas —dijo la criatura fantasmal—. He de saber más.

—¿Quién... quién eres? —balbuceó el asesino—. ¿Y qué es lo que quieres de la Legión de los Cien Corazones?

—Venganza, no quiero otra cosa. Respecto a quién soy te aseguro que dentro de poco tiempo Darlime me recordará. Será cuando arrebate a la Legión el dominio de Darlime y...

—Te equivocas —le interrumpió Ovreuc.

—¿Qué has dicho?

—Que te equivocas. Ahora es mi gente, los Neonatos, quien está al mando. Los caballeros tuvieron que huir y esconderse o habríamos acabado con todos ellos, te lo aseguro. No somos un enemigo fácil de batir.

El caballero de la muerte miró al hombre con sus ojos como ascuas ardientes mientras trataba de dilucidar si le estaba diciendo la verdad o se trataba de una mentira.

—No es eso lo que he visto en tu mente.

—No has visto nada —aclaró Ovreuc con una sonrisa.

—He visto que los habitantes de Darlime me recuerdan —dijo el caballero espectral, su voz mostraba satisfacción—. El gobierno de la Hermandad... no... de la Legión de los Cien Corazones ha demostrado ser tan pésimo como yo aventuré hace ya tanto tiempo.

El asesino miró al ente con la boca abierta. ¿Era posible que él fuese...?

—Por los dioses... —balbuceó.

—¿Ya has descubierto quién soy, mortal?

—El Rey Caído —respondió este—. El antiguo rey de Darlime que fue derrocado por la traición de la Legión de los Cien Corazones.

—Entonces ya sabrás qué es lo que pretendo.

—Quieres destruir a la Legión —supuso Ovreuc—. ¿Pero entonces por qué nos has atacado a nosotros?

—No lo entiendes, mortal. Mi objetivo no es solo la Legión de los Cien Corazones, sino que pretendo tomar Darlime como me corresponde por derecho. Cualquiera que se oponga a mi ejército será considerado el enemigo. Todo aquel que no doble la rodilla ante mí morirá para servirme en la otra vida. Pronto recuperaré el lugar que me corresponde y destruiré a todo aquel que se interponga en mi camino. A los líderes de los caballeros, como ese tal Nirlem al que tanto odio tienes, les reservo un destino especialmente terrible.

—Nirlem es mío —dijo el asesino con un brillo de fría determinación en los ojos.

—¿Acaso esperas salir vivo de aquí, mortal? —La gélida e inhumana voz del espectral Jeryk Malakoy, el Rey Caído, se clavó en el cerebro de Ovreuc que sintió que la cordura se le escurría entre los dedos.

—Detente —balbuceó—. ¡Detente!

—No vuelvas a desafiarme —advirtió el caballero de la muerte, el malestar que había invadido al asesino desapareció de repente.

—Ya tienes lo que querías, ahora deja que me vaya.

—No hemos terminado, mortal —negó el fantasma—. Todavía no. Ya sé todo lo que necesito saber sobre la Legión y sus aliadas, pero antes dijiste que ahora son los Neonatos los que gobiernan Darlime.

—Sí.

Ovreuc sabía que no le habría servido de nada tratar de engañar al espectro. Parecía capaz de ver a través de sus palabras y ya había quedado claro que era capaz de meterse en su cabeza.

—Quiero conocer a tus Neonatos. He de saber de qué son capaces pues para recuperar Darlime tendré que pasar también por encima de ellos.

—Prefiero morir a traicionar a mi gente —advirtió el asesino, que extrajo una de sus dagas y pinchó suavemente con la punta en su propio cuello—. Te lo advierto.

—¿Me lo adviertes? Las ascuas ardientes que eran los ojos del Rey Caído ardieron con más fuerza—. ¿Me lo adviertes?

Ovreuc no pudo evitar quedar atrapado por la mirada de Jeryk Malakoy y poco a poco este usó su poder para obligarle a bajar el arma hasta que finalmente no tuvo más remedio que soltarla.

—Maldito... seas...

—Maldito... no eres el primero que me llama así. Me gusta ese nombre, mortal. Sí, los Malditos de Malakoy, así será conocida mi hueste de espectros y muertos vivientes. Pero ahora debemos continuar, he de aprender sobre tus

Neonatos. No trates de resistirte, ya deberías saber que no te resultará posible. Pero te prometo que esta vez será la última. Cuando tenga lo que quiero saber te mataré para que te unas a mi ejército en la no vida. No seguirás sufriendo.

8

Caldara, cuatro años antes de la caída de la Legión de los Cien Corazones.

—Soy Ixxen, Comandante del Gremio de Ingenieros de los Neonatos. Tenemos que hablar. El Maestro tiene una oferta para ti.

Ovreuc levantó la mirada de su jarra de cerveza y parpadeó confundido, ninguno de esos nombres le resultaban conocidos.

—¿Ixxen? ¿El Maestro? ¿Los Neonatos? ¿De qué estás hablando? —preguntó desconcertado.

Se encontraba en la vieja taberna El Anillo de Caldara, un lugar acogedor y humilde donde cualquiera podía encontrar un rincón en el que ahogar sus penas sin ser molestado. O al menos eso era lo que se decía, pero la presencia allí de esa mujer le hizo dudar de la veracidad de semejantes palabras. El asesino advirtió que se trataba de una joven varios años menor que él, de largo cabello dorado y ojos castaños y alegres que en esos momentos lo estudiaban con interés. La joven dejó escapar una risita.

—No eres como yo me había imaginado —confesó la desconocida mientras se apartaba del rostro el cabello color miel y se sentaba junto a él. Con un gesto pidió una bebida al desaliñado camarero del lugar—. No tienes aspecto de asesino.

—¿En serio? —Ovreuc sonrió y decidió que le gustaba esa joven, fuese quien fuese—. ¿Qué esperabas? ¿Una figura oscura y siniestra embozada en ropajes negros? ¿Alguien con la cara oculta y que bebiese escondido en el rincón más oscuro de la taberna?

—Bueno, a decir verdad sí —dijo ella con una risa alegre—. En cualquier caso me alegro de encontrarte por fin, Ovreuc.

—Así que realmente sabes quién soy. En ese caso deberías presentarte, tal vez así igualemos las cosas. No me gusta jugar en desventaja.

—Soy Ixxen, experta tiradora.

—¿Experta tiradora? ¿No te lo tienes un poco creído? —preguntó el hombre. En esos momentos el camarero depositó ante ella una jarra de cerveza dorada.

—Curiosas palabras viniendo del autonombado mejor asesino de Darlime —replicó ella.

—No te discutiré eso.

Ambos echaron a reír, después cogieron sus respectivas jarras y bebieron un largo trago.

—No está nada mal —concedió la chica, relamiéndose.

—Bueno, ¿qué quieres de mí? No es habitual que mis clientes sepan quién soy antes de que me presente. De hecho tendría que haberte matado por ello, pero siento curiosidad —explicó Ovreuc medio en serio y medio en broma.

—No me obligues a dispararte —replicó ella con una bonita sonrisa.

El asesino advirtió que llevaba consigo una extraña arma de madera y acero terminada en varios cañones cilíndricos que descansaba cerca de ella, lo suficiente para poder empuñarla de inmediato si la necesitaba.

—No estoy seguro de si me hablas en serio o en broma.

—Yo tampoco, pero sí que sé que no te gustaría probar uno de mis besos de pólvora —advirtió ella mientras acariciaba con cariño su arma.

—Besos peligrosos los tuyos, pero incluso así creo que me arriesgaría con uno.

—Teniendo en cuenta que hace un momento que nos conocemos y que además acabo de amenazarte, deberías tomártelo con más calma, galán —dijo la tiradora con una risita encantadora—. Además, soy mucha mujer para ti.

—Eso habría que verlo.

—Claro. ¿Quieres que hablemos ahora de lo que me ha traído hasta ti o prefieres esperar a que termine de tontear conmigo? —preguntó ella, después se apartó un mechón de pelo con un gesto que rebosaba seguridad.

—Preferiría tontear un rato más —aseguró él con una carcajada—. Pero el trabajo es lo primero. ¿Cómo me has encontrado?

—Mi gente tiene muchos contactos, suficientes incluso para dar con alguien como tú.

—¿Tu gente?

—¿Has oído hablar de los Neonatos?

—Muy vagamente —confesó el asesino, que advirtió que la mujer había disminuido considerablemente el tono de voz y miraba a su alrededor para asegurarse de que nadie les estaba escuchando.

—¿Qué es lo que sabes?

—A decir verdad, muy poca cosa —confesó—. Se dice que es un grupo, rebelde y enemigo de la Legión de los Cien Corazones, cuyo propósito no es otro que el de arrebatarse a los caballeros el poder de Darlime. Es todo lo que sé sobre vosotros.

—Es la ventaja de formar parte de un grupo secreto —bromeó la mujer.

—Si es cierto eso de que os oponéis a la Legión, me interesa lo que sea que quieras decirme. ¿Cómo es eso que dicen? El enemigo de mi enemigo...

—Es mi amigo —terminó Ixxen—. Aunque no siempre sucede así. ¿Pero qué tienes tú contra la Legión de los Cien Corazones?

—Tuve un... desacuerdo con Nirlem el Paladín. Desde ese día, hace ya dos años, su nombre encabeza mi lista de objetivos.

—¿Entonces cómo es que sigue vivo?

—He estado ocupado —dijo él con un encogimiento de hombros—. Además, tuve que huir de Lerian y venir al sur, donde queda fuera de mi alcance. Pero cuando regrese ajustaremos cuentas. ¿Y qué hay de vosotros? ¿Qué es lo que tenéis que ofrecerme? ¿Y quién es ese Maestro?

—Hace mucho tiempo fue un miembro del Latir Explorador de la Legión de los Cien Corazones, pero eso fue hasta que recibió un regalo que le dota de un poder más allá de lo que ningún humano puede soñar.

—¿Qué clase de regalo?

—Un don, una bendición, un talento... como quieras llamarlo. El Maestro posee el poder de dotar de vida a lo inanimado, como si de un dios se tratase. Con sus habilidades los Neonatos disponen de una gran ventaja sobre sus enemigos y es en sus talentos en los que se basa el poder de la alquimia que nuestros compañeros practican. Pero será mejor que veas tú mismo a qué me refiero cuando te lleve ante el Maestro.

Ixxen apuró la cerveza, sus ojos castaños reflejaban el fuego de la lumbre que el tabernero acababa de encender en la chimenea—. Lo que voy a contarte es alto secreto, Ovreuc —advirtió—. Solo los miembros de los Neonatos pueden saberlo. Si te lo cuento y al final decides no unirme a nosotros, uno de los dos tendrá que morir.

—Lo comprendo, pero no creo que fuese capaz de matar a una mujer tan encantadora como tú —dijo él arrancándole otra sonrisa a la tiradora.

—Yo no dudaré en hacerlo si la situación así lo requiere —advirtió ella, repentinamente seria de nuevo—. No con el futuro de mi gente en juego.

—Debe ser un hombre muy importante ese Maestro.

—Lo es, y más poderoso que el propio Rodanes. Pero será mejor que empiece por el principio.

—Estoy ansioso por escuchar tu historia.

—Verás, en realidad el surgimiento de los Neonatos era algo obvio, dada la ideología que la Legión de los Cien Corazones impone en Darlime.

Existen muchos estudiosos y científicos con grandes ideas que podrían permitirnos obtener notables mejoras en campos que van desde la medicina hasta la mecánica, pasando por alquimia, construcción y muchos otros—. Ixxen llamó al camarero con un silbido y tras echar un fugaz vistazo a la jarra casi vacía de Ovreuc levantó dos dedos de la mano. El hombre asintió y fue hacia la barra—. Como bien sabes, los caballeros comandados por Rodanes están en contra de cualquier cosa que escape a su comprensión, lo que en realidad es casi todo. He visto morir a gente porque no se ha permitido a médicos con técnicas innovadoras aplicar sus conocimientos. Es más, estos mismos estudiosos han sido acusados de traidores por sus prácticas en demasiadas ocasiones como para que pueda acordarme de todas.

—Sé a qué te refieres, toda práctica no autorizada por la Legión se considera prohibida y por lo tanto aquel que la lleve a cabo será un traidor.

—Exactamente. Por eso surgieron los Neonatos, para trabajar en todo aquello que la Legión de los Cien Corazones rechaza y que sin embargo puede suponer una revolución para el futuro de las gentes de Darlime.

—Todo eso está muy bien, pero no me interesa la tecnología —confesó el asesino mientras el camarero dejaba ante ellos dos jarras llenas y un plato de barro con hogazas de pan y trozos de queso.

—No, aunque tal vez te interese el objetivo actual de los Neonatos: derrocar a la Legión y hacerse con el control de Darlime —añadió Ixxen, que cogió uno de los pedazos de pan y le dio un mordisco.

—Ya veo.

—Tenemos un objetivo en común, Ovreuc. Tú también odias a la Legión de los Cien Corazones.

—Eso parece. Pero aunque tengo claro por qué vosotros necesitáis mi ayuda, no consigo comprender para qué podría yo querer la vuestra.

—¿Acaso piensas llegar hasta Nirlem tú solo? Por más que tengas fama de ser el mejor asesino de Darlime, no creo que seas capaz de hacerlo. Probablemente seas el hombre más buscado en Lerian.

—Me subestimas.

—Y tú subestimas a la Legión. Pero hablemos de lo que podemos ofrecerte nosotros a ti, Ovreuc.

—A ver si eres capaz de sorprenderme.

—Verás, los Neonatos están divididos en distintos grupos con funciones muy diferenciadas: los ingenieros, especializados en tecnología y mecánica; los alquimistas, que utilizan poderes desconocidos hasta ahora por

los humanos; y la orden del Águila Engranada, nuestro brazo militar.

—¿A cuál perteneces tú?

—A los ingenieros.

—Entonces además de ser una joven muy atractiva eres todo un cerebritito, ¿eh? —Ixxen esbozó una sonrisa ante el doble elogio.

—En realidad no soy una ingeniera, sino la líder del Gremio de Ingenieros —confesó ella, con un sencillo gesto se colocó un mechón de pelo tras la oreja.

—Vaya, estoy impresionado —dijo Ovreuc.

—Cuando te unas a nosotros me encargaré personalmente de prepararte un par de artilugios que podrán serte muy útiles en tu trabajo, ¿qué te parece?

—Que todo eso está muy bien, pero creo recordar que todavía no he aceptado unirme a vosotros. A decir verdad no consigo comprender qué interés tenéis en alguien como yo.

—Necesitamos un bisturí.

—¿Un bisturí? No comprendo a qué te refieres, Ixxen.

—Te lo explicaré. En estos momentos nos vemos obligados a actuar desde las sombras, pues la Legión de los Cien Corazones no toleraría nuestra existencia. Tenemos que movernos de manera discreta y silenciosa, sin llamar la atención sobre nosotros. Para eso necesitamos un cuarto grupo, uno que domine las artes del sigilo y el asesinato y que nos permita llevar a cabo aquellas operaciones que requieran total precisión. Como un bisturí.

—Ah, ya veo. Y supongo que queréis que forme parte de ese grupo. Pero debéis saber que no llevo bien eso de obedecer órdenes.

—No creo que eso sea un problema: en realidad lo que queremos es que dirijas ese grupo, Ovreuc. El Maestro te quiere al mando del Gremio de Asesinos de los Neonatos. Tendrías a tu disposición todos los recursos de los otros gremios y a un nutrido grupo de asesinos, además tan solo tendrías que responder ante el propio Maestro.

—He de confesar que suena interesante, pero no estoy seguro de querer formar parte de todo esto.

—No puedes enfrentarte tú solo a todos los caballeros bajo el mando de Nirlem.

—No necesito hacerlo, tan solo he de llegar hasta él. No tengo nada en contra de los demás.

—¿Y crees acaso que te lo pondrá fácil? Estás en desventaja, Ovreuc, lo mires como lo mires.

—Nunca me han dado miedo los desafíos.

—Pero si te unes a nosotros tendrás a todos nuestros asesinos bajo tus órdenes, eso te permitirá nivelar las cosas. Podrás emplearlos para tu venganza personal si así lo deseas.

—La oferta es muy tentadora.

—Hay más: cuando derroquemos a la Legión y tomemos el control de Darlime estarías con los ganadores. Puedes ser un fugitivo y pasar los próximos años escondiéndote o puedes conseguir más poder del que nunca serías capaz de alcanzar por ti mismo.

—Pondré ciertas condiciones y no aceptaré una negativa en ninguna de ellas —advirtió el asesino mientras se llevaba a la boca un trozo de queso.

—Tú dirás —dijo Ixxen, que cogió otro pedazo

—En primer lugar seré yo el que seleccione a mis hombres, no quiero a nadie entre mis asesinos que no haya elegido personalmente.

—Me parece razonable.

—En segundo lugar quiero absoluta independencia. Respetaré a ese Maestro y actuaré en beneficio de los Neonatos, pero no quiero que nadie se atreva a interponerse en mi camino ni a decirme cómo tengo que hacer mi trabajo.

—Muy bien. Como te expliqué antes tan solo tendrías que responder ante el Maestro, eso no será un problema. ¿Hay alguna otra cosa?

—En realidad sí —confesó Ovreuc, que se incorporó, atrajo a la mujer hacia él y la besó.

—¡Eh! —exclamó ella empujándolo—. ¿Qué te has creído?

—Estás sonriendo —observó él con sus ojos verdes clavados en los de la joven.

—¿Esta es tu tercera condición? —preguntó ella mientras trataba de ocultar una sonrisa divertida.

—Más o menos —respondió él con una carcajada—. ¿Te parece mal?

—Podemos hablarlo —dijo Ixxen entre risas—. ¿Entonces estás con nosotros?

—Eso creo. Sospecho que va a ser muy divertido formar parte de todo esto.

—Te aseguro que sí. Ahora tenemos que ponernos en marcha, el Maestro nos espera. Tengo entendido que ya tiene una primera misión para ti y antes debes reclutar a los primeros miembros del Gremio de Asesinos.

Ovreuc alzó su jarra de cerveza y miró a la ingeniera con una sonrisa.

—Por los Neonatos —dijo.

—Por los Neonatos —secundó ella mientras brindaban, después apuraron sus bebidas.

9

—Ya están aquí, Maestro.

El aludido apartó la mirada de los pergaminos que tenía ante él y dejó la pluma en el tintero. Solo entonces miró fijamente al joven discípulo, que bajó la mirada intimidado. Resultaba muy difícil no sentirse abrumado por la fuerza que desprendía el líder de los Neonatos, de quien nadie sabía el verdadero nombre y ni tan solo cómo era su rostro. Su pasado también resultaba un completo misterio del que nadie sabía nada, se decía que fuese quién fuese antes de los Neonatos, esa persona murió cuando se cambió el nombre por el de Maestro y ocultó su rostro tras una máscara de cuero negro que tan solo permitía ver sus ojos oscuros y duros. El hombre se incorporó y se alisó la túnica blanca que vestía.

—Hazlos venir, debo hablar con ellos de inmediato —ordenó.

El Maestro se sentía complacido por poder reunirse al fin con Ixxen y el nuevo recluta de sus Neonatos, alguien de quien esperaba grandes cosas. Con un gesto de la mano despidió a su discípulo, que se marchó apresuradamente para cumplir con sus órdenes. Mientas tanto el hombre de la máscara de cuero negro amontonó los pergaminos en los que había estado trabajando y se volvió hacia los gruesos volúmenes sobre alquimia amontonados en su escritorio. Sintió hormigear el poder de la Quintaesencia por su cuerpo y lo dejó fluir. Los pesados libros comenzaron a levitar hacia los estantes de roble, movidos por un poder superior que los dotaba de vida propia. Después hizo otro gesto con las manos y los pergaminos se enrollaron. Uno a uno comenzaron a deslizarse dentro de estuches que a su vez rodaron y saltaron hasta quedar amontonados en uno de los estantes.

¿Cómo podría la Legión de los Cien Corazones enfrentarse a algo así? ¿Cómo iban a poder unos caballeros hacer frente al poder divino que el Maestro poseía? El hombre recordó la manera en que, tiempo atrás, la diosa Salssa'el le había hecho entrega de las habilidades que le permitían dominar la Quintaesencia a voluntad. Después de ese día comprendió que si alguien podía derrotar a la Legión de los Cien Corazones era él. Desde que la orden comandada por Rodanes Brazo de Metal derrocara a la estirpe de los Malakoy para ocupar el poder, la situación de los habitantes de Darlime apenas había mejorado, pues cualquier avance científico o mecánico que se saliese de lo que era la norma era prohibido y rechazado por la Legión. Sin

embargo eso cambiaría cuando los Neonatos estuviesen en el poder y los estrictos y conservadores caballeros no fuesen más que un recuerdo para las gentes de Darlime.

—Saludos, Maestro. —Ixxen agachó la cabeza en señal de respeto, el asesino se encontraba junto a ella y miraba al líder de los Neonatos con sorpresa, desconcertado por el aspecto de este.

—Hola, Ixxen. Bienvenido, Ovreuc. He oído hablar mucho de ti.

—En cambio yo no había escuchado absolutamente nada de ti hasta hoy mismo.

—De eso se trata —recordó el Maestro—. Supongo que Ixxen te habrá informado de mi propuesta, ¿verdad?

—Sí Maestro, lo hice —dijo ella—. Ha aceptado el trato.

—Bien, eso es fantástico. Seguro que conseguiremos grandes cosas juntos. ¿Debo entender entonces que ya conoces tus funciones dentro de los Neonatos?

—Más o menos. Ya le he transmitido mis exigencias a Ixxen.

—Estupendo. Debes saber que tu función principal aquí será la de salvaguardar el secreto que suponen los Neonatos de cara al resto del mundo. Nadie debe saber que existimos, pues de lo contrario la Legión podría tratar de enfrentarse a nosotros para detenernos. Si eso sucede antes de que estemos preparados todos nuestros planes podrían echarse a perder.

—Comprendido —asintió Ovreuc—. ¿Cómo se supone que debo hacer algo así?

—Tenemos espías e infiltrados en todo Darlime, si alguien comienza a hacer preguntas sobre nosotros lo sabremos de inmediato. Cuando eso pase será tu trabajo encargarte de que eliminar el peligro que supondría para nosotros una persona así.

—Es mi especialidad —recordó el asesino.

—Hay más. En ocasiones invitamos a algún científico o ingeniero destacado a unirse a nosotros, así como a alguna otra persona influyente cuyos ideales coinciden con los nuestros. Por supuesto siempre nos aseguramos de no equivocarnos de candidato, pero en ocasiones alguno de esos candidatos rechaza nuestra oferta, casi siempre motivados por una lealtad mal entendida. Si eso pasa, también deberás encargarte de ellos, pues como digo nadie fuera de los Neonatos debe saber quiénes somos realmente

ni qué es lo que pretendemos.

—Pero existen muchos rumores sobre vosotros —observó Ovreuc.

—Los rumores nos benefician, pues gracias a ellos la Legión de los Cien Corazones sabe que existimos pero es incapaz de conocer nada más sobre nosotros. Se sentirán amenazados aunque no sabrán qué es lo que pretendemos realmente ni de qué somos capaces hasta que decidamos mostrárselo de primera mano.

—Muy bien, así lo haré. Comenzaré a buscar candidatos para mis asesinos. No tardaré en tener un buen grupo bien preparado.

—Buen trabajo. Por cierto, pondré a alguien a tu disposición para que te ayude en tu labor como líder del Gremio de Asesinos.

—De eso nada.

—No es negociable, Ovreuc.

—Maestro —intervino Ixxen—, acordé con él que dispondría de una total independencia y que podría elegir personalmente a todos y cada uno de sus asesinos.

—Y así será, pero deberá aceptar a Rabe le guste o no.

—No —insistió el asesino—. Ni hablar.

—¿Ni siquiera aceptarás considerarlo? —preguntó la mujer—. Al menos podrías conocerlo antes de rechazarlo, podría ser un asesino con talento.

—No es un asesino —informó el Maestro—. Será competencia tuya entrenarlo para que pueda operar con tus hombres. Su misión será permanecer siempre a tu lado y apoyarte en las labores de mando, ya que ha sido preparado como estratega.

—¿Pones en duda mis capacidades de mando?

—No se trata de eso. Escucha, Ovreuc: tú eres un hombre de acción antes que un líder y cuando llegue el momento en que tú y tus asesinos tengáis que entrar en combate no podrás permitirte impartir órdenes y dirigir una estrategia mientras acechas a un objetivo. La función de Rabe es suplir esa carencia.

—Sigo sin estar conforme con esto.

—Haremos una cosa: conócelo, habla con él y después volveremos a hablar del tema. Si no lo quieres bajo tu mando, no te obligaré a aceptarlo.

—Antes dijiste que no era negociable.

—Cierto, pero sé que lo aceptarás gustoso. Ixxen, lleva a nuestro nuevo compañero ante Faloren. Que éste le muestre a Rabe.

—¿Faloren, el alquimista? —preguntó Ixxen—. ¿Entonces Rabe es...?

—Haz lo que te he dicho —interrumpió el Maestro.

—Enseguida. Acompáñame, Ovreuc —pidió la ingeniera.

—Yo no...

—Por favor —insistió ella—. Ven.

El asesino miró a la joven, que le devolvió una mirada dulce e inocente cargada de súplica.

—Está bien —gruñó al fin—. Eres una manipuladora.

—Lo que pasa es que no puedes resistirte a mis encantos —bromeó ella con una risita—. Vamos.

Los dos compañeros se marcharon bajo la atenta mirada del Maestro, que sonrió bajo la máscara. Al asesino le esperaba una gran sorpresa. Por fin iba a comprender realmente quienes eran los Neonatos y de qué eran capaces.

—Profesor Faloren, este es Ovreuc. Será el líder del nuevo Gremio de Asesinos —anunció Ixxen con una gran sonrisa de satisfacción—. Ovreuc, el Profesor Faloren. Es uno de nuestros mejores alquimistas.

Un hombretón se limpió las manos en una sucia bata de lino y miró con desconfianza a la nueva incorporación de los Neonatos. A juzgar por su aspecto bruto y su expresión dura, cualquiera lo habría relacionado antes con un matón o un guerrero que con un científico. Al parecer, su cerebro debía ser todavía más impresionante que su musculoso cuerpo.

—¿Este alfeñique? —dijo el alquimista—. No es así como me imaginaba al famoso Ovreuc.

—Para ser justos tampoco es así como uno se espera que sean los científicos —se defendió el aludido mientras fruncía el ceño—. Al parecer la vida está llena de sorpresas.

Una sonora carcajada resonó en el laboratorio y el hombretón palmeó la espalda del asesino, que estuvo a punto de caer al suelo a causa del golpe. Sin embargo logró mantener el equilibrio en el último momento.

—El Maestro quiere que conozca a Rabe —informó Ixxen.

—Ah, por supuesto. Esperad aquí.

El alquimista se dirigió a una esquina del laboratorio y abrió una puerta semioculta en la pared. Después desapareció en las tinieblas que había al otro lado.

—Un individuo peculiar —comentó Ovreuc.

—Todos aquí lo son, en realidad —dijo Ixxen.

—A mí tú me pareces de lo más normal.

—¿Te parece normal una chica que adora jugar con grandes armas de pólvora? —bromeó ella.

—Bueno, visto así...

—Por aquí, pequeño —ambos guardaron silencio al escuchar la voz del Profesor Faloren y prestaron atención a la puerta. No tardó en aparecer el hombretón, que empujaba ante él a una criatura que arrancó una expresión de profundo asombro a Ovreuc.

—¿Qué es eso? —preguntó con los ojos como platos—. No se parece a nada que yo conozca.

—Ni tú ni nadie fuera de los Neonatos —puntualizó el científico con orgullo—. Lo que estás viendo es el resultado de unir nuestros conocimientos de alquimia con el dominio de la Quintaesencia del Maestro: te presento a los kluch.

El kluch, como lo había llamado el hombre, era una criatura pequeña y de aspecto frágil, no más grande que un niño de siete años. Pese a que tenía un cuerpo básicamente humanoide resultaba también muy diferente a cualquier persona. Ovreuc lo miró de arriba abajo sin poder evitar la sensación de que se asemejaba al cruce entre un hombre pequeño y una rana, o tal vez una tortuga sin caparazón. En su rostro no podían verse nariz, orejas ni rastro alguno de pelo, mientras que la cabeza se mostraba aplastada y ligeramente estirada. Una protuberancia ocupaba el lugar en el que tendría que haber estado la nariz y otras dos sustituían a la cejas. Poseía también unos brazos tan largos que les rozaban las rodillas y sus manos y pies contaban con tan solo cuatro dedos cada uno. Tenía los músculos fibrosos y bien definidos pese a su delgadez y su piel adquiría un color azul oscuro muy similar al del cielo durante la noche. Sin embargo, pese al extraño aspecto del ser, lo que más sorprendió a Ovreuc fue la mirada que este poseía: en sus ojos brillaba una inteligencia y una perspicacia que muy pocos humanos poseían. No cabía duda de que era la mirada de una criatura con un elevado intelecto.

—Rabe, este será tu amo desde hoy —informó el Profesor Faloren mientras señalaba al asesino con un gesto despreocupado—. Asegúrate de servirle bien.

—Sí, profesor —respondió el ser con una voz ligeramente aguda pero que no llegaba a ser molesta, después se volvió hacia el asesino—. Es un honor, amo. Haré lo posible para servirlos con eficacia y me esforzaré por

aprender todo lo que tengáis que enseñarme.

—Todavía no he dicho que vaya a aceptarte, pequeñajo —replicó el aludido mientras torcía el labio—. No veo de qué utilidad me puede ser alguien como tú.

—Es muy mono —intervino Ixxen, que miraba al kluch con los ojos muy abiertos.

—Corrección, soy un kluch —replicó Rabe—. Amo si me permite explicarme me gustaría detallarle una lista de razones por las que no debería apresurarse tanto en rechazar mis servicios.

—Adelante —dijo este con un suspiro de pesar—. Pero date prisa.

—Comenzaré con la parte estratégica. Mis creadores se han asegurado de que conozca todo lo que es necesario saber sobre las distintas razas y agrupaciones que pueden encontrarse en Saphir. Por la cara de sorpresa que pone, amo, comprendo que no ha sido informado de ello. Pues bien, debe saber que se nos asignarán misiones que pueden llevarnos a enfrentar no solo a la Legión de los Cien Corazones y a las Mercenarias de Isha, sino también a los Vástagos de Kurgan, las Manadas de Urueh y los Adeptos de Malesur. Además tengo amplios conocimientos sobre la Eclesía de Saül e incluso los Carroñeros de las Profundidades. De esta manera mis aptitudes pueden resultar muy útiles en caso de tener que actuar contra cualquiera de ellos.

—Muy bien, en eso puedes tener algo de razón —admitió el asesino.

—Por otra parte también hay que tener en cuenta mi utilidad en el campo de batalla.

—¿Y qué utilidad podría ser esa?

—Como líder del Gremio de Asesinos, amo, su lugar durante una batalla es en la vanguardia, acechando a nuestros enemigos y buscando la forma de causarles el máximo daño posible mientras dirige a sus hombres. Sin embargo también necesitará a alguien capaz de ocuparse de organizar a aquellos que permanezcan en retaguardia y a ese fin he sido instruido en estrategia y tácticas de combate.

—¿Qué tipo de estrategias y tácticas?

—Domino una amplia gama de técnicas sobre toda clase de maniobras y astucias, desde las utilizadas por el extinto linaje de los Malakoy hasta las utilizadas más recientemente por la Legión de los Cien Corazones, así como todas las ideadas para nuestras propias tropas. Además también he estudiado el tipo de formaciones y movimientos utilizados por otros pueblos, tales como...

—Es suficiente —interrumpió Ovreuc—. ¿No es un poquito repelente?

—Pero amo, todavía no me ha dejado hablarle sobre...

—He dicho que es suficiente, va a estallarme la cabeza. ¿Sabes pelear?

—Mis habilidades en combate son más bien escasas, sin embargo podría defenderme en caso de verme amenazado.

—¿Sabes al menos moverte en silencio?

—No, pero estoy dispuesto a aprender todo lo que el amo tenga a bien enseñarme. Soy un alumno esforzado y muy comprometido, como estoy seguro de que tendrá ocasión de comprobar.

—¿Nos lo podemos quedar? —preguntó Ixxen mientras se agarraba a un brazo de Ovreuc y dejaba escapar una risita.

—¿Por qué me pasa esto a mí? —gimió Ovreuc mientras miraba con cierto reproche al kluch—. Está bien, pero si me estorbas en algún momento te devolveré al laboratorio de una patada en tu culo azul.

—Gracias por confiar en mis habilidades, amo, aunque la patada es innecesaria. Solo debe ordenarlo y yo mismo...

—¡De acuerdo, lo he entendido! ¡Ya es suficiente! ¡Y deja de llamarme amo! ¿Dónde puedo tomar una cerveza por aquí?

—Sabía que aceptarías a Rabe —dijo el Maestro.

Ante él se encontraban Ovreuc, Ixxen y el pequeño ser, que no había dejado de seguir al líder del Gremio de Asesinos desde que este accediera a que le acompañase.

—Solo está a prueba —gruñó.

—Recuerda que los recursos de los Neonatos están a tu disposición. Cualquier cosa que precisas, tan solo tienes que pedirla. La ciencia de los alquimistas, los artilugios de los ingenieros o a tantos hombres como puedas precisar, entre otras cosas. Lo que haga falta para que puedas llevar a cabo tu trabajo con la mayor eficacia.

—Muy bien, si necesito algo se lo haré saber.

—Querría entregarte también un regalo de bienvenida —dijo el Maestro mientras extraía algo envuelto en un paño de seda de uno de los cajones de su mesa de estudio y se lo tendía a Ovreuc.

—Creo que ya he tenido bastante con el enano azul —refunfuñó éste, pero pese a todo tomó el presente y lo miró con suspicacia—. No sé si podría soportar más regalos.

Cuando desarrolló el obsequio descubrió dos dagas de excelente manufactura. Al extraer una de ellas de la vaina, cubierta de símbolos desconocidos, un resplandor verde oscuro iluminó la sala de estudio del Maestro.

—Las Dagas Eternas están fabricadas con oricalco, una resistente aleación metálica descubierta por nuestros ingenieros —informó Rabe—. Esta aleación está compuesta por...

—¡Por los dioses, cállate ya! ¿Es que tienes respuesta para todo? —preguntó Ovreuc con un bufido.

—No. Pero como trataba de explicarle antes, mis conocimientos abarcan desde el campo de...

—Calla.

—Sí, amo.

—No me llames amo.

—Sí, amo.

—Maldito gusano azul —balbuceó el asesino—. Sé que voy a arrepentirme de esto.

—Lo estás llevando muy bien —concedió Ixxen. Ella y el asesino se encontraban descansando sobre unos cojines de plumas en las estancias de la ingeniera. Junto a ellos descansaba una botella de vino a medio beber y dos copas de cristal. La mujer reposaba la cabeza sobre el pecho de Ovreuc, que le acariciaba un mechón de cabello castaño de manera despreocupada.

—Pues he estado a punto de huir despavorido varias veces —confesó él—. La primera cuando me dijiste que para llegar al refugio de los Neonatos había que ir por las alcantarillas de Caldara.

—Pensaba que los asesinos os movíais mucho por esa clase de lugares e, incluso, por otros mucho peores.

—Más o menos, pero por un momento temí que los Neonatos fuesen una banda de vagabundos y desarrapados, ocultos entre basuras y porquería. Aunque he de confesar que cuando entramos en los túneles subterráneos que dan a todo este laberinto de laboratorios, habitaciones, salas de entrenamiento y almacenes de armas me sentí mucho más aliviado. No es que sienta predilección por lugares tan húmedos y oscuros como este, pero al menos he podido comprobar que realmente sois la amenaza que decís ser y no un grupo de lunáticos.

—¿Eso pensabas?

—Sí, ¿quién iba a pensar que debajo de una próspera ciudad como Caldara encontraría algo así? —admitió mientras Ixxen lo miraba con gesto de reproche—. Confieso que tengo cierta tendencia a ponerme siempre en lo peor y me preparo para enfrentarlo, de esa manera evito que la situación me sorprenda. Probablemente por eso todavía sigo vivo.

—¿Te quedarás?

—Ya he dado mi palabra de que sí —recordó él—. Puedo ser un asesino, pero no carezco de honor. A mi manera, por supuesto.

Ixxen pasó los brazos alrededor del cuello de Ovreuc y lo atrajo hacia así. Después lo besó. El hombre se sorprendió al principio, pero después se dejó llevar por el momento y abrazó a la mujer mientras le devolvía el apasionado beso. Al poco rato sus manos comenzaron a perderse entre la ropa de la ingeniera.

—Para —dijo esta de pronto—. Para, por favor.

—¿Qué pasa?

—Ahora no —pidió.

—¿Por qué? ¿Cuál es el problema?

—Bueno, es que... me incomoda que él esté aquí.

Ovreuc miró a Rabe, que se encontraba sentado en un rincón al fondo de la habitación. El kluch le devolvió la mirada y sonrió con expresión estúpida.

—¿Puedes esperarme fuera? —pidió.

—No, amo.

—¡No me llames amo!

—Perdón. No, no puedo esperarme fuera. Mi sitio está contigo, así me lo ordenó el Maestro.

—Se supone que debes obedecerme.

—Excepto si tus órdenes contradicen a las del Maestro.

—Maldita rana azul...

—Insisto en que no soy uno de esos animales que llamáis rana, pese a que mi aspecto pueda recordar a...

—¡Cállate!

El kluch guardó silencio mientras Ovreuc se ponía de pie, furioso.

—Seguro que acabaréis llevándoos bien —dijo Ixxen con una risita.

—Eso si no lo mato antes —replicó el asesino, más en serio que en broma.

La ingeniera se levantó también y fue hacia un baúl en el que guardaba algunos de sus trabajos más preciados.

—Quiero hacerte un regalo de bienvenida yo también —dijo mientras rebuscaba dentro.

—Con el primero he tenido más que suficiente —gruñó Ovreuc.

—Este te gustará. ¡Ah, aquí está! —Ixxen extrajo un fusil pesado del baúl y lo repasó de arriba abajo mientras sonreía—. Hacía mucho tiempo que no lo empuñaba.

—¿Qué es eso?

—Es uno de mis primeros trabajos como ingeniera, un fusil al que añadí mis propias modificaciones y mejoras. No es ni de lejos tan bueno como el arma que llevo ahora, que por cierto la fabriqué yo misma, pero es bastante efectivo. —La joven ingeniera tendió el artilugio a su compañero—. Me gustaría que lo tuvieras tú, te puede venir bien.

—¿Estás segura? —preguntó este mientras cogía el arma con cuidado.

—Sí. A fin de cuentas yo te he convencido para unirme a los Neonatos, es lo menos que puedo hacer a cambio. Por cierto, también estoy pensando en unos cuantos artefactos que podrán serte de utilidad.

—¿En serio? —Ovreuc empuñó el fusil y apuntó a Rabe mientras comprobaba todas las piezas y ajustaba la mirilla. El kluch palideció y comenzaron a temblarle las piernas, pero no se movió del sitio—. ¿Puedes esperar fuera ahora?

—Sí, amo—. El pequeño se apresuró a abandonar la habitación mientras Ixxen se reía con ganas.

—¿A qué artefactos te referías? —preguntó el asesino cuando la mujer dejó de reír.

—Pequeñas bombas de humo para que te proporcionen cobertura cuando la necesites, esferas explosivas y algunas otras que todavía estoy probando. Tiene que notarse que la tecnología de los Neonatos está de tu parte.

Ovreuc atrajo a la mujer y la besó.

.

10

Sur de Darlime, tres años antes de la caída de la Legión de los Cien Corazones.

Un año después del ingreso de Ovreuc en los Neonatos.

Era noche cerrada, una noche sin luna. La tormenta azotaba la aldea Redan, compuesta por poco más que un puñado de casas y varios campos de cultivos. Una figura embozada en una capa pesada color ocre golpeó la gruesa puerta de madera de la taberna El Caballero y el Ratón, lugar que llevaba buscando desde hacía dos noches y que había conseguido localizar hacía menos de una hora. Se trataba de un establecimiento discreto y humilde situado en una aldea también discreta y humilde.

Nadie respondió a los golpes, así que el hombre llamó con más insistencia. Estornudó y la capucha se deslizó ligeramente, lo suficiente como para que un reguero de agua fría encontrase un camino hacia un rostro congestionado en una expresión de rabia y enfado.

—¡Abrid esta maldita puerta! —vociferó mientras la aporreaba por tercera vez—. ¡O la echaré abajo!

En esta ocasión creyó escuchar movimiento al otro lado y unos momentos más tarde una llave entró en la cerradura y descorrió los cerrojos. Cuando finalmente abrieron, el hombre dio un empujón a la puerta y entró al establecimiento con los ojos ardiendo de pura ira.

—¡Llevo días buscando este maldito local y hace horas que camino bajo esa tormenta! ¿Es que no me oíais llamar a la puerta?

Una joven de veintitantos años lo miraba aterrorizada con los ojos muy abiertos mientras usaba una bandeja de madera como un improvisado baluarte que la escudase si el desconocido trataba de agredirla. Una cascada de rizos oscuros caía sobre los ojos castaños de la chica, que retrocedió un par de pasos hasta topar con una mesa.

—Es que ya habíamos cerrado —se justificó con torpeza—. Lo... Lo siento. No me haga daño.

—No voy a hacerte daño —replicó él mientras se quitaba la capa pesada y la escurría sobre el suelo de madera. Después la extendió sobre un par de sillas para que se secase—. Lo siento si te he asustado, una tormenta como esa es capaz de alterar a cualquiera. Mi nombre es Kino y estoy

buscando a tu jefe, ¿está por aquí?

La chica miró al desconocido y se obligó a esbozar una tímida sonrisa.

—Está descansando, pero puede hablar con él por la mañana. Aunque quizás pueda ayudarle yo misma.

—No lo creo pequeña, pero gracias por tu interés. ¿Podría descansar en algún rincón hasta que tu jefe se despierte? Me vendría bien dormir un poco y tampoco estaría mal poder comer algo, si es que tenéis algunas sobras por la cocina.

—Un poco de pan y queso, quizás algo de pescado en salazón, eso es todo lo que podemos ofrecer a estas horas —enumeró la camarera mientras agachaba la mirada avergonzada, como si aquello fuese culpa suya.

—El pan y el queso será más que suficiente, gracias. Con un poco de cerveza si puede ser.

—Claro, cerveza siempre tenemos. Enseguida lo preparo todo.

Ovreuc se dejó caer pesadamente sobre la silla más cercana a la chimenea, pese a que todo lo que quedaba en esta eran restos de ceniza y leños que ya apenas emitían un leve calor. Con un gruñido se quitó las botas y puso los pies sobre otra silla mientras trataba de recordar por qué había dejado que el Maestro lo convenciese para que recorriese mundo en busca de reclutas para su Gremio de Asesinos.

Cuando el canto de un gallo resonó en el corral de la taberna, con el sol todavía saliendo, Ovreuc sintió una irresistible necesidad de comer gallo a la cazuela, y no un gallo cualquiera. Abrió un ojo mientras rezongaba en voz baja y lo primero que vio fue a la joven que lo había recibido por la noche, mirándolo con expresión divertida.

—¿Qué? —preguntó mientras trataba de mantener la dignidad como buenamente podía. Palpó el suelo con los pies a fin de buscar sus botas, pero no las encontró. Con una mano se frotó el rostro para tratar de despejarse un poco y ser capaz de abrir los dos ojos y con el otro se rascó el cabello rubio. Después miró de nuevo a la muchacha. —¿Qué? —repitió, ya con más seguridad.

—Mi jefe ha dicho que os verá inmediatamente —anunció.

—¿Inmediatamente?

—Sí.

—Me gustaría lavarme un poco y comer algo antes.

—Pues ha dicho inmediatamente.

—Voy a matar a alguien por esto —gruñó.

—¿Qué?

—Nada, nada. —Trató de ponerse de pie y advirtió que no había sido muy buena idea dormir sentado en una de las sillas de la taberna, todo su cuerpo se encontraba rígido y agarrotado—. ¿Dónde?

—Por aquí.

La camarera se dirigió hacia unas escaleras que ascendían al piso superior de la taberna y Ovreuc se apresuró a seguirle. Subieron varios tramos de escaleras que crujían a cada paso como si en cualquier momento fuesen a venirse abajo y después se adentraron por un lúgubre pasillo sin ventanas que tenía por única iluminación un par de lámparas de aceite colgadas en la pared. Pasaron junto a varias puertas —el Neonato contó cuatro— y finalmente se detuvieron ante una habitación cuya puerta, algo más pequeña, estaba más estropeada que las otras.

—¿Aquí? —preguntó.

—Sí. Buena suerte, yo he de seguir con mi trabajo.

El asesino vio alejarse a la camarera y cuando esta desapareció escaleras abajo llamó con fuerza.

—Pasa.

Al girar el pomo y empujar para abrir escuchó un chirrido que acompañó todo el movimiento. Vio entonces un pequeño cuartito en el que un hombre de pequeña estatura descansaba sentado sobre un sillón viejo y muy estropeado. En las paredes podían verse varios estantes con armas y pergaminos enrollados, y una mesa, sospechosamente parecida a las que había visto por la taberna, se situaba entre el asesino y ese hombre.

—Me ha costado mucho dar contigo, Comadreja Blanca —dijo Ovreuc mientras estudiaba con interés al hombrecillo.

Pronto se sintió turbado, ¿cómo podía alguien como él ser el segundo mejor asesino de todo Darlime? Era un hombre pequeño, de aspecto patético, demasiado gordo para su altura y con unos gruesos mostachos que le caían sobre las coloradas mejillas, fruto de un evidente exceso de bebida y comida. Su mirada tenía más semejanza con la de un hombre estúpido que con la de un astuto criminal; incluso su porte orgulloso y altanero resultaba ridículo.

—Si fuese fácil encontrarme, ya haría mucho que la Legión de los Cien Corazones me habría colgado —dijo el grotesco hombrecillo—. El mejor asesino de todo Darlime no cometería una estupidez semejante.

Ovreuc esbozó un amago de sonrisa. Empezaba a pensar que el título de «mejor asesino de todo Darlime» se tomaba más a la ligera de lo que había pensado en un principio.

—¿Entonces me encuentro ante el número uno? —preguntó fingiendo admiración—. Es todo un honor.

—Por supuesto que lo es. Ahora dime qué es lo que te ha traído hasta aquí. Tengo demasiadas cosas que hacer como para desperdiciar mi tiempo contigo.

Ovreuc advirtió la botella de vino casi vacía que descansaba sobre la mesa y los ojos ligeramente vidriosos del hombrecillo. Al parecer llevaba bebiendo un buen rato. Empezaba a pensar que era él quien estaba perdiendo su tiempo allí.

—Tengo un trabajo para la Comadreja Blanca —dijo con seguridad.

—No me interesa —rechazó el hombrecillo casi de inmediato—. Puedes marcharte por dónde has venido, tengo mejores cosas que hacer que atender las demandas de un desesperado.

Ovreuc rechinó los dientes, molesto. ¿Cómo podía resultar tan engreído?

—¿No quieres escuchar de qué se trata?

—No —sentenció—. Márchate.

El Neonato estuvo tentado de desenvainar la daga de oricalco que llevaba al cinto y utilizarla para degollar ahí mismo al pequeño creído, pero se obligó a contenerse.

—Entonces supongo que él gana —dijo con un suspiro de resignación—. Ovreuc es el número uno.

—¿Qué has dicho? —los ojos oscuros del hombre gordo le lanzaron una mirada colérica—. ¿Qué tiene que ver Ovreuc con todo esto?

—No mucho, en realidad —mintió—. Es más bien sobre una apuesta. Antes habéis dicho que sois el mejor asesino de todo Darlime, y a decir verdad es una afirmación que puede escucharse por todo el sur del continente. Sin embargo en el norte aseguran que Ovreuc es mejor, que ese título le corresponde a él.

—¿Y todo eso qué tiene que ver contigo?

—Veréis, represento a una asociación de nobles y empresarios de Darlime con ciertos... Digamos asuntos turbios que quieren resolver de una vez por todas quién de los dos es el más capaz. Acordaron hacerlo mediante una apuesta: cada uno de vosotros recibiría un encargo similar y aquel que lo

llevarse a cabo con mayor rapidez y eficacia resultaría el ganador. Una cuantiosa suma de corazones de oro esperan para el que demuestre ser el mejor asesino de Darlime, además de la seguridad de que todos los miembros de esa sociedad solicitarán sus servicios cada vez que precisen a alguien para resolver sus... problemas.

—¿Y si no participamos en vuestro juego?

—Oh, Ovreuc ya lo ha hecho. A decir verdad llevó a cabo su encargo con inusitada rapidez y eficacia, tanta que algunos de los miembros de la sociedad propusieron nombrarle ganador inmediatamente. Sin embargo lo demás les convencieron de que una prueba así no sería justa, que al menos había que daros la oportunidad de tratar de igualar a vuestro adversario. Supongo que si os negáis a participar será proclamado vencedor y obtendrá el título por derecho propio. De ser así estará bastante ocupado durante una larga temporada, hay varios encargos esperando a uno de vosotros dos. Y muy bien pagados, debo añadir. ¿He mencionado ya la enorme bolsa de corazones de oro?

El grueso hombrecillo miró a Kino con los pequeños ojillos entrecerrados y comenzó a tironearse del bigote bastante nervioso. Resultaba claro que la información que acababa de recibir no le resultaba indiferente.

—¿De qué clase de encargo hablamos?

—Un robo, pero uno importante. Será muy sentido en la ciudad.

—¿Y de cuántos corazones?

—Más de los que yo mismo podía transportar sin llamar la atención.

—Tal vez acepte —aventuró con fingida indiferencia, sin embargo el brillo de codicia reflejado en sus ojos dejaba muy claras sus auténticas intenciones—. Pero tengo que pensármelo. Una propuesta como esa no es algo que se me presente todos los días. Ahora márchate. Me pondré en contacto contigo si decido aceptar el desafío.

—Muy bien.

—Tendrás noticias mías —aseguró la Comadreja Blanca—. Ahora vete.

Se dio la vuelta y volvió sobre sus pasos por el largo pasillo, furioso. Su idea para provocar la codicia del hombrecillo había dado buen resultado y eso significaba que no le haría la oferta de unirse al Gremio de Asesinos, pues no quería a nadie susceptible de dejarse comprar por oro. Estaba claro que ese hombre era muy codicioso. Mientras llegaba al final de las escaleras y regresaba al comedor pensaba en que no sabía muy bien a quién había visto, pero estaba seguro de una cosa: alguien considerado el mejor asesino de

Darlime no podía ser un bobo inútil y ávaro como ese. O quizás sí que fuese él y toda su reputación resultase falsa, fruto de historias que él mismo había hecho circular. No le importaba. En cualquiera de los dos casos no era una persona apta para la tarea que tenía que ofrecerle. Con un gruñido de impaciencia miró a su alrededor, pero la camarera torpe y tímida no estaba por ninguna parte. Con un bufido recogió la capa pesada y abandonó el establecimiento. En el exterior, la tormenta de la noche anterior todavía daba los últimos coletazos. Una fina llovizna lo empapaba todo y el cielo se mostraba gris como el humo, cosa que en esos momentos le pareció muy pareja a su propio humor.

Apenas había dado una docena de pasos bajo la lluvia cuando un virote de ballesta se hundió en el suelo a escasos centímetros de su pie.

—No te muevas —dijo una voz de mujer. Una figura femenina armada con una ballesta y un hacha de mano podía verse a unos metros de él. Una capucha de cuero blanco cubría sus rasgos de manera que fuese imposible reconocer al asaltante, pero Ovreuc no necesitó verla para saber de quién se trataba.

—Así que no eres solo una camarera después de todo.

—¿Para qué me buscabas? —dijo la mujer.

—No te has creído mi historia de la apuesta, supongo.

—Ni una sola palabra.

—Tu amigo parecía muy interesado.

—Fellor hace un gran trabajo haciéndose pasar por mí. Me evita muchos problemas. Pero no es demasiado listo.

—Ya me había dado cuenta de eso. Aunque dime, ¿qué habría pasado si llego a intentar atacar a tu amigo?

—Que habrías muerto en el acto. Te estuve vigilando en todo momento bien oculta. Te habría hundido en el corazón un virote envenenado antes siquiera de que recorrieses la mitad de la distancia que te separaba de él.

—Me subestimas.

—¿Para qué me buscabas? —repitió la auténtica Comadreja Blanca. Su arma de proyectiles apuntaba a Ovreuc.

—¿Si te lo digo bajarás el arma?

—No.

—¿Y si no te lo digo?

—Tampoco, pero me tomaré más tiempo para acabar contigo.

—Para ser una chica tan bonita tienes muy mal carácter —bromeó

mientras deslizaba la mano a un bolsillo. Después sacó una esfera blanca y la arrojó al suelo. El objeto estalló y formó una espesa nube de humo.

—Por todos los dioses, ¿qué...?

El frío de una daga en su cuello hizo callar a la Comadreja Blanca.

—¿Podemos hablar ahora?

—De acuerdo, pero espero que no sea ninguna absurda apuesta.

—Volvamos a la taberna —ordenó Ovreuc—. Y sin tonterías esta vez.

—¿Quién eres? —preguntó ella, impresionada por las habilidades del que se hacía llamar Kino.

—Oh, ¿no te lo he dicho? Soy Ovreuc, el mejor asesino de todo Darlime.

11

Caldara, dos años antes de la caída de la Legión de los Cien Corazones.

Ixxen abrió el pesado portón de acero y madera que permitía acceder al espacioso recinto en el que el Gremio de Asesinos se reunía para entrenar. Ocho hombres y mujeres se encontraban allí llevando a cabo distintos ejercicios previamente establecidos por su líder Ovreuc.

—Saludos, ingeniera Ixxen —dijo Rabe—. ¿Deseáis uniros al entrenamiento?

—No gracias, lo mío son la mecánica y las armas de proyectiles —respondió ella mientras miraba al kluch sin poder creer lo que estaba viendo.

La pequeña criatura vestía una pequeña gabardina y un sombrero, ambos de cuero negro, así como ropa, botas y guantes a juego. De alguna manera parecía una versión en miniatura del propio Ovreuc.

—¿Sucede algo, ingeniera Ixxen? —preguntó al advertir que esta lo miraba entre asombrada y divertida.

—Tus ropas...

—¿Sí?

—¿Son nuevas?

—Sí.

—¿Te ha visto ya Ovreuc?

—No.

—Te quedan bien —dijo Ixxen con expresión inocente mientras trataba de contener la risa, no quería perderse la cara del líder de los asesinos cuando viese al pequeño.

La mujer observó con vivo interés la escena que se desplegaba ante ella, maravillada por los muchos avances que su compañero al frente de ese nuevo gremio de los Neonatos. Advirtió que cuatro de los reclutas combatían entre ellos con dobles juegos de dagas largas que dedujo serían armas romas mientras que otros dos se mantenían más apartados realizando un entrenamiento mucho más singular. Ixxen se fijó en que uno de ellos, un hombre grande y corpulento, llevaba atadas a sus ropas media docena de pequeños cascabeles que tintineaban a cada movimiento que hacía. Su rival era una bonita joven de abundante y oscuro cabello rizado que llevaba un pañuelo blanco atado en el cinturón. Su rival trataba de conseguirlo sin

demasiado éxito, pues pese a defenderse de él tan solo con una mano y de llevar los ojos vendados la joven conseguía esquivar todos y cada uno de los ataques. Los dos asesinos restantes se afanaban en escalar por unas paredes preparadas a tal efecto y con las que se pretendía poner a prueba la destreza de los miembros del gremio.

—Es fascinante. Cuando estén preparados van a ser enemigos muy a tener en cuenta por nuestros rivales —comentó Ixxen.

—Esa es la idea —respondió una voz detrás de ella.

La ingeniera se volvió al reconocer la voz y se encontró con una imagen imponente. El asesino vestía su habitual atuendo de cuero blando, cuyos remaches de oricalco podían verse sobre todo en la gabardina larga, también de cuero, que el hombre vestía, así como en algunas partes del pantalón y la pechera. Su botas altas y aseguradas con correas tenían incrustaciones de metal en las puntas y en las zonas más vulnerables del pie y otra correa ceñida a la cintura ocultaba bajo la gabardina las dos letales dagas que el propio Maestro le regalase a Ovreuc cuando este aceptó ingresar en los Neonatos. Colgado a la espalda del asesino Ixxen pudo ver el fusil pesado que ella misma le regaló, antigua arma que la ingeniera que había modificado y mejorado. Un sombrero de ala ancha hecho a partir del mismo cuero que el resto del atuendo ocultaba los llamativos ojos verdes del asesino.

—¿Te he dicho ya lo mucho que me gusta tu aspecto? —preguntó Ixxen con una risita burlona.

Ovreuc levantó la cabeza y clavó la mirada en la mujer. Después sonrió y se acarició despreocupadamente la corta barba.

—Puede, pero no me importa que me lo recuerdes —confesó.

—¿Sus órdenes, amo? —Rabe miró expectante al líder de los asesinos, que por primera vez desde que entrase en la sala de entrenamiento reparó en el pequeño kluch.

Ambos se quedaron mirándose en silencio, el asesino con expresión perpleja y la criatura inhumana con su habitual sonrisa de bobo.

—¿Qué es eso? —preguntó Ovreuc al fin.

—¿Qué es qué, amo?

—Eso —el asesino señaló con un gesto las ropas su ayudante—. Eso, ¿qué es eso?

—Mis nuevas ropas de trabajo, amo. Me alegro de que le gusten, las llevo en su honor.

—¿En el honor de quién?

—En el suyo, amo.

—¿Entonces debo sentirme honrado por esto?

—Sí, amo.

—Dime que no ha sido idea tuya —dijo Ovreuc mirando a Ixxen.

—No ha sido idea mía —respondió esta con expresión inocente.

—En serio.

—En serio.

—Rabe...

—¿Sí, amo?

—¿Haces esto para cabrearme?

—No, amo. Como ya he dicho lo hago en su honor. Su de usted, amo.

—Venga, Ovreuc, si estáis monísimos —intervino Ixxen con una carcajada.

—Vais a acabar conmigo entre los dos —replicó él con un suspiro de resignación.

—¿Órdenes, amo? —preguntó Rabe.

—Eh... Sí, órdenes —el líder de los asesinos miró a sus hombres con interés—. Quiero los tatuajes aplicados esta misma tarde, en los ocho reclutas. Yo iré a hablar con el Maestro, hay algunas cosas que necesito que me proporcione.

—Entendido —respondió el kluch con un asentimiento de cabeza.

—¿Tatuajes? —Ixxen miró interrogativa a su compañero—. ¿Qué es eso de tatuajes?

—Acompáñame a buscar al Maestro, te lo explicaré por el camino —dijo él.

—Vale. Está deseando recibir tus informes, ¿sabes? Te estás tomando mucho tiempo para preparar a tus hombres.

—Eso es porque no puedo permitirme a nadie que no esté entre los mejores, y éstos no son fáciles de encontrar.

La pareja abandonó la sala de entrenamientos mientras los ocho reclutas continuaban concentrados en sus respectivos desafíos. Rabe los observaba a todos con ojos escrutadores para asegurarse de que todo avanzaba tal y como Ovreuc deseaba que lo hiciese.

Los dos líderes Neonatos caminaron por los pasillos del amplio recinto que les servía de hogar. Sus pies chapoteaban en pequeños charcos de agua formados al filtrarse parte de la torrencial lluvia que azotaba el sur de Darlime desde hacía ya un par de semanas, tormenta que tan solo había

parado durante algunos días aislados.

—Me preguntabas por los tatuajes —recordó Ovreuc al cabo de un rato, mientras esquivaban una rata.

—Sí.

—Verás, Ixxen —comenzó él—. Un asesino debe permanecer siempre en las sombras, debe procurar no ser visto ni escuchado por sus objetivos porque, de lo contrario, no vivirá mucho. Las principales armas de nuestro gremio deben ser el sigilo, la astucia y el miedo.

—Eso lo entiendo —dijo la mujer—. ¿Pero qué tienen que ver los tatuajes con todo eso?

—En realidad cumplen una doble función. Estamos hablando de tatuajes faciales imposibles de ocultar, pues mi idea es que cualquiera que vea esos tatuajes sea capaz de reconocer al que los luce como un miembro de los asesinos de los Neonatos.

—No creo que eso sea muy inteligente —observó Ixxen con el ceño fruncido—. Resultaría mucho más práctico que podáis pasar desapercibidos y disfrazaros cuando sea necesario.

—Mis asesinos no son espías —recordó Ovreuc—. Su función debe ser la de acabar con cualquier enemigo de los Neonatos, no la de infiltrarse entre ellos.

—Pero aun así...

—Piensa una cosa: imagina que un potencial objetivo de mis hombres fuese capaz de ver el rostro de alguno de ellos, ¿qué pasaría?

—¿Suponiendo que tengan esos tatuajes faciales?

—Sí.

—Que sabría de inmediato que es un asesino y que ha sido enviado a por él —aventuró.

—Efectivamente. ¿Qué piensas que podría sentir alguien en esa situación?

—Miedo —respondió Ixxen, que comenzaba a comprender por dónde iban las intenciones de su compañero.

—Así es. Mis hombres deben aprender a utilizar sus habilidades para ser invisibles, deben comprender que pertenecen en cuerpo y alma al Gremio de Asesinos y que cualquiera puede saber lo que son en realidad con solo verles. Han de procurar a toda costa evitar ser vistos porque cuando alguien mire sus rostros sabrá que será lo último que verá. Tienen que convertirse en fantasmas, Ixxen.

—Ahora lo entiendo —dijo la aludida, que advirtió que al fin habían llegado ante las estancias del líder Neonato—. ¿Esto es sobre lo que quieres hablar con el Maestro?

—No, esto son decisiones internas de mi gremio para las que no pienso pedir su autorización. Se trata de otras cuestiones. Si quieres puedes quedarte mientras tanto.

—Vale —dijo con su habitual y encantadora sonrisa.

Ovreuc llamó a la puerta y una voz profunda le invitó a pasar desde el otro lado, cuando el asesino abrió y ambos entraron en la estancia se encontraron con que el Maestro estaba tomando anotaciones ante un kluch a medio hacer.

—¿Qué sucede? —preguntó sin levantar la vista del papel.

—El Gremio de Asesinos ya está operativo —informó su líder. Le había llevado dos años reclutar a los mejores asesinos de Darlime y entrenarlos en las técnicas Ziech que le legó su maestro, pero consideraba que ya estaban preparados.

—Ya era hora, hay mucho trabajo por hacer. Infórmame de su estructura y funcionamiento.

—He decidido dividir a mis hombres en tres rangos diferentes, dependiendo de sus aptitudes. Los nuevos reclutas pasarán a formar parte del primero, el de los neófitos, llamados así en honor a los Neonatos.

—¿Cuál es su función?

—Actuarán como apoyos en las misiones, a fin de que puedan aprender y practicar para así llegar a acceder a alguno de los otros dos rangos. Al menos uno de ellos nos acompañará a cualquier misión bajo mi mando, ya que para el buen funcionamiento de mi gremio es necesario que estos nuevos reclutas aprendan bien y rápido.

—¿Qué más? —el Maestro dejó la pluma con la que estaba escribiendo y miró a su subordinado con creciente interés.

—Dependiendo de las habilidades que demuestren los neófitos podrán ser ascendidos a cualquiera de los dos rangos. Aquellos que demuestren un mayor dominio de las artes del sigilo y el asesinato pasarán a formar parte de mis «Sombríos», especializados en la infiltración. Estos hombres serán entrenados para convertirse en grandes acechadores capaces de asesinar por la espalda al más duro de los enemigos.

—¿Y el tercer rango?

—Los «Ejecutores». Estos serán los mejores guerreros de entre mis

asesinos, aquellos que demuestren una mayor capacidad de combate frontal y un superior dominio de las armas. Serán los mejores guerreros del Gremio de Asesinos y como tales estarán equipados con las mejores armas y armaduras.

—Me gusta —concedió el Maestro—. Pero algo me dice que no has venido a verme solo para contarme todo esto, ¿verdad?

—No —admitió—. He venido porque voy a necesitar algo de equipo para mis hombres.

—¿Qué es lo que te hace falta?

—Necesitaré armaduras de cuero blando reforzadas con oricalco para todos ellos —dijo Ovreuc—. También algunas armas.

—¿Qué clase de armas?

—En su mayoría tan solo de pólvora, casi todos mis asesinos utilizarán armas de filo sencillas como dagas o espadas cortas. No necesitan nada más, siempre que una daga esté dirigida por una mano experta es capaz de causar tanto daño como la más devastadora de las armas.

—¿Fusiles? —preguntó el Maestro.

—No, son demasiado grandes. Querría algo más pequeño y ligero, algo que puedan llevar oculto entre sus ropas y que no les estorbe.

—¿Y qué más?

—Bueno, he visto esas armas que utilizan los tiradores del Gremio de Ingenieros, esos fusiles que también pueden utilizarse como armas de combate gracias a las hojas unidas a los cañones. Querría una cosa similar para mis Ejecutores, pero con una importante diferencia.

—¿Qué diferencia?

—Los fusiles son armas preparadas para disparar y adaptadas para poder utilizarse en combate, pero yo necesito lo contrario: armas efectivas en combate y que estén adaptadas para poder disparar en un momento de necesidad. ¿Es posible?

—Por supuesto, Ovreuc. Ahora formas parte de los Neonatos, no hay nada que nosotros no podamos construir. Ixxen, ¿puedes hacerte cargo?

—Claro, Maestro. Quizás unas espadas con pistola incorporada en la empuñadura podrían servir, incluso estoy pensando que podría hacer dagas similares para los demás asesinos. En realidad ya estoy trabajando en algunas cosas para tus asesinos, aquellas esferas de humo y de gas solo fueron el principio. Estoy segura de que te gustarán los resultados, pero tendrás que esperar un poco más para verlos.

—En ese caso es todo, Maestro —dijo el aludido.

—Pues ahora vuelve al trabajo. Mañana a primera hora envíame a Rabe, le informaré de un encargo que tengo para vosotros. Ahora marchaos, tengo mucho que hacer.

—Así lo haré. Gracias por su atención, Maestro.

Ixxen y Ovreuc se marcharon y cerraron la puerta tras ellos mientras el líder de los Neonatos utilizaba el poder de la Quintaesencia para insuflar algo de vida en el futuro kluch a fin de que se moviera según sus instrucciones.

—Debería regresar con mis hombres. He de supervisar su entrenamiento —comentó Ovreuc con aire distraído.

Después de la visita al Maestro, Ixxen y él habían hecho una escapada a las habitaciones personales de la ingeniera para poder disfrutar de algo de tiempo a solas. Una botella de vino vacía, unas copas de cristal con restos del líquido y los restos de un almuerzo improvisado y algo apresurado descansaban sobre una mesa de madera y cristal. Varias de las pequeñas velas aromáticas que tanto gustaban a la mujer titilaban repartidas por la habitación y la pareja descansaba en la cama, apenas cubiertos por una fina sábana de seda azul.

—Estoy segura de que Rabe puede hacerse cargo un rato más —dijo ella, que comenzó a jugar con los dedos sobre el pecho desnudo del asesino.

—Nunca te veo entrenar a tus hombres, ¿no necesitan hacerlo? —preguntó este con sincera curiosidad.

—Claro que sí, pero no olvides que mi gremio es más tecnológico que bélico. Vosotros sois el brazo armado de los Neonatos, pero los ingenieros somos el cerebro. La mayoría de mis subordinados trabajan en sus talleres dando forma a nuevos inventos diseñados con el objetivo de dar a los nuestros ventaja sobre cualquier enemigo.

—Pero no todos los miembros de tu gremio son ingenieros, ¿o sí?

—No, claro que no. También están los tiradores, que resultan apoyos muy valiosos en cualquier combate.

—¿Tiradores?

—Sí, son los mejores utilizando los fusiles y las máquinas de guerra que el Gremio de Ingenieros ha desarrollado en los últimos años. Capaces de montar y desmontar un fusil en unos pocos segundos, nadie es capaz de comprender como ellos el funcionamiento de estas armas. Ninguno de mis

hombres se encontrará nunca en desventaja porque su arma falle, de eso puedes estar seguro. Y después están los ingenieros que se ocupan de las máquinas de guerra, puede que no sean buenos luchadores pero son capaces de acertar el ojo de un demontre desde más lejos de lo que podría hacerlo cualquier clase de arma de disparo manual.

—Suenas útil. Tal vez te pida algunos fusileros o ingenieros con máquina de guerra en alguna ocasión, si veo que pueden resultar valiosos para la misión que tenga que llevar a cabo.

—Por supuesto —respondió ella con una sonrisa.

—Me está gustando estar aquí —confesó Ovreuc—. Pero no quiero acomodarme demasiado. Todavía tengo algo pendiente con el Corazón Bélico de la Legión de los Cien Corazones, y pronto deberé regresar al norte para resolverlo.

—Déjame ir contigo —pidió Ixxen—. Quiero ayudarte.

—Es algo personal, no quiero involucrar a los Neonatos ni a ti.

—Eso es porque todavía no entiendes la manera de pensar que tiene el Maestro. Ahora tú también eres parte de esto, Ovreuc. Eso significa que tus asuntos son también nuestros asuntos, pues cualquiera que tenga un problema con uno de nosotros lo tendrá con todos. No actuamos de manera individual, sino como un equipo. Si tú tienes algo pendiente con ese Nirlem ahora es asunto de todos nosotros.

—Eso es algo que no puedo aceptar, mis asuntos siguen siendo mis asuntos.

—Tus asuntos son los Neonatos.

—Sí, pero eso no quita que pueda tener cosas que resolver por mí mismo. De hecho ni tan sólo pretendía utilizar a mis hombres para esto.

—Pues estás equivocándote, Ovreuc —el tono que empleó la ingeniera sonó como si estuviera regañando a su compañero—. Además, no tengo intención de permitir que arriesgues tu cuello.

—¿No podrías soportar que me pasase algo? —le susurró con picardía mientras la atraía hacia sí—. ¿Tanto te importo?

—Claro que no —desmintió ella con una sonrisa traviesa—. Lo que pasa es que si la Legión de los Cien Corazones te colgase, los Neonatos perderían a un elemento muy valioso para ellos. Y como uno de los líderes de los Neonatos es mi tarea hacer lo posible para que algo así no llegue a pasar.

—No me engañas, Ixxen —susurró él a su oído.

Después ambos se besaron y se perdieron entre las sábanas una vez

más, decididos a aprovechar el tiempo que pudiesen permanecer alejados de sus tareas.

—¿Alguna novedad, Rabe?

Ovreuc llegó hasta su subordinado en unas pocas zancadas y miró al kluch con los brazos en jarras.

—Me satisface comprobar que ya habéis terminado vuestras labores amorosas con la líder Ixxen —informó la criatura de piel azulada con sinceridad no fingida, el asesino lanzó una mirada azorada a sus hombres, pero estos seguían entrenando y no parecían haber escuchado nada—. Respecto al entrenamiento, apenas hay progresos. Y Debo informaros de que Dungan ha sufrido un ligero percance.

—¡Ligero y un cuerno! —bramó el hombre corpulento mientras se acercaba a su jefe. Llevaba un ojo morado—. ¡Mira lo que me ha hecho esa maldita mujer!

—Vaya, tiene un aspecto feo —comentó Ovreuc con una sonrisa burlona—. Menos mal que tenía los ojos vendados, de lo contrario podía haberte lastimado seriamente.

—¡Déjate de chorradas conmigo! —bufó Dungan—. ¡Esa mujer se mueve como un maldito gato y pega como una mula!

—Que es justo lo que se espera de vosotros —le recordó su líder—. Aunque tal vez con algo más de sutileza, pero en esencia es eso.

—¡Dame una espada de verdad en vez de una de esas armas embotadas y deja que me enfrente a ella en una pelea cara a cara sin tanta tontería, verías lo que soy capaz de hacer!

—Dungan, relájate y reúnelos a todos, debo informaros del rango que recibirá cada uno.

—Vale, voy. ¡Pero esto no me gusta nada, no me apunté a los Neonatos para que una mujer me pegase con un palo mientras hago el imbécil cargado de cascabeles!

—Te he dado una orden —recordó Ovreuc, una intensa mirada remarcó sus palabras—. No me hagas esperar.

—Voy, voy. Malditos seáis todos. —Dungan siguió refunfuñando, pero se apresuró a obedecer.

—Rabe, informa.

—De los ocho reclutas él es sin duda alguna el más capacitado para el

combate, y no hay nadie como la mujer Comadreja Blanca a la hora de moverse entre las sombras, ni de desempeñar tareas de acechador, se nota que es una experimentada asesina. Los demás están entrenando duro, pero todavía tienen que practicar mucho más.

Ovreuc asintió despacio mientras miraba a sus hombres, que formaban ante él siguiendo las órdenes del más corpulento.

—¡Escuchad! —ordenó—. Dentro de poco tendremos preparado las armas y el equipo que he solicitado al Gremio de Ingenieros. Cuando eso pase le entregaré a cada uno lo que le corresponda. Pero quiero que tengáis todos muy claro que desde el momento en que pusisteis vuestros pies en estas instalaciones vuestras vidas me pertenecen, ¿entendido?

—¡Sí!

Ovreuc sonrió complacido al advertir que la respuesta había sido unánime.

—¡Somos el brazo armado de los Neonatos, la daga ensangrentada en la noche, la sombra que se desliza por la oscuridad! ¡Nuestro trabajo es asegurar la supervivencia de los nuestros y procurar que la existencia de los Neonatos siga siendo un secreto! ¿Lo habéis entendido?

—¡Sí!

—Bien. Dungan, de ahora en adelante tú estarás al mando de los ejecutores. Te encargarás de entrenar y preparar a aquellos que yo mismo designe para tu grupo, que estará compuesto por los mejores guerreros del Gremio de Asesinos.

—Será un honor, jefe.

—Comadreja, tú estarás al mando de los Sombríos. Estos serán los más hábiles y sigilosos de entre nuestros efectivos. Son aquellos que demuestran una mayor capacidad para moverse de manera furtiva y apuñalar al enemigo sin que este lo vea venir, que habilidades de combate. A ellos les corresponderá eliminar a aquellos objetivos que supongan una amenaza para los Neonatos, sea dentro o fuera del campo de batalla.

—Claro, Ovreuc. Ya sabes que es lo que mejor se me da.

—Los demás, mirad bien a este hombre y a esta mujer y aprended de ellos. Si lo hacéis bien acabaréis bajo su mando y pasaréis a ser la élite del Gremio de Asesinos. Hasta entonces seréis unos vulgares neófitos, unos novatos, unos aprendices. Y los Neonatos necesitan mucho más que eso. Entrenad duro y seréis recompensados, falladme y moriréis. Ahora volved al entrenamiento, todavía tenéis mucho que aprender.

Los asesinos se apresuraron a obedecer a su líder mientras este sonreía satisfecho. Sus hombres no tardarían en convertirse en un grupo bien entrenado capaz de causar estragos en cualquier enemigo de los Neonatos.

12

Rondenía, un año antes de la caída de la Legión de los Cien Corazones.

La ciudad de Rondenía era un lugar tranquilo y próspero, cuna de comerciantes y artesanos, y a menudo se decía que allí podían encontrarse las mejores prendas de cuero de todo Darlime. Pese a que estaba bajo el mando de la Legión de los Cien Corazones, no era un caballero sino un político el que se encontraba al frente de la ciudad, un hombre de discursos y promesas que jugaba con las palabras a fin de conseguir mantener el afecto que, extrañamente, le tenía buena parte de los vecinos del lugar. No era una ciudad grande. De hecho apenas alcanzaba la mitad de la extensión que poseían Caldara o Lerian. Rondenía era mucho más pequeña pero no por ello menos importante, pues a menudo servía como enlace entre las ciudades del norte y las del sur de Darlime. Se trataba de un lugar formado por unas pocas docenas de edificios no demasiado altos y contruidos con piedra, madera y techos de barro y paja. Eran casas austeras y sencillas para una población en su mayoría recolectora y artesana. Sin embargo en el centro de la ciudad podía encontrarse un barrio amurallado que gozaba de edificaciones más altas y construidas con mejores materiales, lugar este en el que vivía la clase política de Rondenía mientras engordaban y vivían con el dinero de los elevados impuestos que cobraban a los trabajadores.

La ciudad completa estaba protegida a su vez por una segunda muralla de piedra y gruesas vigas de madera, una construcción alta y fuerte que mantenía fuera a los intrusos y dentro a los habitantes del lugar, separados por roca impenetrable. Al otro lado de la muralla había también un campamento permanente de las Mercenarias de Isha conformado por un nutrido grupo de mujeres guerreras que protegían la ciudad de ataques enemigos. Pese a que la posición geográfica del lugar lo mantenía a salvo de los Vástagos de Kurgan, esa misma situación próxima a las montañas hacía que fueran frecuentes los ataques por parte de reducidos grupos de Carroñeros de las Profundidades e incluso de avanzadillas de las destructivas Manadas de Urueh que emergían en Darlime a través de los extensos túneles que recorrían las profundidades del planeta.

Rondenía era una de las más importantes ciudades de Darlime, principalmente a causa del lugar donde se encontraba. A un lado de ella se

alzaban las cadenas montañosas del oeste del continente, plagadas de Carroñeros de las Profundidades y uno de los lugares al que desembocaban las grutas de las Manadas de Urueh. Al otro lado, al este, se encontraba una amplia extensión de bosques que, prácticamente, llegaban hasta el mar que bañaba la costa este de Darlime. Todo esto hacía que cualquier viajero que deseara ir del norte al sur o viceversa no tuviese otra opción que atravesar Rondenia, a menos que deseara viajar a través de las peligrosas montañas, de los bosques plagados de bandidos y animales salvajes o tuviese intención de cruzar las peligrosas aguas que envolvían el continente, aguas en las que los Vástagos de Kurgan buscaban nuevas víctimas. No cabía duda de que la ciudad era la mejor elección, lo que la convertía en un lugar de gran importancia estratégica y comercial. Probablemente habían sido estos y no otros los motivos de que el Maestro posase sus ojos sobre Rondenia, consciente de la importancia que tendría para sus Neonatos dominar el lugar desde dentro. Pero para que eso fuese posible el político Dumbal Coolitts tendría que ser reclutado por los Neonatos o sustituido por alguien más inclinado a cooperar con ellos.

Era una rara noche sin luna en la que la oscuridad y las sombras dominaban hasta el último recodo de Darlime, ahuyentadas tan solo por algunas gruesas velas o por lámparas de aceite que ardían en llamas danzanas que iluminaban las tinieblas. Varias figuras embozadas se movían por la ciudad con movimientos sigilosos, ocultos al amparo de la oscuridad.

Rabe observaba los movimientos de los asesinos desde lo alto del tejado de uno de los edificios de la zona reservada para los políticos, dentro de la segunda muralla que defendía esta zona. Media docena de Neonatos habían tomado posiciones en el perímetro de la muralla externa, a fin de detener a las Mercenarias de Isha si su presencia allí era descubierta y las mujeres iban en su búsqueda. El líder del Gremio de los Asesinos y Dungan trataban de infiltrarse en la zona para llegar hasta el líder político sin ser descubiertos, conscientes de que alguien de su posición sin duda estaría custodiado por hombres que no resultarían sencillos de derrotar, al menos no en un combate frontal. Por su parte Rabe servía de enlace entre ellos dos y los demás asesinos, con quienes se comunicaría mediante un complejo sistema de señales desarrollado por los Neonatos. A fin de facilitar las cosas todos ellos iban equipados con gafas Ojos de Gato, creadas por el Gremio de los

Ingenieros para poder ver en la oscuridad como su fuese de día. Y precisamente la líder de dicho gremio era la encargada de cubrir las espaldas a Ovreuc y Dungan; oculta tras una gruesa chimenea, utilizaba uno de los catalejos diseñados por ella misma para observar los movimientos de sus compañeros-. Su fusil pesado de múltiples cañones descansaba en el suelo preparado para cuando necesitase utilizarlo.

El pequeño kluch advirtió que Dungan se dirigía directamente hacia un grupo de hombres armados, probablemente mercenarios que protegían la enorme casa propia de la clase noble en la que se vivía el político Dumbal Coolitts. Deseó avisar al asesino desde allí, pero sabía que no podía hacerlo. Tendría que confiar en que él mismo se diese cuenta del peligro y pudiese evitarlo. Lo último que necesitaban en ese momento era llamar la atención.

Dungan escuchó un ruido al otro lado de la puerta y se pegó a la pared justo entre dos de los grandes ventanales que daban al exterior. Sabía que Ixxen y Rabe estarían vigilando sus movimientos y los de su jefe, pero también sabía que no debían intervenir salvo que fuese estrictamente necesario. Estaba solo y tendría que actuar con la mayor prudencia y discreción posible.

El asesino empuñó su alfanje Vunscher, una espada de hoja ancha cuya empuñadura era también una pistola de pólvora de diseño muy poco convencional, de manera que resultase efectiva tanto para el combate cuerpo a cuerpo como para disparar. Dungan nunca había utilizado armas de pólvora hasta que se unió a los Neonatos, casi dos años atrás, pero no le había costado acostumbrarse. Pese al limitado alcance de su arma, cerca de la mitad de la distancia que podían alcanzar los fusiles empleados por los tiradores del Gremio de Ingenieros, resultaba mucho más potente y mortífera que cualquier arco o ballesta que pudiese utilizar.

Con el arma en la mano, Dungan se deslizó hasta la puerta y se pegó a la pared. Después acercó el oído y percibió varias voces al otro lado; no cabía duda de que allí había varios hombres. Tendría que encontrar la forma de esquivar esa habitación.

Entonces, la puerta se abrió.

El asesino, situado junto a esta a fin de escuchar mejor, se encontró de pronto frente a un hombre corpulento y de frente ancha que lo miraba con estúpida expresión de sorpresa. El rostro de Dungan fue lo último que vio

antes de que la alfanje Vunscher lo destrozase al partir huesos y rasgar carne desde la clavícula al esternón. Con un grito ahogado, el hombre cayó hacia atrás mientras un chorro de sangre salpicaba a su asesino. Cuatro hombres se pusieron en pie inmediatamente y echaron mano de sus espadas. Uno de ellos arrojó contra el intruso una enorme jarra de cerveza medio vacía que se estrelló contra el marco de la puerta y salpicó todo con la bebida, mientras Dungan saltaba hacia el interior de la habitación, colocaba el arma en posición horizontal y hacía saltar el seguro, un disparo restalló como un trueno y uno de los mercenarios cayó hacia atrás con un agujero humeante en el pecho. Dos de los hombres blandieron sus espadas mientras se dirigían hacia el asesino, pero el tercero se acercó a una campana plateada que colgaba junto a otra la otra puerta de la habitación. Sin embargo, antes de que pudiese dar la alarma algo hizo estallar el cristal de la ventana y destrozó el cráneo del mercenario, sus restos cayeron al suelo mientras la masa gelatinosa de su cabeza salpicaba la campana.

—Buen disparo, Ixxen —gruñó el asesino entre dientes mientras se preparaba para hacer frente a sus dos enemigos. Dungan recordó las enseñanzas de su maestro y respiró hondo, reprimiendo un primer impulso que le instaba a lanzarse al ataque para, en lugar de eso, dedicar un momento para observar a los dos hombres que tenía ante él.

El primero de ellos era delgado y alto, de profundos ojos furiosos y carne tirante sobre los huesos. Empuñaba dos espadas anchas de hoja ligeramente curva que no dejaba de mover en círculos mientras daba pequeños y ligeros pasos hacia Dungan. Su compañero resultaba muy distinto. Era dos palmos más bajo y pese a eso resultaba mucho más ancho y corpulento, sin llegar a ser gordo, sus musculosos y fuertes brazos portaban un mandoble con la seguridad de quien sabe manejarlo, como si de una extensión de su propio cuerpo se tratase. Las venas se hinchaban en el grueso cuello del hombre, que miraba en tensión al asesino. Sin embargo no se movía, permanecía quieto y se limitaba a no apartar la mirada de su objetivo, a la espera de que este hiciese un solo movimiento en falso que le permitiese usar su arma para partirle en dos.

Dungan comprendió que fuesen quienes fuesen debían estar acostumbrados a combatir juntos. El alto, flaco y nervioso, no tardaría en arrojarle sobre él y descargar una lluvia de rápidos y feroces golpes, de manera que él necesitaría toda su habilidad para poder defenderse. Eso le obligaría a centrar su atención en el mercenario y daría a su recio y

corpulento compañero la oportunidad de golpear sin que lo viese venir.

Así pues tendría que improvisar. El atacante de las dos espadas descargó los primeros golpes sobre él, que los detuvo con su arma. Después lanzó un tajo hacia el vientre del mercenario, pero este retrocedió un par de pasos. Esto fue todo lo que Dungan necesitaba. Su mano se cerró en torno a la lámpara de aceite que descansaba sobre la mesa en torno a la que habían estado sentados los vigilantes y saltó hacia el flaco mientras le arrojaba el candil. Cuando se estrelló contra él explotó en pedazos y prendió al espadachín, que dejó caer sus armas y se arrojó al suelo donde empezó a rodar entre gritos ante la atónita mirada de su compañero, que retrocedió ante el terrible espectáculo. No pudo ir muy lejos antes de que Dungan estuviese junto a él y le destrozase el cuello de un solo tajo de su arma. El guerrero cayó al suelo mientras boqueaba como un pez fuera del agua. De inmediato el asesino se acercó a la tea humana, recogió una de las espadas anchas que este había dejado caer previamente y la hundió en el corazón del espadachín. Los gritos cesaron de inmediato.

Dungan miró los cuerpos que descansaban en grotescas posturas mientras la sangre formaba charcos en el suelo y gruñó molesto por el incidente, estaba seguro de que el ruido y los gritos habrían alertado a toda la mansión. Se aseguró que el fuego no hubiese prendido en ningún sitio y arrugó la nariz, molesto por el olor a quemado. Resignado cogió una de las jarras de cerveza fría y se bebió el dorado líquido mientras aguardaba a que los refuerzos llegasen hasta él. Solo esperaba que su jefe pudiese aprovechar esa improvisada distracción.

Dumbal Coolitts paseaba nervioso por su estudio. El rico político era menudo y destacaba por una inmensa barriga que, junto a una nariz chata y una doble papada, le daba aspecto más de cochinito que de hombre. Sus pequeños y nerviosos ojos miraban en todas direcciones a través de unas lentes montadas en alambre que le permitían ver con mayor claridad. Hacía ya un rato que había escuchado un estruendo en uno de los pisos inferiores del caserón, sustituido al poco rato por gritos de dolor. En la silenciosa noche, esos ruidos habían alterado la calma de todo el lugar y en el mismo momento en que se dieron cuenta de que era más que probable que se tratase de intrusos, el capitán de su guardia privada lo escoltó al estudio para que permaneciese allí oculto hasta que todo hubiese pasado. El político miró

hacia la lumbre que ardía en la chimenea y se tranquilizó al ver a la colosal figura que se alzaba junto a ella. El reflejo de las llamas iluminaba sus abultados y fuertes músculos y el enorme martillo de batalla que descansaba junto al hogar. Tenía la confianza de que si los atacantes conseguían llegar hasta allí él se ocuparía de quienquiera que estuviese detrás del ataque. Hasta entonces siempre había sido capaz de defenderle de cualquier enemigo. El mercenario tenía un precio muy elevado pero jamás había fallado. A su entender valía todos y cada uno de los corazones de oro que le pagaba. Además, antes de acceder a su estudio, tendría que enfrentarse a los cuatro hombres que el capitán de la guardia había dejado vigilando la única puerta que daba acceso al lugar. Suponiendo que sus atacantes fuesen capaces de hacer algo así, su guardaespaldas y él podrían escuchar el escándalo de la batalla antes de que llegase hasta ellos.

El grueso hombrecillo saltó como un resorte al escuchar un golpe seco. A punto de orinarse encima se volvió hacia el ruido para advertir que tan solo se trataba de una ventana abierta que había golpeado contra la pared al moverse mecida por el viento. Dejó escapar una risita nerviosa y se aproximó a la ventana, sorprendido por su propio miedo. La sujetó con una de sus manos regordetas y respiró aliviado. Hacía ya tiempo que temía un intento de asesinato, pues en los últimos años había amasado una gran riqueza gracias a su posición como líder de Rondenia y eso le había hecho crearse unos cuantos enemigos. Tenía que tranquilizarse o sus propios temores serían el peor de ellos.

De repente, el político frunció el ceño y miró los postigos de la ventana, habría jurado que estaba cerrada cuando llegó al estudio.

—Dumbal Coolitts, ¿verdad? —El aludido se quedó helado al escuchar su nombre—. Estaba buscándote.

—¿Qué... Qué quieres?

—Solo hablar contigo. No voy a hacerte daño, al menos no mientras no cometas ninguna estupidez —aseguró la voz.

—Oh, soy un hombre inteligente. Y me encanta hablar. —Se volvió muy despacio y trató de esbozar una sonrisa de confianza, pero el temblor de sus piernas le delataba.

Dumbal miró con curiosidad al extraño. Era un hombre, cubierto por una gabardina de cuero negro con remaches, que cubría su rostro con un sombrero también oscuro, por lo que no pudo identificarlo. Pero lo que más sorprendió al político fue que el hombre no parecía ir armado.

—No sabes quién soy —afirmó más que preguntó el intruso.

—No tengo ni idea —confirmó el hombrecillo, que mostró a su interlocutor una amplia sonrisa mientras sus ojillos no dejaban de moverse. Cuando vio que su guardaespaldas empuñaba su martillo de batalla y se aproximaba al asesino entrecerró los ojos—. Pero te has equivocado de objetivo.

La colosal criatura surgió de las sombras y su piel grisácea quedó bañada por la tenue luz que entraba a través de las ventanas. Cuando alzó la enorme arma por encima de la cabeza dos largos y gruesos tentáculos serpentearon por el aire, preparados para hundirse en la carne del enemigo.

—¿Un Vástago de Kurgan? —preguntó Ovreuc con incredulidad mientras retrocedía algunos pasos con la certeza de que el coloso avanzaría y quedaría así en una posición mucho más vulnerable—. ¿Cómo es posible?

—Un soimi —puntualizó la criatura con una voz fría y dura como el hielo—. Hace mucho que abandoné a mi pueblo. Ahora ven, tengo hambre y hace mucho que no dispongo de un ser humano del que alimentarme...

Un disparo resonó en la oscuridad de la noche y el Vástago de Kurgan bramó de dolor cuando un proyectil de plomo atravesó la ventana y se hundió en su pecho. Retrocedió mientras se tambaleaba a causa del impacto y Ovreuc aprovechó para empuñar el fusil de acero y madera que portaba a la espalda, la misma arma que Ixxen le entregase tiempo atrás. Apretó el gatillo y descargó un segundo disparo en el pecho del enorme soimi, que bramó de nuevo antes de derrumbarse sobre una alta estantería llena de libros. La madera se quebró bajo su peso y los gruesos volúmenes cayeron al suelo en medio de un gran estrépito. A fin de asegurarse de que su enemigo no volvería a levantarse, Ovreuc apuntó le apuntó con el arma a la cabeza y disparó por segunda vez.

Media docena de guardias armados entraron en la habitación de recreo donde los esperaba Dungan, que ya había dado cuenta de una segunda cerveza. Los soldados se desplegaron a su alrededor con las armas dispuestas. El ejecutor sabía que no le darían la ocasión de rendirse. Él, por su parte, no tenía intención de enfrentarse a tantos enemigos al mismo tiempo y estaba seguro de que la pequeña esfera de color gris oscuro que ocultaba en la mano le ayudaría a salir de ese embrollo. Pero debía dar tiempo a Ovreuc para que se ocupase del objetivo y estaba seguro de que si huía de sus seis atacantes

estos correrían de inmediato en busca de su jefe. Así pues optó por improvisar y echó a correr en dirección contraria, saltando por encima de los cadáveres y abandonó la habitación mientras los refuerzos corrían en pos de él.

Los guardias echaron a correr tras él. Dungan recorrió el pasillo mientras el virote de una ballesta se clavaba en la pared. El ejecutor consiguió llegar hasta unas escaleras y sin parar a pensar en lo que hacía apoyó una mano sobre el pasamanos y saltó por encima para caer en el siguiente tramo de escalones. Después continuó corriendo, los gritos de sus perseguidores le sirvieron como indicador para saber que todavía corrían detrás de él.

La puerta del estudio se abrió y varios hombres armados entraron en la estancia atraídos por los disparos contra el soimi, pero el líder del Gremio de Asesinos ya estaba en movimiento. Antes de que el propio Dumbal lo viese venir lo cogió del cuello y le estrelló el fusil contra el rostro, después soltó el arma y extrajo una de sus dagas, ocultas por la amplia gabardina, y la apuntaló en el cuello del hombrecillo mientras lanzaba una feroz mirada a los guardaespaldas.

—Que nadie se mueva —advirtió—. Tengo algunas cosas que tratar con vuestro jefe, pero no dudaré en matarlo si movéis un solo músculo.

Los guardias dejaron de avanzar pero mantuvieron las armas empuñadas, sin estar muy seguros de si debían o no obedecer.

—Haced lo que dice —ordenó Dumbal cuando la daga se clavó con un poco más de fuerza en su papada y brotó un hilo de sangre—. ¡Haced lo que dice!

—¿Está seguro, señor? —preguntó uno de ellos, un hombre pelirrojo de grandes ojos y que empuñaba dos hachas de mano.

—¡Sí! ¡Sí, maldita sea! ¡Haced lo que dice!

—Dejad las armas fuera y poneos junto a la chimenea —ordenó el asesino—. Un solo movimiento en falso y el que lo haga estará muerto.

Los hombres se apresuraron a dejar en el suelo sus armas, pero cuando se estaban incorporando, el hombre de las hachas empuñó con un rápido movimiento una ballesta pequeña que colgaba de su cinturón y la dirigió hacia Ovreuc. Sin embargo, antes de que pudiese disparar, resonó otro disparo en el exterior. La ballesta repiqueteó al caer al suelo y el sorprendido guardaespaldas se llevó la mano al pecho humeante. Un instante después se

derrumbó mientras la vida se escapaba de su cuerpo.

—¡Quedaos quietos, maldita sea! —bufó el político—. ¡Vais a conseguir que nos maten a todos!

—A la chimenea —repitió el asesino.

Estaba acorralado. Al llegar al final de un nuevo tramo de escaleras, Dungan se había encontrado con otro grupo de guardias que acudía atraídos por los gritos y tras él todavía corrían los otros hombres. Sabía que no podría seguir huyendo en ninguna de las dos direcciones, por lo que había llegado el momento de utilizar el artefacto diseñado por el Gremio de los Ingenieros. Justo cuando sus perseguidores estaban a escasos metros de darle alcance, arrojó la pequeña esfera grisácea contra el suelo y una nube de denso humo cubrió todo el pasillo.

—¡Las ventanas! —gritó alguien—. ¡Abrid las ventanas!

Los guardias se apresuraron a obedecer y el humo comenzó a dispersarse, pero cuando recuperaron la visibilidad advirtieron con sorpresa que el intruso había desaparecido, pese a que los dos únicos caminos disponibles estaban bloqueados.

—¡Deprisa, al estudio del señor Coolitts! —exclamó otro. El grupo echó a correr escaleras arriba.

En el exterior Dungan aguardaba colgado del alféizar de la ventana a que se marchasen, satisfecho de que su plan hubiese funcionado. Ahora solo tendría que encontrar la manera de bajar de allí.

Los guardias se desplazaron hasta donde les habían ordenado mientras Ovreuc empujaba al gordinflón hacia la puerta sin apartar en ningún momento la mirada de los guardaespaldas. Empujó al político al exterior de la estancia y lo siguió, después cerró la puerta. Le arrancó un manajo de llaves del cinturón a Dumbal y probó varias, hasta que dio con la que encajaba en esa cerradura. Una vez se hubo asegurado de que nadie saldría del estudio se volvió hacia el hombrecillo, que gimoteaba tirado en el suelo.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó mientras utilizaba la mano libre para echar ligeramente para atrás el sombrero, de manera que su objetivo pudiese verle los ojos. El político tragó saliva cuando la mirada del asesino se clavó en él.

—Eh... Decías que querías hablar conmigo de algo, creo...

—Bien. Tengo una oferta para ti, Dumbal Coolitts.

—¿Qué clase de oferta?

—Una oferta que no puedes rechazar —dijo el asesino con una enigmática sonrisa—. Literalmente.

—Soy todo oídos.

—¿Sabes algo de los Neonatos?

—¿De qué?

—No importa. ¿Hasta qué punto eres leal a la Legión de los Cien Corazones?

—Esa es una pregunta difícil —confesó el político—. ¡No sé quién eres ni para quién trabajas! ¿Qué pasa si expreso absoluta lealtad y eres enemigo de los caballeros? ¿O si me muestro dispuesto a traicionarles y resulta que te han enviado ellos?

—Tendrás que ser sincero.

—Pero... Pero...

—Estoy esperando.

Gotas de sudor frío empapaban la frente del político, que trataba de contenerse con todas sus fuerzas para no orinarse encima y echarse a llorar a causa del miedo que le producía mirar a los ojos a la muerte.

—¿Qué quieres de mí?

—Te he hecho una pregunta, quiero que respondas.

—Yo... Yo... Solo quiero vivir. ¿Qué tengo que hacer para que me perdones la vida? ¡Haré lo que me pidas!

—¿Estás seguro de que esa es tu respuesta? —preguntó Ovreuc.

—¡Sí, sí! ¡No me hagas daño!

El asesino clavó su fría mirada en el hombrecillo y dejó escapar un suspiro de resignación, después guardó la daga en su funda y le tendió la mano al político.

—En pie —ordenó.

—¡Sí, oh, sí! ¡Gracias, gracias por dejarme vivir!

Ovreuc lo empujó hacia uno de los amplios ventanales del pasillo. Cristales y madera saltaron por los aires cuando el grueso hombrecillo atravesó la ventana y cayó al vacío entre gritos de pánico que no tardaron en cesar con un fuerte golpe.

Una solitaria figura se asomó a través de la destrozada ventana y miró hacia abajo. Si el político se hubiese mostrado contrario a la Legión de los

Cien Corazones habría recibido la oferta de unirse a los Neonatos y si hubiese expresado su lealtad hacia los caballeros le habría hablado de quienes eran ellos y de cómo pretendían derrocar a la Legión durante los próximos años a fin de hacerle comprender que solo cambiando de bando podría sobrevivir y permanecer en su más que beneficioso puesto. Sin embargo alguien que se mostraba dispuesto a cualquier cosa con tal de sobrevivir demostraba ser una persona sin principios ni lealtad alguna, por lo que supondría más un peligro que una ventaja para los Neonatos. Pero no importaba, antes de un ciclo lunar el Maestro había puesto ya a alguien en el cargo del ahora difunto Dumbal Coolitts.

El sonido de pasos que corrían escaleras arriba ya sonaba cerca. Era hora de desaparecer.

13

El presente.

—Es más que suficiente. —El Rey Caído liberó a Ovreuc de su control y el asesino se llevó las manos a la dolorida cabeza mientras apretaba los dientes y trataba de controlar el inmenso dolor que recorría su cuerpo—. Ahora ya sé qué me esperará cuando tenga que combatir a tu gente, pero además he encontrado en tus recuerdos algo que no esperaba... y que puede resultarme muy útil.

Su víctima se obligó a levantar la mirada y clavarla en el caballero espectral, que mostraba una siniestra sonrisa de satisfacción.

—Bastardo... —farfulló el hombre, todavía aturdido.

—Mortal estúpido —escupió este—. Has tenido ante ti el poder de la vida y no has sido capaz de verlo.

—¿Cómo es posible que conozcas el secreto del don del Maestro? —preguntó Ovreuc con el rostro constreñido en un rictus de dolor.

—No es un don, es el poder de la diosa Salssa'el —explicó el Rey Caído. Él y yo somos más parecidos de lo que podrías imaginar.

—¡Él otorga la vida, pero tú tan solo das la muerte eterna! —replicó el asesino, furioso—. ¡No te atrevas a compararte con él!

—¿Y que son la vida y la muerte, sino las dos caras de la moneda? Debes saber, mortal, que tanto tu Maestro como yo hemos sido bendecidos por la misma diosa: Salssa'el, la diosa de la vida... y de la muerte. La única diferencia entre nosotros es que mientras que a él le otorgó el poder sobre lo primero y a mí sobre lo segundo.

—Tú eres un monstruo, una abominación que jamás debió existir —acusó Ovreuc.

—Y sin embargo existo. Es más, gracias al don que me ha sido entregado ahora poseo la vida eterna. Al igual que tu Maestro.

—¿De qué estás hablando?

—Oh, ¿no lo sabías? Me pregunto si en realidad sabes algo sobre él. Pero eso no importa ahora. Supongo que conoces la raza de los trascars, ¿no es así? —La expresión de ira del asesino fue toda la respuesta que el Rey

Caído necesitaba—. Son los auténticos hijos de Salssa'el y a ellos les fue entregada originalmente el poder de la vida que el Maestro robó.

—Aunque fuese así, ¿cómo podrías tú saberlo?

—Porque si estoy aquí es gracias a la mismísima Salssa'el. Antes de alzarme de nuevo aprendí de ella muchas cosas, pues los conocimientos que puedes recibir de un dios no tienen parangón. Y ahora, gracias a ti, sé que solo debo encontrar a esas criaturas para tener el control también sobre la vida. Al igual que tu Maestro les robó el poder de la Quintaesencia, lo haré yo también. Y cuando lo haga, cuando sea capaz de controlar la vida y la muerte, no habrá nadie en Saphir capaz de rivalizar conmigo. Será cuestión de tiempo que todas las razas mortales doblen la rodilla ante mí, el gobernador por derecho de Darlime. Con semejantes poderes podré erradicar toda vida de Saphir y, después, desafiaré a los propios dioses.

—Estás loco —sentenció Ovreuc.

—Tal vez, mortal, tal vez —el caballero espectral desenfundó su gran espadón de hoja oscura y se aproximó al asesino, que todavía se encontraba débil como un bebé—. Antes de morir debes saber que si no hubiese podido ver en tu mente al Maestro, si no hubiese escuchado el eco de las palabras con que tu compañera te explicó su poder para otorgar vida, si no hubiese visto a través de tus recuerdos a los kluch... si no hubiese sido por todo eso jamás me habría dado cuenta de la verdad. Pero ahora la sé, y es solo cuestión de tiempo que ponga fin a la vida como tal en todo Saphir.

El Rey Caído alzó su mandoble y Ovreuc le miró directamente a los ojos profundos y fríos como la muerte. No tenía miedo.

—¡Ahora!

El asesino levantó la mirada, la aguda vocecilla de Rabe era lo último que había esperado escuchar en esos momentos. El disparo de dos fusiles resonó en la noche y los proyectiles golpearon a Jeryk Malakoy en medio de una explosión de humo. El caballero de la muerte, más molesto que herido, buscó con la mirada a sus atacantes mientras su horda de muertos vivientes parecía despertar de nuevo.

Ovreuc aprovechó la distracción para ponerse en movimiento. Si el oído no le engañaba, sabía de dónde había venido el ataque y quería llegar hasta sus hombres, así tendría más posibilidades de salir de allí con vida. Se incorporó sin hacer ningún ruido y justo cuando se disponía a escapar de allí sus ojos se cruzaron con los de la mercenaria que también habían capturado. La mujer permanecía en el mismo lugar donde la habían dejado las tropas del

Rey Caído. El asesino decidió que podía formar parte de sus enemigos pero, pese a eso, no estaba dispuesto a dejar a nadie a merced del caballero espectral. Había sentido en su propio ser lo que era capaz de hacer con sus poderes y, consciente de que lo que él había sufrido en realidad no era nada comparado con lo que podía llegar a hacer, no dejaría que nadie pasase por algo parecido. Por un momento pensó en acabar con su vida allí mismo antes de escapar, pero el recuerdo de la esposa de Nirlem, el Paladín, le hizo cambiar de idea. Ovreuc se echó al hombro a la mujer y echó a correr como pudo, deseando que sus sentidos no le hubiesen engañado. Casi podía sentir el gélido aliento del Rey Caído sobre su nuca.

—¡Coged al mortal! —bramó Jeryk Malakoy—. ¡Que no escape con vida, sabe demasiado!

La horda espectral se puso en movimiento como un solo hombre, todos en pos de Ovreuc. Los disparos de los fusiles resonaron de nuevo y entonces los vio: unos metros por delante de él se encontraba un pequeño grupo de Neonatos entre los que destacaba una colosal mole que arrancó una sonrisa al asesino. Quizás tuviesen una oportunidad después de todo. Para su sorpresa sintió especial alegría al reconocer también a la pequeña figura que subida a los hombros del titán impartía órdenes a las tropas. Su cabeza estaba rematada por un sombrero muy parecido al que lucía el propio Ovreuc.

—¡Rabe! —gritó—. ¡Hay que salir de aquí como sea, no podemos derrotarles!

El kluch asintió desde su elevado asiento y comenzó a impartir órdenes cuando el asesino llegó junto a ellos.

—Tengo un par de trucos guardados, amo —dijo la pequeña criatura—. Saldremos de esta.

—¿Y los demás?

—Se retiraron, pero nosotros nos negamos a irnos sin el amo.

—Por enésima vez, no me llames amo.

—No es el momento, amo. Los tenemos encima.

Ovreuc empuñó sus dagas, una oleada de muertos vivientes estaba a punto de echarse encima de ellos. Sin embargo todavía se encontraba demasiado débil para combatir y se vio obligado a clavar una rodilla en tierra. La carrera había acabado de agotarle.

—Amo no puede luchar, ¡protegedlo con vuestras vidas!

La voz de Rabe le llegaba muy distante, casi irreal. Estaba a punto de perder el conocimiento cuando una mano sobre su hombro le obligó a

despertar. La Mercenaria de Isha lo miraba con el ceño fruncido mientras empuñaba una espada recogida de entre los cadáveres.

—El Corazón Próximo que me acompañaba no pudo soportarlo ni un momento. Tú en cambio has aguantado horas —dijo la mujer—. Te has ganado mi respeto, Neonato.

Ovreuc sonrió y se obligó a ponerse en movimiento de nuevo mientras los Neonatos se interponían entre ellos y los Malditos de Malakoy, como el Rey Caído había decidido llamarlos. La colosal criatura dirigida por Rabe, un Ratfuten mecánico al que el Maestro había otorgado vida, se situó en el centro y dos de los hombres de Ovreuc, un sombrío y un ejecutor al que el asesino reconoció como Dungan, se situaron a los flancos del titán. Los fusileros y otro pequeño kluch quedaron tras ellos. Los primeros no dejaban de disparar contra sus enemigos.

Ovreuc sacudió la cabeza. De pronto, tan solo deseaba tumbarse y dormir. Debía descansar... sobresaltado sacudió la cabeza al darse cuenta de que estaba pasando algo extraño. A cierta distancia de él vio a dos figuras humanas cubiertas por amplios ropones que lo miraban con superioridad. Sorprendido advirtió que uno de ellos, cuya túnica era totalmente blanca, lucía una larga melena negra, mientras que el otro, de túnica oscura, tenía el largo cabello del color de la nieve. Por lo demás ambos eran como dos gotas de agua: altos, flacos, pálidos y con narices aguileñas.

—Hechiceros —dijo la mujer.

—Odio la magia —refunfuñó él.

—No preocuparse, amo. Yo aquí.

El aludido advirtió que el pequeño kluch se encontraba a su lado. Fue entonces cuando lo reconoció como un neutralizador, uno de los pequeños equipados con inventos del Gremio de Ingenieros que le permitían neutralizar parte del poder mágico de sus enemigos.

Los hechiceros trataron de alcanzar de nuevo a Ovreuc con sus poderes, pero el pequeño se interpuso y empezó a tocar botones de sus aparatos. Una esfera translúcida le cubrió, tanto a él como a su líder y a la mercenaria que los acompañaba.

—¡Tus amigos están en apuros! —gritó esta.

El asesino miró hacia ellos y comprobó que, en efecto, no tardarían en verse superados por sus enemigos. Los muertos vivientes los habían rodeado y en esos momentos los dos fusileros luchaban por sus vidas contra un puñado de guerreros fantasmales, mientras el Rey Caído se dirigía

directamente hacia la mole sobre la que se encontraba Rabe. Este, sin embargo, lejos de rendirse ante la más que evidente superioridad de su enemigo, se puso en pie sobre la cabeza del Ratfuten y agitó los brazos como si estuviese saludando a alguien.

—¿Qué demonios está haciendo? —preguntó Ovreuc.

—¡Allí! —la mujer le cogió del brazo y señaló hacia las alturas, una extraña máquina voladora se dirigía veloz hacia ellos dirigida por un solo kluch.

Al verla, los dos asesinos que combatían junto al coloso mecánico comenzaron a trepar por él mientras los alaridos de los fusileros indicaban que finalmente habían sido superados por sus enemigos. Cuando el aparato volador, un drom kluch, llegó hasta ellos, Rabe subió de un salto y tanto el sombrío como el ejecutor hicieron lo mismo. La máquina se tambaleó, pero consiguió permanecer en el aire y se dirigió directa hacia Ovreuc.

—¡No caber más! ¡No caber más! —gritó el kluch que la pilotaba.

Dungan lo cogió del pescuezo y lo arrojó hacia los muertos vivientes sin pensárselo ni un instante.

—¡Rabe, pilota! —exclamó. El aludido se apresuró a tomar los controles del aparato antes de que este se estrellase.

—¡Ella viene con nosotros! —gritó Ovreuc, el vehículo volador estaba a punto de pasar sobre ellos.

Dungan y el sombrío se agarraron como pudieron a los asientos diseñados para los kluch y se prepararon para coger a su líder y a la mujer, cuando la nave pasó sobre ellos Ovreuc se agarró al brazo del ejecutor mientras la Mercenaria de Isha se sujetaba al otro neonato.

El aparato volador remontó ligeramente el vuelo, pero a duras penas lograba mantener la altura suficiente para sobrevolar a la horda de muertos vivientes y, además, volaba haciendo eses.

—¿No puedes conducir mejor este cacharro? —Dungan sostenía a su líder mientras trataba de aferrarse con fuerza al ingenio volador para no caer ambos sobre el mar de espectros.

—¡No soy piloto! —replicó Rabe—. ¡No debiste echar al que teníamos! ¡Además, vamos sobrecargados!

—¿Qué impedirá que nos sigan? —preguntó Ovreuc desde su precaria situación.

El Ratfuten estalló en una terrible explosión de fuego y humo. Uno de los tornillos del coloso mecánico golpeó al líder del Gremio de Asesinos en

una pierna.

—¡Eso! —gritó el kluch—. ¡Le pusimos algunas cargas explosivas extra, amo! ¡Ahora salgamos de aquí!

El Rey Caído vio cómo el aparato volador se perdía en el horizonte. En él iba el único mortal que conocía sus planes para hacerse con el poder de la Quintaesencia. Pese a que no sabía cómo alguien así podría tratar de oponerse a él, no estaba dispuesto a correr riesgos. Lo encontraría, aunque tuviese que poner Darlime entera del revés, y cuando lo hiciese lo mataría a él y a todo el que tratase de interponerse.

—No me puedo creer que hayamos conseguido salir con vida de todo eso.

Dungan miró a la mujer y sonrió con bravuconería.

—¿Acaso pensabas que los Neonatos somos unos aficionados, nena?

—No es el momento. Tenemos asuntos serios de los que preocuparnos —intervino Ovreuc, ya algo recuperado.

Los cinco supervivientes se encontraban junto a unos peñascos. El sonido del mar rompiendo contra estos era lo único que se escuchaba en la quietud de la noche. Los restos del Drom Kluch todavía humeaban. Pese a que Rabe se mostraba orgulloso de haberlos puesto a salvo, los demás todavía no comprendían cómo podían haber salido con vida de semejante «aterrizaje».

—Escuché lo que dijo el Rey Caído —dijo la mercenaria—. Habló de un poder con el que podría exterminar toda vida sobre Saphir.

—Sí. Es el mismo poder que posee el Maestro, nuestro líder —explicó Ovreuc—. No podemos permitir que se salga con la suya.

—¿Y qué podemos hacer nosotros, jefe? —preguntó el sombrío, taciturno—. Solo somos un puñado de asesinos y ella.

—Tenemos que encontrar la manera de llegar hasta el Maestro, debemos avisarle —explicó Ovreuc—. El Rey Caído solo podrá encontrar la isla si cuenta con una de las cuatro personas que hay en Darlime con poder sobre la Quintaesencia. Solo ellos pueden encontrar el camino, nuestra ventaja es que todavía no lo sabe.

—Supongo que ese Maestro será una de ellas, ¿pero quiénes son los

otros tres? —preguntó la mercenaria.

—A los otros tres fue el propio Maestro quien les entregó ese poder —dijo el líder del Gremio de Asesinos—. Dos de ellos trabajan para nosotros, pero el tercero desapareció hace ya algún tiempo. Aunque no creo que debamos preocuparnos por él. Si yo mismo no he sido capaz de dar con su rastro, dudo que Malakoy pueda hacerlo.

—¿Entonces cuál es el plan, amo? —Rabe parecía ansioso por entrar en acción.

Ovreuc sonrió y miró a sus aliados, incluida la mujer a la que había rescatado, mientras una idea comenzaba a formarse en su mente, una idea lo suficientemente loca como para detener al Rey Caído.

2^a Parte: Confrontación

1

Vestore Lidal empezaba a arrepentirse de haberse unido al Claustro de los Neonatos. Todavía podía recordar el momento en el que Ovreuc le ofreció un puesto en su Gremio de Asesinos y cómo él pensó que sería su oportunidad de conseguir cierta posición y poder, en lugar de contentarse con ser un asesino a sueldo cualquiera. Con la caída de la Legión de los Cien Corazones, la situación social en Darlime era más difícil de lo que lo había sido durante las últimas décadas, lo que no era poco, teniendo en cuenta los años de luchas y desacuerdos internos que se vivían desde que comenzaron a surgir facciones que se oponían al gobierno de los caballeros. Si bien era cierto que como miembro de los Neonatos tenía todo lo que podía necesitar, no lo era menos que en el relativamente poco tiempo que formaba parte del Gremio de Asesinos había puesto su cuello en peligro más veces de las que recordaba haberlo hecho a lo largo de toda su vida. Y eso era mucho decir para alguien que se dedicaba al dudoso arte del asesinato.

Todavía maldecía entre dientes la decisión de Ovreuc de enviarle, precisamente a él, a esa misión mientras los otros cuatro supervivientes del ataque de los Malditos de Malakoy se dirigían hacia otro objetivo. Desde un punto de vista totalmente práctico Vestore comprendía la elección, eso no lo negaba. Su líder no podía enviar a Rabe, pues el pequeño kluch habría llamado poderosamente la atención, ni a la mercenaria, pues apenas la conocían y no podían confiar en ella. La elección había estado entre él y Dungan pero Ovreuc tampoco había dudado en eso, pues además de que, en la tarea que ellos tenían entre manos, necesitaría al feroz ejecutor, resultaba mucho más apropiado enviar a uno de los furtivos y silenciosos sombríos a cumplir con la misión que ahora recaía en sus hombros. A veces deseaba continuar siendo un neófito dentro del Gremio de Asesinos. La vida resultaba entonces mucho más sencilla.

El sombrío estornudó y una miriada de gotas de agua saltaron desde la pesada capa con que se cubría a fin de mantenerse lo más a salvo posible de la lluvia, que caía con fuerza sobre el pequeño poblado donde había tratado de refugiarse al estallar la tempestad, sin saber que el lugar se encontraba bajo la protección de las Mercenarias de Isha. Desde que los Neonatos arrebataron el gobierno de Darlime a la Legión de los Cien Corazones, estos y las antiguas amazonas se habían unido en lo que en un alarde de

originalidad bautizaron como La Alianza. Sin embargo, y pese a sus poco amistosas intenciones, no habían causado demasiados problemas al Claustro de los Neonatos, pues eran muy pocos los supervivientes y se encontraban recluidos en el Bastión de la Alianza al noreste de Darlime. O eso es lo que habían pensado en un principio, pero al parecer no era el único asentamiento en el que podían encontrarles. Lo que en un primer momento había pretendido ser una breve parada en busca de refugio y alimento, se había convertido en una persecución cuando uno de los habitantes del poblado le había identificado a causa de sus tatuajes faciales como miembro del Gremio de los Asesinos. Desde ese instante no había parado de correr, hasta hacía solo unos instantes. Todavía no sabía muy bien cómo iba a hacerlo, pero debía encontrar la manera de escapar de las Mercenarias de Isha para cumplir su misión, Ovreuc le había encargado que advirtiese al Maestro de la amenaza que suponían los Malditos de Malakoy y de sus intenciones de llegar a la isla de los trascar y no podía fallar.

Un virote de plumas grises se hundió en un montón de basura junto a Vestore, quien alzó la vista y vio a varias figuras femeninas que trataban de cercarlo. Las Mercenarias de Isha lo habían encontrado. Varios chasquidos en el silencio de la noche pusieron en movimiento al asesino, que se arrojó al suelo y rodó sobre sí mismo mientras los virotes se estrellaban contra el suelo que había ocupado un momento antes. A diferencia de los caballeros esas mujeres eran buenas rastreadoras y tiradoras, evitarlas no le resultaría tan sencillo como si hubiese tenido que enfrentarse a la Legión de los Cien Corazones.

Echó a correr, pero sabía que le seguirían de cerca y decidió que, si no era posible esconderse de ellas, tendría que eliminarlas. Alguien surgió de entre las sombras ante él, una mujer de larga melena dorada y ojos feroces que empuñaba una lanza de aspecto peligroso.

—Deja de correr, asesino —exigió—. No podrás escapar de nosotras.

Las Mercenarias de Isha tomaron posiciones alrededor del fugitivo pero este no apartó la mirada de la amazona que le cortaba el paso, pues conocía bien su reputación de temibles guerreras y sabía que despistarse un solo instante podía resultar fatal. El sonido de pasos le indicó que entre seis y ocho mujeres tomaban posiciones a su alrededor, probablemente armadas con ballestas o lanzas.

—No tengo intención de escapar —aseguró el asesino, que ya empuñaba dos dagas largas.

El chasquido de una ballesta anunció el comienzo de la batalla.

Vestore rodó por el suelo y arrojó una de sus armas hacia donde debía estar la ballestera si su oído no le había engañado, un grito de dolor le indicó que había dado en el blanco. Se levantó de un salto y buscó con la mirada un nuevo objetivo, luego arrojó la otra daga que se hundió en el cuello de otra de las oteadoras. Los dos cuerpos cayeron al suelo entre los estertores de la muerte mientras el asesino desenfundaba más cuchillos.

La lanza de la amazona estuvo a punto de atravesarle pero logró esquivarla en el último instante. Vestore dejó escapar un gruñido de protesta pero evitó detenerse, pues sabía que si lo hacía podía darse por muerto. Cerró una mano en torno al asta del arma y se movió alrededor de la mujer de manera que la obligase a interponerse entre él y las tiradoras. El grito de dolor de la amazona señaló que lo había hecho justo a tiempo. El asesino la empujó hacia las otras mercenarias y echó a correr hasta desaparecer en la oscuridad. Tres oteadoras corrieron a atender a su compañera herida mientras cuatro miembros de la Guardia de las Mercenarias de Isha, equipadas con largas lanzas se marchaban en busca del asesino.

Vestore vigilaba a las lanceras desde su escondite, unos pasos por detrás de las mujeres. Les había hecho creer que huía en una dirección para después moverse entre las sombras y ocultarse de manera que pudiese emboscarlas cuando pasasen junto a él, y al parecer su idea estaba funcionando a la perfección. Pese a que las mujeres ya se habían dado cuenta de que les había despistado todavía no sospechaban qué era lo que pretendía en realidad. Sigiloso como un felino el asesino emergió de entre las sombras y se aproximó a las mujeres, desenfundó una daga y esbozó una sonrisa ladina.

Inmovilizó a la guardiana más próxima con la mano libre y utilizó el acero para marcarle una profunda y brillante sonrisa roja en el cuello. La mujer se derrumbó al suelo en silencio. Después desenfundó otra daga y arrojó ambas hacia las otras mujeres. Las armas se hundieron en sus espaldas y estas gritaron de dolor mientras caían. La última que quedaba en pie se volvió hacia el asesino, pero este corrió hacia ella y cuando trató de ensartarlo cogió el asta de la lanza con una mano y la atrajo hacia él con todas sus fuerzas al tiempo que giraba para evitar la afilada punta. La mujer tropezó mientras caía sobre el asesino. Este le retorció el brazo para que soltase el

arma y la obligó a tumbarse en el suelo mientras la inmovilizaba.

—¿Cuántas sois? —preguntó.

—Mátame y acaba con esto —dijo ella.

El sombrío le rompió el brazo y su grito de dolor resonó en la noche mientras el asesino se incorporaba para inspeccionar a las otras mercenarias heridas. Una de las lanceras a las que había derribado con sus dagas arrojadas estaba inconsciente, pero la otra trataba de levantarse con gran esfuerzo, mientras la sangre le manaba a borbotones por la herida. Sin alterarse rajó el cuello a la que yacía sin sentido y echó un despreocupado vistazo a la cuarta lancera, la primera en recibir una sonrisa roja. Después pateó a la que trataba de levantarse y retorció la daga de su espalda. Su grito se unió al de su compañera.

—¿Cuántas sois? —preguntó de nuevo.

—Vete... vete al... cuerno... —farfulló ella.

El asesino extrajo el arma de su espalda y dio la vuelta a la malherida mercenaria.

—No te lo volveré a preguntar —aseguró, pero la mujer se limitó a mirarle sin el más rastro de miedo en sus ojos. Fue lo último que vio.

—¿Vas a torturarme, desgraciado? —preguntó la única que seguía con vida, la del brazo roto—. ¿Por qué no me matas de una vez?

—¿Cuántas sois?

La mujer se mantuvo en silencio, pero sus ojos comenzaban a reflejar miedo. Cuando le rompió una pierna su tenacidad se quebró del todo y las lágrimas corrieron por el rostro de la lancera.

—Diez... diez, maldita sea... pero ya has matado a cinco de nosotras.

—A seis —afirmó él antes de hundirle la daga en el corazón.

—¡Bastardo asesino!

Vestore se incorporó de un brinco y se volvió con las dagas ensangrentadas en las manos, presto para defenderse de sus nuevas enemigas. Dos mujeres idénticas como dos gotas de agua corrían hacia él mientras hacían girar grandes hachas por encima de sus cabezas, hachas que el asesino estaba seguro de que habría sido incapaz de blandir. Las gemelas descargaron sus armas contra él, que a duras penas pudo saltar hacia un lado y rodar por el suelo, justo a tiempo para poder conservar la cabeza sobre los hombros. Cuando intentaba incorporarse y echar a correr, una flecha se hundió en su hombro. Vestore gritó de dolor pero no dejó de moverse. Advirtió que la mujer del arco, una de las temidas recaudadoras de las Mercenarias de Isha,

se preparaba para volver a disparar. Consciente de que no soportaría un segundo flechazo desenfundó su daga Vunscher, apuntó con la pistola que llevaba incorporada en la empuñadura y disparó.

No sucedió nada.

Otra flecha se hundió en su vientre y mientras caía y su sangre se mezclaba con el agua de la torrencial lluvia, comprendió que la tormenta debía de haber empapado la pólvora del arma.

Vestore abrió los ojos gratamente sorprendido de estar vivo. Le dolía todo el cuerpo, pero incomprensiblemente no estaba herido. Palpó desconcertado su hombro y su vientre convencido de haber sentido el inmenso dolor de dos flechas que se hundían en su carne, pero no solo los virotos no estaban allí sino que tanto su piel como sus ropas se encontraban en perfecto estado. Todavía aturdido se levantó muy despacio y advirtió que se encontraba en el mismo sitio en el que le habían derribado las Mercenarias de Isha. El asesino buscó los cadáveres de las mujeres a las que había matado, pero no estaban allí. De hecho todo el poblado parecía encontrarse desierto. No se veían las titilantes luces de gruesas velas tras las ventanas ni las chimeneas escupían el humo de la lumbre, además de que el único ruido que podía escuchar era el repiqueteo de la lluvia contra el suelo y el quejido de algunas ventanas sueltas que se balanceaban en los goznes oxidados.

Todo indicaba que se encontraba bien y que estaba solo pero no pudo evitar tensarse y fruncir el ceño. Había algo que no encajaba. Ignoraba cómo podía estar tan seguro, pero de algún modo sabía que sus sentidos le engañaban. El sombrío cerró los ojos y respiró hondo mientras trataba de concentrarse y de buscar en su interior. Sabía que de alguna manera era allí donde encontraría la respuesta a lo que le estaba pasando.

De pronto su concentración se vio interrumpida por un gran dolor y Vestore gritó como nunca antes lo había hecho y durante tanto tiempo como le permitieron sus pulmones, hasta que cuando no pudo más cayó de rodillas sobre los charcos. Parpadeó furioso mientras trataba de alejar el repentino dolor de cabeza que sentía y lo que vio en tan breve parpadeo le heló la sangre. Con el corazón en un puño abrió los ojos de golpe, pero el paisaje no había cambiado. Seguía estando en medio de un poblado aparentemente abandonado mientras la lluvia caía. ¿Entonces qué había sido eso? Por un momento le pareció ver unas formas borrosas, poco más de sombras, que lo

miraban con ojos inhumanos, con una mirada que parecía capaz de atravesarlo y ver sus más profundos pensamientos. Vestore sintió un escalofrío mientras se preguntaba una vez más qué era lo que le estaba pasando.

Tenía que levantarse y continuar su camino, todavía le quedaba un largo viaje si quería llevar al Maestro el mensaje de Ovreuc. Este había insistido en que era necesario que diesen la voz de alarma entre los suyos, pues debían evitar a toda costa que el espectral Jeryk Malakoy fuese capaz de encontrar Trascaél, la Isla Santuario en la que vivían los pocos supervivientes de la raza de los trascars que los propios Neonatos habían estado a punto de exterminar. Sin saber cómo ni por qué Vestore se vio transportado al momento en que alrededor de un fuego improvisado su líder les había explicado todo lo concerniente al peligro que suponían los Malditos de Malakoy.

—Sobre todo no dejéis que os atrapen con vida bajo ningún concepto —advirtió Ovreuc, la expresión de su rostro era absolutamente seria—. Es preferible que acabéis vosotros mismos con todo antes de que eso pase.

—No sé, jefe. Preferiría morir luchando a tener que volarme los sesos con la pistola de pólvora de mi alfanje —replicó Dungan.

—Eso es porque no sabes de qué son capaces esas criaturas —intervino la tiradora de las Mercenarias de Isha que se había presentado a sus nuevos compañeros como Anyaala—. Si hubieseis visto lo que yo vi...

—Jeryk Malakoy volvió del revés no solo mi mente, sino todo mi ser. Jugó conmigo como quiso y cuando estuvo satisfecho se dispuso a matarme para añadirme a su ejército de muertos vivientes, pero vuestra intervención nos salvó a Anyaala y a mí.

—No podía dejar morir al amo —dijo Rabe con una gran sonrisa de satisfacción.

—¿Qué es lo que pretende, Ovreuc?

Vestore se vio a sí mismo mientras hablaba y por un momento se sintió sumamente intranquilo, había algo que no encajaba. Sin embargo el mismo dolor de cabeza que había sentido poco antes atenazó de nuevo su sien y sus dudas se despejaron. Advirtió entonces que el líder del Gremio de Asesinos ya había comenzado su explicación sobre las intenciones de Jeryk Malakoy.

—...solo cuatro personas poseen el poder de la Quintaesencia y el

Maestro es una de ellas. Los otros son la doctora Jarvinia, el doctor Lapont y el desaparecido Doctor Bolban —enumeró Ovreuc—. Lo sé bien porque yo estuve presente cuando estos tres últimos accedieron a esos poderes mientras el Maestro los guiaba.

—¿Qué importancia tiene eso? —Dungan nunca había destacado por su paciencia y su educación—. ¡Lo que tenemos que evitar es que los Malditos de Malakoy lleguen hasta la isla!

—Sí, pero hay algo que Jeryk Malakoy no sabe —explicó su jefe—. El Maestro ha visitado dos veces Trasca'el, el hogar de los trascars. La primera de ellas lo guió la mano de la diosa Salssa'el, fue cuando le entregó el poder de la Quintaesencia. Lo sé porque él mismo me lo contó. En el segundo viaje estuve presente, pues fui junto al Maestro y a nuestras tropas para tratar de exterminar a esas criaturas, pues nuestro señor temía precisamente la amenaza a la que ahora nos enfrentamos: que alguien fuese capaz de encontrar la isla y robe el poder de la vida de la misma manera que hizo él. Sin embargo, un puñado de criaturas escapó. Fue imposible capturarlas.

—¿Pero qué tiene que ver todo eso con los Malditos de Malakoy? —preguntó Anyaala, que no acababa de entender qué pretendía Ovreuc con toda esa explicación.

—Más de lo que crees. El propio Maestro me explicó que solo existen dos maneras de llegar hasta Trasca'el: que la mano de los dioses te indiquen el camino o que sea un individuo marcado por la Quintaesencia quien lo haga. Si no me equivoco el Rey Caído ignora este dato. Tendremos que aprovecharnos de la que probablemente sea nuestra única ventaja.

—¿Qué es lo que tienes en mente, jefe?

—Tendremos que separarnos, Dungan. No me gusta la idea de dividir nuestros efectivos, ya estamos en clara desventaja, pero es necesario hacerlo. Uno de nosotros debe encontrar al Maestro e informarle de todo esto, pues si Jeryk Malakoy llegase a descubrir esta información lo más probable es que atacase Caldara para tratar de capturar a uno de los pocos capaces de controlar la Quintaesencia —explicó Ovreuc—. Si saben a lo que nos enfrentamos podrán estar preparados para el ataque.

—¿Pero qué hay del tal doctor Bolban? —preguntó la Mercenaria de Isha—. ¿Y si llegan hasta él?

—He tratado de encontrar su rastro desde que nos traicionó y abandonó los Neonatos —explicó el líder del Gremio de Asesinos—. Y no he sido capaz de dar con él. Si ha conseguido esconderse de mí dudo seriamente que

Jeryk Malakoy sea capaz de encontrarlo, incluso aunque supiese de su existencia.

—¿Quién irá? —Vestore se sintió estúpido mientras observaba como él mismo hacía una pregunta para la que ya tenía respuesta.

—Deberías ser tú, eres el más apropiado. Rabe llamaría demasiado la atención, a Dungan lo necesitaré conmigo y la mujer...

El asesino guardó un incómodo silencio y miró a Anyaala.

—No soy de fiar, puedes decirlo —intervino esta—. Lo comprendo, pero de verdad quiero ayudaros. Los Malditos de Malakoy no solo mataron a mi gente, sino que después tuve que verlos levantarse de nuevo y unirse a las filas de su ejército. Eso es algo que no pienso perdonarles, ninguna de mis hermanas merece ese destino. Pero acataré tu decisión, Ovreuc.

—Bien, entonces es cosa mía —dijo Vestore mientras sentía que todo comenzaba a girar a gran velocidad a su alrededor. Sin embargo sus compañeros no parecían sentirlo y continuaban hablando como si todo continuase igual.

—¿Qué haremos los demás? —preguntó Dungan.

—Nos dirigiremos hacia las montañas, conozco a alguien que podría sernos de mucha ayuda contra los Malditos de Malakoy. Nos pondremos en marcha al amanecer, recordad que es mucho lo que nos jugamos y que a pesar de ello todo esto puede ser en vano.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó la mujer.

—Según me dijo el propio Jeryk Malakoy él también cuenta con la bendición de Salssa'el, que fue quien indicó al Maestro el camino a Trasca'el. Ignoro hasta qué punto tiene a la diosa de su parte, aunque sé que algo ha cambiado: El Maestro recibió el poder de la vida pero el Rey Caído ha obtenido el de la muerte, por lo que es posible que las cosas sean distintas. Pero si no es así, si realmente cuenta con el beneplácito de la diosa, quizás ella misma le muestre el camino hasta la isla santuario. Tal vez todos nuestros esfuerzos para detenerlo sean en vano.

No podía soportarlo más. Vestore se puso en pie de un saltó y se arrojó de cabeza a la hoguera que crepitaba en la noche, su rostro siseó cuando lo hundió en las brasas y llamas y su grito pareció romper la noche mientras el asesino sentía que le ardía el cerebro desde dentro...

La lluvia seguía cayendo con fuerza. Sobre el suelo empapado se

encontraba el cadáver de Vestore con dos flechas hundidas en su cuerpo, una estaba clavada en su hombro y la otra se había hundido hasta media asta en su vientre. Debajo del sombrío el agua de la lluvia se mezclaba con la sangre hasta adquirir un tono rojo oscurecido por las sombras de la noche.

Jeryk Malakoy miraba el cuerpo con desprecio mientras maldecía en silencio que el mortal hubiese sido incapaz de resistir durante un rato más el proceso de inmersión en sus recuerdos. Quizás lo habría aguantado de no ser por las heridas sufridas, pero la flecha clavada en su vientre había sido una herida letal. Ahora ya no podría averiguar más sobre los planes de ese Ovreuc, el único capaz de interferir en su propósito de dominar la Quintaesencia. Pero no importaba, pues ahora que había acabado con la vida del hombre que yacía a sus pies aquel al que llamaban El Maestro jamás recibiría la advertencia.

El Rey Caído pareció disolverse en la noche y tras él quedó la vieja aldea, ahora deshabitada. Los cadáveres de sus guardianas ya habían pasado a formar parte del ejército de los Malditos de Malakoy.

2

El líder del Gremio de Asesinos miró a sus compañeros, que descansaban sobre mantas en el pequeño claro que Rabe había encontrado entre los árboles, y no pudo evitar sonreír. Pese a sus reticencias iniciales sobre los Neonatos con el tiempo había encontrado en ellos a una familia y por primera vez sentía que formaba parte de algo. Se sentía querido y respetado por sus hombres, a los que entrenaba casi a diario para ayudarles a mejorar sus habilidades tanto marciales como en las artes del sigilo y el asesinato, y para su sorpresa, había podido comprobar en distintas ocasiones que el Maestro sentía cierto respeto por él, lo que le llevaba a tratarle, si no como a un igual, al menos como a alguien en quien confiaba por completo.

Además estaba Ixxen. La joven ingeniera y él se habían sentido atraídos el uno por el otro casi desde el mismo momento en que se conocieron y desde su llegada a los Neonatos estaban juntos como pareja. En ocasiones sentía que esa oscuridad en la que había ido adentrándose cada vez más desde que cometió su primer asesinato se veía dispersada por el radiante y alegre carácter de su compañera. Por primera vez en mucho tiempo podía decir que ya no mataba por el mero hecho de hacerlo, sino a fin de luchar por una causa, la causa de los Neonatos.

Sin embargo, todavía quedaban fantasmas en su alma, aspectos de él que permanecían allí y que, empezaba a comprenderlo, jamás le abandonarían.

El primero era el de Shirel, su viejo maestro. El hombre lo había acogido y cuidado cuando lo encontró malviviendo en la calle como un pilluelo más que robaba para vivir y corría a diario para salvar la vida cuando los guardias trataban de darle alcance. Junto a él había aprendido a dejar atrás al pequeño ratero para convertirse en un experto ladrón que había demostrado tener un talento natural para el sigilo y la infiltración. Shirel había tratado de enseñarle que el disponer de la habilidad para robar casi cualquier cosa no le daba el derecho a hacerlo, y a decir verdad el joven Ovreuc nunca se había mostrado demasiado interesado en apoderarse de más de lo que precisaba para vivir cómodamente. Pero todo eso cambió el día en que, empujado por la codicia, aceptó un encargo muy distinto a todos los que había realizado hasta entonces como ladrón, una tarea que precisaba derramamiento de sangre. El ahora asesino todavía podía recordar cada momento de la noche en la que se

adentró en la mansión donde descansaba el noble al que le habían encomendado asesinar y, una vez más, recordó el momento en que sesgó su primera vida. Por un instante le pareció estar de nuevo en la estancia del hombre de quién nunca llegó a conocer la identidad. Sin embargo sí que recordaba muy bien su aspecto: era un individuo de mediana edad y bien formado, con el pelo entrecano, piel morena y mejillas bien afeitadas. Recordaba que le tapó la boca mientras dormía para después hundirle el cuchillo en el corazón. Recordó el momento en que su víctima le miró con incredulidad y miedo, con los ojos muy abiertos mientras la sangre se escapaba por sus heridas y empapaba las sábanas de seda de su lecho. Recordaba también el horrible espectáculo y la lenta y agónica muerte que sufrió, pues su inexperiencia como asesino le llevó a darle casi una docena de puñaladas que le rasgaron piel, carne y órganos y le llevaron a morir ahogado por su propia sangre mientras trataba de respirar. No había sido un trabajo limpio y desde luego tampoco agradable. El pago fue excelente, pero durante meses no pudo dormir sin ver de nuevo los ojos aterrorizados del hombre y la sangre que fluía tan despacio como inevitable por sus numerosas heridas. A decir verdad, habían pasado algo más de veinte años desde aquel día y todavía recordaba hasta el más nimio detalle de la horrible manera en que había muerto su primera víctima.

Pero si bien ese era su fantasma más antiguo, ahora tenía otro que le hacía compañía durante las noches en que no lograba conciliar el sueño. Este era mucho más reciente y, sin duda, había resultado una de las muertes más limpias de su carrera, pero no por ello le resultaba menos terrible. Hacía ya mucho tiempo que Ovreuc había llegado a la conclusión de que todo ser humano poseía una maldad intrínseca dentro de él que le empujaba al egoísmo y al abuso siempre que tenía la posibilidad, certeza esta que había podido comprobar en innumerables ocasiones, en las que hombres y mujeres en puestos de poder no habían sentido ningún remordimiento por pisotear a cualquiera que estuviese por debajo de ellos, tan solo por obtener algún beneficio, por insignificante que este fuese. A decir verdad, en todo el tiempo que llevaba trabajando como asesino se había encontrado con cientos de casos así, de hombres poderosos que atormentaban a sus subordinados, individuos estos que con toda seguridad habrían actuado de la misma manera de intercambiarse sus posiciones. Jamás había sentido remordimientos por dar muerte a un objetivo, pues todos los encargos que había recibido eran sin excepción hombres y mujeres que merecían una daga en las tripas y una

muerte lenta mucho más que el final rápido e indoloro con el que él los liquidaba en la mayoría de las ocasiones. Tan solo en algunos casos, en aquellos por cuyos actos había llegado a horrorizarse, había optado por administrar muertes tan lentas y dolorosas como había podido. Y pese a todo había una única vida que había lamentado sesgar, pues pese a lo poco que la conocía tenía la extraña certeza de que había sido una de esas escasas almas verdaderamente buenas que pueden encontrarse.

Nyala. Qué extraño le resultaba el hecho de no poder olvidar a una mujer a la que apenas había llegado a conocer, pero así era. No eran pocas las noches en las que volvía a ver su rostro de expresión afable y alegre como el de una chiquilla despreocupada, su encantadora sonrisa y la inocencia que la muchacha desprendía, esa inocencia que todavía no había sido contaminada por la maldad. Podía recordar su risa, la manera en que cantaba mientras cocinaba en un hogar humilde y austero, demasiado humilde y austero para alguien en su posición, pero que indicaba que simplemente tenía todo lo que necesitaba tener. Recordaba el olor de la comida preparada por la joven y podía rememorar el momento en que bebió la leche envenenada y pareció sumergirse en el sopor del sueño mientras exhalaba su último aliento sin llegar a saber lo que había pasado. Recordaba cómo se había quedado mirando su cuerpo mientras sentía por primera vez que lamentaba haber arrebatado una vida. Desde ese momento había odiado a Nirlem mucho más de lo que lo había hecho hasta entonces, pues lo que nació como un rencor fruto de una traición se convirtió, en ese momento, en la desesperación nacida de la certeza de que las acciones de ese hombre le habían empujado a cometer un crimen tan horrible que jamás podría recuperarse de él. Le había hecho matar a la única persona que había conocido cuyo corazón era todo bondad e inocencia.

Y por si no fuese suficiente con todos esos horrores, ahora tenía que vivir con el recuerdo de los Malditos de Malakoy. Había visto con sus propios ojos cómo el Rey Caído torturaba a sus prisioneros y se metía en sus mentes hasta que estos no podían resistir más y morían, solo para volver a levantarse momentos después como muertos vivientes al servicio de Jeryk Malakoy. Él mismo se había visto sometido a semejante tortura y todavía le parecía sentir la mano del Rey Caído dentro de su cerebro, indagando y sondeando su mente mientras él gritaba a causa del dolor. Si bien había soportado y sobrevivido al proceso, no estaba seguro de poder olvidar los horrores que había visto hacer a los Malditos. Recordaba la mirada penetrante

y terrible del caballero de la muerte y algo en su interior se rompía, sentía ganas de acurrucarse y llorar como un niño. Por si no fuese bastante terrible la tortura al que los sometía el espectro para conocer sus recuerdos y pensamientos, le había hecho revivir la muerte de Nyala. Hacía años de aquello y ya creía haber superado lo que sucedió entonces, pero Jeryk Malakoy había hecho que la herida volviese a sangrar.

No dejaría que volviesen a jugar así con su mente, antes moriría.

Ovreuc se tumbó sobre su propia manta y colocó el sombrero de cuero negro de manera que le resguardase los ojos de la luz del sol, que ya asomaba al claro donde descansaban los Neonatos y comenzaba a verter sobre ellos sus rayos de luz. Trataría de dormir un poco mientras Dungan vigilaba, siempre que sus fantasmas le permitiesen hacerlo.

—Es hora de levantarse, amo.

Ovreuc abrió un ojo y gruñó al ver la fea y boba cara de Rabe, que lo miraba con su característica sonrisa mientras se ponía su propio sombrero, a juego con el del propio Ovreuc. Este se incorporó con un gruñido y miró a sus compañeros. Para su sorpresa advirtió que ya estaban preparados para partir. Dungan vigilaba los alrededores y la mujer lo observaba con una sonrisa irónica.

—Quién me iba a decir que al líder del Gremio de Asesinos se le pegarían las sábanas —comentó burlona.

—No suele pasarme —protestó este mientras se levantaba y se ponía la gabardina de cuero y oricalco y el sombrero—. Pero el proceso al que me sometió Jeryk Malakoy me dejó agotado.

—No puedes quejarte, tienes suerte de estar vivo —le recordó la Mercenaria de Isha—. Mis compañeros no pueden decir lo mismo.

—Lo sé, pero no por eso deja de ser una experiencia agotadora. Y terrible, por cierto. No dejaré que vuelvan a capturarme con vida, no quiero tener que volver a pasar por todo eso.

—Bueno, jefe —Dungan caminaba hacia ellos, sus músculos resaltaban debajo de las ropas de cuero blando con refuerzos de oricalco—. ¿Cuál es el plan? Si vamos a cruzar las montañas habrá que ponerse en marcha, sería conveniente llegar antes de que anochezca.

—No vamos a las montañas.

El ejecutor parpadeó con una estúpida expresión de sorpresa reflejada

en el rostro.

—Amo dijo que iríamos a las montañas —observó Rabe—. Que conocía a alguien que podría ayudarnos a combatir a los Malditos de Malakoy.

—Mentí —confesó el aludido.

—¿Mentiste? — Anyaala lo miraba sin dar crédito a lo que estaba escuchando—. ¿Por qué hiciste algo semejante?

—Porque no quería que Vestore conociese nuestra ruta —explicó Ovreuc—. Si el Rey Caído da con él creará que vamos en una dirección, cuando en realidad haremos algo totalmente distinto.

—Pero si dan con él también sabrán que necesitan a uno de los usuarios de la Quintaesencia para encontrar Trascar'el —recordó la tiradora.

—Sí, y probablemente atacarán a los Neonatos para tratar de capturar a uno de ellos —afirmó Ovreuc—. Tal vez lo consigan, pero al hacerlo pondrán sobre aviso al Maestro y nos darán tiempo para prepararnos.

—¿Prepararnos para qué, amo?

—Para enfrentarnos a ellos. Cuando dije que conocía a alguien que podía ayudarnos no mentía, pero esas personas no están en las montañas.

—¿Entonces dónde podremos encontrarlos?

—En el mar, Anyaala.

—El mar está repleto de soimis —recordó Dungan de pronto—. Os recuerdo que aunque vivan en las frías tierras del norte son una raza submarina. Según he escuchado acostumbran a lanzar ataques contra embarcaciones para alimentarse de los prisioneros. Dicen que utilizan unos agujijones que les salen del pecho para absorber la vida de sus víctimas y que cuando terminan solo dejan un pellejo sin vida.

—Es un riesgo que debemos correr o no podremos encontrar a los Bucaneros.

—¿Los Bucaneros? ¿Quiénes son esos? —preguntó Dungan.

—Bucaneros —intervino Rabe, que carraspeó para aclararse la garganta—. Se dice que son un clan de piratas extendido por el océano y que reúnen en sus filas a exiliados de todas las especies de Saphir. Al parecer están liderados por una misteriosa hechicera de la que se sabe muy poco y la suya es la flota naval más poderosa que puede encontrarse. No se rigen por las leyes de Darlime ni por las de ningún otro sitio y cualquiera que navegue por el océano y se cruce con ellos deberá entregarles un impuesto de navegación o será abordado. Cuando la Legión de los Cien Corazones estaba en el poder

intentaron acabar con los Bucaneros, pero fueron incapaces de combatirles con éxito. La superior habilidad marcial y estratégica de los caballeros no servían de nada en una batalla naval, mientras que sus pesadas armaduras de mallas y placas suponían un inconveniente más que una ventaja, pues no fueron pocos los guerreros de la Legión que murieron ahogados cuando el peso de sus propios pertrechos los arrastró bajo las olas. En cambio los Bucaneros combatían desde sus propios barcos armados con armas de proyectiles y cañones. Finalmente la Legión de los Cien Corazones decidió que...

—Ya vale, Rabe —le interrumpió Ovreuc—. Es suficiente.

—Todavía tengo información sobre ellos que compartir, amo.

—Es suficiente —repitió el aludido.

—Sí, amo.

—Bien.

—¿Conoces a esos tipos? —Dungan lo miraba con una sonrisa de socarronería—. Vaya, vaya. Nuestro jefe está lleno de sorpresas.

—Conozco a uno de sus capitanes —puntualizó—. Pero sé que me ayudará. Solo tenemos que dar con él.

—¿Pero qué pueden hacer ellos contra el poder de los Malditos de Malakoy? —preguntó Anyaala—. Sabes tan bien como yo de lo que son capaces. Esos piratas no podrán hacer nada contra alguien que ha sido capaz de derrotar a la Alianza y a los Neonatos.

—En primer lugar, nos derrotó porque atacaron por sorpresa y mientras nos enfrentábamos contra vosotros —recordó Ovreuc—. Además era un enemigo desconocido, no sabíamos contra qué nos enfrentábamos.

—¿Y acaso eso ha cambiado?

—No Anyaala, pero cambiará. En segundo lugar no son piratas, se hacen llamar Bucaneros. Y en tercer lugar me da la impresión de que olvidas algo.

—¿Ah, sí? ¿El qué?

—Por terribles que puedan ser los Malditos de Malakoy para llegar hasta la isla de los trascars deben hacerlo por mar, pues no existe otro camino.

—Ah, ya veo por dónde vas, jefe —dijo Dungan.

—No hay nadie como los Bucaneros para combatir en alta mar, salvó evidentemente los anfibios Vástagos de Kurgan. Si conseguimos que nos ayuden podemos hacer mucho daño a las huestes del Rey Caído y con suerte

lograremos ralentizarlos.

—Pero no detenerlos —observó la Mercenaria de Isha.

—No necesitamos detenerlos. Si Vestore consigue llegar hasta el Maestro no sabrán que necesitan a uno de los usuarios de la Quintaesencia para llegar hasta la isla. Pueden pasar semanas buscándola sin éxito por el mar mientras los Bucaneros les hostigan a distancia.

—¿Y si no lo consigue, jefe? —preguntó Dungan.

—En ese caso tendremos todavía más ventaja.

—No comprendo —dijo el ejecutor.

—Si no consigue llegar significará que Jeryk Malakoy ha dado con él, y si eso es así sin duda sabrá que necesitan a un usuario de la Quintaesencia para encontrar el camino a Tracar´el. Tendrán que buscar a uno de ellos y mientras tanto dispondremos de más tiempo para prepararnos. Cuando se hagan a la mar les estaremos esperando preparados para detenerles. Además contaremos con el apoyo de los Neonatos, que sin duda les perseguirán como respuesta al ataque. Quedarán atrapados entre dos fuegos y esta vez estaremos preparados.

—No es mal plan —confesó Anyaala—. Pero hay algo que me intriga. Antes dijiste que cabía la posibilidad de que la propia Salssa´el les guiase hasta la isla, ¿qué haremos si es así?

—Precisamente ese es el otro motivo de que nos hayamos dividido. Si es así Vestore podrá llegar sano y salvo ante el Maestro y nos enviarán apoyo, pero hasta que llegue tendremos que apañarnos para evitar que alcancen la Isla Santuario. En este caso necesitaremos el apoyo de los Bucaneros todavía con más desesperación.

—Amo, si me permite la observación hay un fallo fundamental en todos esos planes —intervino Rabe.

—¿Ah, sí? ¿Qué fallo? —preguntó el aludido con una sonrisa.

—Necesitamos un barco y alguien capaz de tripularlo y en estos momentos no disponemos de nada de eso —explicó el kluch—. Sin una embarcación apropiada no veo factible que podamos hacernos a la mar y mucho menos que...

—Precisamente a eso íbamos ahora, pequeño —informó el líder del Gremio de Asesinos—. También sé dónde podemos encontrar exactamente lo que buscamos.

—En ese caso deberíamos ponernos en marcha —sugirió Dungan.

—Pues adelante —dijo Ovreuc.

El grupo se apresuró a recoger sus cosas y abandonaron el claro en la dirección indicada por su líder.

Este abría la marcha. Se había asegurado de tener cargado y listo para disparar el fusil pesado que llevaba colgado a la espalda y se cubría con el sombrero de manera que el sol no le molestase. A una prudente distancia le seguían Rabe y Dungan, tan alerta como el líder del Gremio de Asesinos. El primero se cubría también con el sombrero que había copiado a su jefe mientras que el segundo ocultaba su rostro marcado por tatuajes con una profunda capucha y un pañuelo que le tapaba todo menos los ojos. En la retaguardia caminaba la Mercenaria de Isha.

El grupo marchaba en silencio y con sigilo, procuraban viajar por fuera de los caminos y siempre en dirección suroeste. Cada uno de ellos caminaba sumido en sus propios pensamientos, pero todos eran conscientes de que no tardarían en enfrentarse a un terrible enemigo que podía no solo acabar con sus vidas sino que si fracasaban serían sus almas inmortales las que quedarían condenadas para toda la eternidad.

3

—¡Es fascinante!

—Profesor Lapont, creo que no debería levantar la voz mientras estemos aquí —advirtió Comadreja Blanca. La mujer miraba a su alrededor con nerviosismo y utilizaba la antorcha que portaba para alumbrar cualquier rincón oscuro en el que pudiesen ocultarse sorpresas desagradables. Dos fusileros, todavía más nerviosos que ella, vigilaban la oscuridad por ambos lados del túnel a la espera de que en cualquier momento pudiese atacarles algún tipo de monstruo de las profundidades. No pensaban admitirlo, pero estaban aterrorizados.

—Tonterías, no creo que haya nada aquí por lo que debemos preocuparnos —replicó el biólogo con una sonrisa amistosa.

—Me temo que no tenemos la misma concepción del peligro —replicó ella—. ¿O debo recordaros que estos túneles son utilizados con frecuencia por las Manadas de Urueh para llegar hasta Darlime?

—Bueno, para eso estáis aquí —recordó el científico—. Además, eso me daría la ocasión de observar con mis propios ojos a algunas de las fascinantes criaturas de esos seres, tal vez un sorrep. ¡O un miz! Por los dioses, sería fantástico poder ver uno. ¡Casi valdría la pena morir!

—Personalmente preferiría evitar cualquier encuentro que conlleve nuestras muertes —dijo Comadreja Blanca. La joven asesina se apartó un mechón de su oscuro y rizado cabello de los ojos y lanzó una mirada furiosa al biólogo.

—Estáis demasiado tensos —dijo este—. Además, si nos atacan, yo también puedo defenderme.

El hombre dio unos golpecitos a la pistola de pólvora que llevaba al cinto. Se la había entregado Ixxen en persona antes de que se marchasen a explorar esos túneles.

—¿Cuántas veces la has disparado? —preguntó Comadreja.

—Tres, si contamos los entrenamientos.

—¿Y si no?

—Ninguna, ¿pero qué importa eso?

—Oh, nada, ¿qué va a importar? Pero háganos un favor. Si nos atacan escóndase detrás de nosotros y pase lo que pase no intente disparar el arma, podría matarnos a alguno de los tres. O incluso a todos.

—¡Oh, mirad esto! —exclamó Lapont. Se encontraba arrodillado en el suelo y sostenía algo con las manos—. ¡Es extraordinario!

La asesina se acercó al biólogo con curiosidad mientras los dos fusileros mantenían la posición pese al interés que sentían por ver el descubrimiento.

Cuando Comadreja se agachó junto al hombre vio que se trataba de unos huesos partidos y frunció el ceño.

—¿Un esqueleto? —preguntó, pese a que ya conocía la respuesta.

—¡Mucho más que eso! ¡Es el esqueleto de un animal desconocido para mí! ¡Acerca la antorcha, tengo que verlo bien!

—Ya es suficiente, nos marchamos de aquí —ordenó Comadreja Blanca mientras se ponía en pie de nuevo—. Cualquier cosa que fuese capaz de hacerle eso a esa bestia podría venir a por nosotros.

—De eso nada —dijo Lapont con el ceño fruncido—. Todavía no he terminado.

—No te he preguntado. Recoge tus cosas, tenemos que irnos antes de que nos metamos en problemas.

—No pienso moverme, Comadreja Blanca.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó la mujer con el labio torcido de puro enfado—. Te recuerdo que estoy al mando de esta expedición.

—Haz lo que quieras. Alguien como tú no es capaz de comprender lo valiosos que pueden ser estos descubrimientos. ¿Quieres irte? Pues hazlo, pero yo no pienso moverme de estas cuevas.

—Odio a los científicos.

—Y yo a los soldados.

—No soy un soldado, soy una asesina.

—Y yo un biólogo. Ahora deja que haga mi trabajo y tú haz el tuyo. Vete a asesinar algo.

Los dos fusileros se miraron entre preocupados y sorprendidos por la repentina discusión que habían entablado sus dos compañeros. Uno de ellos, que lucía un bigote que se unía con las patillas, muy de moda en esa época, imitó la expresión de enfado de la mujer y movió la boca como si hablase, al verlo su compañero tuvo que contenerse para no estallar en carcajadas. Un ruido detrás de ellos alarmó a los dos hombres, que se volvieron de inmediato y dispararon hacia la oscuridad. Una rata salió corriendo desde el sitio al que habían disparado y tanto Comadreja como Lapont se volvieron hacia ellos. La asesina tardó apenas un instante en desenfundar una espada corta de hoja

tan fina y afilada como una aguja mientras con la otra mano todavía sostenía la antorcha.

—¿Qué creéis que estáis haciendo? —exclamó en tanto que lanzaba una gélida mirada a los dos tiradores—. ¿Acaso habéis perdido el juicio?

—Escuchamos un ruido y pensamos...

—¡Es suficiente! —Comadreja enfundó de nuevo sus armas y cogió al científico del brazo—. Nos vamos de aquí. Este sitio nos tiene los nervios destrozados. Y si vuelves a protestar te dejaré inconsciente y haré que ellos dos te lleven a cuestas —advirtió cuando Lapont abrió la boca para protestar. Su amenaza le hizo cerrarla de nuevo sin decir una sola palabra.

El científico cogió lo que pudo de su equipo con el brazo que tenía libre y el pequeño grupo de Neonatos se puso en marcha. Uno de los fusileros se ocupó de cubrir la retaguardia mientras el otro permanecía como avanzadilla de manera que la asesina y el biólogo quedasen en medio.

Nadie abrió la boca durante un buen rato, mientras el cuarteto caminaba por los túneles tratando de desandar el camino recorrido. La antorcha que portaba Comadreja Blanca estaba ya cerca de consumirse del todo cuando Lapont se detuvo y se sentó sobre una de las rocas que podían encontrarse por esos túneles.

—¡Es suficiente! —exclamó—. Necesito descansar un poco. Además, empiezo a pensar que nos hemos perdido.

—Es que nos hemos perdido —confirmó Comadreja Blanca mientras se sentaba junto a él, los dos fusileros intercambiaron una mirada de angustia.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó el científico.

—Tenemos que seguir caminando hasta encontrar el túnel correcto —dijo la asesina.

—Podríamos estar días andando en círculos.

—¿Acaso tienes una idea mejor, Lapont?

—Ya que lo preguntas, la verdad es que sí —confesó él—. Podéis buscar vosotros el camino mientras yo sigo con mi trabajo.

—No vamos a separarnos —rechazó la mujer de inmediato.

—¿Por qué no? Sería lo más práctico.

—Porque nuestro trabajo es protegerte y no podremos hacerlo demasiado bien si te perdemos de vista —explicó Comadreja con el ceño fruncido, comenzaba a perder la paciencia.

—¿Tienes idea de lo importante que es todo esto? —Lapont se puso en pie y miró a la asesina con gesto de enfado—. ¡Estoy seguro de que ni la más

mínima!

—Y por eso me lo vas a contar, ¿verdad? —preguntó ella con resignación.

—Estos túneles pueden permitirnos conseguir información sobre las Manadas de Urueh que nos ayude a derrotarlos. Los hijos del dios del fuego son un enemigo muy a tener en cuenta pese a que vivan en otro continente, muy lejos de Darlime. Utilizan estos pasajes subterráneos, a menudo excavados por ellos mismos, para desplazarse por todo Saphir y...

—Conozco la historia —interrumpió Comadreja.

—¿También sabes cómo combatir a esas criaturas? ¡Son seres capaces de utilizar el poder elemental del fuego y por lo que sabemos hasta ahora son más instintivos que inteligentes!

—¿Como un animal? —preguntó uno de los fusileros.

—Algo parecido.

—Eso, encima animadle —farfulló la mujer.

Lapont la ignoró y se volvió hacia los dos tiradores, que escuchaban con interés.

—¡Pero hay más! —exclamó con una gran sonrisa de orgullo—. Según hemos descubierto no hace demasiado tiempo, estos túneles también son utilizados por los Carroñeros de las Profundidades. Existen rumores de que esas criaturas inhumanas fueron en su día como nosotros, ¿sabéis lo que supondría para la comunidad científica poder demostrar un descubrimiento así? ¡Sería la gloria!

—Eh, un momento —Comadreja se levantó de la piedra de un salto—. ¿Carroñeros de las Profundidades? Pensaba que esta zona solo era frecuentada por los demontres de las Manadas de Urueh.

—Eso es lo que se creía, pero ciertas fuentes me han informado de lo contrario. ¿Por qué crees que tenía tanto interés en venir a estudiarla?

—¿Y no se te ocurrió que debías comentárselo al Maestro?

—No pensé que fuese importante.

La asesina levantó el puño para indicar a sus compañeros que guardasen silencio. Un leve ruido, casi imperceptible llegó hasta ellos a través de los túneles. Parecía como si algo arañase el suelo de roca.

—¿Qué... qué es eso? —Lapont sintió que de pronto perdía las ganas de continuar investigando.

—Los Carroñeros de las Profundidades están prácticamente ciegos, pero tienen un oído y un olfato fuera de lo corriente. ¿No eres biólogo?

—Sí, pero no pensé...

—Está claro que no pensaste. Esas criaturas se alimentan de carne, ¿qué creéis que somos para ellos, sino comida? Y llevamos horas gritando y caminando por aquí como si tal cosa.

—¿Quieres decir que ellos...?

—Cállate de una maldita vez y obedece mis órdenes. Tal vez todavía tengamos alguna posibilidad de salir de aquí con vida.

El profesor Lapont asintió y se arrimó a la asesina mientras empuñaba su pistola de pólvora y miraba nervioso a su alrededor.

—Guarda eso antes de que lastimes a alguien —bufó Comadreja Blanca.

El hombre obedeció mientras ella hacía señas a los fusileros para indicarles que se situaran en retaguardia. El ruido era cada vez más fuerte.

Los tiradores apuntaron hacia la oscuridad y la asesina hizo lo mismo con la pistola de pólvora incorporada en la daga Vunscher que portaba. El científico hizo amago de coger su propia arma, pero la mano de Comadreja se cerró sobre su muñeca como un cepo y le obligó a desistir una vez más.

Un lamento rompió el casi absoluto silencio y envolvió a los Neonatos, que trataban con desesperación de dar con el origen de los sollozos y gritos, pero mirasen a donde mirasen tan solo encontraban oscuridad mientras el grito amenazaba con hacerles perder la cordura.

—¿Son los Carroñeros de las Profundidades? —preguntó Lapont a gritos, pero no logró hacerse oír por encima del plañido.

Un segundo grito se unió al primero, pero en esta ocasión advirtieron que estaba mucho más próximo a ellos. No tardaron en darse cuenta de que era uno de sus propios hombres, el fusilero con bigote, que se retorció en suelo mientras trataba de taparse los oídos con las manos. Sin embargo no daba resultado y víctima de una extraña locura no tardó en levantarse y echar a correr hacia la oscuridad como si le persiguiese la misma muerte. Su compañero se adelantó para correr en pos de él, pero antes de que diese otro paso Comadreja Blanca lo sujetó por el brazo.

—¡Ni se te ocurra! ¡Debemos permanecer unidos, no sabemos a qué nos enfrentamos!

El tirador asintió con nerviosismo y recuperó su posición, pero a Comadreja le bastó un breve vistazo para comprender que no soportaría mucho rato más esa situación.

Entonces, sin previo aviso, el lamento cesó.

—¿Qué ha sido eso? —Lapont se agarraba con fuerza al brazo de la asesina. Pese a que intentaba mostrarse valiente, saltaba a la vista que se encontraba muy asustado.

—No tengo ni idea, pero no esperaremos a descubrirlo. Nos vamos de aquí ahora, moveos.

—¿Y Jarbo? —preguntó el fusilero superviviente.

—No lo sé, pero ten por seguro que no vamos a arriesgar la vida de Lapont por la suya. Pongamos al científico a salvo y después, si podemos, regresaremos a buscarlo.

—No podemos abandonarle —objetó el biólogo.

—Eso es decisión mía, ¡ahora moveos!

No tuvo que repetirlo, los tres compañeros echaron a correr por los túneles mientras trataban de recordar cuál era el camino de vuelta, pues sabían que en esos momentos sus propias vidas podían depender de ello.

De pronto una figura surgió de la oscuridad que tenían ante ellos y avanzó con pasos torpes. Pese a que tenía la cabeza agachada y no podían ver su rostro los Neonatos reconocieron de inmediato a su compañero.

—¡Jarbo! —El otro fusilero corrió hacia él aliviado por encontrarse de nuevo con su amigo, pero este no pareció escucharle.

—¡Vuelve aquí, idiota!

—No pasa nada, Comadreja. Es Jarbo, ¿no lo veis? —El tirador se acercó a su compañero desaparecido y le palmeó la espalda—. Por un momento me asustaste, ¿sabes? ¿Qué te pasó ahí atrás para echar a correr de esa manera?

El fusilero al que llamaban Jarbo levantó la cabeza y los miró con expresión estúpida. Estaba tan pálido que parecía un cadáver. Su compañero no vio venir el ataque y cuando sintió cómo el que en vida había sido su mejor amigo le arrancaba la garganta de un mordisco, boqueó para tratar de respirar, pero solo pudo escupir sangre.

Una potente ráfaga de aire, algo imposible dentro de túneles subterráneos, apagó la antorcha que portaba la asesina.

—¡Corre, Lapont! —gritó esta—. ¡Corre, maldita sea!

El científico corrió con todas sus fuerzas, en parte motivado por los gritos de Comadreja Blanca y por los siniestros sucesos que acababa de presenciar y en parte obligado por la mujer, que corría a su lado y tiraba de él con férrea determinación. Corrieron durante lo que les parecieron horas, aunque en realidad apenas fueron unos pocos minutos, antes de estrellarse de

bruces contra una pared de piedra. Ambos cayeron al suelo a causa del impacto y quedaron allí tendidos mientras trataban de calmar sus agitadas respiraciones para poder escuchar.

Silencio.

Ninguno de los dos dijo una sola palabra. Comadreja Blanca palpó a su alrededor en busca de algún lugar en el que ocultarse y advirtió que esa zona parecía haber sufrido un derrumbe hacía relativamente poco tiempo, pues un montón de piedras y grandes rocas se alzaba cerca de donde se encontraban. En el más absoluto sigilo obligó al científico a incorporarse y lo empujó detrás del montón de escombros, resuelta a salvar su vida a cualquier precio. Un sollozo le hizo comprender que el hombre estaba aterrorizado, lo que complicaba las cosas. Si hubiese estado sereno habría podido usar su poder sobre la Quintaesencia para abrirse paso a través del derribo y habría conseguido salir de allí, pero se daba cuenta de que tendría que ingeniárselas ella sola para que ambos abandonasen las cuevas con vida. Con determinación se llevó la mano al cinturón en busca de algo que había esperado no tener que usar. Al parecer el Maestro había actuado con inteligencia al entregarle semejante artefacto.

—Mortal estúpida, ¿de verdad crees que podéis esconderos de mí?

La voz fue para ella como si un viento frío devorase sus huesos desde dentro— La mujer sintió deseos de arrancarse la piel de los huesos pero luchó con todas sus fuerzas para mantener la mente lúcida. No sabía a qué se enfrentaba pero lo que sí que sabía era que fuese lo que fuese estaba utilizando el miedo como arma para doblegarlos.

Dos ojos como ascuas ardientes la miraban desde la oscuridad, dos pequeñas llamas de fuego azul que flotaban en el aire y parecían alimentarse de sus propios miedos, pues cuando más difícil le resultaba soportar la tensión más parecían brillar. Poco a poco su brillo azulado se extendió y Comadreja Blanca pudo identificar una forma humanoide, la de una criatura que tal vez algún día hubiese sido humano pero que desde luego había dejado esa humanidad muy atrás. Tras el ente fantasmal pudo ver a una horda de espectros y muertos vivientes que arrastraban los pies en un lento caminar, los dos fusileros que minutos antes se encontraban junto a ellos estaban ahora al lado de lo que parecía un caballero fantasmal, la criatura de ojos ardientes.

—A él lo quiero con vida, pero podéis ocuparos de ella —susurró el ser, sus palabras se clavaron en Comadreja Blanca como cuchillos afilados.

La horda espectral avanzó hacia le mujer, sin embargo ella no estaba

dispuesta a dejarse atrapar con vida. La convicción de que si eso pasaba moriría le dio nuevas fuerzas y se puso en pie mientras obligaba a Lapont a incorporarse con ella. El científico lloraba como un niño asustado y la orina goteaba por sus pantalones. Estaba aterrorizado.

—Si no ordenas a tus criaturas que se detengan, lo mataré —dijo la asesina en tanto que colocaba la punta de su daga Vunscher contra el cuello de su compañero—. No lo repetiré.

El caballero espectral alzó una mano y la horda fantasmal se detuvo.

—Eres valiente, mortal. Casi lamento tener que quitarte la vida —susurró.

—Inténtalo y lo mataré.

—No dudo que lo harías —concedió—. Pero dime, ¿qué te hace pensar que yo iba a permitirte algo así?

Un dolor atroz recorrió a la asesina de los pies a la cabeza y esta gritó a causa de su terrible tormento, trató de hundir el arma en el cuello del científico pero no fue capaz de hacerlo. Por supuesto que le habría matado, ella misma prefería morir a caer en manos de su enemigo, pues pese a que ignoraba de quién se trataba había visto de qué era capaz. Además, había otro motivo: el propio Maestro le había dado órdenes para acabar con la vida del científico antes de permitir que fuese capturado por cualquier enemigo, pues era una de las pocas personas capaces de dominar la Quintaesencia y temía por lo que podía pasar si un poder así caía en manos de sus rivales. Un lamento y el sonido de arrastrar de pies indicó a Comadreja Blanca que la horda de muertos vivientes y espectros volvía a avanzar hacia ella, por lo que apenas tendría unos momentos antes de verse desbordada por sus enemigos. Consciente de que no sería capaz de reunir la fuerza necesaria para hundir el arma en el cuello de su compañero comprendió que tan solo le quedaba una salida, y muy despacio apuntó su temblorosa mano hacia el explosivo que había dejado en el suelo antes de incorporarse. Solo tuvo que disparar y se desató el caos.

Comadreja Blanca abrió los ojos, pero la oscuridad seguía envolviéndole. Recordó que se encontraba en los túneles de las Manadas de Urueh mientras poco a poco iba recuperando la consciencia y con ella recibió un gran dolor que dificultaba sobremanera sus movimientos. Respiró muy profundamente durante unos instantes y después trató de recordar lo que

había pasado. Las imágenes del enemigo que había tratado de capturar al científico se agolparon en su mente y sintió deseos de gritar, pero consiguió contenerse a tiempo. ¿Qué había pasado? El explosivo debía haber funcionado y a juzgar por las piedras que cubrían todo el suelo parecía que el túnel había sufrido otro derrumbe. Pero entonces, ¿por qué seguía con vida? Con movimientos lentos y dolorosos la asesina extrajo unos anteojos de uno de sus bolsillos y se los colocó con cuidado para asegurarse de que la goma que los fijaba a su cabeza no le atrapase la rizada melena. Después miró a su alrededor mientras agradecía en silencio al Gremio de Ingenieros la creación de un invento que les permitiese ver en la oscuridad. Si bien era cierto que no resultaba tan efectivo como una antorcha o una lámpara, para casos de emergencia como ese podía suponer la diferencia entre la vida y la muerte.

Tal y como había temido comprobó que estaba sola, no había rastro alguno del científico. Además tenía buena parte de las piernas enterradas entre escombros, lo que explicaba los dolores y la dificultad para moverse. Poco a poco comenzó a apartar las piedras que la aprisionaban mientras se preguntaba qué habría sido de Lapont. ¿Lo había matado la explosión o seguía vivo? De ser así, ¿había logrado escapar o se encontraba en manos de su enemigo? Sabía que lo más probable era esto último y de ser así tendría que llegar hasta el Maestro lo antes posible para informarle de lo sucedido. Sin embargo había una cosa que no encajaba: ¿por qué le habían dejado vivir?

4

—¿¡Quién quiere otro vaso de ron!? ¡Yo invito!

Dos docenas de hombres levantaron los brazos y gritaron entusiasmados por el ofrecimiento. Los tres enclenques muchachos que la oronda posadera tenía empleados como camareros se apresuraron a preparar las bebidas y comenzaron a repartirlas entre sus clientes, que en esos momentos volvían a ovacionar a la extraña figura que se encontraba en el mismo centro de la taberna El Viejo Verde, nombre que según decía Luun, la propietaria, se lo había puesto en honor a su difunto padre.

—¡Que no pare la fiesta! —gritó el ovacionado mientras cogía un viejo laúd y comenzaba a tocar una melodía frenética. Los clientes se pusieron en pie con sus vasos de ron en las manos y comenzaron a moverse al ritmo de la música mientras brincaban alrededor del músico.

Cualquiera que hubiese entrado en el local en ese momento se habría llevado una impresión muy equivocada de lo que allí sucedía, pues el arrítmico bailoteo de los clientes alrededor de su benefactor se asemejaba más a algún extraño baile ritual en torno a un ídolo impío que a una inocente celebración, como en realidad era. El aspecto del músico, además, no resultaba corriente y eran muchos los desconocidos que se espantaban al verlo, pues caían en el error de pensar que se encontraban ante alguna criatura enemiga de Darlime.

Vargas, pues ese era su nombre, era un hombre camaleón, uno de los hijos del dios Malesur, benditos con los rasgos y las capacidades de distintas criaturas animales. En su caso no era necesario más que echarle un rápido vistazo para darse cuenta de lo obvio, pues su piel escamosa era una buena pista de que no era un hombre corriente. Aunque en realidad nada en él era corriente. Sus pies tan solo tenían tres dedos, con uno de ellos opuesto a los otros dos de manera que pudiese utilizarlos para sujetarse a las ramas de los árboles, las vigas del techo o las piernas de una camarera maciza, según la ocasión. Un largo apéndice, lo que venía a ser una cola, surgía de la parte baja de su espalda y en esos momentos arrancaba al laúd una música llena de ritmo, mientras utilizaba la mano libre para echar un largo trago de su vaso de ron, sin dejar de tocar por ello. La exótica criatura vestía unos pantalones a

rayas verticales que alternaban rojo y amarillo y un sencillo chaleco de tela negra cubría su torso, pese a que por debajo de él sobresalía una modesta barriga de la que el hombre animal se sentía particularmente satisfecho y la que, aseguraba, no cesaría de alimentar bien para que siguiese creciendo. Sus ojos saltones, propios de un camaleón, miraban literalmente hacia todas partes y un curioso sombrero de ala plana coronaba su cabeza de reptil. Para rematar su tan extravagante aspecto Vargas portaba a la espalda el caparazón de una tortuga que le hacía las veces de escudo cuando debía recurrir a las armas y una espada larga y fina con empuñadura de cazoleta colgaba de su cadera izquierda, presta para ser desenfundada ante cualquier amenaza.

Vargas lanzó al aire su laúd, saltó y, con bastante agilidad pero no demasiada gracia, giró en el aire sobre sí mismo y utilizó sus peculiares pies para sujetarse de una de las vigas del techo mientras trataba de usar la cola para volver a coger el instrumento musical que, sin embargo, había arrojado con demasiada fuerza y estaba a punto de estrellarse contra el suelo a cierta distancia de él. Sin pensárselo dos veces una larga y gruesa lengua salió disparada desde su enorme boca hacia el instrumento y lo recuperó sin ninguna dificultad.

Ya con el laúd en sus manos tocó las últimas y agitadas notas de la canción y se dejó caer. Dio una voltereta en el aire y aterrizó sobre su cola, que amortiguó la caída como si de un muelle se tratase.

—¡Eres el mejor, Vargas! —gritó alguien desde el público.

—Normalmente prefiero que eso me lo digan las mujeres, pero gracias por tu entusiasmo —respondió el aludido mientras se ponía bien el sombrero y se dirigía hacia una mesa en la que le esperaban sus compañeros, los dos gemelos que le acompañaban en sus correrías desde hacía ya bastante tiempo.

—Muy bonito, Rana —dijo uno de ellos, un hombre joven que tenía la cabeza afeitada y lucía una fea cicatriz que cruzaba la parte derecha de su rostro, desde un ojo vacío hasta casi la barbilla.

—Gracias, Feo —respondió Vargas con una gran sonrisa—. ¿Me habéis guardado algo de ron?

—No, pero queda cerveza.

El segundo gemelo, que parecía una versión atractiva de su hermano, le tendió una jarra llena a rebosar. A diferencia de Feo él conservaba su pelo, un cabello largo, castaño y lustroso que ataba con una tira de tela roja, y su rostro desprovisto de cicatrices y marcas era el de un hombre guapo. Vargas los miró una vez más y como tantas otras se echó a reír a carcajadas. Nunca

dos gemelos habían sido tan diferentes. Feo y Guapo les llamaba, y ellos lo aceptaban sin protestar. Pero a cambio, el hombre camaleón tenía que aguantarse cuando se dirigían a él como Rana, algo que pasaba con mucha frecuencia. Lo curioso del caso era que había llegado a olvidar los nombres reales de los dos gemelos.

Los tres amigos entrechocaron sus jarras y bebieron entre burlas y chanzas. Tan solo buscaban un rato de diversión y entretenimiento al igual que hacían cada noche desde hacía mucho, mucho tiempo.

La suya era una amistad extraña. Vargas había sido expulsado del Bosque de Lilean hacía ya algunos años, según él mismo presumía, a causa de su afición a la bebida y a las fiestas. Pese a que cuando él y sus compañeros compartían una cerveza a la luz de una fogata y bajo el manto de las estrellas, aseguraba que su vida era mejor desde entonces y que vivir disfrutando de fiesta en fiesta y de borrachera en borrachera le hacía feliz, los gemelos lo conocían lo suficiente como para ser capaces de reconocer el brillo de amargo dolor que emitían sus grandes ojos saltones cuando decía no echar de menos el bosque que Malesur había entregado a sus hijos. No cabía duda de que seguía adorando al Señor del Viento, pues de lo contrario no habría podido mantener su apariencia de hombre animal, pero se negaba a hablar de todo eso. Guapo y Feo lo conocían desde hacía ya algunos años y estaban más que acostumbrados a las locuras de Vargas, que en ocasiones había asegurado cosas como que en una ocasión venció a uno de los poderosos leviatanes de los Vástagos de Kurgan con sus propias manos o que tuvo como compañero de aventuras a un demontre listo, algo que resultaba incluso más inverosímil. Sin embargo nada de eso les importaba. Podía ser un juerguista y un borracho, podía ser un pendenciero y en no pocas ocasiones un mentiroso, pero era un amigo leal y un alma valiente. Eran innumerables los líos de los que habían salido los tres juntos, como también en los que se habían metido.

La puerta de la taberna se abrió y un reducido grupo de encapuchados entró en el local seguidos por tres hombres, grandes como soimis y con cara de muy pocos amigos, que no tardaron en localizar a Vargas entre la multitud y dirigirse hacia él con pasos largos y pesados.

—No miréis, pero creo que alguien quiere estropearnos la fiesta —dijo este mientras apartaba su apreciado laúd a un lado para que no saliese malparado en caso de que a alguien se le escapase un tortazo.

—Peor para ellos —replicó Guapo mientras su hermano apuraba el

contenido de la última jarra de cerveza.

—¡Ya te tenemos, monstruo! —bramó el cabecilla de los brutos, un hombre grande y de piel oscura que presentaba una cicatriz en el brazo izquierdo—. ¿Pensabas que podrías largarte como si tal cosa?

—A decir verdad, sí —dijo él—. Nunca pensé que el viejo Alb sería tan rencoroso.

—¿El viejo Alb? —repitió otro de los brutos, un hombre al que le faltaban buena parte de los dientes.

—¿Quién es el viejo Alb? —dijo el tercero, a quien Vargas consideró inmediatamente el hombre más gordo que había visto nunca, pese a que había conocido a Taem la Carnicera, la voluminosa líder de las Mercenarias de Isha.

—No conocemos a ningún Alb, nosotros venimos de parte de...

—¡Ah, ya sé, mi moreno amigo! —interrumpió el hombre camaleón—. ¡Esto debe ser por la hija pequeña de Raldorfo! Eh, fue algo de mutuo acuerdo y de todas maneras no es tan pequeña, técnicamente ya es toda una mujer.

—Eh... tampoco venimos de parte de Rador... Ralfo...

—Raldorfo —dijo Feo a fin de ayudar al mellado, que parecía tener problemas con el nombre.

—Ese.

—¿Y entonces qué queréis? —Vargas miraba ofendido a los tres brutos—. No tengo asuntos pendientes con nadie más, no en este pueblo. ¿Seguro que no os habéis equivocado de persona? Me pasa mucho, tengo un aspecto tan vulgar que la gente me confunde con otros constantemente.

Los matones miraron al hombre camaleón mientras trataban de decidir si este hablaba en serio o, cosa más probable, se estaba burlando de ellos.

—Venimos por, uh.... —el gordo echó un vistazo a su alrededor y advirtió no sin cierta inquietud que un puñado de hombres les miraban con ferocidad mientras daban pequeños sorbos a sus vasos de ron—. Por aquel asunto.

—¿Aquel asunto? —repitió Vargas al tiempo que parpadeaba confundido—. ¡Ah, claro! ¡Aquel asunto!

—Sí, sí, aquel asunto —repitió el bruto, ya más tranquilo. Su patrón se enfadaría mucho con ellos si corría la voz sobre sus actividades turbias.

—¿Queréis una cerveza? —preguntó de pronto Guapo—. Invitamos nosotros.

—Sí... ¡no! —el matón de piel oscura miró a sus compañeros sin estar seguro de lo que debían responder.

—Yo quiero una cerveza —dijo el mellado.

—Yo también, tal vez incluso dos —añadió el gordo.

—¡Cervezas para todos! ¡Para nosotros tres, ron! —gritó Vargas.

Feo señaló tres sillas vacías a los matones, que pese a sus dudas se sentaron a la mesa junto a ellos. Cuando uno de los chicos delgaduchos les llevó la bebida parecieron olvidar de pronto todas sus reticencias y pronto charlaban y reían los seis juntos como si tal cosa mientras el ambarino líquido corría por las gargantas de los brutos. Cuando ya se habían tomado media docena de jarras cada uno Vargas decidió que ya era suficiente.

—Bueno, hablemos de negocios —dijo mientras deslizaba la cola por debajo de la mesa y la utilizaba para despojar a los brutos de los saquillos en los que portaban sus escasas monedas—. ¿Cuánto le debo a vuestro patrón?

—30 corazones de oro —dijo el gordo de inmediato, al parecer la bebida no había causado tanto efecto en él como en sus compañeros.

—¿Solo? —preguntó Vargas pese a que se dio cuenta que no tendría suficiente con las pocas monedas que acababa de hurtarles—. Vaya, qué decepción. Ya no hay usureros como los de antes, ¿verdad? Bueno, haremos lo siguiente: saldremos los seis al callejón de detrás de la taberna y lo resolveremos con el acero. Por supuesto a la bebida invitamos nosotros.

Tendió el puñado de monedas robado a uno de los camareros, que en ese momento pasaba junto a la mesa, y el chico se apresuró a guardarlas en uno de sus bolsillos antes de continuar su camino.

—¡Ja! —exclamó el de piel morena—. ¡Acabaremos con vosotros, almeñiques.

—Alfeñiques —corrigió Vargas—. Pero da igual, ya tenéis bastante con lo vuestro.

—¿Eh? —El gordo parpadeó estúpidamente y por segunda vez desde que habían llegado a la taberna se preguntó si se estaban burlando de ellos.

—No importa, vamos fuera y resolvamos esto lo antes posible. Dentro de poco será la hora de cenar y creo que hoy tenían jabalí asado. ¡No quiero perdérmelo!

Guapo y Feo se levantaron y guiaron a los tres brutos al exterior, su compañero les seguía mientras se palmeaba la oronda barriga.

Los seis se dirigieron con calma hacia un callejón próximo al local, sitio en el que habitualmente se resolvían las peleas que comenzaban dentro. O al

menos así era como se hacía desde que la tabernera le saltó los sesos a una Mercenaria de Isha que parecía tener ganas de montar una bronca dentro del recinto. Desde ese día ninguno de sus clientes habituales había tenido agallas de llegar a las manos en el interior, no importaba lo sería que fuese la afrenta sufrida.

Cuando llegaron al lugar en cuestión, Guapo y Feo se quedaron tras su compañero, que desenfundó su espada larga y comenzó a fintar contra el aire.

—¿No calentáis? —preguntó a los tres brutos, que lo miraban con expresión estúpida mientras cerraban sus manazas en torno a pesadas mazas y a palos con cadenas—. Os dará un tirón si no lo hacéis.

El combate concluyó antes de empezar. Con un rápido movimiento Vargas se abalanzó hacia sus adversarios y ensartó al mellado, que no pudo hacer otra cosa que mirar con extrañeza la fina hoja de metal que atravesaba su pecho para luego abandonarlo, para, acto seguido, en un revés, rajar la garganta del gordo. El último, el de piel oscura, trató de avanzar hacia él pero se encontró con que algo le atenazaba la pierna y de un tirón lo arrojó de cabeza al suelo. Era la cola de Vargas, quien le abofeteó varias veces con ella antes de hender el vientre del bruto con el acero. Sus tripas se desparramaron por el suelo cuando trató de levantarse.

—Y así es como se hace —dijo el hombre animal mientras se volvía hacia sus compañeros y hacía una exagerada reverencia al tiempo que usaba la cola para quitarse el sombrero y saludar. Guapo y Feo estallaron en aplausos.

—Veo que nos has perdido facultades, viejo amigo —dijo alguien desde el tejado, donde había observado todo el espectáculo.

Los gemelos empuñaron cada uno dos hachas de mano y se adelantaron para cubrir a su compañero, pero este se echó a reír al ver al recién llegado.

—Baja de ahí, Ovreuc. Un día vas a caerte y te partirás el cuello —dijo mientras hacía un gesto al asesino para que se acercase a ellos, el aludido se descolgó hacia el suelo y después se acercó al hombre camaleón.

—Sigues igual de feo —dijo mientras se colocaba el sombrero de manera que no le tapase los ojos.

—Tú en cambio eres todavía más feo que antes —replicó Vargas. Su amigo soltó una risotada—. ¿Qué te trae al suroeste de Darlime? Hacía mucho tiempo que no te veía, te perdí el rastro.

—Me uní a los Neonatos —dijo Ovreuc—. He estado muy ocupado desde entonces. ¿Y tú?

—Emborracharme y acostarme con mujeres. Siempre se me ha dado mucho mejor que a ti eso de divertirme, ¿verdad?

El asesino palmeó la espalda de su viejo amigo sin dejar de sonreír. Los dos gemelos guardaron sus armas al comprender que no se trataba de ninguna amenaza.

—¿Podemos hablar dentro? —preguntó Ovreuc—. Necesito un favor.

—Claro, pero tú invitas a las cervezas.

—No hay problema. Ah, tengo que presentarte a unos compañeros.

—¡Genial, más amigos! ¡Podemos montar otra fiesta!

Vargas trotó emocionado hacia el interior de la taberna seguido de cerca por los gemelos y por Ovreuc, que les señaló a una mesa apartada en la que esperaban un hombre, una mujer y una pequeña figura que se cubría el rostro con una capucha.

—Son mis socios —explicó el asesino—. Dungan, Anyaala y el pequeño es Rabe.

El hombre camaleón se acercó al kluch, que se encogió bajo la capucha.

—¿Qué te pasa, chico? ¿Por qué te escondes? Mira a Ovreuc, con lo feo que es y va por ahí con la cara descubierta. Bueno, al menos normalmente. No tienes nada que temer, estás entre amigos.

El homúnculo miró al desconocido desde el fondo de su embozo y después miró a su jefe, que asintió. Rabe se quitó la capucha y miró al hombre animal, que abrió como platos sus ya de por sí grandes ojos al ver a ese pequeño ser humanoide de extraño aspecto. Su carencia de nariz y orejas, sus manos y pies de cuatro dedos y la piel azulada de aspecto escamado le daba cierto parecido al del propio Vargas.

—¡Hijo mío! —gritó este, y con lágrimas en los ojos abrazó al pequeño kluch que boqueó como un pez fuera del agua mientras el espadachín lo estrujaba—. ¡Oh, benditos sean los dioses! ¡Este es un gran día, lo celebraremos con ron!

—No es tu hijo —explicó Ovreuc con calma mientras Dungan miraba a su alrededor en busca de alguien que pudiera causarles problemas al ver al homúnculo, pero la gente de ese local estaba acostumbrada a los escandalosos numeritos del hombre animal y ni tan solo se molestaron en volverse para ver por qué estaba chillando en esa ocasión.

—¡Claro que lo es! ¡Míralo, si tiene mis mismos ojos! ¿No ves el parecido?

—Debo aclarar que no tenemos relación de parentesco alguna, pues en

realidad soy un ser creado artificialmente mediante la combinación de alquimia y el uso de la Quintae...

—Rabe, ahora no —le interrumpió Ovreuc, el kluch puso expresión triste y agachó la mirada.

—¡No riñas al chico, hombre! ¡Se nota que también ha sacado la inteligencia de su padre, deja que hable!

—Vargas, esto es serio —dijo el asesino—. Necesito tu ayuda y la necesito ya.

—Pues dime qué es lo que necesitas. ¡Y podemos celebrar este reencuentro con ron!

—Ahora no, es importante que me escuches. ¿Sigues navegando en esa cáscara de nuez que llamas barco?

—En realidad se llama Cáscara de nuez explicó Vargas—. Y sí, sigo navegando en él cuando no estoy visitando alguna taberna. ¿Sabes que ya he estado en treinta y siete locales de todo Darlime?

—¿Tienes tripulación?

—Nosotros somos su tripulación.

Ovreuc se giró hacia Guapo, que era quien había hablado, y a su hermano Feo.

—Mi gemelo y yo navegamos con Vargas desde hace años —explicó el tuerto.

—¿Gemelos? —preguntó Dungan—. ¿Estás de broma?

El líder del Gremio de Asesinos miró a los dos hermanos sin acabar de decidir si podía o no confiar en ellos.

—Son de fiar, amigo mío. Tienes mi palabra. ¿Ahora qué tal si me dices de una vez qué es lo que pasa y para qué necesitas mi barco?

El aludido se aproximó al hombre camaleón y bajó la voz todo lo que pudo.

—Él ha vuelto, Vargas.

—¿Mi padre? ¿Lo has encontrado? Mi madre siempre me dijo que no estaba segura de...

—Esto es serio, haz el favor de centrarte.

—Vale. ¿De quién estás hablando?

—De Jeryk Malakoy. Ha regresado a Darlime y trae consigo un ejército de fantasmas y muertos vivientes. Quiere acabar con la vida como tal en todo Saphir y solo nosotros podemos detenerle.

El hombre camaleón miró durante unos instantes a su viejo amigo y

parpadeó mientras trataba de asumir la información. Después usó la cola para coger una jarra de cerveza de la bandeja que llevaba uno de los camareros y la apuró a grandes tragos, cuando terminó la dejó sobre la mesa y eructó con fuerza.

—Bueno, ¿cuándo nos vamos?

5

Un desgarrador grito de terror despertó a Comadreja Blanca, que apartó a un lado la manta empapada en sudor con que se cubría y rodó mientras echaba mano de su arma. Después permaneció inmóvil y en silencio a la espera de que quien o lo que fuese que había gritado hiciese algún movimiento que delatase su posición.

Solo entonces se dio cuenta de que había sido su propio grito el que la había despertado y tras dejar a un lado la daga se sentó sobre la manta. Se sentía como una completa estúpida.

La asesina miró hacia el cielo y vio que comenzaba a clarear por el horizonte, pero todavía debía quedar bastante rato para el amanecer. Sin embargo sabía que ya no podría volver a dormir, no después de tener otra de sus habituales pesadillas. Habían pasado ya algunos días desde su encuentro con los seres de ultratumba que asesinaron a sus compañeros y cada vez que conseguía conciliar el sueño se encontraba con que todo tipo de terribles pesadillas la acosaban hasta despertar. Pese a que suponía que sus sueños eran fruto de la siniestra experiencia vivida ignoraba si se trataba de la exteriorización de un miedo latente o de algo mucho más profundo en ella. ¿Qué pasaría si no era capaz de dejar de tener miedo? ¿Qué haría si en adelante era incapaz de dormir a causa de las pesadillas? No tardaría en perder la razón y suponía que cuando eso pasase el propio Ovreuc pondría fin a sus penurias. Pero ¿y si no regresaba jamás? ¿Y si permanecía oculta y no dejaba que nadie la encontrase? Quizás no fuese una buena vida, pero al menos viviría y estaría a salvo de sus enemigos.

Comadreja sacudió la cabeza y se abofeteó para tratar de despejar la mente. Había vuelto a pasarle. Desde que casi perdió la vida y la razón en su combate contra el caballero espectral y sus hordas fantasmales, cada vez eran más frecuentes sus caídas en la desesperación y el miedo. Sentía que no podría resistir mucho más tiempo. Especialmente si cuando trataba de dormir todos esos daños se multiplicaban. Tenía que darse prisa en avisar al Maestro de lo ocurrido. Debía hacerlo mientras todavía le quedase algo de cordura en la cabeza. En cierta forma comenzaba a envidiar a sus dos compañeros, los fusileros muertos. Ellos no tuvieron que sufrir, pues ni tan solo vieron qué les golpeó. Ella en cambio iba a tener que soportar una muerte lenta y agónica en la que no sabía que perdería antes, si la vida o la razón.

La mujer decidió que tenía que ponerse en marcha. Quizás la actividad física la mantendría ocupada y le permitiría alejar a sus demonios interiores. Tras echar un fugaz vistazo a la diminuta hoguera que había encendido durante lo más frío de la noche y comprobar que tan solo quedaban rescoldos fríos y duros recogió la manta y se dirigió hacia un riachuelo cercano. Cuando llegó se agachó junto al agua que corría fresca y transparente y sin pensarlo dos veces zambulló la cabeza. Después se incorporó y dejó que el agua helada que bajaba por su cuello la despertase del todo mientras miraba hacia el cielo.

Le había dado muchas vueltas a lo sucedido en las grutas de los Carroñeros de las Profundidades y cada vez estaba más convencida de que nada de aquello había sido casual. Para comenzar no tenía sentido que fuese un ataque aleatorio, no en el lugar en que se encontraban, lo que le llevaba a pensar que las criaturas fantasmales habían ido a buscarles específicamente a ellos. Y por más que pensaba en qué motivos podía tener nadie para buscarles y atacarles tan solo había una explicación coherente, que además cobraba fuerza por las palabras que el caballero espectral dijo en la cueva: según pudo escuchar Comadreja necesitaba con vida al científico, pero no tenía ningún interés en los demás. Todo eso solo podía significar que iban tras él por su dominio sobre la Quintaesencia, pues ¿qué otro valor podía tener un biólogo como Lapont? Ovreuc les había explicado muchas veces durante sus sesiones de entrenamiento cómo ser capaces de prever y anteponerse a los movimientos e intenciones de sus enemigos y había una frase que repetía con frecuencia: “la explicación más sencilla suele ser la correcta”. Según lo que había sucedido, y si debía hacer caso de la máxima de su líder, alguien se había tomado muchas molestias en capturar con vida a una de las cuatro personas capaces de dominar la Quintaesencia en Darlime. Solo se le ocurría un motivo para hacer algo así, pues según tenía entendido era necesario un usuario de la Quintaesencia para poder encontrar Trasca´el, la Isla Santuario, hogar de los trascars y origen de semejante poder.

Un soplo de viento sacudió el cabello oscuro y rizado de la asesina que se dejó abrazar por la brisa mientras se ponía en pie y abría los brazos para aceptar por completo el regalo de la naturaleza. Después comenzó a caminar hacia el horizonte, pues debía continuar su viaje si quería regresar a Caldara, donde podría encontrarse con el Maestro. A menos que se equivocase, el pequeño riachuelo en el que se había refrescado debía ser un afluente del río Merile, uno de los más grandes y caudalosos de Darlime y que se

caracterizaba por cruzar casi todo el continente de lado a lado, desde las rocosas y peligrosas playas en las que se encontraban las Cavernas del Olvido hasta el enorme Lago Merile, un lago tan grande que aquellos que no conocían la zona lo confundían con el mar. Si estaba en lo cierto tan solo tendría que seguir el curso del río para llegar hasta allí, y una vez lo hiciese encontraría Caldara al otro extremo del lago. Una vez estuviese en casa podría decirle al Maestro todo lo que sabía y después... ¿después qué? Confiaban en que las habilidades del fundador de los Neonatos consiguiesen ayudarlo en su caída a la locura y a la desesperación, ¿pero y si no era así? Significaría el final de su carrera junto a los Neonatos y posiblemente de su vida, pero al menos tendría la seguridad de que había muerto haciendo algo útil.

Un águila gritó en las alturas y Comadreja Blanca alzó la vista para apartarla rápidamente, cegada por el sol. ¿Cuándo había salido? ¿Cómo era posible que ya estuviese en lo más alto, señal de que había transcurrido la mitad del día? ¿Llevaba caminando tanto tiempo o finalmente se había vuelto loca? Echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que seguía por el camino correcto cuando advirtió que todo parecía haber cambiado en torno a ella.

Se encontraba en un desierto, pero no era un desierto de arena. Parecía un gran tablero dispuesto en cuatro partes exactamente iguales, cada una de ellas con características propias; la asesina se encontraba justo en el epicentro de todo eso.

Miró hacia el norte y todo lo que vio fue terreno carbonizado, cubierto de magma volcánico y nubes de azufre por todas partes. Una criatura la observaba, un ser que pese a tener cierto parecido con las demoníacas criaturas de las Manadas de Urueh era al mismo tiempo muy diferente.

—Tu corazón arde —dijo con una voz que crepitaba como el fuego. Después, esa enigmática tierra de fuego y azufre pareció evaporarse ante sus ojos.

Miró hacia el oeste y advirtió que aquella zona parecía un vasto y árido desierto que llegaba más allá de donde alcanzaba la vista, un desierto salpicado de rocas y piedras que emergían del suelo como púas de la piel de una bestia. Vio a una figura, un ser compuesto por arena y piedras que giraban vertiginosamente de manera que su cuerpo, si es que podía llamarse así, se asemejaba más a una tormenta de arena que a un ser vivo.

—Tu coraje es inquebrantable como la roca.

Fue solo un susurro, pero resonó con la fuerza de un alud de piedras mientras también ese mundo pétreo y arenoso desaparecía como si fuese humo.

Miró hacia el sur y tal y como esperaba encontró un amplio campo de placas y montañas de hielo y nieve, un paisaje tan blanco como desolado. Una criatura la observaba, un ente inmaterial cuyo cuerpo parecía estar compuesto por agua en continuo movimiento pero del que surgían cristales de hielo que daban forma a lo que parecía una mezcla insustancial entre un soimi y un regor.

—Tu mente debe permanecer fría como el hielo y adaptable como el agua —anunció antes de que todo, hielo y agua, se evaporase ante los ojos de Comadreja Blanca.

Finalmente miró hacia el este a la espera de ver al último elemento, el regido por Malesur, el que se decía era padre de los humanos. Sin embargo no vio nada, era como mirar hacia el cielo en una tarde de verano en la que no podía encontrarse una sola nube. Sopló una pequeña brisa que le recordó a la que instantes antes le había refrescado cuando estaba junto al riachuelo, ¿o había sido horas antes? Ya no podía estar segura. Entonces lo sintió, pese a que no podía verlo, y el viento pareció susurrarle algo al oído.

—Tu alma es como el viento, capaz de aportar una brisa suave o un feroz huracán al mundo que te rodea.

Y de pronto, ya no estaba ahí.

Una luz comenzó a brillar a sus pies y la mujer parpadeó, todo comenzó a dar vueltas a su alrededor mientras un ente compuesto de luz blanca la observaba desde las alturas.

—Vive —dijo—. Vive y termina lo que empezaste.

Después todo pareció confundirse en un remolino en el que le pareció distinguir los cuatro elementos mezclados unos con otros, pero de pronto su mente parecía encontrarse más serena de lo que había estado durante los últimos días.

Cuando todo se despejó Comadreja Blanca se encontraba ante las puertas de Caldara y tanto sus miedos como sus dudas habían desaparecido. Un grupo de guardias con el uniforme del Águila Engranada, orden militar de los Neonatos, se acercaron hacia ella con las manos en las empuñaduras de sus armas, sin tener muy claro si era amiga o enemiga.

—Soy miembro del Gremio de Asesinos —dijo mientras utilizaba ambas manos para realizar las señales de la contraseña que la identificaba

como tal—. Llévame inmediatamente con el Maestro, es un asunto de vida o muerte.

—A ver si lo he entendido.

El hombre conocido como El Maestro se encontraba sentado detrás de su escritorio, cuya superficie estaba repleta de pergaminos y papeles escritos, y miraba a la asesina desde detrás de la máscara que siempre ocultaba sus rasgos. Se decía de él que nadie conocía su auténtico aspecto.

—¡Tenemos que actuar de inmediato! —exclamó Comadreja Blanca con impaciencia—. ¡No hay tiempo para especulaciones!

—No hay que apresurarse, de hacerlo las consecuencias pueden resultar fatales. Ahora cálmate y veremos qué es lo que podemos hacer respecto a todo esto ¿De acuerdo?

—Sí, Maestro —dijo ella con pesar. Le costaba mantenerse tranquila después de todo lo que había pasado.

—Bien. Tenemos que un caballero espectral al frente de una horda de muertos vivientes y fantasmas os atacaron mientras buscabais un rastro de las Manadas de Urueh, ¿es así?

—Sé que puede ser difícil de creer, pero eso es lo que pasó —explicó la mujer—. No sé quiénes eran o de dónde salían, pero su poder era terrible, sacado de la misma muerte.

—Y dices que necesitaban a Lapont con vida.

—Eso es lo que dijo su líder. Maestro, ¿cree que pueden estar buscando la Isla Santuario? No se me ocurre otro motivo por el que alguien actuaría de esa forma.

—No tardaremos en saberlo, pero ahora debes responder a mis preguntas. ¿Cómo escapaste de ellos?

—Eso es lo más extraño de todo, no tengo ni idea. Debí haber muerto, eso creo, pero desperté y se habían marchado.

—Desconcertante. Antes hablaste de una visión, un sueño relacionado con los elementos...

—Sí. Desde mi marcha tenía pesadillas atroces y sentía crecer el terror en mi interior, sabía que todo eso acabaría por consumirme. Pero de pronto tuve la visión y todo cambió, me encontraba bien y totalmente despejada. ¡Incluso me encontré con que estaba en casa! Maestro, ¿es posible que los dioses me hablasen?

—No lo sé, aunque me sorprendería. Los dioses tienen prohibido interferir en los asuntos de los mortales de manera directa, no veo cómo iban a poder hacer una cosa semejante.

—¿Qué haremos ahora? Han pasado varios días desde que apresaron a Lapont. Si han conseguido someterlo pueden estar camino de Trasca'el en estos mismos momentos.

El fundador y mentor del Claustro de los Neonatos guardó silencio. Parecía pensar profundamente. La mujer lo miró y frunció el ceño, sin comprender cómo podía tomarse todas esas noticias con tanta calma. Con la intención de calmar sus nervios echó un vistazo a la sala en la que el poderoso y enigmático líder trabajaba y estudiaba y, para su sorpresa, advirtió que un pequeño kluch la miraba desde el fondo de la habitación. Era un ejemplar grande y fornido dentro de lo que era habitual para los de su especie y portaba una gruesa maza de pinchos que parecía capaz de pulverizar una piedra. Comadreja Blanca comprendió que debía tratarse del guardaespaldas del Maestro, aunque se sorprendió de que tan solo tuviese uno. Quizás menospreciaba a sus enemigos que, aunque se habían visto reducidos desde que los Neonatos tomaran el control de Darlime, todavía suponían una serie amenaza. O quizás ella estuviese menospreciando a ese homúnculo en particular...

—No creo que tu visión haya sido cosa de los dioses, no a menos que sea algo realmente grande lo que esté en juego —dijo El Maestro al fin—. Y reconozco que no encuentro otro motivo por el que esos seres puedan querer a uno de los usuarios de la Quintaesencia más que el de encontrar la Isla Santuario. Por lo que me has dicho tengo cierta sospecha sobre las intenciones del enemigo, pero es algo demasiado terrible para decirlo hasta estar seguro.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Comadreja.

—Utilizaré mi control sobre la Quintaesencia, sobre todo lo vivo de Saphir, para explorar el mundo en busca de Lapont. Así como solo nosotros somos capaces de encontrar el camino hacia Trasca'el también podemos localizar el rastro de otros usuarios de la Quintaesencia.

La asesina lo miró sorprendida. Hasta ese momento ignoraba que tal cosa fuese posible.

—¿Por qué no ha usado ese talento para capturar a Bolban? —preguntó refiriéndose al cuarto beneficiario del poder de la Quintaesencia, un traidor a los Neonatos que llevaba mucho tiempo desaparecido.

—Lo he intentado, pero por algún motivo no logro dar con él. Quizás eso signifique que está muerto. No lo sé y a decir verdad ahora mismo no me importa. Debo pedirte que no me interrumpas mientras busco el rastro, Comadreja. Podría resultar fatal para ambos.

La mujer asintió despacio y retrocedió hasta la puerta, donde permaneció a la espera sin apartar los ojos de su superior.

El Maestro se puso en pie y alzó las manos, que comenzaron a brillar con un resplandor dorado. Era uno de los mortales más poderosos de Saphir, si es que todavía era mortal, y la asesina sabía que su control sobre la Quintaesencia superaba en mucho al que poseían los otros tres usuarios de tan increíbles poderes. Sin que ella advirtiese ningún cambio, la luz aumentó de intensidad. De pronto emitió un fuerte fulgor y el hombre se desplomó sobre su silla, donde quedó como un títere al que le han cortado los hilos. La mujer dio un paso con intención de ir a ayudar a su líder, pero se detuvo antes de continuar avanzando. El Maestro todavía emitía un brillo dorado, pese a que estaba completamente inmóvil, y había sido muy claro antes de comenzar sobre lo peligroso que resultaría interrumpirlo durante la búsqueda. Comadreja Blanca suspiró de hastío y optó por permanecer a la espera. Tendría que confiar en que sabía lo que estaba haciendo.

La esencia vital del Maestro abandonó su cuerpo y vio cómo su subordinada daba un paso hacia este pero no continuaba avanzando. Satisfecho por su obediencia, el ahora ente inmaterial se elevó y atravesó suelos, muros y paredes hasta que emergió al exterior, donde el sol brillaba con fuerza. Podía sentir cada vida, por minúscula que fuese, y distinguía con toda claridad a la doctora Jarvinia, la cuarta usuaria de la Quintaesencia, que en esos momentos trabajaba en su laboratorio. Empezó el vuelo y pronto distinguió algo extraño hacia el suroeste, próximo a Limburgo. Con una velocidad que ninguna criatura mortal era capaz de igualar el ente en que se había convertido el Maestro cruzó los cielos en esa dirección, sin ser capaz de distinguir qué era exactamente lo que iba mal.

De pronto se detuvo. ¿Y si era eso? ¿Y si la afortunada supervivencia de la asesina, la visión de los dioses que le había permitido llegar a Caldara y todo lo que sabía había sido preparado adrede, como parte de un plan? Todo tendría sentido, pero ¿cuál era ese plan? ¿Qué era lo que pretendía quienquiera que fuese la criatura que estaba detrás de todo eso? La verdad se abrió paso en su mente como el sol entre las nubes, pero antes de que pudiera reaccionar una densa oscuridad surgida de la nada lo envolvió hasta devorarlo

por completo.

—Ahora que sabes la verdad no puedo dejar que vivas —la voz era gélida y siniestra, como surgida del fondo de una tumba.

—¿Por qué haces esto? —preguntó El Maestro—. ¿Sabes acaso lo que pasará si consigues lo que pretendes?

—Oh, por supuesto que lo sé: todo Saphir caerá y el mundo quedará sometido a mi poder. Lo que me fue robado se me devolverá con intereses y los descendientes de aquellos que prepararon mi caída me servirán por toda la eternidad.

—Jeryk Malakoy —El Maestro escupió el nombre con desprecio—. En el pasado fuiste un gobernante justo y poderoso, el pueblo te quería y Darlime prosperó mucho bajo tu mandato.

—Y pese a eso me traicionaron.

—¡Pero no puedes castigarnos a nosotros! ¡Quienes urdieron tu caída murieron hace muchísimo tiempo!

—Y por eso mismo mi venganza caerá sobre sus descendientes.

El líder de los Neonatos comprendió que era inútil discutir, que todo había sido una trampa cuidadosamente preparada por ese caballero espectral, esa criatura que poseía un control sobre el poder de la muerte que superaba incluso al que él mismo poseía sobre la vida. Supo que todo había sido una estratagema para que hiciese precisamente lo que había hecho y así darle la oportunidad al Rey Caído de destruirle antes de que se convirtiese en una amenaza para sus planes.

Jeryk Malakoy atacó con todo su poder, y pese a que El Maestro se defendió tan bien como fue capaz no tardó en darse cuenta de que no conseguiría vencer al Señor de la Muerte. Sin embargo había guardado un as en la manga y confiaba que le ayudase a cambiar el curso de los acontecimientos. Antes de partir había utilizado el poder de la Quintaesencia para contactar con Jarvinia y decirle lo que estaba sucediendo, para que estuviera alerta por si necesitaba apoyo. En ese momento, en el que tanto su vida como la supervivencia de todo Saphir estaban en juego sintió que la esencia vital de la doctora acudía para combatir a su lado. Pero lo que lo desconcertó fue percibir una tercera esencia vital, una que hacía mucho tiempo que no conseguía percibir: la del hombre llamado Bolban.

El poder de la Quintaesencia que reunieron los tres usuarios tomó por sorpresa a Jeryk Malakoy y su ente espiritual comenzó a retroceder al verse sobrepasado por el poder de sus enemigos. Al fin lanzó un grito de ira y

frustración y abandonó la batalla, consciente de que si continuaba adelante no sobreviviría. El Maestro sintió desaparecer también la de Bolban y supo que si el traidor les había ayudado se debía solo a que había sido capaz de percibir lo que sucedía y comprendió que la lucha que se llevaba a cabo era un duelo entre la vida y la muerte, cuyo resultado afectaría a todo ser vivo sobre Saphir.

El Maestro se apresuró a regresar a su propio cuerpo y cuando abrió los ojos vio a través de su máscara que Comadreja Blanca lo miraba muy asustada, al parecer el duelo debía haber afectado su cuerpo. Cuando intentó moverse advirtió que así era, le dolía todo y el más leve movimiento le suponía un suplicio.

—Era una trampa —dijo mientras luchaba contra el sufrimiento que padecía su cuerpo—. Tu supervivencia, tu visión... todo ha sido una trampa, ha estado a punto de acabar conmigo.

—¡Lo siento, Maestro! —exclamó la asesina mientras se acercaba al maltrecho líder para tratar de ayudarlo—. ¡No sabía nada, os juro que no lo sabía!

—Lo sé, Comadreja. No temas por mí, me recuperaré. Pero ahora debemos movernos deprisa, no podemos permitir que encuentren la Isla Santuario. Avisa a Penrod, que venga inmediatamente.

—¿Quién era ese caballero espectral? ¿Qué es lo que pretende? —la mujer miraba a su líder con ojos suplicantes. Después de todo por lo que había pasado, necesitaba algunas respuestas y solo él podía dársela.

—Su nombre es Jeryk Malakoy, el Rey Caído. Lo que pretende es acabar con todo vestigio de vida sobre la faz de Saphir y si no conseguimos detenerlo antes de que utilice a Lapont para llegar a Trasca'el puedes estar segura de que lo conseguirá. Si eso pasa, Comadreja, ni tan solo los dioses podrán ayudarnos.

6

—¡Rendid este barco y vuestras vidas en nombre de Kurgan!

Feo y Guapo, que en esos momentos se encontraban en cubierta controlando el timón y la ruta del Cáscara de nuez, retrocedieron mientras media docena de figuras inhumanas tomaban la cubierta de la pequeña embarcación. A juzgar por su aspecto, los dos navegantes supusieron que debía tratarse de Vástagos de Kurgan, las mortíferas y depredadoras criaturas del dios del hielo y del océano. Como no podía ser de otra forma dada la divinidad a la que servían las dos razas que componían ese pueblo, soimis y regors, eran seres anfibios que acostumbraban a asaltar los barcos en busca de alimento y esclavos. Y es que si bien era cierto que se trataba de criaturas terribles no lo era menos que sus ansias depredadoras los convertían en enemigos letales para los otros seres vivos que habitaban Saphir, de entre los que los humanos eran por algún motivo el alimento favorito de los cazadores anfibios.

El mismo que había hablado avanzó hacia el timón con pasos seguros. Los dos gemelos retrocedieron otro par de pasos. Podían ver los ondulantes tentáculos que surgían de su pecho y se movían en torno a él como si explorasen los alrededores. El líder, pues estaban seguros de que lo era, portaba un báculo rematado con un cráneo en una mano y una cadena en la otra, los ojos de Guapo y Feo fueron desde la mano del soimi hasta el otro extremo de la cadena y vieron que portaba una bestia que parecía todavía más inhumana que él pero que carecía de tentáculos. Sin embargo sacudía con ferocidad una cola cuyo extremo parecía tan afilado como la hoja de una daga. El monstruo les lanzaba feroces dentelladas y tironeaba de la cadena con ansia en un vano intento de liberarse, pero el soimi lo sujetaba con fuerza.

—Hermano, detrás de nosotros —susurró Feo mientras se colocaba de medio lado, de manera que pudiese ver a todos los enemigos.

Otras cuatro figuras habían salido del agua y trepado hasta la embarcación de manera que quedasen rodeados. No tenían ninguna posibilidad de encontrar una ruta de escape y todavía menos de combatir a semejantes enemigos. Aunque en cualquier caso huir tampoco les habría servido de mucho. Un rápido vistazo al embravecido océano les convenció de que tratar de escapar nadando habría sido una muy mala idea, especialmente

teniendo en cuenta que sus enemigos eran criaturas anfibias más que acostumbradas a desplazarse por las frías aguas del mar.

Así pues pusieron su atención en sus enemigos. Debían buscar algún punto débil que poder aprovechar para obtener cualquier ventaja posible, por pequeña que fuese. Advirtieron que dos de las otras cuatro criaturas debían ser guerreros entrenados y de grandes capacidades, a juzgar por sus abultados músculos y por las armas que portaban y que movían con la habilidad del que sabe bien cómo utilizarlas. Uno de esos dos, el más pequeño, portaba una espada de hoja ancha; el otro, mucho más grande, iba armado con una descomunal maza de batalla. Por un momento los gemelos se preguntaron cómo podría apañárselas para nadar portando semejante armatoste, pero pronto volvieron a centrar su atención en sus enemigos. Otros dos soimis, los últimos del grupo, caminaban detrás de los guerreros. Estos resultaban con mucho más pequeños que sus compañeros, tal vez con la excepción de la bestia que portaba encadenada el del báculo, pero llevaban en sus manos unas esferas resplandecientes que junto a la mirada repleta de inteligencia de las dos criaturas hicieron sospechar a Guapo y a Feo que debían ser mucho más peligrosos de lo que aparentaban, pese a que su apariencia no fuese la de grandes guerreros.

Los dos hermanos se colocaron espalda contra espalda, decididos a vender cara sus vidas. Habían oído hablar de los Vástagos de Kurgan y sabían que los soimis, la más poderosa de las dos especies que componían esta raza, utilizaban sus agujones para absorber la vida de sus víctimas, quienes se veían reducidas a meras carcasas marchitas y sin vida. Sin embargo advirtieron que uno de los seis que les habían abordado, el salvaje que su líder portaba sujeto a una cadena, carecía de agujones con los que alimentarse. No sabían qué les daba más terror, morir con esos horribles tentáculos robándoles la esencia vital o hacerlo desmembrados por los colmillos de esa criatura.

—¿Quiénes son nuestros invitados?

Los dos navegantes suspiraron aliviados al escuchar la voz de su jefe, Vargas, que observaba la escena desde la puerta que daba a la parte interior del barco. Junto a él pudieron ver a Dungan y a Anyaala. El primero iba armado con su peculiar arma que combinaba las características de una espada pesada y de una pistola de pólvora, mientras que la mujer portaba en las manos una ballesta y una daga larga al cinto.

—Soy Sull Desgarramentales, extraña criatura, y estos son mis hermanos.

Reclamamos este barco en nombre de Kazag, aquellos de vosotros que se resistan nos servirán como alimento y los demás serán llevados a los Picos Kurgan, al norte, donde se convertirán en esclavos de nuestro pueblo. Resistíos y moriréis pronto, entregaos y quizás viváis un poco más.

—Si siempre eres así con los extraños no tendrás muchos amigos —observó el hombre camaleón al tiempo que empuñaba el escudo con forma de caparazón de tortuga que portaba a la espalda y desenfundaba su acero con empuñadura de cazoleta—. Lo siento pero no puedo permitir que toméis este barco, le tengo cierto aprecio.

—¿Qué te hace pensar que vamos a daros elección, hijo de Malesur? Si osáis enfrentaros a nosotros, moriréis aquí.

—Promesas, promesas —dijo Vargas.

El llamado Sull le apuntó con su báculo y un rayo de energía oscura emergió de él, el impacto arrojó al hombre camaleón de nuevo al interior de la zona de los camarotes.

—¡A por ellos!

El grito de Dungan hizo que sus compañeros se pusieran en marcha. El ejecutor corrió hacia el líder de los Vástagos de Kurgan mientras su compañera disparaba algunos virote para cubrir su embestida, por su parte los gemelos empuñaron sus dobles parejas de hachas ligeras y se volvieron hacia los otros cuatro soimi.

Al ver que las ovejas se tornaban en lobos Sull sonrió satisfecho de tener la oportunidad de una buena pelea y soltó la cadena que sujetaba a su mascota. Esta saltó sobre el miembro del Gremio de Asesinos y ambos rodaron por el suelo mientras chocaba músculo contra músculo y acero contra hueso. El ejecutor interpuso su arma entre él y la bestia que trataba de desgarrarle la garganta con garras y colmillos, pero pese a su fuerza física no era capaz de quitarse a la feroz criatura de encima.

Un virote se hundió en el hombro de Sull Desgarramentales, que miró con el ceño fruncido a la tiradora de las Mercenarias de Isha.

—La hembra morirá primero por atreverse a herirme —sentenció.

Un fino y letal rayo carmesí surgió de sus ojos, pero antes de que golpease a la sorprendida oteadora una pequeña figura saltó sobre ella y ambas rodaron por el suelo hasta chocar con uno de los laterales del barco.

—¡Rabe! —exclamó ella con sorpresa al ver al pequeño kluch—. ¡Me has salvado!

—Si me permite un consejo debo decirle que no es prudente hacer

enfadar a un hechicero —explicó el pequeño—. Deberías dejar que se él encargue.

—¿Él quién? —preguntó Anayaala mientras se ponía en pie y miraba hacia Sull Desgarramentales—. Oh, él. Por supuesto.

Ovreuc estaba allí. El líder soimi todavía no lo había visto, pero el asesino se encontraba tras él y silencioso como una sombra se disponía a dar su mejor golpe. Sin embargo antes de que pudiese hundir sus dagas de oricalco en la espalda del hechicero uno de los soimis guerreros, el de la espada, embistió contra él y le golpeó con el hombro, el asesino estuvo cerca de caer por la borda.

—Buen golpe —concedió la tiradora.

Neonato y soimi se movieron uno en torno al otro con las armas desnudas sin dejar de observarse mutuamente en busca de un solo instante de debilidad. Sus miradas se encontraron y en ese instante Ovreuc comprendió que su enemigo no era una bestia como había supuesto en un principio, sino que en él había mucho más de lo que parecía. ¿Era posible que los Vástagos de Kurgan fuesen tan inteligentes como ellos... o incluso más? Tal pensamiento le provocó un estremecimiento, de ser así y teniendo en cuenta su más que evidente superioridad física comprendía que solo su reducido número les impedía conquistar Darlime e incluso todo Saphir.

Dungan redobló su esfuerzo, asombrado por la ferocidad y rabia con la que el bestial regor le atacaba. Sabía que en un combate frontal probablemente no habría tenido dificultades para derrotar a su contrincante, pero en esos momentos se encontraba derribado y con la criatura sobre él y eso actuaba en su contra. Se aseguró de mantener el arma interpuesta de forma que los afilados colmillos de la bestia no pudiesen alcanzar su garganta, pero sentía sus garras hundiéndose en sus brazos y hombros y haciendo correr la sangre. Dolía como el infierno pero estaba familiarizado con el dolor y no hacía más que acentuar sus instintos. A fin de cuentas había sido entrenado para ello. Con un gran esfuerzo logró introducir las piernas dobladas entre él y su atacante y cuando lo logró usó todas sus fuerzas para empujar al regor con las rodillas. El salvaje aterrizó a unos pocos pasos de él y Dungan trató de levantarse, pero la criatura saltó otra vez hacia el asesino.

Un disparo restalló en el barco y el regor bramó de dolor mientras el olor a pólvora llegaba a todos los presentes. El ejecutor se incorporó mientras

luchaba por recuperar el aliento y sin apartar los ojos de su enemigo caído volvió a apuntarle con la pistola de pólvora unida a su espada. El primer disparo había alcanzado su pecho, el segundo destrozaría su cráneo.

Anyaala acribillaba a los soimis más pequeños, los de las extrañas esferas, y saltaba de un lado a otro para evitar los rayos de magia que estos lanzaban contra ella mientras Rabe observaba la escena, inmóvil y meditabundo.

—¿Todo bien, pequeño? ¿Estás cómodo? ¿Descansado? ¿¡Qué tal si haces algo útil y me ayudas!?! —bramó ella, el último de los ataques mágicos de sus enemigos le había golpeado en un brazo y ahora tenía dificultades para utilizar su ballesta.

—Dispara allí —ordenó el kluch sin hacer caso alguno de las protestas de su compañera—. Al grande.

—¿Cómo que dispare allí? ¡Los gemelos se están ocupando de él, yo tengo otros problemas! —protestó mientras rodaba para evitar una nueva descarga mágica.

—Es demasiado complicado para explicarlo antes de que los zahoríes te maten, pero lo intentaré —dijo el pequeño—. Debes acertar a uno de sus tentáculos pues según he podido observar y tal y como confirman mis conocimientos previos sobre los Vástagos de Kurgan ellos...

—¡Bah, da igual!

La oteadora se incorporó, apuntó con su ballesta durante unos instantes y un momento después de que el proyectil surgiese hacia su objetivo la tiradora fue derribada por uno de los ataques mágicos de sus enemigos, que se dispusieron a rematarla. El virote se hundió en uno de los tentáculos del descomunal soimi, que bramó de rabia y se volvió hacia su atacante para encontrarse con un diminuto kluch cubierto por una gabardina y un sombrero que lo miraba desafiante mientras desenfundaba una espada corta.

—Ocupaos de los que han derribado a Anyaala —ordenó a los gemelos.

Pese a sus reticencias a dejar que el homúnculo se enfrentase en solitario a semejante enemigo se apresuraron a cumplir la orden cuando advirtieron que la tiradora no viviría mucho más si no recibía ayuda inmediatamente.

Vargas salió a cubierta de nuevo, se encontraba dolorido y avergonzado. A causa de su descuido lo habían derribado antes de empezar y el hechizo de Sull Desgarramientos habría terminado con su vida de no ser porque la protección de Malesur, que le dotaba de su peculiar aspecto, le daba también cierta defensa contra la magia hostil. El hombre camaleón echó un vistazo a la batalla y advirtió que estaba muy igualada. Ovreuc se enfrentaba a uno de los guerreros soimi mientras Guapo y Feo se dirigían hacia las dos criaturas más pequeñas. Estas parecían estar a punto de asestar el golpe de gracia a la mujer que yacía inconsciente en el suelo ante sus enemigos. Por su parte Rabe parecía dispuesto a enfrentarse él solo al más grande de todos los Vástagos de Kurgan que Vargas había visto jamás, mientras Dungan se había ocupado del bestial regor y ahora estaba encarado con Sull Desgarramientos, que alzaba su báculo para preparar un nuevo conjuro.

El hombre camaleón tomó su decisión de inmediato: no dejaría que dañasen al pequeño kluch. Se deslizó hacia allí con la espada en una mano y el escudo en otra mientras trataba de ganar la retaguardia del guerrero, que en esos momentos corría hacia Rabe con la maza girando sobre su cabeza. El compañero de Ovreuc saltó a un lado y logró esquivar el ataque por muy poco, pero uno de los agujones de su enemigo se cerró en torno a su brazo y lo levantó en vilo mientras el pequeño pataleaba con desespero.

—Eres demasiado pequeño para saciarme, pero serás un buen aperitivo —dijo el soimi—. Algo tan insignificante como tú no nos resultaría útil como esclavo.

Sin embargo antes de que su otro agujón se hundiese en la carne de su presa algo le golpeó desde atrás y ambos, el guerrero y su nuevo atacante, cayeron al suelo en medio de un gran estrépito mientras Rabe rodaba por el suelo.

—¡Derribado! —gritó Vargas con euforia mientras se incorporaba—. ¿Ahora qué tal si te metes con alguien de tu tamaño, feo?

—¿De mi tamaño? —preguntó este mientras se ponía en pie y recuperaba el arma. El hombre camaleón estaba en guardia y listo para combatir—. ¿Tú? No seas ridículo.

—Eh, mi rabo es más largo que tus cositas —se burló mientras pasaba su cola entre las piernas y la movía de manera provocativa—. ¿Por eso ese arma tan grande? ¿Hay algo de lo que te avergüences?

—No sé de qué estás hablando, pero no importa. Mi maza destrozará tus huesos y mis agujones sorberán la vida de tu feo cuerpo.

El ataque no se hizo de esperar. El guerrero soimi lanzó un barrido con su arma pero Vargas interpuso el caparazón de tortuga que le hacía las veces de escudo y cuando resonó el golpe se asomó por encima.

—¡Eh, sin insultar! Puede que haya echado un poco de barriga, la buena vida y todo eso, pero estoy muy orgulloso de mi cuerpo. Sobre todo de mi rabo, ¿te he hablado ya de mi rabo?

—¿No te callas nunca?

—No.

Ovreuc esbozó una sonrisa al escuchar la conversación que mantenía su viejo amigo que, al parecer, seguía igual que siempre. Se movió hacia un lado para esquivar otro de los tajos de su contrincante, que parecía más agotado a cada momento, y frunció el ceño. Iba siendo hora de acabar con eso. Si no se apresuraban todavía podía morir alguien.

El asesino se lanzó de frente hacia su enemigo, que sorprendido por la nueva manobra apenas acertó a interceptar el ataque con su propia arma, justo a tiempo para evitar ser alcanzado. Sin embargo esa era la intención de Ovreuc desde el principio. Con un rápido movimiento trabó la espada del guerrero con sus propias dagas y utilizó la fuerza del impulso para derribar al Vástago de Kurgan mientras él rodaba hasta ponerse en pie, su enemigo había perdido su acero y ahora estaba desarmado.

—¿Osas enfrentarte a mí, humano?

Sull Desgarramientos miraba divertido a Dungan, que empuñaba su arma como podía con una sola mano, la otra le colgaba de un costado flácida a causa de un golpe del soimi. Este se llevó la hoja de su espada corta a la boca y lamió la sangre del asesino sin apartar sus ojos de él, la otra mano todavía empuñaba su tétrico báculo.

—Si no fuese porque tengo un brazo inutilizado, monstruo...

—Daría exactamente lo mismo —interrumpió Sull—. ¿Pensaste que sería un enemigo débil por ser un hechicero, humano? Bien, pues lamento decepcionarte, pero entre mi gente es la habilidad marcial como guerrero la que te hace ganarte el poder y el respeto de los demás, por lo que todos nosotros somos adiestrados en las artes de la guerra desde muy jóvenes. Pero va siendo hora de que terminemos, tengo hambre y tú me ayudarás a

calmarla.

—Hazlo lo mejor que sepas —dijo Dungan, estaba preparado para morir.

Vargas atrapó el pie de su rival con la cola y tiró con todas sus fuerzas, consciente de que no sería capaz de derribarlo pero confiado en poder desequilibrarlo. Cuando la criatura sintió el tirón se tambaleó y apartó los ojos de su enemigo durante un instante, fue todo lo que este necesitó. Con un veloz movimiento sesgó uno de los aguijones de su bestial contrincante de un tajo. El miembro cortado cayó al suelo donde continuó moviéndose como si estuviera vivo, pero su portador lanzó un desgarrador grito de dolor.

—¡Maldito gusano! ¡Eso me ha dolido y lo pagarás con la vida!

Cegado por la ira el Vástago de Kurgan arremetió contra el hombre camaleón y golpeó de nuevo con su maza, sin embargo el escudo volvió a interponerse en su trayectoria. Después Vargas saltó hacia delante y empujó con todas sus fuerzas a su rival, que cayó por la borda de la embarcación. Eso no lo mataría, pero al menos lo entretendría durante un rato.

—¡Eso por llamarme gusano! ¡Soy un camaleón, nosotros comemos gusanos! Vaya... suena más asqueroso cuando lo dices en voz alta.

Los gemelos intercambiaban golpes con los torpes zahoríes, que enzarzados en combate cuerpo a cuerpo eran incapaces de utilizar sus poderes. El feroz ataque de Guapo y Feo les obligó a retroceder poco a poco, y cuando vieron caer a su compañero supieron que era el momento de retirarse. Los dos hermanos suspiraron aliviados al ver cómo sus dos rivales se zambullían en el mar.

Sull Desgarramientos sostenía a un inerte Dungan del pelo, sus tentáculos oscilaban prestos a hundirse en él y alimentarse de su esencia vital cuando un virote se clavó en su espalda. El hechicero, más furioso que herido, se volvió hacia la oteadora. Anyaala se encontraba sentada en cubierta y con la espalda apoyada en el poste de la pequeña embarcación. Parecía muy dolorida y resultaba evidente que tan solo respirar ya le costaba un gran esfuerzo.

—Es la segunda vez que me causas dolor, mujer —dijo Sull mientras alzaba su báculo—. No habrá una tercera.

—Eso depende de ti —advirtió Ovreuc, que se situó junto a su compañera—. Tus amigos han huido o están muertos, te enfrentas contra nosotros en solitario.

Sull miró a su alrededor y lo primero que vio fue el cuerpo sin vida de su mascota, el feroz regor al que llevaba siempre encadenado. No le importó demasiado, había docenas como ese en los criaderos y eran seres sacrificables. Pero cuando vio el cadáver del espadachín al que había eliminado el asesino sintió lástima y rabia por él, era un gran guerrero que no merecía una muerte semejante a manos de vulgares humanos. De los otros Vástagos de Kurgan no había ni rastro.

—Muy bien, humanos. Vuestra es esta victoria, pero volveremos a encontrarnos y cuando lo hagamos nos serviréis como sustento. Hasta entonces aprovechad vuestro tiempo, no todos tienen la suerte de enfrentarse a nuestros guerreros y vivir para contarlos.

El líder de los soimi saltó al agua y se perdió entre las profundidades junto a sus compañeros. En el mismo momento en que lo hizo Anyaala se derrumbó.

—¡Atended a los heridos! —gritó Vargas a sus hombres, que corrieron hacia Dungan y la mujer pese a que su propio aspecto no era mucho mejor.

—No estaba convencido de poder con ellos —confesó Ovreuc a Rabe, que ya se encontraba a su lado—. Por un momento temí que nos derrotarían, y de haberlo hecho nos habrían condenado a todos sin saberlo.

—Les ganamos, amo. Dungan y la chica se recuperarán, a ninguno de ellos les clavaron los agujones. Su esencia vital sigue intacta, tan solo es su cuerpo el que tiene algunas heridas.

Vargas y sus dos subordinados se apresuraron a llevar a las habitaciones a los heridos mientras Ovreuc y el pequeño kluch permanecían en cubierta, alerta por si el enemigo regresaba.

—¿Cómo podremos derrotar a Malakoy y a su ejército de muertos vivientes y espectros? —preguntó el líder del Gremio de Asesinos.

—No entiendo la pregunta.

—Rabe, cuando me enfrenté a ellos por primera vez comprendí que son criaturas mágicas. La magia forma parte de ellos, pues es lo que les da vida. Solo Jeryk Malakoy ya demostró ser un formidable hechicero, además de guerrero, pero pude ver a otros usuarios de los poderes arcanos entre sus filas

—explicó mientras recordaba a los peculiares gemelos del ejército del Rey Caído. Uno de ellos vestía de negro y tenía el largo cabello blanco y el otro vestía de blanco y lucía una melena oscura—. Nada más empezar esta pelea la magia de Sull Desgarramientos casi mata a Vargas, y sus dos subordinados, los zahoríes, han estado muy cerca de acabar con varios de los nuestros. ¿Qué podemos hacer contra el poder mágico de los Malditos de Malakoy?

—Nos vendrían bien unos cuántos neutralizadores —observó Rabe, en referencia a los kluch equipados con tecnología de los Neonatos capaz de neutralizar la magia.

—Sí, sin duda —respondió Ovreuc con una sonrisa—. Tal vez veinte o treinta.

7

El océano, el vasto y salvaje océano. Nunca creyó que volvería a verlo y sin embargo allí estaba. Jeryk Malakoy había tenido muchos nombres y pese a que sus actuales enemigos lo conociesen como El Rey Caído al mando de los Malditos de Malakoy, mucho tiempo atrás había sido Jeryk el Navegante. Al caballero espectral le costaba recordar un tiempo en el que no todo fuese muerte y oscuridad, pues había dormido demasiado desde su caída. Y sin embargo algo tan sencillo como ver el mar abrirse ante él le había hecho recordar algunos de sus días más felices como líder absoluto de Darlime, durante una época en la que su linaje todavía gobernaban desde el Castillo de Malakoy, que posteriormente sería quemado y derruido por la Legión de los Cien Corazones para dejar claro que la suya era una estirpe extinta y perteneciente al pasado.

Sin embargo, había vuelto de entre los muertos para obtener su venganza, y no se detendría hasta ver aniquilado al último de los caballeros de la Legión de los Cien Corazones, pues ellos tampoco habían sentido compasión alguna por su familia.

El mar estaba furioso. Las olas rompían contra las rocas y la espuma cubría arena y piedras para luego retirarse y regresar de nuevo, así en una incesante sucesión tan inevitable como la vida y la muerte.

Darlime era un caos. Tal y como había supuesto cuando durante su gobierno acogió a la entonces Hermandad de los Cien Corazones, esta facción militar era un excelente apoyo para la guerra, pero no resultaban aptos para puestos de poder, pues su disciplina marcial y su inflexibilidad e intolerancia les mantenían los ojos cerrados ante no pocas situaciones que no debían ser resueltas mediante el poder de las armas y, pese a todo, ellos no conocían otro medio de hacer las cosas. Lo supo entonces y ahora podía comprobar hasta qué punto estuvo en lo cierto, pues la que tiempo atrás fuese su tierra ahora lloraba y se rompía a causa del férreo dominio con que la Legión había tratado de dirigir a sus gentes. Según había podido ver en la mente del mortal llamado Ovreuc, eran ya cuatro las facciones enfrentadas en que se había dividido la humanidad, y no era probable que las cosas mejorasen. Ellos, los seres humanos, eran un pueblo que, como el viento que regía su dios, poseía grandes capacidades para cambiar y adaptarse. Ellos, los hijos de Malesur, habían escogido seguir un camino que les había condenado

al desastre más absoluto.

Durante un instante el Rey Caído se preguntó si el Padre lloraría por ellos como cualquier otro padre habría llorado por su hijo. El viento le llevó el llanto de un bebé y su mente retrocedió a la primera vez que sintió su ser caer en la más absoluta e inevitable oscuridad y desesperación y recordó que pese a ello supo encontrar un foco de esperanza.

«—Lo siento, alteza. He hecho todo lo que estaba en mis manos, pero vuestra esposa no ha logrado sobrevivir.

Jeryk Malakoy sintió que se le desgarraba el corazón, pero no se detuvo. Apartó al sanador que le había dicho la trágica noticia y abrió la puerta de la habitación donde habían atendido a su amada Waleska. Vio la forma de su cuerpo en el lecho y comprobó que su pecho no se movía, un olor dulzón y desagradable le hizo lagrimear.

—Amor mío, no... —apenas le salían las palabras mientras avanzaba un pequeño paso tras otro hacia la cama—. Amor mío...

El soberano llegó junto al cuerpo y tomó la mano de la mujer entre las suyas. Estaba fría, fría y muerta. Jeryk se dejó caer al suelo de rodillas y sintió que las lágrimas rodaban por su mejilla. La pena y la desesperación que sentía en ese momento eran insoportables.

—Alteza...

—Déjanos solos

La orden fue seca y firme, indiscutible. El sanador pareció dudar un instante mientras miraba a un pequeño cesto junto a la cama, pero finalmente desistió y abandonó la habitación. Cuando sintió que se cerraba la puerta Jeryk se llevó las manos al rostro y lloró, lloró como jamás antes había llorado y como nunca volvería a hacerlo. Un tímido sollozo le devolvió a la realidad y el monarca sintió una punzada de vergüenza que se habría pasado entre las brumas de dolor. Había sido tanta su pena que olvidó que eran dos las vidas que habían estado en juego allí, y el llanto que comenzaba a aumentar de intensidad solo podía significar que si bien su esposa no había conseguido sobrevivir, la otra vida, una vida pequeña e insignificante que latía en el vientre de Waleska Malakoy antes de que se complicase el parto, había conseguido salir adelante.

No dudó. Se puso en pie y en unas pocas zancadas rodeó la cama en busca del bebé, allí pudo ver una cesta de paja en la que manoteaba una

pequeña mientras sollozaba y Jeryk comprendió que debía sentirse hambrienta, sola y asustada, muy asustada. Tomó al bebé con ternura y se sentó en un lado de la cama mientras lo acunaba junto al cadáver de su esposa.

—Se llamará Waleska, como tú —anunció—. Y también como tú será una mujer fuerte y valiente, amada mía. Su vida, como la tuya, estará marcada por el amor y la alegría. Y no dejaré que nada, nada, le cause mal alguno, tienes mi palabra. Ahora descansa, volveremos a encontrarnos algún día. Cuando lo haga te contaré historias sobre tus hijos y los hijos de tus hijos. Te hablaré de ellos y será como si nunca nos hubiésemos separado.

Cuando el sanador entró en la estancia preocupado tanto por el bebé como por su padre los encontró a ambos tendidos en la cama junto a la reina. Jeryk sostenía a la pequeña contra su pecho y ella dormía tranquila y a salvo mientras el monarca enlazaba la otra mano con la de su esposa, ya rígida.»

Había fallado a su amada. Juró proteger a la pequeña a toda costa pero sin embargo no había sido capaz de hacerlo. Ella, al igual que su primogénito Boryenka Malakoy, habían sido víctima de la alianza impía forjada entre la entonces Hermandad de los Cien Corazones y los ahora llamados Carroñeros de las Profundidades.

Su hijo debía haberle sustituido como gobernante de Darlime, tal y como se había hecho durante generaciones. Todos los Malakoy varones eran instruidos como guerreros, estrategas y líderes, y si bien Boryenka siempre había destacado por su impetuosidad, era un hombre inteligente y con grandes cualidades de líder. Recordaba que la última vez que lo vio fue cuando lo envió al frente de un contingente de tropas del Castillo de Malakoy y de la Hermandad de los Cien Corazones, cuyo objetivo no era otro que neutralizar una supuesta invasión por parte de los Carroñeros de las Profundidades. Sin embargo todo resultó no ser más que una trampa orquestada por aquellos a los que había creído sus aliados, cosa que le enfurecía y le horrorizaba al mismo tiempo. ¿Cómo habían sido capaces de hacer algo semejante? ¿Cómo pudieron unirse a esas inhumanas criaturas, que según tenía entendido se alimentaban de la carne y la sangre de los seres humanos? ¿Cómo pudieron urdir su caída con tan viles seres? ¿Acaso no había un ápice de honor y vergüenza en los que se hacían llamar la Legión de los Cien Corazones?

Nunca tuvo ocasión de llorar a su hijo muerto, pues unos instantes después de recibir la noticia fue envenenado por el esposo de su hija Waleska, uno de los traidores, y después la oscuridad se cerró sobre él... hasta que fue despertado por Salssa´el, la diosa de la vida y de la muerte. Ella le había ofrecido volver a vivir e incluso hacerlo para siempre, a cambio de ayudarlo a cumplir su venganza contra los Neonatos y los otros dioses. Tenía tanto de qué vengarse... sin embargo tuvo claro desde el primer momento cuáles serían sus condiciones:

«—¿Qué has dicho, mortal?

Salssa´el sostenía entre sus manos el alma incorpórea de Jeryk Malakoy, al que había elegido como su heraldo a causa del profundo odio que él mismo sentía y el ansia de venganza que ardía en todo su ser y le impedía culminar el tránsito que su alma debía realizar para descansar en paz.

—Que si quieres que te ayude tendrás que aceptar mis condiciones — repitió él. No había rastro alguno de miedo en su voz.

—Tal vez debería devolver tu alma al limbo donde la encontré —dijo Salssa´el.

—Si me has elegido a mí debe ser por un motivo. Estoy dispuesto a ayudarte, pero tengo dos peticiones. Concédemelas y mi alma será tuya para toda la eternidad, poderosa señora.

—¿Tratas de halagarme con tus palabras, hombrecillo?

—Trato de demostraros mi lealtad.

—Pero tan solo si cumplo tus exigencias. ¡No puedes exigirle nada a un dios, mortal estúpido!

—Entonces tomadlo como súplicas, no como exigencias. Mi señora, no tengo elección. Mi muerte no fue mi mayor derrota, sino el no poder proteger a aquellos a quienes juré salvaguardar con mi propia vida. ¿Cómo podría aceptar que mi espíritu regrese a Darlime cuando semejante deshonra enturbia mi mente? Estoy seguro de que solo alguien que arde en deseos de obtener su venganza tanto como mi señora Salssa´el es capaz de comprenderme, pues yo mismo anhelo obtener la satisfacción de devolver golpe por golpe y muerte por muerte a la Hermandad de los Cien Corazones.

—¿Cuáles son tus súplicas? Quizás me apiade de ti, pues tus palabras me han conmovido.

—Tan solo dos, y si me las concedéis también estaréis haciendo un

regalo a vuestra causa.

—Habla, mortal.

—Si queréis que lleve a cabo vuestra venganza necesitaré ayuda, pues no hay manera de que pueda hacerlo yo solo ni aun con el poder de la Muerte que me ofrecéis. Por eso yo Jeryk Malakoy os suplico que me devolváis a mi ejército, a mis hombres, pues aquellos que combatieron por mí en vida también lo harán en la muerte si se les da la oportunidad.

—Así lo haré. ¿Cuál es vuestra otra súplica?

—Mis hijos. Devolvédmelos, permitid que cabalguen a mi lado y nuestro ejército arrasará Darlime y a vuestros enemigos con nosotros tres a la cabeza.

—Concedido, mortal. Procura no fallarme, pues de hacerlo mi ira será terrible. Ahora vuelve a vivir como mi Heraldo de la Muerte y cumple con tu papel, debes saber que espero grandes cosas de ti. No me decepciones.»

Después de eso despertó en su nuevo cuerpo, un cuerpo hecho de magia y que había tomado una forma semejante a la de su yo del pasado, si bien resultaba al mismo tiempo muy diferente: resultaba más oscura, más siniestra, más terrible. Y su corazón, que durante su vida siempre albergó amor y compasión, tan solo tenía sitio para el odio y las ansias de venganza.

Su ejército se había alzado a continuación y con él su hijo Boryenka, que pronto estuvo junto a él como el más poderoso y devastador de los caballeros espectrales en que se habían convertido aquellos que en el pasado fuesen los mejores hombres de su ejército. Tras ellos una muchedumbre de muertos vivientes y almas se agolpaban en torno al Rey Caído, preparados para la inminente guerra.

Pero Waleska Malakoy, su hija, no estaba junto a él.

Jeryk se sintió traicionado por Salssa'el, pues la diosa tan solo le había devuelto a uno de sus hijos. ¿Acaso estaba destinado a fracasar en su promesa de salvaguardar a su hija de todo mal? ¿Acaso el alma de la mujer se había perdido para siempre? ¿Estaba condenado a no volver a verla jamás? La furia creció en él de nuevo y fue cuando decidió que arrasaría Saphir entero y no dejaría nada con vida, no le importaba cuánto tiempo le llevase. El descubrimiento que hizo sobre la Quintaesencia y la forma de obtenerla a través de la mente del asesino llamado Ovreuc le había entregado la manera de facilitar y acelerar la muerte que pronto cubriría todo el mundo, no se le

ocurría una mejor venganza para castigar a la diosa.

Guerra y muerte... a eso se había visto reducida su nueva vida, si es que a eso se le podía llamar vida, desde que Salssa'el le concedió la oportunidad de regresar de entre las brumas de la muerte. No dejaba de resultarle irónico el hecho de que mientras gobernó Darlime el pueblo destacaba de él que se trataba de un gobernante pacífico, un líder que evitaba los enfrentamientos con otras razas salvo cuando era inevitable para la supervivencia de su pueblo y que actuaba con estas de manera justa y equitativa, pues los dejaba vivir en paz mientras ellos a su vez hiciesen lo mismo con ellos. Fue muy querido por ello y la gente de Darlime vivió un período de paz que estaban condenados a no repetir jamás. Y sin embargo ahora se alzaba como el Rey Caído, Heraldo de la Muerte y portador del final de la vida para los mortales. ¿Cómo habían cambiado tanto las cosas?

El caballero espectral volvió a poner su atención en el embravecido mar que se agitaba ante él, como si supiese qué era lo que pretendía hacer.

Jeryk el Navegante fue el sobrenombre que el pueblo le puso, pues además de mediar con las otras criaturas de Saphir para que todos pudiesen gozar de la tan esquivada paz también fue él quien hizo posible que la exploración de otras tierras se abriera a lugares más allá del océano, hasta entonces temido por su pueblo. Cuando anunció que haría construir grandes embarcaciones capaces de transportarles por el mar en busca de tierras más allá del horizonte su pueblo creyó que se había vuelto loco, pero no tardaron en darse cuenta de que sus palabras iban en serio y sintieron curiosidad. Fue el inicio de la era de mayor prosperidad que jamás había disfrutado Darlime, pues a causa del afán por construir grandes embarcaciones y hacerse al océano había más puestos de trabajos que trabajadores disponibles. Era necesario un gran número de carpinteros que preparasen las naves, pero también eran precisas costureras que diesen forma a las velas, los panaderos y agricultores debían producir más alimento para cargar bien las despensas de los enormes barcos, hacían falta leñadores que procurasen árboles para construirlos y muchas otras cosas que aseguró a su pueblo prosperidad durante una larga temporada.

Y el día en que su flota navegó por primera vez.... aquello fue grandioso, un momento que le llenó de gloria y orgullo y que hizo que hasta el final de sus días tomase la costumbre de emprender viajes cada vez que tenía ocasión. Había recorrido buena parte de los mares más próximos a su tierra y le habría gustado viajar más allá para encontrar nuevas tierras, pero el

cruel destino le tenía reservado algo muy diferente.

Sin embargo había llegado la hora de que El Navegante volviese a navegar, pues debía hacerlo si quería llegar hasta la llamada Trascaél y dar con la fuente de la Quintaesencia, el poder que le permitiría añadir el poder sobre la Vida al que ya poseía sobre la Muerte.

El Rey Caído estiró las manos hacia el furioso océano y usó sus poderes para indagar en él, en la majestuosidad e inmensidad que poseía, mientras buscaba el tan familiar contacto de la muerte. No tardó en encontrar el que había sido el primero de su flota, pues todavía recordaba el día en que se había hundido a causa de una feroz tormenta que a punto estuvo de arrastrarle también a él bajo las frías aguas. Muchos murieron en esa ocasión, y si bien fue rescatado por la tripulación de otra de sus naves, una parte de él deseó haberse hundido con su buque insignia, como correspondía al capitán del mismo. Pero ahora tanto él como todos aquellos que murieron mientras trataban de evitar su hundimiento surcarían el mar una vez más.

Jeryk Malakoy alzó sus brazos y la su empuje arrastró la poderosa embarcación, que rompió la superficie embravecida mientras las almas de la que fuese su tripulación se ponían a trabajar para dirigirla en busca de su señor. El colosal barco estaba muerto y eso hacía que ahora también formase parte de los dominios del Rey Caído, que sintió renacer el orgullo que había sentido en una ocasión ya muy lejana, cuando la nave partió por primera vez.

Sin embargo no era suficiente. El caballero espectral se concentró y prosiguió su búsqueda, poco a poco comenzó a sentir otros focos de muerte repartidos por el mar y entonó de nuevo su llamada, iba a necesitar tantas naves como le fuese posible reunir.

La superficie del mar se quebró una vez tras otra mientras los esqueletos maltrechos de lo que antaño fueron poderosas naves de guerra emergían impulsadas por el poder de Jeryk Malakoy. Sus tripulaciones también acudieron con presteza a la llamada del Heraldo de la Muerte. Cuando este consideró que era suficiente los barcos pusieron rumbo a la costa donde él les esperaba. Sus huestes fantasmales se abrían a su espalda hasta más allá de donde llegaba la vista.

El Rey Caído miró con orgullo las trece naves de cascos y velas oscuras que movidas por la magia de su maldición surcaban las aguas en silencio, sin necesidad de viento ni remos para desplazarse. Boryenka Malakoy se situó junto a su padre montado a lomos de un enorme corcel fantasmal.

—Ha llegado el momento, hijo mío.

—Sí, padre. Tan solo lamento que mi hermana no esté a nuestro lado.

—Y yo, te lo aseguro. Salssa'el me engañó, pero voy a enseñarle que no se juega con los Malakoy —dijo mientras empuñaba el mandoble que llevaba a la espalda—. Ten mi espada, hijo. Está impregnada del poder de la Muerte, te permitirá acabar con cualquier enemigo con facilidad y nadie será capaz de oponerse a ti.

—Agradezco el regalo, pero ¿y tú?

—¡Yo soy el Heraldo de la Muerte! —exclamó mientras alzaba el puño. Un resplandor carmesí envolvió su mano y después usó sus poderes para materializar una enorme guadaña de hueso—. Ahora vamos, hemos de exterminar un mundo.

La horda maldita emprendió el camino hacia las trece naves fantasmales. Pronto obtendrían su venganza.

8

Habían transcurrido ya varios días desde que se enfrentasen a la emboscada de los Vástagos de Kurgan y gracias a la atención de Vargas y los gemelos tanto Dungan como Anyaala se habían recuperado de las heridas sufridas a manos de las bestiales criaturas. Todavía se sentían algo magullados y doloridos, pero lo peor ya había pasado. Durante ese tiempo habían continuado su viaje, conscientes de que tanto si pretendían encontrar a los Malditos de Malakoy en medio del océano como si querían tener alguna posibilidad de estropear los planes del Rey Caído, iban a necesitar toda la ayuda que pudiesen conseguir, algo que no abundaba en medio del mar. Sin embargo después de que Vargas asegurase que conocía el sitio indicado para encontrar la ayuda que tan desesperadamente necesitaban, los llevó por un rumbo desconocido. Ahora, al fin, habían llegado a su objetivo y los Neonatos no podían evitar preguntarse si se trataba de una broma de mal gusto.

—¡Bienvenidos a la Isla de los Perdidos!

Ovreuc y sus tres compañeros miraron a su alrededor en busca del lugar que anunciaba el hombre camaleón, pero tan solo pudieron ver un montón de barcos unidos unos con otros mediante pasarelas construidas con restos de cuerda, cadenas, madera e incluso metal.

—¿Dónde? Solo veo barcos —dijo Dungan.

—¡Exactamente! —exclamó el hombre camaleón con alegría—. ¡Esos barcos que estáis viendo forman la Isla de los Perdidos!

Rabe parpadeó con expresión estúpida y frunció el ceño mientras trataba de comprender por qué ese conjunto de embarcaciones recibía el nombre de lo que según sus conocimientos era una extensión de tierra completamente rodeada por el océano.

—¿Estás de broma? —bufó Dungan.

El ejecutor pasó la mirada por los distintos barcos y comprobó, no sin cierta desesperación, que la mayor parte de ellos se encontraban en un estado lamentable. De hecho dudaba que en realidad pudiesen hacer algo más que sencillamente flotar.

—Vamos, vamos, chicos —intervino Ovreuc—. Vargas y sus compañeros nos han traído hasta su hogar, lo menos que podemos hacer es mostrarnos agradecidos por toda la ayuda que nos están prestando.

—Creí que nuestro objetivo era impedir que Jeryk Malakoy llegue a Trascaél —dijo Anyaala.

—Y así es —concedió el líder del Gremio de Asesinos.

—En ese caso ¿qué hacemos aquí? —preguntó la tiradora.

—Vamos a necesitar ayuda si queremos poder enfrentarnos a las hordas espectrales del Rey Caído —explicó Ovreuc—. Vargas piensa que podría convencer a su gente de que combatan a nuestro lado. A fin de cuentas si erradican la vida en Saphir, ellos también morirán.

—¿Vamos a tener que luchar junto a piratas y bandidos? —bufó Dungan con desprecio.

—Nosotros tres somos piratas y bandidos —intervino Vargas, pese al tono duro de su voz mostraba una expresión amistosa—. Si tienes algo en contra de mi gente deberíamos resolverlo antes de que piséis la Isla de los Perdidos.

—¡Maldita sea, eso no es ninguna isla!

—¡Dungan!

Ovreuc se situó frente a su subordinado y se apartó el sombrero para poder mirar a los ojos al ejecutor. Tenía cara de muy pocos amigos. Al ver su expresión de enfado, Vargas hizo una señal a los gemelos para que le siguieran. Dejarían a sus compañeros resolviendo lo que tuviesen que resolver mientras preparaban el Cáscara de nuez para amarrar en la pintoresca Isla de los Perdidos.

—¿Qué pasa, jefe?

—Si tienes algún problema háblalo conmigo, pero no vuelvas a dirigirte así a nuestros aliados. Somos sus invitados y como tales debemos tratarles con el respeto que merecen, ¿has comprendido?

—Sí, jefe. Pero esto es...

—Dungan, eres el líder de mis ejecutores. Eso te convierte en uno de mis lugartenientes y como tal espero que me obedezcas sin dudar de mis decisiones.

Los dos asesinos intercambiaron una dura mirada, pero el rostro del más robusto no tardó en suavizarse. Podía estar furioso y el continuo vaivén de los barcos no le ayudaba a calmar su mal humor pero sabía que había estado demasiado cerca de la insubordinación.

—Lo siento jefe, trataré de calmarme. Es este maldito mar, me vuelve del revés.

—Vaya, es la primera vez que oigo al grandote disculparse por algo —

comentó Anyaala mientras sonreía socarrona—. Ahora sí que lo he visto todo.

—Te recuerdo que él es uno de mis hombres y tú solo una invitada, no me hagas replantearme si es conveniente que nos acompañes. Ahora haced el favor de comportaos, los dos.

—¿Amo?

—¿Sí, Rabe?

—No dispongo de datos sobre este lugar ni su gente y eso es algo que me asusta. Nunca antes me había encontrado con nada ni con nadie que no hubiese estudiado previamente. Debería tomar notas sobre todo lo que veamos aquí para así poder realizar un posterior estudio y...

—Haz lo que quieras, pero no nos metas en líos —dijo Ovreuc.

—Gracias, amo.

—¿Cuántas veces te he dicho que no me llames amo?

—Mil doscientas setenta y cuatro desde que nos vimos por primera vez, amo.

El líder del Gremio de Asesinos se alejó de sus tres compañeros rezongando en voz baja mientras se preguntaba si esos piratas le permitirían quedarse con ellos. Tal vez así podría olvidarse del resto del mundo. De lo contrario, sus propios amigos acabarían con él antes de que pudiesen hacerlos sus enemigos.

Una vez desembarcaron los Neonatos y la Mercenaria de Isha que los acompañaba no tardaron en olvidarse de todas sus protestas y quejas iniciales, pues pese a lo estafalario del lugar no había duda de que estaba muy bien organizado. Lo que en un principio les había parecido un puñado de barcos unidos entre sí de manera aleatoria se había desvelado posteriormente como una estructura muy calculada y pensada. Un conjunto de grandes embarcaciones, las más grandes, formaban un anillo alrededor de todo el perímetro y era a esas colosales naves a las que se ataban los barcos que llegaban a la Isla de los Perdidos. Destacaba entre ellos uno especialmente grande y que, a juzgar por los tachados símbolos que todavía podían distinguirse en su casco, había pertenecido a la Legión de los Cien Corazones. Probablemente fuese anterior a la caída de los caballeros a manos de los Neonatos.

La pequeña embarcación se dirigió hacia uno de los improvisados

muelles, donde para sorpresa general vieron que los esperaba un musculoso soimi.

—¡Ellos otra vez! —gritó Dungan mientras echaba mano de su letal arma de acero y pólvora, pero Vargas le sujetó el brazo con la cola antes de que desenfundase.

—Yo de ti no haría eso, amigo —dijo con una pícara sonrisa—. En la Isla de los Perdidos se considera un desafío que cualquier extranjero desenvaine un arma. Os sugiero que mantengáis las vuestras bien guardaditas.

—¡Pero el soimi...!

—Es Jach'urgloz, el encargado de esta parte de los muelles.

—¿Sois aliados de los Vástagos de Kurgan? —preguntó Ovreuc con extrañeza.

—No más que de los Adeptos de Malesur, y pese a ello soy uno de los jefazos de aquí —dijo el hombre camaleón con el pecho henchido de orgullo.

—¿Por eso el nombre de Isla de los Perdidos? —dijo la Mercenaria de Isha.

Anyaala miraba a dos demontres que correteaban por los muelles pese a que el llamado Jach'urgloz no dejaba de gritarles para que se apartasen de allí. De pronto, uno de ellos tropezó y se fue de cabeza al agua, donde se deshizo con un siseo.

—Maldita sea —protestó Vargas—. Otro demontre perdido. Esos idiotas no comprenden que como hijos del dios del fuego que son, el contacto con el agua es letal para ellos.

—¿Entonces qué hacen en una isla hecha de barcos? —preguntó la tiradora.

—Tal vez les gusta vivir peligrosamente o tal vez son demasiado estúpidos para darse cuenta del riesgo. Personalmente me decanto más por la segunda posibilidad. Respecto a tu otra pregunta, has acertado: los habitantes de este lugar somos marginados, parias y exiliados sin otro lugar al que ir, por eso fundamos nuestra propia ciudad.

—Es increíble —confesó Ovreuc mientras advertía de reojo que Rabe no cesaba de tomar notas como un loco en unos pergaminos reseco—. Aunque esto parece demasiado bien organizado para ser el nido de un puñado de piratas. ¿Quién manda aquí?

—La mujer más exquisita y maravillosa que he tenido el placer de ver con estos bonitos ojos —respondió Vargas mientras movía sus ojos de reptil

de forma que cada uno mirase hacia un lugar diferente—. Y he visto a muchas mujeres bonitas. Después de la fiesta te la presentaré, amigo mío. A fin de cuentas es con ella con quien debes hablar para que mi gente se una a ti en esta batalla. Si consigues convencerla, dispondrás de una flota capaz de hacer frente a cualquier enemigo.

—¿Después de la fiesta? —preguntó Dungan, que parecía no haber escuchado el resto. De pronto se mostraba recuperado del malestar del que había hecho gala a lo largo de todo el viaje—. ¿Habría cerveza?

—Oh sí, amigo mío. ¡En mis fiestas siempre corren ríos de cerveza, ron y otras bebidas!

—Empiezas a caerme bien —concedió el ejecutor mientras palmeaba el hombro del hombre camaleón—. Al final resultará que eres un buen tipo.

—Esto es una vergüenza —gruñó Ovreuc mientras miraba a sus compañeros, que yacían en el suelo derrotados por la bebida—. Puedo entenderlo de Dungan, aunque me sorprende de Anyaala.

La fiesta organizada por el hombre camaleón para celebrar su regreso había sido un gran éxito y según había escuchado el asesino, no era la primera que celebraba ni sería la última. Al parecer los piratas y bandidos de la Isla de los Perdidos sentían un gran aprecio por el exiliado de los Adeptos de Malesur, aprecio que le había convertido en uno de sus cabecillas indiscutibles. Al asesino le parecía inconcebible que eligiesen a sus cabecillas por motivos como ese y comenzaba a preguntarse quién sería la mujer que dirigía la Isla de los Perdidos.

—Ah, nadie es capaz de resistirse al poder de una botella de buen ron —dijo Vargas con una risilla.

—Ya, pero ¿qué ha pasado con Rabe? No le he visto beber ni una gota y de todas maneras me cuesta creer que se emborrache.

—Y no lo ha hecho, el grandullón le dio un cabezazo porque no dejaba de parlotear sobre lo interesante que le resultaba este lugar —explicó el hombre animal—. Pero me he dado cuenta de que tú tampoco has probado el ron.

—Un asesino no se emborra... —Ovreuc miró de reojo a Dungan, que roncaba ruidosamente—. Eh... un asesino no debería emborracharse.

—¿Vamos a ver a la jefa? —preguntó Vargas al tiempo que se palmeaba la prominente barriga—. Ya va siendo hora de que os conozcáis y

le cuentas toda la historia sobre los Malditos de Malakoy.

—Por supuesto, llévame con ella. Espero que sea una mujer razonable y no una pirata borracha, porque de ser así... —El asesino se interrumpió al ver que el hombre camaleón estaba a punto de estallar en carcajadas—. No me lo digas, ¿a que está detrás de mí?

—¿Te parezco una pirata borracha, extranjero?

Ovreuc se volvió y para su sorpresa descubrió que la gobernante de la Isla de los Perdidos era una mujer muy diferente de lo que había esperado.

A primera vista no se parecía en absoluto una pirata. Era una mujer hermosa, su piel clara y limpia, tal vez demasiado pálida, se perdía bajo amplias ropas blancas que le otorgaban una apariencia casi fantasmal, de forma que daba la sensación de que si se le ocurría estirar la mano para tocarla, la atravesaría limpiamente. Poseía un cuerpo delgado pero bien formado, a juzgar por lo que podía adivinarse bajo los amplios ropajes, y de entre los pliegues de la capucha con la que cubría su rostro emergían mechones de cabello rubio entre los que destacaba una única mata, tan blanca como sus ropas, que le caía sobre el rostro. La mujer clavó sus ojos en el asesino. Era una mirada fría y profunda como el mar, símil que a Ovreuc le pareció de lo más adecuado a causa del azul cristalino que lucía. Los labios de la pirata, pintados de un rojo intenso, esbozaron media sonrisa de manera casual mientras miraba al extraño de arriba abajo como si lo estuviese estudiando. Para su desconcierto, este no pudo sostener la escrutadora mirada de la mujer y pronto se encontró mirando hacia otro sitio con incomodidad.

—No se lo tengáis en cuenta, mi señora —intervino Vargas, súbitamente adulator—. No pretendía ofenderos, es solo que todo esto es nuevo para él.

—No necesito que te disculpes en mi nombre —dijo Ovreuc, que trató de sostener de nuevo la mirada a la mujer—. Lo lamento si os he ofendido, pero me temo que no hay tiempo para muchas delicadezas: se están desarrollando en Saphir terribles acontecimientos que deben ser detenidos a cualquier coste.

—Resulta desconcertante escuchar palabras semejantes de un Neonato —respondió ella con una voz suave aunque no carente de firmeza y autoridad—. Pero ven, este no es sitio para que hablemos. Salgamos bajo las estrellas.

La mujer se volvió y el asesino casi dio un respingo al advertir que si bien por delante era blanca y delicada como el marfil por detrás sus ropajes eran de un color oscuro, como si se tratase de las dos caras de una misma

moneda. Con extrañeza advirtió que la capa de la mujer parecía cambiar mientras la miraba, por un momento le pareció que distinguía diversos rostros fantasmales que trataban de emerger del oscuro manto, pero parpadeó y habían desaparecido.

—¿Estás bien, amigo mío?

El líder del Gremio de Asesinos sacudió la cabeza como si despertase de un extraño sueño y miró al hombre camaleón, que caminaba junto a él. Por un instante se sintió desconcertado, como si algo se le escurriese entre los dedos, pero cuando trató de atrapar lo que quiera que fuese, advirtió que ya era demasiado tarde. Suspiró resignado y sonrió a su amigo.

—Sí, Vargas. Es solo que todo esto resulta demasiado extraño para mí, pero no te preocupes. Estaré bien.

—Es una gran mujer —comentó él con aire distraído. Ovreuc advirtió que nunca lo había visto tan serio como entonces, y eso era mucho decir sobre alguien tan amigo de las bromas y la fiesta como él—. Todos nosotros le debemos mucho, ¿sabes? Ella fue la primera de nuestra pequeña nación, ella nos reunió y nos enseñó que podíamos tener un nuevo hogar pese a que nos hubiesen expulsado de los nuestros. Recogió a marginados y fugitivos por todo Saphir y les dio un motivo para vivir, una causa para seguir adelante, un nuevo hogar y una familia. Cualquiera de nosotros daría la vida por ella sin pensárselo, pues todo lo que somos y lo que tenemos es gracias a sus esfuerzos.

El asesino miró de nuevo a la mujer mientras los tres subían unas escaleras que, supuso, les llevarían al exterior. La confesión de su viejo amigo le resultaba sorprendente y fascinante al mismo tiempo. Pero ¿de dónde había salido? ¿Tal vez era una exiliada de las Mercenarias de Isha?

—¿Quién es, Vargas? ¿Cómo es posible que nunca antes haya oído hablar de alguien como ella?

—¿Tanto te sorprende, extranjero? Según tengo entendido hasta hace muy poco tampoco habías oído hablar de la Isla de los Perdidos —dijo la mujer mientras miraba fugazmente hacia ellos—. Respecto a mi identidad, puedes llamarme Mortaja.

—Extraño nombre.

—Somos gente extraña y con secretos —replicó ella al tiempo que emergía bajo la luz de la luna y las estrellas, Ovreuc y Vargas llegaron solo un instante después—. ¿O debo recordarte que somos fugitivos y gente sin otro hogar que este? Bien, ¿qué era eso tan importante de lo que querías

hablar conmigo con tanta urgencia?

—Saphir corre un grave peligro, Mortaja.

El asesino se apoyó contra una baranda de madera y miró el mar en calma, sus aguas se mostraban oscuras y silenciosas y las estrellas se reflejaban sobre su superficie.

—¿Y qué nos importa a nosotros lo que pueda pasarle a humanos u otras razas?

—Tal vez nada —concedió Ovreuc—. Pero estoy hablando de algo mucho más terrible, algo que amenaza no a un pueblo o territorio en particular sino la misma vida de Saphir. Mis hombres y yo hemos viajado hasta aquí para tratar de detener lo que puede suponer la muerte de nuestro mundo.

—¿Tus hombres? —preguntó la mujer burlona—. ¿Te refieres a esos tres?

—Eh... sí. Puede parecer ridículo, pero las circunstancias nos obligaron a actuar así. Sin embargo envié a alguien para que avisase a mi gente, pero no sé si lograrán dar con nosotros o si lo harán a tiempo. Por eso necesito vuestra ayuda, Mortaja.

—¿Qué terrible peligro es ese del que hablas?

—Un ejército espectral —explicó Ovreuc—. Una hueste de fantasmas y muertos vivientes que se ha alzado en Darlime. Sé que debe pareceros una locura, pero os aseguro que no lo es. Yo mismo me he enfrentado a ellos y faltó muy poco para que no saliese con vida del encuentro.

—Fascinante...

El asesino frunció el ceño al advertir que la mujer se lamía los labios, un extraño brillo relucía en sus ojos y no parecía en absoluto sorprendida de que le hablasen de espectros que volvían a la vida buscando venganza. De pronto le asaltó la imagen mental de esa mujer, pero no era ella. La carne se había desprendido de sus huesos y las cuencas vacías en las que antes habían estado sus ojos se clavaban en él mientras un gusano asomaba por una de ellas. Tan rápido como vino la visión esta desapareció y Ovreuc tuvo que sujetarse a la baranda de madera para no caer al suelo. De pronto se sentía mareado y enfermo.

—¿Qué te sucede, extranjero? ¿Te encuentras mal? —preguntó ella sin dejar de lamer sus labios rojos como la sangre.

—Tú... ¿quién eres, mujer? ¿Qué eres?

—Lo siento Ovreuc, tenía que haberte avisado —intervino el hombre

camaleón—. Nuestra jefa es una hechicera, maestra en el dominio de lo arcano. A veces su poder puede resultar algo confuso, pero no tienes nada que temer de ella.

De repente se sentía intranquilo. ¿Por qué Vargas no le había dicho antes que se trataba de una maga? ¡Detestaba a los hechiceros! Si bien la mayoría eran individuos con poder moderado, existían en Saphir un puñado de seres cuyas habilidades arcanas les otorgaban capacidades que a su entender ningún mortal debía poseer. Recordó al llamado Satanor de las Manadas de Urueh, en el lejano continente de Golothar. En una ocasión se había enfrentado con él y sabía de lo que era capaz, su control sobre el fuego del que nacía su pueblo era terrible y devastador: podía arrasarlo cualquier lugar sin apenas esforzarse. Recordó también a Laroc la Seductora, una de las líderes de las Mercenarias de Isha y uno de los más terribles enemigos de los Neonatos. El soimi Sull Desgarramientos, al que habían combatido hacía pocos días, era otro ejemplo de esos poderosos hechiceros que tanto detestaba, y los rumores decían que los Adeptos de Malesur contaban con algo similar a un druida o un chamán, alguien que estaba en comunión con el bosque y la naturaleza y que poseía poderes capaces de rivalizar con los de los otros tres poderosos hechiceros. También había escuchado que entre los miembros de la enigmática Eclestía de Saül había no uno sino varios hombres con grandes poderes arcanos. Independientemente de la raza o facción a la que perteneciesen, con todos ellos sucedía lo mismo, eran individuos con poderes que solo debían estar al alcance de los dioses.

—¿Qué sucede, extranjero?

—No me gustan los hechiceros —confesó él—. Y no sabía que aquí me encontraría con uno.

—Tal vez prefieras replantearte tu petición de ayuda —dijo Dama Mortaja.

—Si tuviese otra opción, quizás —admitió Ovreuc—. Pero no es así. Necesito a tu gente si quiero detener a Malakoy.

—¿Malakoy?

De pronto el asesino sintió que la hechicera lo miraba como si fuese una tigresa y él un pequeño pájaro que devorar de un bocado.

—Da la impresión de que os resulta conocido ese nombre.

El hombre camaleón miró con sorpresa a su viejo amigo.

—¡Claro que le resulta conocido! —exclamó—. ¿Quién ha oído hablar del linaje extinto de los Malakoy que durante tanto tiempo gobernó Darlime?

Ovreuc se sintió como un estúpido, su amigo estaba en lo cierto. ¿A qué venía tanta desconfianza, tanto recelo hacia esa mujer? No debía olvidar que en esos momentos ella era la única que podía ayudarle a detener al Rey Caído.

—Yo... lo siento Mortaja, no sé qué me pasa.

—No te preocupes, extranjero —dijo ella con una sonrisa—. Pero dime, ¿qué es eso de detener a Malakoy? Todo el mundo sabe que ese linaje se extinguió hace muchísimo tiempo.

—Y pese a ello algo ha traído de vuelta a Jeryk Malakoy, el Rey Caído, y a su ejército. Aunque ahora son muertos vivientes, caballeros espectrales y fantasmas capaces de consumir la vida allá por donde pasan —sin comprender el motivo Ovreuc sintió que su desconfianza había dado paso de repente a una gran necesidad por sincerarse—. Al parecer los propios dioses le han entregado poder sobre la muerte y ahora quiere ajustar cuentas: pretende robar el poder sobre la vida que poseen los trascars de la Isla Santuario, y si lo consigue no habrá fuerza alguna en todo Saphir capaz de detenerle. ¡Erradicará todo vestigio de vida!

—¿Y quieres que mis hombres te ayuden a detenerle? —preguntó la hechicera.

—Sí, es necesario. Somos lo único que se interpone entre él y la Isla Santuario, hemos de actuar para dar tiempo a que mi gente nos encuentre.

—Ya veo.

—¿Lo haremos, mi señora? ¿Les ayudaremos? —Vargas se mostraba entusiasmado ante la idea de entrar en acción de nuevo junto a su viejo amigo.

—Si las circunstancias fuesen distintas no dudaría en unirme a su causa, pero hay fuerzas en marcha que no deben ser detenidas —respondió esta, sus gélidos ojos se clavaron en el asesino—. Lo lamento pero no me va a ser posible concederte tu petición, no contra él.

El hombre camaleón miraba alternativamente a Dama Mortaja y a Ovreuc sin saber qué hacer, cuando la hechicera alzó su mano y un aura oscura cubrió a su viejo amigo, que sintió cómo sus fuerzas le eran drenadas. Este trató de empuñar sus armas o de gritar para alertar a sus compañeros, pero no pudo hacerlo, pues apenas era capaz de permanecer en pie. Se tambaleó mientras trataba de caminar hacia la mujer y se sintió desfallecer. Todo parecía dar vueltas a su alrededor.

—¡Mi señora Mortaja, deteneos! —pidió Vargas mientras miraba a

Ovreuc con angustia—. ¡Es un aliado y nuestro invitado, ha venido hasta aquí para pedirnos ayuda!

—Mi buen amigo, me temo que están pasando cosas que escapan de tu comprensión. Deberás confiar en mí, debo detener a los Neonatos. Es la única manera.

—¿La única manera de qué? —preguntó el hombre animal. Era incapaz de comprender lo que estaba pasando allí.

Mientras caía, Ovreuc volvió a ver a la extraña hechicera tal y como lo había hecho un rato antes. Ahora podía verla con el aspecto de un muerto viviente. Pudo sentir las vacías cuencas de sus ojos clavadas en él y de pronto comprendió qué era lo que le había puesto en alerta: Jeryk Malakoy había tenido una hija que había sido practicante de las artes arcanas. Pese a que la historia decía que había muerto junto a su padre y a su hermano cuando la Legión de los Cien Corazones tomó el Castillo de Malakoy, existían historias y leyendas que narraban cómo en realidad había conseguido escapar y ocultarse, de manera que no se volvió a saber de ella.

Pero no era posible. ¿Cómo podía esa mujer ser Waleska Malakoy, hija del Rey Caído? Aun suponiendo que hubiese conseguido sobrevivir a la aniquilación de su linaje habían pasado suficientes generaciones desde entonces como para que sus huesos no fuesen más que polvo. Era imposible que siguiese con vida. Y sin embargo ¿cómo podía no ser ella? Supo que no resistiría mucho más el conjuro. Poco a poco se sentía caer en la oscuridad y fue entonces cuando comprendió que había fracasado: ya nada impediría que Jeryk Malakoy extinguiese la vida de Saphir.

Sin embargo a él ya no le importaría, pues no volvería a despertar.

9

—¿Querías verme?

Ixxen la Martillo, llamada así porque la potencia de los disparos que realizaba con el fusil pesado que ella misma había construido era capaz de pulverizar las más pesadas rocas, desvió la atención de los fusileros, que en esos momentos montaban sus armas con los ojos vendados como parte del entrenamiento intensivo al que estaban sometiendo a los soldados Neonatos mientras el Maestro se hacía cargo de los preparativos para que pudiesen partir tras Jeryk Malakoy y sus Malditos. En la entrada de la sala de entrenamiento estaba Comadreja Blanca, miembro del Gremio de Asesinos y en esos momentos líder temporal del mismo hasta el regreso de Ovreuc.

—Sí —respondió la ingeniera mientras volvía a poner su atención en sus tropas, que continuaban montando y desmontando las armas—. Eres la única persona que se ha enfrentado a la horda del Rey Caído y vive para contarlo.

—Soy muy consciente de ello —respondió la asesina. Un mechón de rizos oscuros le caía sobre la cara—. Y por eso mismo te aseguro que no me entusiasma la idea de volver a vérmelas con ellas criaturas, Ixxen. Son... por los dioses, es demasiado duro para que hable de ello.

—El Maestro ha decidido que él y Jarvinia deben permanecer en Caldara, pues a causa de su dominio sobre la Quintaesencia sería demasiado arriesgado que viniesen con nosotros. Si algo saliese mal, si Jeryk Malakoy se hiciese con ellos, nada podría detenerle.

—Tiene sentido.

—Sí, sí que lo tiene —admitió Ixxen—. Pero no me gusta. Eso solo conseguirá debilitarnos. Tampoco podemos llevar con nosotros nuestra arma secreta, los colosales ratfuten.

Comadreja Blanca asintió. Sabía que estaba en lo cierto. Los ratfuten eran inmensas criaturas creadas mediante la unión de la alquimia, la ingeniería y la Quintaesencia. Se trataba de poderosos golems, compuestos en su mayor parte de oricalco, la resistente aleación metálica descubierta por los Neonatos, y que incluían en su estructura algunas de las más devastadoras armas de pólvora ideadas por el Gremio de los Ingenieros. Si bien esos seres les habrían resultado de gran ayuda contra los Malditos de Malakoy, pues su naturaleza tecnológica los hacían inmunes a la capacidad de los espectros

para infundir terror en los corazones enemigos y jugar con sus mentes y percepciones, no había forma de que pudieran transportarlos en los barcos de guerra, pues habrían resultado un peligro mayor para sus propios aliados que para sus enemigos. Si a eso le sumaban la ausencia de Ovreuc y el hecho de que el Maestro y la doctora Jarvinia, líder del Gremio de Alquimistas de los Neonatos, tuviesen que quedarse atrás, sus fuerzas iban a estar más mermadas de lo que podían permitirse para combatir a tan poderoso enemigos. ¿Cómo podrían derrotarles?

—No va a ser una pelea fácil —comentó la asesina.

—No.

Las dos mujeres guardaron silencio mientras en la sala de entrenamiento se escuchaba el ruido que los fusileros hacían al montar y desmontar sus fusiles.

—Pero eso no es todo —dijo Ixxen al cabo de un rato, los tiradores habían terminado el ejercicio y comenzaban a tomar posiciones para practicar su puntería, pronto resonaron los disparos de fusiles mientras el olor a pólvora se extendía por el aire—. También tendremos que prescindir de los Boter Kluch.

—Me lo suponía —respondió Comadreja con un suspiro de resignación—. Esos carros de guerra no son para nada apropiados para combatir desde un barco, pero al menos sí que podremos contar con los voladores, ¿verdad?

—Sí, llevaremos varios Drom Kluch en cada barco. Pueden darnos ventaja al atacar desde el aire. Quizás sea una de las pocas cosas a nuestro favor con que contemos.

Una explosión resonó en la sala de entrenamiento y uno de los fusileros se derrumbó al suelo con un golpe seco. Sus compañeros corrieron junto a él mientras su instructora fruncía el ceño, furiosa. Cuatro pequeños kluch equipados para ocuparse de los heridos trotaron hacia él y lo arrastraron hasta una esquina, donde comenzaron a atender sus heridas.

—¡Ese hombre ha caído porque no fue capaz de volver a montar su fusil tal y como estaba al principio! —gritó Ixxen. Los tiradores se volvieron hacia su líder—. Afortunadamente para él esto es un entrenamiento y posiblemente los sanadores kluch puedan salvar su vida, pero es probable que no todos sus dedos. Sin embargo si esto le hubiese pasado en el campo de batalla sería no solo su muerte, sino que también estaría poniendo en peligro a sus compañeros. ¡Que os sirva de lección, soldados! ¡Un error en combate puede suponer la derrota de todo vuestro grupo, así que no podéis fallar!

¿Queda claro?

—¡Sí, señora!

Comadreja Blanca sonrió al escuchar el grito de los disciplinados fusileros, que ya corrían hacia las dianas para continuar su entrenamiento.

—Menos mal que siempre podemos contar con la potencia de fuego que aporta el Gremio de Ingenieros —dijo la asesina mientras guiñaba un ojo a Ixxen—. Si vuestras armas no pueden mantener a raya a nuestros enemigos, nadie puede.

La tiradora agradeció el guiño y el cumplido con otra sonrisa, pese a que sabía que ni toda la potencia de fuego que pudiesen aportar contendría a un ejército de fantasmas. Sin embargo eso no les impediría intentarlo.

—A propósito de explosiones, ¿Qué hay de los granaderos?

—¡Ni loca pienso subirme a un barco con esos dementes! —exclamó Ixxen—. ¡Sus bombas pueden hacer más mal que bien, por no hablar de que son capaces de inmolarsse ellos mismos y hundirnos!

—Empiezo a preguntarme si tenemos alguna posibilidad —gruñó Comadreja Blanca—. El Gremio de Asesinos tampoco resultará demasiado efectivo. Nuestra especialidad son los ataques furtivos y silenciosos, infiltrarnos entre el enemigo y golpear allí donde sea más vulnerable. ¿Cómo vamos a hacer eso desde un barco?

—Es evidente que tendremos que adaptar nuestras tácticas de combate —concedió Ixxen—. ¿Sabes? No me gustaría estar en la piel de Penrod, le espera un buen dolor de cabeza si tiene que encontrar la forma de liderar el ataque bajo estas condiciones. Estoy segura de que debe estar tirándose de los pelos.

Penrod miró a la monstruosa criatura que bramaba ante él. Sus manos enguantadas sujetaban la larga espada de doble hoja que tanto le gustaban utilizar en combate, un arma tan extraordinaria y única como el hombre que la empuñaba. Este había sido uno de los más hábiles caballeros de la Legión de los Cien Corazones durante mucho tiempo, pero su decepción por la doctrina de los caballeros lo llevó a unirse al Maestro y desde entonces había dirigido a los Neonatos, labor en la que hacía gala de sus magníficas habilidades tanto de líder como de guerrero.

El monstruo caminó hacia el antiguo caballero con pasos torpes pero pesados. Era uno de los llamados estibadores de las Manadas de Urueh, seres

grandes y grotescos dotados de una gran fuerza a juego con su escasa inteligencia. Según tenía entendido, entre las criaturas de Kazag, el dios del fuego, eran quienes hacían el trabajo pesado, pero también resultaban valiosos guerreros en la batalla, pues su brutalidad podía hender con facilidad la más resistente de las armaduras. Resultaba obvio que así era, no hacía falta más que mirarlo. Uno solo de sus brazos habría sido suficiente para partir por la mitad a un humano corriente. Sus abultados músculos eran del tamaño de una persona y la fuerza que poseía le hacía capaz de alzar piedras tan pesadas que podrían aplastar a la mayoría de los enemigos. El monstruo bramó de nuevo y se dirigió hacia Penrod: lo había reconocido como su adversario. No era de extrañar, pues el líder del brazo militar de los Neonatos había encontrado a la criatura en las catacumbas en las que los científicos encerraban a los seres de otras razas para así estudiarlos y poder aprender más de su fisiología y de sus puntos vulnerables, ya que aseguraban que semejantes conocimientos podían resultar vitales si debían combatir contra ellos. Sin duda el Maestro se iba a enfadar con él por emplear al prisionero para entrenar— Según tenía entendido había costado mucho conseguir capturar con vida a ese monstruo e incluso algunos hombres murieron en el proceso.

Penrod flexionó sus músculos. El choque era inminente.

Pese a que el guerrero acostumbraba a protegerse con una armadura completa de oricalco en esa ocasión había optado por prescindir de ella y tan solo se cubría con un taparrabos de cuero. Su cuerpo era blando y vulnerable en comparación con el de la bestia que le embestía, pues esta poseía un pellejo muy duro que le daba una gran resistencia a juego con su gran fuerza. Él sin embargo tan solo tenía su espadón de doble hoja.

La bestia no tenía ninguna oportunidad.

No le resultó difícil esquivar la feroz embestida del monstruo y mientras este se volvía hacia él bramando de ira, el guerrero levantó su extraña arma por encima de su cabeza y la hizo girar de manera que formase un ocho en el aire. El mandoble hendía el aire a gran velocidad y el movimiento provocaba un silbido que atrajo la atención del hijo de Kazag, que desvió la mirada del hombre solo un instante. Pero para un espadachín como Penrod un instante era una eternidad, más que suficiente para acabar la pelea. Con solo tres zancadas pasó junto a la bestia y su arma dejó de moverse, la sangre goteaba por su filo y repiqueteaba al caer al suelo de piedra. Su enemigo ni tan solo supo que estaba muerto, su cuerpo

simplemente se desplomó sin vida cuando su cabeza se separó del tronco y se alejó rodando hasta quedar a los pies del pequeño Verner, el compañero kluch de Penrod. Este la cogió con ambas manos y miró la estúpida expresión de sorpresa del bruto, a quien la muerte había atrapado sin que la viese venir.

—Demasiado arriesgado.

Fue todo lo que dijo y tan solo esas dos palabras ya dejaron claro al guerrero que su compañero no aprobaba en absoluto lo que había hecho. Si Rabe era el más listo de entre sus hermanos, Verner era el más hábil. Su habilidad con las armas había resultado ser excelente para ser un kluch y no en vano era el único de entre los suyos capaz de utilizar con precisión las pistolas de pólvora, arma de la que nunca se separaba. Sin embargo, y también a diferencia de Rabe, este pequeño de color amarillo oscuro resultaba tan parco en palabras como charlatán era el de Ovreuc. En una ocasión el líder del Gremio de Asesinos había ofrecido a Penrod intercambiar sus compañeros, Rabe aseguraba que en broma, pero el antiguo caballero se había negado en redondo.

—Usaremos neutralizadores, entre dos y cuatro en cada barco, para contrarrestar la magia de los Malditos de Malakoy —explicó el espadachín—. Los fusileros se encargarán de evitar que tengan ocasión de abordarnos y las máquinas de guerra apuntarán a las partes más vulnerables de sus barcos para tratar de hundirlos.

Su pequeño acompañante estaba acostumbrado a la peculiar manera en que acostumbraba a preparar la estrategia antes de una batalla. Penrod se justificaba diciendo que hacer ejercicio le ayudaba a pensar. Mientras todavía miraba la cabeza decapitada de la bestia, Verner se preguntó a qué ejercicio se refería exactamente, ya que ni tan solo había sudado.

— Los Drom Kluch permanecerán ocultos como reserva y por si nos atacan por aire. Ignoramos con qué clase de criaturas cuenta Jeryk Malakoy —continuó—. Los miembros del Gremio de Asesinos aprovecharán la confusión para subir a los barcos enemigos con cuerdas y garfios desde el agua y buscar a Lapont. Sin él los Malditos de Malakoy no podrán llevar a cabo sus planes. Si es posible lo rescatarán, pero si no logran una ruta de escape o el científico está incapacitado de algún modo deberán acabar con su vida.

Verner asintió, era su manera de mostrar conformidad con el plan.

—Solo espero que Jarvinia haya conseguido preparar lo que le pedimos. Si no lo hace, todos nuestros intentos están condenados a fracasar

antes de que empecemos.

—¡Maldita sea, otra vez!

El grito de la doctora Jarvinia hizo que los cuatro pequeños kluch a su servicio echasen a correr asustados, conocían bien sus rabietas y no querían verse envueltos en una de ellas, ya tenían más que suficiente con las muchas que se ganaban por méritos propios como para recibir también otras que no les correspondían.

Como líder del Gremio de Alquimistas de los Neonatos Jarvinia era la creadora de los kluch, que se habían convertido en valiosos elementos para su gente a causa de las muchas tareas que eran capaces de desempeñar. Esos cuatro en particular habían sido diseñados por la mujer para que actuaran como sus guardaespaldas, y sus habilidades resultaban muy diversas. Uno de ellos, particularmente delgado y de largas piernas, destacaba por su agilidad y rapidez y en esos momentos sacaba a sus amigos cuatro cuerpos de ventaja en la loca carrera en busca de cobertura. El más lento era un ejemplar robusto y de fuertes brazos, que corría mientras resoplaba como un fuelle. Entre ambos se encontraba un kluch mucho más corriente que llevaba un cinturón y una mochila repletos de pequeños aparatitos que emitían pitidos y destellos. Ellos eran los modelos uno, dos y tres respectivamente. El último, el cuatro, permanecía inmóvil y miraba a su señora con expresión estúpida mientras se hurgaba uno de los orificios que hacían las veces de nariz. Era el modelo más simple y la alquimista ni tan solo se había molestado en proporcionarle una inteligencia pareja a la del resto de sus hermanos, pues también era el que con más frecuencia debía reemplazar. No en vano era el encargado de las granadas y tenían la mala costumbre de olvidar apartarse después de activar los explosivos.

La mujer resopló y torció el labio. Sobre su mesa de trabajo yacía un kluch todavía sin consciencia y a juzgar por su enfado algo no estaba saliendo como debería.

—Que Jarvinia lo solucione, ella encontrará la manera —dijo con voz de falsete—. ¡Demonios!

La científica se sentó en una silla y se cruzó de brazos. Su rostro tenía una expresión hosca que hizo que los tres kluch que habían echado a correr se acurrucasen aún más en sus escondites.

—¿Cómo pretenden que adapte uno de mis kluch para que rastree a los

Malditos de Malakoy? ¿Se han creído que hago milagros?

—¿Boom boom? —preguntó el pequeño granadero.

Jarvinia le miró y este le devolvió la mirada mientras sacaba algo del orificio nasal. Se dispuso a comérselo cuando un grito de la mujer le detuvo, el bobo la miró mientras parpadeaba confuso.

—¡Ya lo tengo! —Sonrió y se acercó a él, después le dio un beso en la frente y lo apretujó contra sus pechos—. ¡Gracias, número cuatro!

Los otros kluch se miraron, ¿quizás su creadora finalmente había perdido el juicio?

La alquimista regresó a su mesa de trabajo. El kluch que yacía allí poseía una peculiar piel de color naranja oscuro y carecía de ojos, rasgo que lo diferenciaba claramente de sus hermanos. La mujer extendió las manos y estas comenzaron a emitir un brillo dorado que poco a poco se fue concentrando en sus dedos índices mientras sus pequeños guardaespaldas comenzaban a abandonar sus escondites movidos por la curiosidad. El resplandor se concentró en la punta de sus dos dedos y cuando los juntó formaron una pequeña esfera brillante que comenzó a dar vueltas alrededor de Jarvinia como si tuviese vida propia. A un gesto de su creadora la esfera se introdujo en el pecho del pequeño ser y su luminosidad se extendió por él hasta cubrirlo por completo, después la alquimista realizó otro rápido movimiento y la mayor parte del resplandor abandonó a la criatura naranja como si fuesen pequeñas gotas de agua que levitaban en el ambiente para poco a poco formar de nuevo una esfera brillante. La esfera titiló y poco a poco fue apagándose a medida que la mujer volvía a absorber su energía. Cuando terminó dejó escapar un suspiro de cansancio y miró al kluch anaranjado, que todavía yacía inmóvil. Sin embargo no tardó en mover primero un dedo, después el brazo y más tarde el resto, hasta sentarse sobre la mesa.

—¡Ya está, lo he conseguido! ¡Era taaan fácil! —exclamó la científica a gritos—. Solo era necesario extraer la Quintaesencia de la carcasa después de insuflarle vida con ella. Lo suficientemente rápido para que no la asimilase por completo pero no demasiado pronto o no tendría ocasión de despertar, y después...

Jarvinia advirtió que tres de sus pequeños compañeros habían vuelto a esconderse, solo el bobo la miraba con cierta adoración reflejada en sus ojos.

—¡Tú me diste la idea, pequeñín! —dijo la mujer, después le dio otro beso en la frente.

La nueva creación saltó de la mesa y ladeó la cabeza, parecía estar buscando algo. Jarvinia sonrió. Al parecer había funcionado. Al no recibir la suficiente energía para quedar completo el pequeño estaba sentía la necesidad de encontrar lo que le faltaba. De esa manera había creado un rastreador de Quintaesencia y pese a su carencia de ojos podía ver gracias al mismo sexto sentido que le hacía capaz de localizar la magia de la vida. Con él Penrod y los demás podrían encontrar a Lapont y cuando lo hiciesen también darían con los Malditos de Malakoy.

La alquimista tan solo lamentaba no poder ir ella misma, pues esas criaturas representaban lo opuesto a aquello a lo que había dedicado su vida. Como alquimista se había especializado en el conocimiento de la vida y esos talentos adquirieron un nuevo significado cuando el Maestro le entregó el poder de la Quintaesencia. Gracias a ese don fue capaz de crear vida, como los kluch que en esos momentos la observaban atemorizados desde sus escondites. No era solo que tuviese ese poder, sino que para ella era algo sagrado, algo que debía ser respetado a toda costa. Era cierto que gracias a sus inventos los Neonatos habían acabado con un buen número de enemigos, pero eso era la guerra. Lo que los Malditos de Malakoy pretendían era algo muy diferente: la total y absoluta exterminación de todo ser vivo. Pero ahora gracias a su rastreador contaban con una oportunidad de detenerlos. Tendrían que aprovecharla bien.

—Nos jugamos mucho en este asalto, hijos míos.

El Maestro se encontraba ante los líderes de Gremio de sus Neonatos, a falta de Ovreuc, que era reemplazado por Comadreja Blanca. La asesina se encontraba junto a la ingeniera Ixxen, la alquimista y científica Jarvinia y Penrod, el mayor guerrero y estratega con que contaban en sus filas, pues no en vano era su líder de campo indiscutible. Frente a ellos estaba el pequeño y característico kluch ciego de color anaranjado que la investigadora había creado para que les llevase hasta su enemigo.

—Entonces ¿por qué no está aquí Ovreuc? —protestó el caballero desertor—. Tendría que encontrarse al frente de sus tropas, como el resto de nosotros. Ya contamos con bastantes carencias como para tolerar su ausencia injustificada, como tantas otras veces.

—¡Estoy segura de que si no está aquí es porque tiene entre manos algo importante! —replicó Ixxen, que con los brazos en jarras plantaba cara al

guerrero.

—Por favor, no es el lugar ni el momento para esto —intervino el Maestro—. Comadreja Blanca ocupará el puesto al frente del Gremio de Asesinos hasta que sepamos dónde se encuentra Ovreuc.

—Es un honor —dijo la aludida al tiempo que hacía una leve inclinación de cabeza.

—Os enfrentaréis a un enemigo muy difícil, hijos míos. Poseen poderes sobrenaturales que escapan a nuestro conocimiento, tienen un elevado dominio de lo arcano e ignoramos el alcance de sus fuerzas.

—Si realmente ese Malakoy es capaz de despertar a los muertos, sus tropas podrían no tener fin —observó Penrod.

—Ciertamente. Pero pese a lo difícil del desafío no podemos permitirnos ser derrotados, pues hacerlo supondría el fin de todo y para todos —continuó el Maestro.

—¿Por qué no pedimos ayuda a los Vástagos de Kurgan, la Alianza o los Adeptos de Malesur? —preguntó Comadreja Blanca—. Sus pellejos están tan en juego como los nuestros. Un ataque conjunto nos daría muchas más posibilidades.

—Porque somos los Neonatos, por eso —explicó el Maestro desde detrás de la máscara que cubría su rostro—. Llevamos poco tiempo como dirigentes de Darlime y nuestros enemigos están esperando que mostremos una sola debilidad para contraatacar y devolvernos todo el mal que les hemos causado durante nuestro ascenso. Pero eso no es todo, hijos míos: lo más importante es que somos los Neonatos y ni necesitamos ni aceptamos la ayuda de esas facciones bárbaras e inferiores. Nuestro propio poder debe bastar para enfrentarnos a cualquier enemigo, porque el día que eso pase estaremos ante el comienzo de nuestra propia caída. Por ese motivo luchamos solos, pero eso no nos impedirá prevalecer.

—Pero ¿a qué coste?

El silencio siguió a la pregunta de Comadreja, pues pese a las palabras del Maestro todos sabían que el precio a pagar por enfrentarse a los Malditos de Malakoy podía ser tan elevado como terrible.

Y pese a ello no renunciarían.

10

¿Cómo se había estropeado todo tan rápido?

El pequeño Rabe se encontraba oculto en la bodega de un enorme barco que rompía las aguas a gran velocidad. El kluch sabía que en el momento en que la poderosa nave de guerra llegase a su destino sería el fin tanto para él como para sus compañeros, ¿pero qué podía hacer él?

Todo había comenzado como una gran fiesta en la Isla de los Perdidos para celebrar... bueno, en realidad no había ningún motivo claro detrás de la fiesta, pero por lo que había podido aprender sobre los piratas estos eran muy aficionados a todo lo que conllevase grandes cantidades de alcohol y comida. Lo último que recordaba de la celebración era que estaba explicándole a Dungan lo emocionante y sorprendente que le resultaban todos los nuevos conocimientos que estaba adquiriendo en aquel lugar, pero su siguiente recuerdo era que despertaba con un fuerte dolor de cabeza y la fiesta había terminado, aunque ignoraba cómo había quedado inconsciente. Advirtió que tanto Dungan como Anyaala estaban también fuera de combate, aunque en su caso supuso que era a causa del exceso de bebida, y cuando se dispuso a reanimar a sus compañeros escuchó un sonido de pasos que se acercaba hacia la sala de la gran celebración. No sabía qué le había impulsado a actuar de la manera en que lo hizo, pero de pronto sintió la urgencia de no dejarse ver y se ocultó detrás de unos barriles que contenían restos de bebida. Por algún motivo sentía que las cosas no iban como deberían ir. Quizás fue la ausencia de Ovreuc, quizás un sexto sentido o quizás simplemente se debió a la inseguridad que le producía estar rodeado de desconocidos, por más emocionante que pudiera parecerle.

Agazapado en su escondrijo Rabe vio cómo una mujer de exótica belleza y mirada fría llegaba a la sala por unas escaleras de caracol que descendían desde la cubierta. Detrás de ella caminaba el gigantesco soimi que habían visto en el muelle cuando llegaron a la Isla de los Perdidos. Sin que el kluch supiese qué era lo que sucedía la mujer dio una orden a su compañero y la musculosa criatura cargó sobre sus hombros a Dungan y a Anyaala, que todavía no se habían recuperado de la borrachera. Después de echar un vistazo entre los piratas, también inconscientes a causa del alcohol, se marcharon por donde habían venido. Rabe supuso que o bien no se habían acordado de él, cosa que le ofendía y le aliviaba al mismo tiempo, o bien

habían optado por regresar después a buscarlo.

No sabía qué debía hacer a continuación. Pese a sus amplios conocimientos y a sus aptitudes para dirigir al Gremio de Asesinos en ausencia de su líder el kluch se encontraba en una situación por completo inusual para él y que le sumía en un serio desconcierto, pues no estaba seguro de cómo enfrentar todo lo que estaba sucediendo. Tan solo sabía dos cosas con certeza: que debía encontrar a sus compañeros y que era preciso que se marchase de allí lo antes posible, pues fuese lo que fuese todo aquello no tardarían en regresar en su busca.

Rabe abandonó su escondite y se dispuso a marcharse, pero antes de hacerlo miró pensativo a la mesa repleta de restos de comida y bebida. Ignoraba qué era lo que había pasado y no sabía cuánto tiempo tendría que permanecer oculto, pero por precaución decidió llevar consigo algunos alimentos. Tomó el zurrón de un pirata que estaba demasiado borracho como para darse cuenta de nada y lo vació en el suelo, después se acercó a la mesa y cogió algunos de los alimentos. Cogió medio queso fuerte, varias hogazas de pan, un pastel de algas prácticamente entero, una bota que previamente llenó de cerveza y varias cortadas de carne de ballena asada, el plato principal de la cena. Después se guardó dos dagas largas que hurtó a otro pirata borracho y se marchó por la puerta trasera del gran comedor. No quería tropezarse por accidente con la extraña mujer cuando esta regresase en su busca.

Rabe se deslizaba de sombra en sombra sin ser visto por los piratas que hacían guardia en la peculiar Isla de los Perdidos. Se había esforzado mucho en aprender a moverse en silencio y estaba claro que las lecciones impartidas por Ovreuc funcionaban, pues no fue descubierto en su largo paseo en busca de un escondite apropiado. Supo que no podía regresar al barco, ya que sería uno de los primeros lugares en los que le buscarían, y tampoco quería pedir ayuda a Vargas ni a los gemelos, ya que no estaba seguro de que pudiese confiar en ellos. Por lo tanto estaba solo, perdido en una peculiar isla que le resultaba completamente desconocida y rodeado de enemigos potenciales. Tendría que extremar las precauciones.

Lo primero que decidió fue que no debía establecerse en un escondite fijo pero que necesitaba encontrar algún sitio donde ocultarse mientras ponía en orden sus ideas. El sitio elegido resultó ser una pequeña barca auxiliar cubierta por una gruesa lona. El pequeño kluch simplemente reptó debajo de la gruesa tela y se acomodó en el interior lo mejor que pudo, después trató de

calmarse para pensar en sus opciones.

Estaba solo, eso era un hecho. Según sus conocimientos sobre táctica y estrategia no resultaba prudente enfrentarse contra un enemigo que fuese superior, más numeroso o que contase con un mayor conocimiento del terreno, y él se encontraba en las tres situaciones al mismo tiempo. Sabía que la única forma de contrarrestar uno de esos factores era con una estrategia bien calculada y con el elemento sorpresa, y de esos dos elementos sí que podía disponer. Sin embargo tendría que pensar bien cuál sería su próximo movimiento y para eso necesitaba algo de tiempo.

Lo primero que debía hacer era buscar a sus compañeros, tanto a Ovreuc como a Dungan y Anyaala. Era preciso que los encontrase dondequiera que estuviesen. Eso suponiendo, claro, que todavía estuviesen vivos. No sabía qué era lo que había hecho con ellos ni a dónde los había llevado la extraña mujer que había ido a por los dos asesinos, pero al menos hasta que tuviese pruebas de lo contrario debía suponer que estaban con vida. Los encontraría y cuando los hubiese liberado se pondrían manos a la obra, Ovreuc sabría qué hacer.

Había pasado medio ciclo lunar y Rabe seguía solo y escondido, pese a que ahora hubiese cambiado el lugar en el que se ocultaba.

No habían sido unos días fáciles. Si bien no le costó mucho esfuerzo dar esquinazo a los piratas, localizar a sus compañeros fue algo más complicado. Al final lo consiguió gracias a un golpe de suerte. Tan solo tuvo que engañar a un demontre para sacarle la información necesaria. Después se limitó a empujarlo al mar; así no podría delatarle. Todavía no comprendía cómo esas criaturas podían ser tan estúpidas.

Sus amigos estaban prisioneros en las bodegas de uno de los barcos situados en el centro del anillo que formaban las embarcaciones de la Isla de los Perdidos. Durante tres días se dedicó a explorar la zona mientras se aproximaba todo lo que podía al lugar en el que estaban los miembros del Gremio de Asesinos, pero finalmente tuvo que desistir pues resultaba imposible llegar hasta ellos. Sin embargo sus frecuentes exploraciones le permitieron ver cómo sacaban a los hombres de su prisión para conducirlos hacia lo que parecía un antiguo buque de guerra de la Legión de los Cien Corazones, ahora reformado y adaptado a las necesidades de los piratas de la Isla de los Perdidos. Pese a que no fue una labor sencilla consiguió infiltrarse

en esa poderosa embarcación y aunque no pudo acercarse hasta sus amigos y mucho menos liberarles, sí que logró estar en el buque de guerra cuando este partió del islote artificial creado con barcos.

Infiltrarse no resultó sencillo. Había pensado en hacerlo oculto dentro de alguno de los cajones de provisiones y utensilios que los Perdidos transportaron al barco, pero pronto advirtió que el plan tenía dos serios inconvenientes: en primer lugar existía la posibilidad de que revisasen el contenido de los cajones, lo que le delataría de inmediato, y en segundo lugar temía que estos fuesen apilados en las bodegas y si por azar terminaba debajo de una gran pila de cajas no tendría manera de salir de allí. Como detestaba la idea de morir de inanición y sed prefirió buscar otra alternativa. Al final resultó mucho más sencillo de lo que esperaba, pues solo tuvo que deslizarse hasta la gran embarcación durante la noche y trepar por una de las gruesas cuerdas que lo mantenían sujeto al muelle. Después se aseguró de buscar algún buen escondite dentro de la nave de guerra.

Sin embargo ahora no tenía ni idea de dónde se encontraba. No era que se hubiese extraviado en el barco, por supuesto, pues durante las noches aprovechaba para explorarlo mientras la mayor parte de los piratas descansaban. Pero jamás había navegado hasta que zarpó de Darlime junto a sus compañeros a bordo del Cáscara de nuez y su orientación en el mar brillaba por su ausencia. Eso había hecho que en el mismo momento en que la nave de guerra abandonó la Isla de los Perdidos fuese él quien se sintiese perdido.

Ignoraba en qué lugar del extenso océano se encontraban, si estaban cerca o lejos de la costa y qué era lo que pretendían al llevarse a Ovreuc y los demás, pero no perdía la esperanza de conseguir liberarlos. A decir verdad ni tan solo estaba seguro de por qué los habían apresado, lo único que había conseguido era averiguar el nombre de la mujer responsable de la captura de sus amigos: se hacía llamar Mortaja.

Ya ni tan solo le quedaba comida, ni mucho menos bebida. Había conseguido robar algo de alimento, pero tenía hambre. De alguna manera sospechaba que se le acababa el tiempo. Ignoraba qué estaba pasando allí, pero fuese lo que fuese que estaban buscando llegaría un momento en el que lo encontrarían. Tenía que actuar antes de que eso sucediese.

Rabe se desplazaba entre las sombras con el sigilo de un gato, portaba

en la mano izquierda su daga ancha de hoja larga por si acaso surgían problemas y ponía los cinco sentidos en cada movimiento, sabía que era la única esperanza de Ovreuc y sus compañeros y si lo capturaban estarían perdidos.

Ruido de pasos. El kluch se detuvo y pegó su cuerpo a la pared, el sonido de voces se aproximaba a él. Vio que se trataba de un grupo de piratas, todos ellos humanos, que caminaban por la cubierta del barco mientras charlaban animadamente. No lo vieron. Continuaron adelante sin sospechar siquiera que el diminuto asesino se encontraba allí.

Cuando se marcharon prosiguió su camino y con mucho cuidado se deslizó escaleras abajo, hacia los camarotes. Sabía que se estaba arriesgando mucho, probablemente demasiado, pues si se encontraba con alguien no tendría forma de ocultarse. Tan solo podría enfrentarse a él, y suponiendo que pudiese vencerle bastaría con que el pirata gritase una sola vez para alertar a la tripulación. Pero no tenía más opciones, no podía simplemente permanecer escondido hasta que llegasen a cualquiera que fuese el objetivo de Mortaja.

Voces de nuevo, pero al parecer en esta ocasión venían de delante de él. Con un gruñido de fastidio miró a su alrededor y distinguió una puerta a unos pocos pasos de distancia. Sin estar seguro de si conseguiría llegar hasta ella y cruzarla antes de que lo viesen se lanzó hacia delante. No había lugar para las dudas. Rabe se movió deprisa, más deprisa de lo que jamás se había movido, y consiguió llegar hasta su objetivo mientras las voces continuaban acercándose. Giró el picaporte de la puerta y entró de un salto en la habitación para cerrar inmediatamente a su espalda.

—¿Pero qué...?

Cuando se volvió y vio a dos jóvenes piratas semidesnudos entre sacos y barriles el pequeño kluch maldijo su suerte pero no dejó de moverse, debía silenciar a los dos jóvenes amantes con rapidez antes de que diesen la voz de alarma. Se dirigió al más cercano de ellos, un muchacho de ojos saltones y rostro marcado por pequeñas cicatrices, probablemente debidas a alguna enfermedad. Cuando hundió su acero en las tripas del pirata utilizó la mano libre para taponarle la boca y consiguió así evitar que gritase de dolor.

—¡No!

El otro joven, un muchacho de pelo negro como el carbón y piel oscura, saltó hacia las armas que descansaban junto a sus ropas. Con un movimiento fluido desenvainó su acero y se volvió hacia el kluch, pero este ya estaba encima de él. Se abalanzó sobre el pirata y ambos rodaron por el suelo hasta

que Rabe escuchó un quejido ahogado, cuando miró hacia abajo advirtió que el joven pirata se había hundido su propio acero en las tripas por accidente. Al menos eso había impedido que le delatasen.

Rabe empujó al moribundo para quitárselo de encima, se puso en pie y recogió el sombrero que había perdido durante la pelea. Después se acercó al pirata que seguía con vida, el de piel oscura, y le hundió el acero en el corazón. Así acabaría con su sufrimiento y evitaría que gritase.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó un vozarrón a sus espaldas.

El kluch se volvió mientras maldecía su descuido. Si algo le había enseñado Ovreuc era que jamás debía bajar la guardia, pues hacerlo podía conllevar la muerte inmediata para un asesino.

En esta ocasión no se enfrentaría a uno de esos piratas novatos. El hombre que se alzaba ante él era grande como un oso, sus brazos asemejaban dos enormes jamones y su pecho tenía la circunferencia de un barril. Portaba una maza cubierta de pinchos al cinto y en esos momentos echaba mano de su letal arma. Probablemente el líder del Gremio de Asesinos habría podido con ese enemigo sin dificultades, pero él no podía decir lo mismo.

El bruto se dirigió hacia Rabe y este le lanzó un tajo con su espada corta, sin embargo el pirata le propinó una fuerte patada y lo estrelló contra la pared. El homúnculo trató de incorporarse mientras tanteaba el suelo en busca de su arma, pero el pirata fue más rápido y de una sola zancada se situó a su lado, después cerró su mano en torno al cuello del kluch y lo alzó en vilo al tiempo que levantaba la maza para golpear.

Nunca llegó a hacerlo. Algo apresó el grueso cuello del hombretón y casi al mismo tiempo recibió un fuerte golpe en la cabeza. El bruto se derrumbó sobre Rabe mientras este se debatía sin éxito para salir de debajo de semejante mole.

—¿Te echo una mano, amigo?

Alguien apartó al pirata de encima del homúnculo y este pudo ver un rostro que conocía bien.

—¡Tú!

—¿Qué? ¿Tengo camaleones en la cara? —preguntó Vargas mientras desenrollaba su cola del cuello del bruto—. Je... es un chiste de camaleones.

—Nos traicionaste —recordó Rabe—. Según mis conocimientos eso quiere decir que ahora somos enemigos y debería matarte para ajustar cuentas.

—¡Eh, eh, quieto ahí! ¡No vayas tan rápido, amiguito! ¿Quién dice que

yo os traicioné?

—¿No lo hiciste?

—No.

Rabe pareció dudar, no estaba acostumbrado a ese tipo de situaciones y mucho menos a escuchar algo que no fuese su sentido de la lógica.

—Vi cómo tus hombres capturaban a Dungan y a Anyaala —dijo al fin.

—No tuve nada que ver.

—Ah. —No sabía por qué, pero sentía que le decía la verdad—. ¿El amo está vivo?

—Sí, Mortaja lo hizo prisionero. Escucha, sé tan poco como tú sobre lo que está pasando aquí pero sois mis amigos y no tengo intención de dejar que os hagan daño. El problema es que tampoco puedo enfrentarme a mis hermanos, ¿lo comprendes?

El kluch recapacitó durante unos instantes pero al fin asintió, mostrando su conformidad.

—Creo que sí —dijo.

—¿Dejaras que te ayude, hermanito?

—Si me puedes llevar junto al amo, sí.

—Genial. —El hombre camaleón echó un nervioso vistazo hacia la puerta, parecía nervioso—. Te estuve buscando antes de partir, pero no hubo forma de encontrarte.

—Me escondía.

—Sí, sí, ya lo sé. Y entiendo que lo hicieras. ¿De verdad que no eres hijo mío? Creía que solo yo era capaz de camuflarme así de bien.

—No, mi origen se debe a...

—No es el momento, hermanito. Tenemos muchas cosas de que hablar y no estamos en el mejor sitio para hacerlo. No deben encontrarnos.

—Nunca me dejan terminar —murmuró el kluch con expresión decepcionada—. Nunca.

—No quiero que os hagan daño, Rabe. Pero no puedo enfrentarme a Mortaja, le debo demasiado. Te ayudaré a rescatar a Ovreuc y a los demás, pero después tendréis que salir de aquí antes de que acaben con vosotros. De lo contrario os matarán y sois amigos míos. No quiero que os pase nada a ninguno de los cuatro.

—¿Entonces qué debemos hacer?

—Tú simplemente déjate llevar —pidió Vargas con una sonrisa mientras cogía uno de los sacos que se encontraban repartidos por el almacén

—. Yo me encargaré de todo.

Dicho esto el hombre camaleón echó el saco por la cabeza del pequeño kluch y lo levantó en vilo para echárselo al hombro.

—¡Eh, suéltame! ¡Se lo diré al amo!

—¡Sssh, calla! No querrás delatarte, ¿verdad?

Rabe se quedó quieto de repente.

—No —respondió al fin.

—Buen chico.

Vargas abandonó la habitación y se alejó con el pequeño al hombro mientras silbaba. Saludó de forma despreocupada a los compañeros que se cruzaron con él mientras caminaba durante un rato, hasta llegar a su destino. Dejó al kluch en el suelo y le quitó el saco, Rabe parpadeó para acostumbrarse a la luz mientras echaba un vistazo a su alrededor.

—Eh, pequeñajo, hacía mucho que no te veíamos por aquí.

El aludido se sorprendió al ver a Guapo y Feo sentados alrededor de una mesa. El gemelo tuerto tenía sus pies sobre ella mientras bebía de una gran jarra de cerveza, por su parte el hermano atractivo se limpiaba las uñas con un cuchillo.

—¿Qué hacéis aquí?

—Vamos a ayudarte a rescatar a tus amigos y a que podáis escapar de aquí —explicó Guapo.

—Y nosotros nos iremos con vosotros —añadió Feo.

—¿Cómo? ¿Los tres? ¿Por qué?

—No, Rabe. Solo ellos, yo no puedo abandonar a Mortaja.

—¿Y qué pensáis hacer?

—Deja eso en nuestras manos, hermanito —pidió Vargas—. Nos ocuparemos de todo.

—Estás cometiendo un gran error, Mortaja.

La hechicera miró a Ovreuc, que se encontraba encadenado a la pared junto a Dungan y Anyaala. Estos dos a diferencia de su líder estaban amordazados, pero no apartaban la mirada de la hechicera, cuyos fríos ojos los observaban desde lo profundo de la capucha que había echado sobre su cabeza.

—No es la primera vez que me lo has dicho durante estos días —replicó ella—. Sabes que no funcionará, ¿por qué sigues insistiendo?

—Jeryk Malakoy está equivocado.

—Sabes que debo ir a su lado y ayudarle.

—¿Porque es tu padre?

—Eso no es asunto tuyo —dijo la mujer mientras colocaba de nuevo la mordaza al asesino.

La mujer echó un último vistazo a sus prisioneros y abandonó la mazmorra. Los asesinos escucharon sus pasos mientras se alejaba.

Ovreuc gruñó en silencio, no podía soportar más esa situación. Llevaban días prisioneros de Mortaja y sus piratas y era solo cuestión de tiempo que encontrasen a Jeryk Malakoy y cuando eso pasase sería su fin.

Un leve ruido atrajo la atención del asesino, que clavó su mirada en la oscuridad. De pronto tuvo la certeza de que no estaba solo y pese a que no podía ver a quienquiera que estuviese allí con ellos, había aprendido a fiarse de su intuición.

Una chispa brilló en la oscuridad y prendió una pequeña vela de sebo. Los Neonatos miraron sorprendidos a quien la habían encendido: los tres lo conocían bien.

—Hola, amo —saludó el kluch mientras le quitaba la mordaza a su líder—. He venido a por vosotros.

—¡Rabe! —exclamó Ovreuc—. Nunca creí que diría esto, pero me alegro de verte. Deprisa, ¿puedes soltarnos? Podría venir alguien en cualquier momento.

—Sí, amo. Pero no es preciso que me apresure más de lo necesario, Vargas y los gemelos se están ocupando de los guardias. Aunque ignoro cómo, y a decir verdad prefiero no saberlo.

El kluch extrajo una ganzúa de un bolsillo y comenzó a hurgar en la cerradura de las cadenas de su líder, pese a que tardó un buen rato finalmente escuchó un ruido que le indicó que había conseguido vencerla.

Ovreuc arrebató el alambre a su compañero y se ocupó de su otro brazo y de los pies. Cuando estuvo libre se encargó de liberar a Dungan y le entregó la ganzúa mientras se dirigía hacia la puerta con sus cinco sentidos completamente alerta. Rabe tendió al asesino dos dagas enfundadas que él reconoció de inmediato como sus preciadas dagas de oricalco, regalo del Maestro.

—¿Cómo las has podido conseguir?

—Vargas me las dio y también todo lo demás —explicó el pequeño mientras dejaba en el suelo un saco de arpillera que contenía las armas de los

tres asesinos. Ovreuc tomó el fusil pesado que le regalase Ixxen tiempo atrás y sonrió con satisfacción mientras Dungan terminaba de soltar las cadenas de Anyaala y ambos buscaban en el saco. El primero empuñó su alfanje Vunscher mientras la mujer se hacía con su ballesta y su espada corta.

—Ya estamos preparados, ahora que vengan —dijo el ejecutor—. Estoy deseando desahogarme con alguien por todo esto.

—No es el momento, Dungan —dijo su líder—. Por ahora tenemos que procurar salir de aquí y ocultarnos hasta que decidamos qué hacer. Rabe, llévanos con Vargas.

—Pero ellos son aliados de Mortaja —protestó Anyaala.

—Y él es amigo mío. Al parecer nos están ayudando, así que antes de decidir si son aliados o enemigos hablaré con ellos. Ahora silencio, no podemos permitir que nos descubran.

El pequeño grupo se puso en marcha con su líder a la cabeza. Se movían con rapidez y agilidad mientras utilizaban las sombras para permanecer a cubierto. Rabe los guió por el calabozo, pero tal y como había anunciado no se encontraron con nadie por el camino. Ignoraban qué era lo que había hecho Vargas, pero parecía que funcionaba.

—A lo mejor está dando otra fiesta —aventuró Dungan.

Ovreuc sonrió, pues sabía que era muy probable que el ejecutor estuviese en lo cierto.

Al cabo de unos minutos llegaron a cubierta. Era de noche y una luna creciente delgada como una uña lucía en el cielo repleto de estrellas.

—Mirad, ¿Qué es eso? —preguntó Anyaala.

Sus compañeros miraron en la dirección que la mujer indicaba y mientras un sudor frío les recorría la espalda vieron un gran barco sumamente deteriorado y envuelto en una espesa niebla que se acercaba a ellos. En lo alto de su mástil ondeaba el escudo de armas de los Malakoy. Tras esa embarcación fantasmal pudieron ver que se extendían muchas más muy similares a la primera.

—Es él —dijo Ovreuc—. El Rey Caído nos ha encontrado.

11

Vuelve aquí!

Una ardilla corría a saltos mientras un travieso niño la perseguía con entusiasmo. El animalito corrió hacia unos árboles y de un salto se aferró al tronco. Después comenzó a trepar y desapareció entre las ramas.

El niño frunció el ceño desde la base del árbol mientras miraba hacia las alturas. Se sentía profundamente decepcionado por haber perdido el rastro. Se dio la vuelta y se marchó en busca de un nuevo objetivo. Arrastraba su gran cazamariposas por el suelo y miraba en todas direcciones ansioso por encontrar una ardilla, un escarabajo, mariposas o cualquier otro animal al que poder observar. Los animales eran la pasión a la que el pequeño dedicaba cada momento libre del día, a mirarlos y a aprender cosas de ellos.

Un ratoncillo se asomó entre algunos matorrales y olisqueó el aire con curiosidad, echó un fugaz vistazo a su alrededor y salió corriendo de su escondite, pasó entre los pies del pequeño aventurero y siguió corriendo a gran velocidad.

—¡Eh! ¡Espera, no voy a hacerte daño!

El niño corrió detrás de él y ambos se perdieron entre arbustos y árboles, las risas del chiquillo se escuchaban en todo el pequeño bosquecillo mientras este corría tras el ratón. Le siguió durante un buen rato como si de un juego se tratase, pero finalmente el animalillo se adentró en el corazón hueco de un árbol muerto y desapareció.

—¿Dónde estás?

El pequeño se puso de rodillas y metió la cabeza en el agujero, pero no podía ver nada. Unos instantes después sacó la cabeza y se sentó en el suelo, parecía triste. Sin embargo no tardó en ponerse en pie de nuevo y echó a andar a través del pequeño bosque.

No tardó en encontrar otro objetivo cuando distinguió un nido entre las ramas de un árbol. Con una gran sonrisa dejó el cazamariposas a un lado y se quitó el calzado de cuero, después comenzó a trepar con la habilidad de una cabra. Ascendió por el tronco como una lagartija hasta que pudo encaramarse a la gruesa rama en la que se encontraba su objetivo, una vez allí se tumbó sobre ella y comenzó a reptar con cuidado mientras se aseguraba de tener las piernas bien cerradas en torno a su asidero. Sin embargo cuando al fin alcanzó su meta se sintió profundamente decepcionado, pues no era más que

un nido abandonado en el que tan solo encontró unos escasos restos de cáscaras de huevo. Así pues emprendió el descenso y unos instantes después se ponía de nuevo su calzado y recogía el cazamariposas. Todavía quedaba mucho por explorar.

Hacía un día magnífico y quería aprovecharlo. No sabía cuándo podría escaparse de nuevo para estudiar los animales. Su madre siempre le decía que era muy peligroso, pero la mujer no podía vigilarlo siempre. Tenía un modesto puesto de pan y pasteles en la ciudad y su trabajo le quitaba todo el tiempo. Debía dedicarle muchas horas al día para sacar unas pocas monedas con las que mantenerse ella y a su hijo. El niño jamás había conocido a su padre y lo cierto era que ni siquiera tenía muchos amigos, pero cuando estaba en el bosque nada de eso le importaba. Incluso conocía una cueva, un lugar perdido entre árboles y vegetación en la que guardaba algunos de sus tesoros, tales como pequeños huesos, huevos abandonados o cortezas de árboles.

De pronto sintió unas grandes ganas de visitar la cueva y de ver de nuevo sus pequeños tesoros. El niño miró a su alrededor para orientarse y al cabo de unos instantes echó a correr en la dirección en la que se encontraba su refugio.

Sin previo aviso se detuvo y miró a su alrededor, parecía confundido. ¿Era posible que no se encontrase solo, que hubiese alguien más allí con él? Pero no, se suponía que el bosque era su lugar secreto, el escondite al que acudía cuando quería que nadie, ni tan solo su madre, pudiera encontrarle.

Y sin embargo allí estaba. El chiquillo frunció el ceño mientras miraba con extrañeza la figura que lo observaba, un ente negro como la noche del que solo podía ver dos ojos rojos como ascuas ardientes. Por un instante se sintió como si se encontrase ante una sombra capaz de devolverle la mirada, después sencillamente se dio la vuelta y echó a correr.

Tenía que llegar hasta la cueva, pues de alguna manera sabía que solo allí estaría a salvo. Pero de pronto sentía que había algo mal en su bosque y se detuvo. Muy asustado miró a su alrededor y vio que los árboles que hasta entonces habían lucido hermosos y llenos de vida parecían deteriorados, como si algo los estuviese devorando por dentro. Las flores y los arbustos que alegraban el bosque ahora eran zarzas y espinos y parecía que había oscurecido, pues apenas había luz. Sin embargo no fue nada de eso lo que más alertó al niño, que miraba a su alrededor aterrorizado. Fue el total y absoluto silencio que le rodeaba, pues no podía escuchar pájaros ni animales de ningún tipo, cosa que nunca antes había pasado en ese lugar.

—¿Qué es todo esto? —susurró, estaba a punto de llorar—. ¿Qué está pasando?

—No temas —dijo una voz, parecía surgida de la nada—. Estoy a tu lado, puedo ayudarte.

—¿Qué le ha pasado a mi bosque?

—Se encuentra en peligro, pequeño. Hay fuerzas terribles que jamás comprenderías en dura pugna por prevalecer, el bosque tan solo es un reflejo de la batalla a la que se enfrentan.

—¡No! —gritó el niño—. ¡Mi bosque no! ¡Tengo que protegerlo!

—En ese caso tal vez yo pueda ayudarte, joven amigo —dijo la enigmática voz.

Al chiquillo advirtió de pronto que la misma figura oscura que había visto un rato antes lo miraba a cierta distancia, y pese a que no parecía tener intenciones de hacer nada más que observarlo se sintió aterrorizado.

—¿Eres tú? —preguntó—. ¿Esa sombra eres tú? Me da miedo.

—Haces bien en sentirte así, pequeño —respondió la voz—. Pero no, no soy yo. Es tu enemigo, alguien que desea causarnos daño a ti y a tu bosque. Si me permites que te ayude yo podría...

—¿Quién eres?

—Un amigo. Eso es todo lo que puedo decirte, tendrás que confiar en mí.

—Vale —dijo el chiquillo mientras usaba la manga para limpiarse las lágrimas que asomaban a sus ojos llorosos—. ¿Qué hago?

—Debes alejar a esa criatura de la cueva en la que ocultas tus tesoros —explicó—. Si llega hasta allí podrá hacer que el bosque entero desaparezca, ¿es eso lo que quieres?

—¡No!

—¡Entonces corre, llévalo lejos de tu cueva a toda costa! ¡Vamos!

El niño arrancó a correr, corría todo lo deprisa que podía mientras veía pasar junto a él los árboles ennegrecidos del bosque, las zarzas repletas de espinos y charcos de lodo y barro en los que pudo reconocer esqueletos de animales parcialmente enterrados. Sentía que el miedo estaba a punto de consumirlo, pero no desfallecía. Mientras más deprisa corría más se alejaba de su cueva, hasta que no tuvo más remedio que detenerse a descansar. De lo contrario su corazón estallaría.

—No es suficiente, debes seguir —le instó la voz.

—¡No puedo! —protestó el niño—. Estoy muy cansado.

De pronto volvía a estar allí. La sombra de ojos incandescentes lo miraba y el pequeño advirtió con pavor que se encontraba incluso más cerca de él que antes.

—¿¡Qué quieres!?! —gritó lleno de furia—. ¿Por qué no me dejas en paz?

No podía seguir huyendo. ¿Por qué había hecho caso a esa voz, si ni tan solo sabía quién le hablaba? No podía estar seguro de que fuese su amigo, como decía. ¿Y si en realidad era la voz la que le engañaba, la que trataba de alejarle de sus tesoros para robárselos? ¡Seguro que era eso!

El niño se puso en pie y después de lanzar una última mirada a la sombra que lo observaba comenzó a caminar en busca de la cueva.

—¡No, Lapont! —exclamó la voz—. ¡No debes ceder! ¡Aléjate de la cueva!

—¡Déjame en paz! —chilló el niño—. ¡Vete!

Después todo fue silencio. Mientras el pequeño caminaba entre árboles moribundos, arbustos de espinos y charcos de lodo en busca de la cueva advirtió que la sombra lo seguía observando. Por un momento le pareció ver que sonreía, pero cuando parpadeó el ente seguía igual, tan solo un cúmulo de oscuridad y dos ojos rojos como llamas.

—Por fin.

Jeryk Malakoy sintió cierta satisfacción al conseguir dominar la mente de Lapont, que hasta durante los últimos días había mostrado cierta resistencia a su control. En cierta forma parecía como si alguien estuviese interfiriendo en su tarea, pero no estaba seguro de que algo así fuese posible. Sin embargo ya había conseguido engañar al mortal para que le mostrase el camino que le llevaría a él y a los suyos hasta la Isla Santuario, sin saber que en el mismo momento en que pisasen el lugar lo mataría, pues habría dejado de serle útil.

El Rey Caído observó el cuerpo mutilado del científico. Había estado muy cerca de morir en la explosión que provocó el derrumbamiento en las cuevas donde lo apresó, y pese a que en un primer momento temió que tendría que buscar a otro usuario de la Quintaesencia para que le mostrase el camino, el desafortunado neonato logró sobrevivir. Sin embargo tan solo lo hacía gracias al poder del propio Jeryk Malakoy, que usaba su control de la Muerte para evitar que esta extendiese su manto sobre el investigador, al

menos hasta que hubiese cumplido con el papel que le correspondía.

El hombre yacía en un camastro y su aspecto era demacrado y enfermizo, como consumido por alguna terrible enfermedad. Sin embargo su barriga se encontraba hinchada, posiblemente tuviese serios daños internos que si no lo habían matado se debía tan solo al poder del Rey Caído. Por otra parte el pecho parecía hundido, pues una enorme roca le había roto varias costillas durante el derrumbamiento, y las piernas y uno de los brazos del moribundo estaban completamente aplastados y gangrenados. Un puñado de moscas revoloteaban en torno a ellos como buitres que sobrevuelan un cadáver.

Esa mujer que lo acompañaba cuando lo encontraron había estado a punto de arrebatárle su guía a Trascaél, pero el pobre miserable había sobrevivido. Pese a ello Jeryk Malakoy optó por utilizar sus trucos mentales con la mujer y dejarla libre para que le condujese hasta aquel al que llamaban el Maestro, pero de alguna manera se había liberado de su dominio. Sin embargo ya daba igual, pues ese despojo humano era todo lo que necesitaba para llegar hasta su destino.

Tenía que seguir trabajando en su mente, debía someterlo por completo para evitar que nada se interpusiera en su camino.

—¡Tenía que estar aquí! —exclamó el joven Lapont angustiado—. ¿Por qué no hay nada?

La sombra le miraba con su habitual inmutabilidad mientras él continuaba caminando a través del bosque oscuro.

—Debes detenerte antes de que sea tarde —pidió la voz—. No tienes ni idea de lo que hay en juego, pero es muy importante que me hagas caso.

—Eso no va a pasar —dijo el niño—. ¿Por qué no me dejas en paz? Solo quiero encontrar mi escondite y jugar con mis tesoros, no voy a hacer daño a nadie.

—Tal vez tú no, pero él sí.

Instintivamente el chiquillo miró a la sombra que seguía observándole. No importaba lo mucho que caminase por aquel siniestro bosque, daba igual hacia dónde mirase. Siempre lo encontraba allí, con sus ojos incandescentes clavados en él.

—No te creo —anunció el niño—. Y no me fío de ti.

—Entonces despierta, Lapont —dijo la voz—. Abre los ojos y mira a tu

alrededor, si lo haces verás que estoy en lo cierto.

—¿De qué estás hablando? Estoy despierto.

—No, no lo estás. ¿Es que no lo comprendes? Todo esto no es más que un sueño, una ilusión.

—¿Entonces no eres real?

—Sí, yo sí que soy real.

—¿Y él? —preguntó mientras señalaba a la sombra.

—Me temo que también. De hecho es nuestro enemigo.

—¿Nuestro? ¿De los dos?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque desea hacer mucho daño a todos los seres vivos, Lapont.

—¿Incluso a los ratoncitos?

—Sí, incluso a los ratoncitos.

—¿Por qué?

—Porque él es la muerte.

—¿Y tú eres la vida?

—Yo, eh... Algo así.

—No parece que esté dormido.

—Lo estás, Lapont.

—Pues no sé cómo despertarme.

—Entonces tendrás que confiar en mí.

—¿Por qué?

—Porque solo yo puedo ayudarte ahora mismo.

—Estoy muy cansado —confesó el niño.

—Podrás descansar cuando todo esto termine, te lo prometo.

—¿Cuándo será eso?

—Dentro de poco, confía en mí.

—¿Y qué vamos a hacer hasta entonces?

—Debemos evitar que...

La sombra se materializó junto a Lapont y le posó una mano encima. Al sentir su contacto el niño se vio sumergido en una espiral de pesadillas y oscuridad, de muertos vivientes que desgarraban su carne y espíritus que despedazaban su espíritu, si es que algo así era posible.

—¡No! —bramó el niño—. ¡Ayúdame, por favor! ¡Ayúdame!

Nadie respondió. De pronto Lapont sintió la descorazonadora certeza de que la voz realmente había tratado de ayudarlo y de que él no solo había

rechazado su auxilio sino que ahora se encontraba más allá de toda ayuda posible.

Estaba solo y no podía ganar.

En lo más profundo de unas ciénagas abandonadas y olvidadas, en el interior de una gruta ahora remodelada para que sirviese a las necesidades de su único habitante, lo que antaño fuese un hombre maldijo en silencio. Había hecho todo lo posible por ayudar a Lapont a evitar verse sometido por la voluntad del Rey Caído, pero al final se encontraba derrotado. Jeryk Malakoy era un hombre muy poderoso y pese a que quizás hubiese tenido alguna posibilidad de imponerse a él si el Maestro le hubiese ayudado, él solo no podía hacer nada más que tratar de influir en la mente de Lapont mediante el yo astral que le permitía adquirir la Quintaesencia. Sin embargo no había sido suficiente.

Necesitaba más tiempo. Estaba trabajando mucho y muy duro, pero si el Rey Caído se salía con la suya sería el final de todo, incluido él. Sus ojos biónicos echaron un vistazo a sus creaciones, que reposaban en cubículos diseñados para mantenerlos a salvo hasta que estuviesen completos. Tendría que trabajar más deprisa, si conseguía terminar su propio cuerpo artificial a tiempo y transferir su consciencia, ni siquiera el fin de la vida en todo Saphir supondría un problema para él, pero si fracasaba se sumiría en la oscuridad junto a todos los demás.

No había tiempo que perder. Pronto dejaría de ser Bolban el científico para convertirse en... Algo más.

El Rey Caído extrajo su mano de la mente de Lapont. Se sentía satisfecho, finalmente había conseguido expulsar a la presencia extraña que sentía en la mente de su prisionero. Ahora no tendría ningún problema para que este le indicase el camino hacia Trasca'el por su propia voluntad, y nada podría interferir en sus planes.

Algo sucedía. Jeryk Malakoy miró hacia arriba, podía sentir que algo ponía nerviosos a sus súbditos espectrales. Pero ¿de qué podía tratarse? ¡Estaban en mitad del océano! Quizás se tratase de piratas o de un grupo de Vástagos de Kurgan que trataba de abordarlos, pero en cualquiera de los dos casos no tendría problemas para ocuparse de los mortales que se atreviesen a

desafiar su poder. Sin embargo tenía que acudir a ver qué sucedía, pues no podía dejar que nadie les viese y siguiera con vida. Todavía no había llegado el momento de que Saphir supiese de su existencia, ya tenía más que suficiente con esos malditos Neonatos que se empeñaban en interferir en sus planes.

Cuando salió a cubierta la luz de una luna creciente muy delgada le iluminó mientras buscaba lo que fuese que estaba poniendo nerviosos a los espíritus. Sin embargo cuando lo vio se sintió confuso y sorprendido, pero también furioso. ¿Quién se atrevía a llevar a cabo semejante ultraje?

Frete a su flota espectral pudo ver una única nave de guerra que se dirigía hacia ellos sin mostrar temor alguno. En lo alto de su mástil ondeaba una bandera con el escudo de los Malakoy. Se ocuparía personalmente de castigar al impostor que se atrevía a lucir el emblema de su linaje desaparecido.

12

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Los siete compañeros se miraron unos a otros. Todos llevaban un buen rato haciéndose la misma pregunta que Anyaala había planteado en voz alta.

—No podemos enfrentarnos a ellos —dijo Dungan—. Aunque maldita sea, me encantaría poder patear algunos culos piratas por lo que nos han hecho.

—Tampoco podemos quedarnos sin hacer nada —observó Guapo—. Tenemos que detenerles.

Los Neonatos y sus aliados se habían ocultado en las bodegas de la nave de guerra que comandaba Waleska Malakoy. Vargas y los gemelos se encontraban con ellos después de ayudar a Rabe a liberarlos, los siete juntos pensaban en alguna manera de frustrar los planes del Rey Caído. Sin embargo ¿qué podían hacer ellos contra dos ejércitos?

—No tenía ni idea de que Mortaja era... Era... —Vargas titubeó a la hora de pronunciar el nombre real de su líder.

—Waleska Malakoy —finalizó Ovreuc—. ¿Cómo se os ocurrió llevarnos precisamente hasta ella?

—¿Y cómo íbamos a saberlo? —protestó Feo—. ¡No teníamos ni idea! Además, ¿no se supone que esa mujer está muerta?

—Si realmente es ella debe haber vivido durante varias vidas humanas —indicó Rabe—. Según mis datos sobre la fisiología humana eso es imposible, sin embargo no podemos negar las evidencias.

—¿Pero cómo puede ser ella?

—Quizás quedase congelada durante mucho tiempo en un bloque de hielo —aventuró Anyaala.

—O puede que haya viajado en el tiempo —dijo Feo.

—Tal vez haya hecho un pacto con los dioses para no envejecer nunca —añadió Dungan.

—¿De dónde sacáis todas esas tonterías? —replicó Ovreuc con un bufido de hastío—. Lo más probable es que se trate de algo relacionado con la magia. ¡Por eso detesto tanto a los hechiceros!

—¿Qué más da cómo lo haya conseguido? El caso es que ahora no solo nos enfrentamos a los Malditos de Malakoy sino también a los Perdidos de Waleska —recordó Vargas. Su expresión era desoladora—. ¿Cómo voy a

combatir contra ellos? ¡Son mis amigos!

—Seamos realistas —Ovreuc se levantó del montón de sacos de grano en los que se sentaba y miró a sus compañeros. La luz de una lámpara de aceite les iluminaba y creaba curiosas sombras en las paredes de la bodega—. No tenemos ninguna oportunidad de derrotarles, pero sí que contamos con algo a nuestro favor: el sigilo es nuestro punto fuerte.

—¿Y qué pretendes que hagamos? —preguntó Vargas—. ¿Jugamos al escondite con ellos hasta que se aburran de buscarnos?

—Si se encuentran aquí es porque deben estar buscando Trasca´el —observó Ovreuc—. Debemos estar preparados para cualquier cosa, ya que ignoramos exactamente a qué nos enfrentamos. Pero me atrevería a aventurar que si han esperado tanto tiempo antes de embarcarse es porque no contaban con la guía de Salssa´el.

—¿En qué se supone que nos ayuda eso? —preguntó Dungan.

—En que es muy probable que a bordo de alguno de sus barcos podamos encontrar a un usuario de la Quintaesencia —explicó el líder del Gremio de Asesinos—. Si han tardado tanto tiempo tiene que ser porque han tenido que buscar y capturar a uno de ellos.

—¿El Maestro? —preguntó Rabe con angustia.

—No necesariamente, también podrían ser Jarvinia o Lapont. Incluso Bolban, si es que han conseguido encontrarlo —le tranquilizó Ovreuc.

—¿Y qué vamos a hacer? —dijo Anyaala.

—Tendremos que buscarlo. Lo más probable es que vaya en el barco que encabeza esa flota fantasmal, pero también Jeryk Malakoy irá en él.

—No veo cómo vamos a poder sacarlo de aquí y mientras siga en el barco no habremos conseguido nada —observó Vargas.

—No es necesario que lo llevemos a ningún sitio —negó Ovreuc mientras desenfundaba una de sus dagas de oricalco y pasaba el dedo por el filo hasta hacer surgir un hilo de sangre en la yema—. Somos asesinos, ¿recordáis? El sigilo no es nuestro único punto fuerte. Si hay posibilidades de sacarle de aquí con vida lo haremos, salvo en el caso de que se trate de Bolban, pero de lo contrario no tendremos más alternativa que darle un final rápido. En cualquier caso probablemente no tardemos en acompañarle. Va a ser muy difícil salir de aquí con vida.

—¿Quieres matarlo? —la oteadora se incorporó de un salto, sorprendida e indignada a partes iguales—. ¡Es vuestro compañero! ¿Cómo puedes pensar siquiera en algo así?

—Porque es nuestro trabajo —intervino Dungan—. ¿O dónde pensabas que te metías? Ya no estás con las Mercenarias de Isha, ¿sabes?

—Solo espero que no sea El Maestro —suspiró Rabe—. Por cierto amo, en el momento en que lo matemos lo sabrán y vendrán a por nosotros. ¿Es eso sensato, amo?

—No —respondió el aludido sin dudar un instante—. No, no es sensato. Pero es nuestra única esperanza de evitar que Jeryk Malakoy controle el poder de la Quintaesencia. Lo más probable es que todos nosotros muramos esta noche, pero si conseguimos evitar que el Rey Caído lleve a cabo sus planes habremos cumplido con nuestra misión.

Sus compañeros asintieron taciturnos; todos menos la mujer, que se levantó y se marchó de allí sin mediar palabra.

—¿Qué cree que está haciendo? —protestó Dungan mientras se ponía en pie para seguirla—. Si la descubren echará todo a perder antes de que podamos encontrar al científico.

—Dejad que hable yo con ella —pidió Vargas—. Creo que puedo entender cómo se siente, quizás consiga hacerla entrar en razón.

Ovreuc asintió con la cabeza y el hombre camaleón se apresuró a ir en pos de la mujer.

—¿Qué haremos si conseguimos sobrevivir? —preguntó Feo.

—Yo no tengo intención de quedarme en este barco —respondió su hermano—. No con los Malditos de Malakoy. Me da igual qué motivos crea Vargas que tiene para permanecer al lado de Mortaja, pero no tengo intención de formar parte de los Perdidos si estos se alían con espectros y muertos vivientes.

—Estoy contigo —concedió el otro gemelo.

—Podrías venir con nosotros —propuso Ovreuc—. Dos hombres con vuestras capacidades serían más que bienvenidos a mi Gremio de Asesinos.

—De piratas a asesinos, ¿eh? —comentó Guapo—. No suena mal.

—A mí me parece bien —añadió Feo—. Además así estaríamos con el bando vencedor.

—Para variar —dijo el otro gemelo, ambos sonrieron con pesar.

—En ese caso sabed que sois bienvenidos, seréis valiosas incorporaciones a mis sombríos —informó Ovreuc.

—No hagáis demasiados planes —intervino Dungan—. Todavía tenemos que sobrevivir a una batalla contra dos ejércitos.

Anyaala se encontraba junto a uno de los ojos de buey de esa parte del barco, no demasiado lejos de las bodegas en las que sus compañeros hacían planes para combatir a un enemigo imbatible. La mujer miraba el mar con pesar y sentía que sucediese lo que sucediese jamás volvería a encontrar su sitio.

Había abandonado la Alianza cuando se marchó con Ovreuc y los suyos. De alguna manera con el paso de los días llegó a pensar que podía tener algún futuro junto a ellos, que tal vez la aceptarían en los Neonatos y podría comenzar una nueva vida sin tener que mantenerse siempre alerta y oculta como miembro de la Alianza, que quizás pudiese empezar a vivir de verdad sin que todo fuese pelear por ver amanecer un día más. Sin embargo ahora se daba cuenta de que nada de eso era posible, pues finalmente comprendía la auténtica naturaleza del Gremio de Asesinos que dirigía Ovreuc: resultaban tan terribles como despiadados, hombres y mujeres que mataban no por supervivencia como ella sino porque disfrutaban haciéndolo, porque habían sido entrenados para convertirse en máquinas de matar sin remordimientos ni dudas. Para ellos segar una vida resultaba tan natural como respirar y era indiferente que se tratase de un feroz enemigo que amenazaba con matarles a ellos, con un desconocido que durmiese plácidamente en su lecho o incluso con un aliado o amigo que se había convertido en una amenaza o sencillamente ya no resultaba útil.

Ella no era así. Podía pretender que sí, pero conocía su corazón y sabía que no conseguiría engañarse durante mucho tiempo. Ya el hecho de asesinar a ese científico de los Neonatos que Jeryk Malakoy mantenía prisionero le resultaba un acto horrible e inhumano, pese a que la razón le decía que era lo mejor que podían hacer. Quería pensar que actuaban así porque no tenían otra salida, pero no podía estar segura de ello. ¿Cómo saber que simplemente no actuaban así porque era lo que mejor sabían hacer? ¿Habrían obrado de distinta manera si las opciones hubiesen sido otras? No podía estar segura, pero sí lo estaba de que no quería convertirse en alguien como ellos. Pero entonces ¿qué sería de ella?

—¿Estás bien?

Anyaala se enjugó las lágrimas que corrían por sus mejillas y trató de colocarse de forma que no se pudiera ver su rostro compungido.

—¿Qué quieres, Vargas?

—Sé cómo te sientes.

—No creo —negó ella mientras miraba de nuevo a través del pequeño ventanuco redondo, al otro lado podía ver la flota espectral de Jeryk Malakoy.

—Hace mucho tiempo pasé por lo mismo que tú —confesó el hombre camaleón—. Pero aprendí a superar mis miedos y seguí luchando por encontrar mi propio camino.

—No tienes ni idea de por lo que estoy pasando —protestó la mujer con enfado.

—En realidad sí. Soy un Adepto de Malesur, ¿recuerdas? Mi sitio debería estar junto a los míos, en el Bosque de Lilean, y sin embargo aquí me tienes. ¿Nunca te ha parecido extraño?

Anyaala se volvió finalmente y miró a su compañero, que pese a su habitual tono festivo en esos momentos reflejaba un gran dolor en sus ojos.

—Yo... Creo que me estoy comportando como una egoísta —confesó la tiradora.

—No necesitas disculparte. No conmigo —dijo él—. Pero créeme, sé por lo que estás pasando.

—¿Por qué abandonaste a tu gente?

—No lo hice —confesó—. ¿Por qué te marchaste tú?

—Estaba cansada de luchar día tras día. La Alianza tiene muchísimos enemigos. ¿Tienes idea de lo que es saltar al menor ruido pensando que tal vez en esa ocasión te han atrapado con la guardia baja y puede ser tu fin?

—Lo cierto es que no —admitió Vargas—. Pero no me habría importado tener la oportunidad de vivir esa sensación junto a los míos. Me expulsaron del Bosque de Lilean, Anyaala. ¡Tuve que marcharme, me exiliaron! Tú has elegido irte, pero yo no tuve ese privilegio.

—Lo siento, de verdad —dijo la mujer. Realmente se sentía avergonzada—. Es solo que todo esto es muy duro. Pero no saber dónde iré o qué haré cuando termine, si es que seguimos con vida, lo es todavía más.

—Pensé que te marcharías con Ovreuc y los demás.

—Y yo —admitió ella—. Pero me he dado cuenta de que no puedo hacerlo. ¡No soy una asesina, Vargas!

—Tal vez debiste pensarlo antes de abandonar a tu gente.

—Sí, lo sé, pero ya es tarde para eso. ¿Qué voy a hacer?

—Bueno... —el hombre camaleón se llevó un dedo a la mejilla y se dio golpecitos mientras adoptaba cierto aire meditabundo—. Si crees que podrás sobrevivir a mis fiestas tal vez puedas quedarte con nosotros.

—¿Con los Perdidos?

—¿Por qué no? Anyaala, la mayor parte de mis compañeros son gente que como tú y como yo no tienen ningún sitio al que ir, gente sin hogar y sin amigos que se ha visto obligada a abandonar a su pueblo por un motivo u otro. Sospecho que encajarías muy bien con nosotros.

—¿Y qué hay de los Malditos de Malakoy? —preguntó la tiradora.

—¿Qué pasa con ellos?

—No me gustan, Vargas —confesó—. No me gustan nada.

—Ni a mí, pero eso no importa. Te estoy ofreciendo un sitio junto a los Perdidos, no con los Malditos de Malakoy —puntualizó el hombre camaleón.

—Puede que acepte —dijo la mujer con una gran sonrisa—. Si es que salimos vivos de esta.

—¡Bien! ¿Sabes lo que eso significa?

—No, ¿el qué?

—¡Que tendremos que celebrarlo con una fiesta!

Anyaala sonrió mientras su compañero improvisaba unos pasos de baile bastante torpes, con su gruesa cola se quitó el sombrero y lo movió con gracia mientras sus ojos daban vueltas y miraban a distintas partes sin dejar de moverse.

—Estás loco.

—En ese caso espero no perder nunca esta locura —dijo Vargas, que ya echaba mano de la bota que colgaba de su cinturón—. ¿Quieres?

—¿Qué es?

—¿Cómo que qué es? —repitió el hombre camaleón mientras se hacía el ofendido—. ¡Ron, cariño! ¿Qué otra cosa podría ser?

Después le guiñó el ojo mientras le tendía el recipiente. La mujer lo cogió y echó un buen trago.

—¡Bienvenida a los Perdidos, ya eres miembro oficial! —exclamó Vargas con alegría—. ¿Y ahora qué te parece si regresamos con los demás antes de que alguien nos sorprenda haciendo el tonto por el pasillo?

Anyaala dejó escapar una leve risita y después los dos compañeros regresaron a donde sus compañeros les esperaba, todavía tenía que planear cómo iban a organizar su ataque a las huestes de Jeryk Malakoy.

—Bien, esto será lo que haremos.

Se encontraban los siete reunidos en el mismo almacén que un rato

antes, se habían sentado en torno a un gran cajón de madera y la lámpara de aceite con la que iluminaban la estancia descansaba en medio, su llama creaba luces y sombras en los rostros de los confabuladores, que miraban a su líder a la espera de instrucciones.

—Probablemente Jeryk Malakoy espera que tratemos de llegar hasta el usuario de la Quintaesencia, pues sabe que es nuestra mayor baza para detenerle. Por lo tanto tendremos que hacerles creer que haremos otra cosa.

—Pero jefe, es que ese es nuestro objetivo —protestó Dungan.

—Estrategia básica —intervino Rabe—. La maniobra de distracción previa al auténtico movimiento es una táctica que todo buen general debe conocer, existen antecedentes de batallas en las que un grupo reducido de guerreros ha sido capaz de derrotar a un enemigo superior gracias a esta estrategia. Podría citarte al menos media docena de batallas famosas, aunque la más importante tuvo lugar cuando...

—Rabe, no empecemos —lo interrumpió su líder. El kluch se calló y bajó la mirada con tristeza.

—¿Entonces qué hacemos? —dijo Anyaala.

—Necesitaremos dividirnos en tres grupos —explicó Ovreuc—. El primero será el más importante, pues su función será llamar la atención y atraer al enemigo para que los demás podamos actuar. También es el grupo que tiene menos posibilidades de sobrevivir, debo advertiros.

—Genial —gruñó Dungan—. Seguro que me toca ahí.

—El segundo equipo —prosiguió el líder del Gremio de Asesinos sin hacer caso de las protestas de su compañero— tendrá que llegar hasta nuestro objetivo sin ser descubierto y encargarse de él. Si os resulta más sencillo aceptar lo que tenemos que hacer podéis creerme cuando os digo que para él será preferible la muerte a continuar sufriendo la tortura que le debe estar infligiendo El Rey Caído.

—No me gusta la idea de matarle —dijo Anyaala—, pero en eso estoy de acuerdo contigo. No querría estar en su lugar, desde luego.

—¿Y el tercer equipo? —preguntó Guapo.

—El resto de nosotros tendrán que buscar un medio para que podamos escapar de aquí —explicó Ovreuc.

—¿De verdad crees que vamos a poder huir después de lo que haremos? —preguntó Feo—. ¿Cómo tienes pensado que evitemos a esa flota fantasma que nos persigue?

—¿Y qué queréis que hagamos, que nos sentemos y esperemos a que

vengan a por nosotros? —resopló Dungan.

—Yo no quiero morir aquí —dijo el hombre camaleón—. Pero no me iré con vosotros, mi lugar está junto a los Perdidos, a pesar de todo.

—Yo también me quedo —anunció Anyaala—. Vargas me ha ofrecido un sitio junto a ellos y he aceptado. Lo siento Ovreuc, pero la vida de los Neonatos no es para mí.

—En ese caso solo seremos cinco —dijo el aludido—. Supongo que eso facilita las cosas, aunque lamento que no vengáis con nosotros.

—Sigo sin saber cómo escaparemos —protestó Feo—. Lo veo sencillamente imposible.

—¿Quieres morir aquí? —preguntó Dungan—. Porque yo no.

—Yo me ocuparé de eso —intervino Rabe—. Creo que tengo una idea, aprendí mucho de Ixxen y de Jarvinia mientras me estuvieron enseñando los amplios conocimientos que poseo.

—Es repelente, pero admito que también resulta útil —dijo el ejecutor—. ¿Qué tienes pensado?

—No debemos saberlo —dijo Ovreuc—. Cualquiera de nosotros podría caer en manos de Jeryk Malakoy, por lo que mientras menos conozcamos sobre los movimientos de los demás mejor será para todos. Así los riesgos de que pueda descubrir lo que pretendemos serán mínimos.

—¿Y si te captura a ti? —preguntó el hombre camaleón.

—No me atraparé vivo, podéis estar seguros. No otra vez. Ahora será mejor que nos organicemos, no tenemos tiempo que perder. Rabe, tú ya tienes tu objetivo. ¿Podrás hacerlo solo o necesitas ayuda?

—No hay problema amo, seré capaz de ocuparme —respondió el kluch—. Durante el tiempo que estuve escondido exploré el barco, lo conozco bien. Podré encontrar lo que necesite.

—En ese caso márchate ya, no tenemos tiempo que perder.

—Sí, amo. Buena suerte a todos.

Los demás guardaron silencio mientras Rabe abandonaba el almacén, durante algunos instantes se miraron unos a otros sabiendo que podría ser la última vez que estuviesen reunidos los siete.

—Me toca en el grupo encargado de la distracción ¿verdad, jefe?

—Sí, Dungan. De hecho estás al cargo.

—Genial. ¿Quién viene conmigo?

—Los gemelos. Si Vargas y Anyaala piensan quedarse atrás no podemos dejar que sepan que han formado parte de todo esto, de lo contrario

no podrían permanecer con los Perdidos —explicó Ovreuc.

—¿Solo tres? —preguntó Guapo—. Esto va a ser más divertido de lo que creía.

—¡Vamos, hermanito! ¿Acaso tienes miedo?

—Sabes que no.

—Dungan, a ti te toca decidir qué maniobra de distracción prepararás. No creo que te cueste, a fin de cuentas incluso cuando debes mantenerte oculto terminas armando metido en algún follón —dijo su líder con una sonrisa burlona.

—Ya, claro, gracias. Vámonos de aquí, chicos —ordenó el aludido, los tres se levantaron y se dirigieron a la puerta—. Tenemos que dar una fiesta.

—¡Eh, nadie me dijo nada de fiestas! —protestó Vargas.

—No habla del tipo de celebraciones que tú crees, viejo amigo —advirtió Ovreuc.

—Oh.

—¿Entonces me toca el grupo que ha de asesinar al objetivo? —preguntó Anyaala con gesto contrariado.

—No —respondió el asesino—. Sé que no estás conforme con que hagamos algo así y no voy a ponerte en esa situación, en realidad tengo un cuarto objetivo para ti.

—¿De qué se trata?

—Tendrás que cubrir a Dungan y a los otros. Busca un sitio alto, escóndete y cuando entren en acción apóyales con tus disparos.

—Muy bien —la oteadora dio un par de suaves golpecitos a su ballesta—. Haré lo que pueda.

—Utiliza esto —dijo Ovreuc mientras le tendía su fusil pesado, aquel que un día le regalase Ixxen. Después sacó una pistola de pólvora oculta por su gabardina de cuero y oricalco—. Toma también esto, solo por si acaso.

—¿Y tú?

—Mi función precisa sigilo, no me harán falta.

—Yo... Lo haré lo mejor que pueda —dijo la mujer mientras empuñaba las armas.

Ovreuc dio una palmada en la espalda al hombre camaleón y le guiñó el ojo en un gesto burlón.

—Nos toca ocuparnos de la búsqueda, viejo amigo. No será fácil, pero si un maestro del camuflaje como tú y el mejor asesino de Darlime no son capaces de hacerlo, nadie puede.

—¡Así se habla! —respondió su amigo—. ¿Cuándo empieza la fiesta?

13

En la cubierta del barco de guerra fantasmal que encabezaba la tétrica flota de Jeryk Malakoy, un padre y una hija se reencontraron después de lo que para ambos había sido una eternidad. A su alrededor podían verse espectros, muertos vivientes y piratas. Estos últimos se mostraban asustados a causa del ejército que los rodeaba pero pese a sus miedos, se mantenían alerta y no apartaban los ojos de su capitana, a la que habían jurado seguir hasta la muerte. Sin embargo en esos momentos se preguntaban si no tendrían que hacerlo también después de muertos.

Pendientes como estaban de lo que sucedía, los Perdidos de Waleska no advirtieron que siete figuras abandonaban a hurtadillas las bodegas y desaparecían entre las sombras, cada uno de ellos con un objetivo distinto.

El Rey Caído se dirigió hacia la mujer y le tendió la mano, esta la tomó sin dudar y pese a que un escalofrío recorrió su cuerpo cuando entró en contacto con el caballero de la muerte, no por ello dejó de sonreír, pues finalmente se encontraba ante la persona a la que había dedicado su vida entera.

El contraste entre ambos no podía ser mayor. Él era un ente que desprendía gran poder y fuerza, El cuerpo compuesto de magia oscura que le había entregado Salssa'el lo hacía parecer un coloso al lado de la mujer. Una armadura negra y repleta de pinchos y cráneos cubría su cuerpo mientras que un yelmo rematado por una corona de hierro negro ocultaba el rostro del caballero espectral. Dos ojos rojos como llamas incandescentes brillaban en la oscuridad donde debía haberse encontrado su rostro y su mano sostenía una guadaña de huesos que parecía emitir un lamento continuo capaz de hacer perder la razón al hombre más cuerdo. La mujer resultaba menuda y delicada a su lado. Su cuerpo apenas era un tercio del Rey Caído, pero no por ello era menos intimidante. Un aura de oscuridad y tinieblas parecía envolverla y sus ropajes blancos y negros le daban un aspecto más fantasmal incluso que el de Jeryk Malakoy. Un medallón grabado con runas prohibidas pendía de su cuello y la capa de rostros que ondulaba tras ella parecía aullar al sentir la presencia de criaturas antinaturales. El cabello rubio decorado por un gran mechón blanco y su piel pálida potenciaban el aspecto espectral de la mujer, pero sus ojos fríos y profundos como un océano helado reflejaban una fuerza y una vitalidad interior que parecía desmentir su delicado físico.

Las dos miradas se encontraron, hielo y fuego, envueltas en oscuridad.

—Waleska...

—Hola, papá.

—¿Cómo es posible? —preguntó el Rey Caído—. ¿Cómo puedes estar viva después de tanto tiempo?

—Es una historia muy larga, padre —respondió ella con una sonrisa cansada—. Y temo que no te sentirás orgulloso de mí cuando la conozcas.

—Nada puede evitar que me sienta orgulloso de ti. Los dos hemos tenido que hacer cosas de las que jamás habríamos creído ser capaces, hija mía. No te avergüences de tus actos. Son aquellos que nos traicionaron quienes deberían hacerlo.

—Aun así ambos hemos acabado abrazando la oscuridad. ¿Era este el destino que nos aguardaba o se trata de una broma pesada de los dioses, padre? Debimos seguir gobernando Darlime durante eones y sin embargo nos hemos visto reducidos a esto.

—Fueron nuestros enemigos quienes nos empujaron por este camino y a ellos tendremos que demostrarles nuestra... Gritud.

—No lo olvido, ¿cómo podría?

—¿Quiénes son todos esos, hija mía? —preguntó el Rey Caído mientras señalaba a la tripulación pirata que observaba expectante desde su barco.

—Son mis hermanos —respondió la mujer llamada Mortaja—. Cuando escapé de la Legión de los Cien Corazones comprendí que no podía permanecer en Darlime si quería vivir, y me hice a la mar. Tú me inspiraste, padre.

—¿Yo?

—Sí, Jeryk el Navegante. Siempre amaste el océano y cuando te perdí supe que de alguna forma allí era donde estaba mi futuro. Al principio fue difícil, pues me encontraba sola. Pero pronto comprendí que no sería la única persona sin hogar, la única que se había visto obligada a huir, la única alma perdida de Saphir. Ahora gobiernan una isla, la Isla de los Perdidos, donde todos aquellos que no tienen a dónde ir acuden en busca de un hogar. A cambio yo solo les pido que consagren sus vidas a mi causa.

—Ya veo, entonces de alguna forma son tu familia.

—No, mi familia sois vosotros y ahora que os he encontrado no tengo intención de perderos de nuevo. Estoy contigo, padre. Como siempre y hasta el final, estoy contigo.

—¿Estás segura, hija mía? Son tiempos difíciles para nuestro linaje, pues somos los últimos Malakoy.

—Razón de más para permanecer juntos.

—En ese caso, ahora que nos hemos vuelto a encontrar, ahora que sé que sigues con vida, esto no tiene por qué terminar así. Ahora tengo esperanza, pues gracias a ti podrá haber otros Malakoy después de nosotros.

—Me temo que no es así, padre —negó la hechicera. Sus ojos reflejaban un gran dolor—. Cuando me di cuenta de que nos habían traicionado escapé y me llevé conmigo uno solo de mis libros sobre los poderes arcanos. Elegí un manuscrito de magia oscura, de nigromancia. Es gracias a sus siniestros secretos por lo que he sido capaz de burlar a la muerte, pero he pagado el precio: estoy muerta por dentro, soy incapaz de engendrar vida.

La hechicera se despojó de su manto de rostros y dejó a la vista su esbelto y bonito cuerpo. Después se volvió y su padre estuvo a punto de gritar a causa de la sorpresa. La espalda de Waleska Malakoy, así como parte del reverso de sus brazos y piernas, estaban ennegrecidos y podridos, un fuerte y nauseabundo olor dulzón, el olor de la descomposición, surgía de su cuerpo consumido.

—Por los dioses...

—Esto es lo que soy en realidad, padre —explicó la hechicera—. La misma magia oscura que me permite seguir con vida está consumiendo mi cuerpo. Es el precio que debo pagar por poseer semejantes poderes nigrománticos. No estoy muerta, pero tampoco viva. Me he convertido en una criatura que se encuentra a medio camino de ambas cosas y con el paso del tiempo mi cuerpo terminará por consumirse. Cuando eso ocurra moriré o me convertiré en un ente fantasmal. Es una elección que habré de tomar llegado el momento. A causa de esto mi cuerpo es incapaz de concebir vida, y dado que Boryenka y tú sois espectros me temo que no habrán más Malakoy: somos los últimos.

—En ese caso procuraremos que Saphir no nos olvide. Ahora que volvemos a estar juntos no habrá nadie capaz de oponerse a nosotros, aunque me habría gustado poder mantenerte a salvo.

—Pero no estabas y tuve que elegir el camino que me permitiría sobrevivir.

—¿Por qué hiciste algo semejante, hija mía? ¿Por qué magia oscura?

—Para vengaros, ¿por qué si no? Confiaba en que la nigromancia me

permitiría dominar poderes capaces de castigar a aquellos que confabularon para hacer caer a los Malakoy y que además sería capaz de devolveros la vida a ti y a mi hermano.

—Pero no lo hiciste.

—No, no fui capaz —confesó Waleska—. Cuando mis conocimientos sobre nigromancia aumentaron comprendí que tan solo podría invocar una sombra de lo que fuisteis mientras vivíais, pero que no conseguiría traeros de vuelta. Y sin embargo aquí estás, padre. ¿Cómo es eso posible?

—Hice un pacto con los dioses, hija mía. Salssa´el, la diosa de la vida y de la muerte, me devolvió a Saphir con la condición de que le ayudase a vengarse de sus enemigos, los traidores Neonatos y su líder, aquel al que llaman El Maestro.

—Pues ahora podremos enfrentarnos a ellos juntos de nuevo.

—¿Qué dirán tus hombres? ¿Estarán dispuestos a seguirme?

—No hacerlo supondría una deslealtad hacia mí, padre. Juraron servirme durante el resto de sus vidas, las cosas no han cambiado.

—En ese caso procuraremos que sus vidas sean largas, Waleska. Esos Perdidos tuyos pueden resultar de gran utilidad para nuestros planes.

El Rey Caído dio algunos pasos por la cubierta de su buque fantasmal hasta quedar ante el barco pirata.

—¿Qué pretendes, padre?

—Tengo un regalo para vosotros, confía en mí.

—Siempre. ¿Cómo podría no hacerlo cuando has sido capaz de regresar de los brazos de la muerte y acudir junto a mí?

—¡Escuchad, Perdidos de Waleska!

Los aludidos miraron al caballero de la muerte que les hablaba, cuyos ojos centellearon con más fuerza en la oscuridad de la noche.

—Mi nombre es Jeryk Malakoy y una vez fui el legítimo gobernante de Darlime, pese a que ahora me presente ante vosotros como un caballero espectral. Muchas cosas han cambiado desde mi caída en la oscuridad, pero ahora ha llegado el momento de devolver los golpes. Vuestra líder, a la que llamáis Mortaja, es en realidad mi hija perdida, Waleska Malakoy, y ahora regresa a mi lado para vengarnos juntos de nuestros enemigos. Tengo entendido que vosotros sois marginados, exiliados y fugitivos sin hogar a quienes mi hija ofreció un sitio a su lado, en la Isla de los Perdidos que ella misma creó. Ahora os pido que me sigáis a mí como la seguís a ella, os ofrezco un lugar a mi lado y en mi causa. Os pido lealtad, tan solo eso, y a

cambio os ofrezco no solo una causa por la que luchar sino también un don ansiado por la mayoría de los mortales: servidme y os otorgaré la vida eterna, Perdidos. A mi lado podréis dejar de ser marginados y pronto, aquellos que os expulsaron de vuestras patrias, se arrastrarán ante vosotros y os suplicarán clemencia. No la concedáis. La muerte no hace prisioneros. Y nosotros seremos la muerte.

El Rey Caído alzó los brazos e invocó el poder que le había otorgado Salssa'el, sintió cómo este lo embargaba y un aura de oscuridad y tinieblas lo envolvió por completo para después extenderse hacia el barco pirata y cubrirlo, pronto tan solo podía verse una nube negra como el cielo nocturno.

—¡Recibid mi regalo, Perdidos! —exclamó.

Jeryk Malakoy sintió que docenas de almas aceptaban sus dones sin reparo alguno y se sintió complacido, la niebla oscura comenzó a desvanecerse poco a poco mientras los piratas se miraban unos a otros sin saber qué había cambiado en ellos.

—Ya no sois los mismos que fuisteis —explicó Waleska—. Ahora vosotros, como yo, estáis a medio camino entre la vida y la muerte. No estáis vivos, por lo tanto no podéis morir. Pero tampoco estáis muertos. Cuando regresemos a la Isla de los Perdidos mi padre entregará este mismo regalo a todos nuestros hermanos y entonces dejaremos de escondernos de una vez y para siempre.

Los piratas vitorearon el nombre de los Malakoy entre gritos de entusiasmo, pero Jeryk ya no escuchaba. Sin mediar palabra se dio la vuelta y se marchó, dejando a su hija sola ante los nuevos miembros de sus Malditos.

De pronto comprendía que se había equivocado. Mientras descendía por las maltrechas escaleras que iban desde la cubierta hasta las estancias inferiores fue consciente de por qué Salssa'el no había devuelto la vida a su hija tal y como aseguró que haría: no podía traer de entre los muertos a alguien que no estaba allí.

El Rey Caído abrió la puerta de la estancia en la que descansaba el mutilado científico y lo observó taciturno.

¿Qué haría ahora? ¿Qué sentido tenía el juramento de que se vengaría de la diosa que le había devuelto a la vida, cuando en realidad ella sí que había cumplido su palabra? Se había convertido en un traidor, al igual que aquellos a los que tanto despreciaba.

Jeryk Malakoy se sorprendió mirando con detenimiento al moribundo mientras las dudas le embargaban. Pese a que siempre se había considerado

un hombre de honor, incluso pese a su condición espectral, se daba cuenta de que había sido él quien traicionase el pacto. ¿Pero qué opción tenía? Era demasiado tarde para cambiar de opinión, ya no podía dar marcha atrás. La Isla Santuario estaba muy cerca, y una vez la encontrase tan solo tendría que alargar la mano para obtener un poder que le convertiría en un dios entre mortales. ¿Cómo podía rechazar semejante regalo, máxime cuando estaba a su alcance? A fin de cuentas ¿qué importaba? Ya hacía mucho tiempo que había dejado su humanidad detrás, su alma estaba ahora entregada por completo a la oscuridad y a la venganza. ¿Acaso importaba cómo consiguiese sus metas mientras pudiese hacerlo?

Y sin embargo al Jeryk Malakoy que gobernó Darlime le habría importado.

No tenía alternativa, ya no. Dar la vuelta y abandonar no era una opción, pues sus enemigos dejarían de considerarlo la amenaza que pretendía ser para los mortales. Solo había una cosa que podía hacer: se aseguraría de terminar lo que había empezado, de llegar hasta el final sin importar el precio que tuviese que pagar. A fin de cuentas ¿qué importaba? Ya había perdido su alma, atrapada por la muerte y la oscuridad.

Lo haría. El caballero de la muerte posó su mano sobre la frente de Lapont y utilizó sus poderes para hundirse en su mente y en sus recuerdos, tenía que seguir buscando el camino que le permitiría convertirse en la más poderosa criatura que jamás había pisado Saphir. A fin de cuentas ¿quién iba a impedirselo?

14

Rabe conocía lo suficiente a sus compañeros como para saber que no pasaría mucho rato antes de que pusiesen en marcha algún plan descabellado y muy, muy escandaloso con el que distraer la atención de sus enemigos. Sabía también que cuando eso sucediese no pasaría mucho tiempo antes de que dos ejércitos se echasen encima de quienquiera que fuese el cebo, y este dependería de él para ser rescatado mientras todavía quedase algo que rescatar. Así pues no perdió tiempo y se dirigió directamente hacia los almacenes en los que había estado ocultándose para dormir unos días atrás, en el barco de los Perdidos de Waleska. Era una sala amplia y repleta de cajas, toneles y paquetes que se perdía en lo más profundo del barco. Allí encontraría los elementos principales de su plan de huida: lonas que se guardaban para reponer las velas del barco en caso de que alguna se rasgase, muchas cuerdas de distintos grosores, barriles de madera que tendría que vaciar y un puñado de listones destinados a posibles reparaciones.

El pequeño erudito se deslizó por detrás de tres piratas que charlaban animosamente sobre su encuentro con los Malditos de Malakoy y escuchó algo que le hizo detenerse. Durante un instante dudó si podía permitirse el retraso o si debía continuar adelante, pero finalmente las palabras que distinguió en la conversación le convencieron de que debía escuchar. El kluch se ocultó tras unos pesados y gruesos rollos de cuerda y permaneció allí en silencio con el oído atento.

—... Desde hace demasiado tiempo como para hacer ahora otra cosa — dijo una de las voces.

—¿De verdad prefieres seguir escondido? ¡Nos están dando la oportunidad de dejar de ser marginados y exiliados para regresar a Darlime! —replicó la segunda.

—Sí, ¿pero a qué precio?

—¿Qué importa el precio? Solo el regalo que nos ha hecho Jeryk Malakoy ya hace que valga la pena. —Rabe distinguió que se trataba de la tercera voz, algo más grave que las otras.

—Esto es antinatural, Eldanos. No me gusta —replicó el primero.

—¿Entonces por qué has aceptado el don de la vida eterna que nos ha entregado el Rey Caído? —preguntó el llamado Eldanos.

—Está asustado y la verdad es que yo también —dijo la segunda voz

con cierto pesar.

El kluch decidió que ya había oído suficiente y se puso en marcha de nuevo. Tendría que hablar con Ovreuc sobre eso en cuanto saliesen de allí, suponiendo que consiguieran hacerlo, pues se trataba de algo muy importante. Si los Perdidos de Waleska y los Malditos de Malakoy forjaban una alianza semejante, los Neonatos iban a tener más problemas de los que habían supuesto en un primer momento.

Rabe apartó esos pensamientos de su mente. Debía de concentrarse en lo que tenía entre manos. Con tanto sigilo como un gato se escurrió tras los piratas y prosiguió su camino, todavía tenía mucho trabajo por delante.

En ese momento una explosión estalló en la cubierta del barco de los Perdidos.

La tripulación entera se había sumido en el caos en el mismo instante en que algo explotó en una nube de fuego y humo. Los piratas corrían de un lado para otro en busca de cubos para llenarlos de agua y de cuerdas para bajarlos hasta el mar y así no gastar sus suministros de agua dulce. Sabían que si las llamas alcanzaban las velas no tardarían en extenderse hasta consumirlo todo. Debían apagar el fuego antes de que eso sucediese.

Jeryk y Waleska Malakoy observaban impertérritos el espectáculo desde la nave insignia de la flota fantasmal. El ejército de los Malditos aguardaba órdenes mientras permanecían inmóviles y en perfecta formación en los distintos barcos, mientras que los espectros flotaban y gemían por todas partes sin hacer caso a nada más que a ellos mismos.

Un puñado de piratas formó una cadena humana y comenzaron a pasarse cubos llenos de agua salada, pero pese a todo su esfuerzo apenas eran capaces de contener las llamas, y mucho menos de extinguirlas.

Un grito surgió de entre el humo y un momento después uno de los Perdidos apareció entre la humareda con pasos tambaleantes mientras apretaba las manos contra su estómago. Al instante cayó al suelo y un charco de sangre comenzó a formarse bajo él. Dos de sus compañeros corrieron hacia él para darle la vuelta, pero cuando lo hicieron ya estaba muerto: alguien le había rajado la barriga y sus tripas se desparramaron sobre cubierta.

Dos hombres corrieron hacia el grupo que rodeaba al muerto.

—¡Nos atacan los Vástagos de Kurgan! —exclamó uno de ellos. Tenía

la cabeza afeitada y una fea cicatriz le recorría el rostro desde el ojo hasta la barbilla.

—¡Se dirigen al barco de Jeryk Malakoy! —dijo el otro, un hombre atractivo que ataba su cuidado cabello castaño con una cinta de tela roja.

—¡Vamos, seguidme! —bramó un tercero que surgió de entre la multitud, corpulento y musculoso—. ¡A por ellos!

Guapo y Feo intercambiaron una mirada de complicidad mientras veían cómo buena parte de los piratas corrían en pos de Dungan, directos hacia la cubierta del barco fantasma desde el que los Malakoy los observaban. Los gemelos echaron a correr tras ellos mientras un puñado de Perdidos se quedaba allí para tratar de luchar contra las llamas.

Cualquier signo de control u organización había desaparecido del barco pirata en solo unos momentos y pronto se extendería a la colosal nave fantasma. A fin de aprovechar la confusión, Rabe continuó su camino y se perdió escaleras abajo.

Oculta en la torreta del mástil vigía Anyaala no pudo evitar pensar que desde allí todo se veía mucho más pequeño de lo que era en realidad, incluso el fuego. La tiradora observaba cómo los piratas corrían de un lado a otro para tratar de extinguir las llamas que amenazaban con devorar su barco y reconoció a sus compañeros, que corrían junto a un grupo de Perdidos de Waleska hacia el barco de Jeryk Malakoy.

Había tenido la fortuna de encontrar vacío ese sitio, probablemente debido a la excitación que imperaba en el ambiente, y en esos momentos lo utilizaba para observar todo lo que sucedía mientras esperaba con el fusil que le había prestado Ovreuc a que llegase su turno para intervenir en la reyerta. Solo unos momentos antes pudo ver cómo Rabe se escurría entre los piratas para perderse escaleras abajo hacia las estancias del barco y en esos momentos no quitaba ojo de encima a Dungan y los gemelos. Advirtió que si acudían hasta el barco fantasma del Rey Caído no podría ayudarles y supo que tendría que moverse para ir tras ellos.

Con un bufido molesto se asomó por el otro lado de la torreta. Todo estaba muy tranquilo en aquella zona. ¿Por qué los estúpidos asesinos no podían haber permanecido allí? Ahora tendría que correr tras ellos y ponerse al descubierto, pese a que sabía que ninguna de las dos cosas podía traerle nada bueno.

No esperó más. Se puso los guantes de cuero que llevaba en el cinturón, se echó el arma de pólvora a la espalda y se dispuso a descolgarse hasta el suelo.

—¡Eh! ¡Ahí arriba! —gritó alguien.

Anyaala miró a su alrededor durante unos instantes hasta que cayó en la cuenta de que con «ahí arriba» debían de referirse a ella. Se asomó por la torreta y miró hacia abajo, un pirata le hacía señales con los brazos.

—¡Eh! —repitió este.

—¿Sí? —preguntó la mujer con tono titubeante—. ¿Qué pasa?

—¡Estamos bajo ataque! —advirtió el Perdido—. ¡Alguien ha apuñalado a Penaro!

—¡Oh, qué horrible! —dijo la oteadora, consciente de que estaba sobreactuando—. ¿Quién ha sido?

—Dicen que los Vástagos de Kurgan. Avísanos si ves algo desde allí, ¿de acuerdo?

—¡Claro!

—¡Y ten cuidado!

—¡Tú también!

Anyaala vio cómo el pirata se alejaba a la carrera y suspiró aliviada. ¿Cómo se las apañaba para verse en esa clase de situaciones?

Se dispuso a ponerse en marcha pero cuando miró hacia la zona por la que unos momentos antes corrían sus compañeros junto a los piratas advirtió contrariada que no había absolutamente nadie. ¿Dónde se habían metido?

Mientras maldecía en voz baja y pensaba que esa clase de cosas nunca le habrían pasado junto a las Mercenarias de Isha, la tiradora se dispuso a esperar. Echó un vistazo a las llamas, que continuaban ardiendo y parecían cobrar más fuerza cada vez, y de pronto se dio cuenta de que se encontraba en una posición muy vulnerable si el fuego se extendía a las velas. Tendría que abandonar la torreta en unos minutos. De lo contrario quizás no consiguiese hacerlo nunca. Un escalofrío recorrió su cuerpo al recordar a las etéreas hordas fantasmales de Jeryk Malakoy. ¿Qué se sentiría viviendo como un espectro?

—¡Vamos, por aquí! —exclamó Dungan mientras corría al frente de los Perdidos de Waleska—. ¡Encontremos a esos malditos chupavidas!

Casi dos docenas de piratas le siguieron, con Guapo y Feo cerrando la

marcha. Cuando se alejaron por la cubierta del barco fantasma de Jeryk Malakoy dos ojos parpadearon en la podrida pared de madera de los camarotes y miraron a su alrededor.

Nadie le había visto.

Vargas empujó con cuidado la puerta que daba a la parte interior de la nave de guerra, pero en lugar de abrirse la madera simplemente se deshizo en sus manos de tan deteriorada como estaba. A medida que se movía la piel camaleónica del pirata fue recuperando su habitual color verdoso.

—Será mejor que no toques nada.

El hombre animal dio un respingo y se giró, Ovreuc estaba junto a él sin que lo hubiese visto llegar.

—Detesto cuando haces eso —comentó con una risilla que desmentía su enfado—. Un día vas a provocarme un ataque al corazón.

Cuando el hombre camaleón se volvió de nuevo, fue para encontrarse de bruces con un ente fantasmal que levitaba directo hacia él. Vargas saltó sobre Ovreuc y se agarró a él con brazos, patas y cola mientras el espectro se limitaba a atravesarlos y seguir su camino sin dejar de emitir su lamento de pena. No les prestó atención alguna.

—¿Puedes bajar? —preguntó el asesino al tiempo que trataba de contenerse para no reírse de su amigo.

—Yo, eh... Sí, claro —el camaleón saltó de nuevo al suelo y se colocó bien el sombrero mientras trataba inútilmente de recuperar la dignidad perdida.

—Vamos, sígueme.

Vargas se apresuró a ir en pos de su compañero y juntos se adentraron en las profundidades del barco fantasma.

Era un espectáculo siniestro y terrible que ponía muy nerviosos a los dos furtivos. Allá donde mirasen veían madera podrida e hinchada, paredes rotas y clavos oxidados. Una alfombra de algas pútridas cubría el suelo y a cada paso que daban podían escuchar el “chof, chof” que provocaban sus pisadas. Una nube de podredumbre envolvía todo el lugar. Ovreuc no tardó en arrugar la nariz con desagrado mientras trataba de concentrarse pese a lo incómodo de su situación.

—No son muy limpios estos muertos —comentó Vargas en un vano intento de quitar algo de la tensión del ambiente.

—Así no vamos a conseguir nada —bufó el asesino—. Este barco es demasiado grande y el prisionero podría estar en cualquier parte.

—¿Sabemos seguro que hay un prisionero? —preguntó el hombre camaleón.

—No sabemos nada seguro —confesó su amigo—. Pero es muy probable que lo haya.

—Vale, ¿entonces qué hacemos?

—Vamos a separarnos, abarcaremos más terreno. El que encuentre al prisionero tendrá que decidir si podemos rescatarlo o si es mejor darle un final rápido. Pero cuando lo liberemos, de una manera u otra, habrá que moverse rápido para salir de aquí. Si Jeryk Malakoy tiene con él algún tipo de enlace similar al que tuvo conmigo mientras hurgaba en mis recuerdos sabrá de inmediato lo que hemos hecho.

—Entendido —dijo Vargas—. Ovreuc, ¿te das cuenta de que puede ser la última vez que nos veamos?

—No digas tonterías, estoy seguro de que habrán más.

—Bueno, puede ser. ¿Pero qué pasará si estamos en bandos distintos?

Los dos amigos se miraron durante un momento, después se dieron un abrazo y sin mediar palabra cada uno siguió por su propio camino.

—Matadlo.

La orden del Rey Caído no dio lugar a dudas y los Perdidos de Waleska rodearon a Dungan con las armas desnudas. Tras él se encontraban los Malakoy. La hechicera observaba inmutable al asesino con sus ojos de hielo clavados sobre él.

—Bueno, no podía durar siempre —comentó el ejecutor mientras empuñaba su alfanje.

Había sido descubierto por la propia Waleska Malakoy, que furiosa al ver que sus hombres corrían de aquí para allá sin rumbo fijo se dirigió hacia ellos y exigió saber quién era el responsable de aquello. Cuando algunos de los piratas señalaron a Dungan la mujer reconoció de inmediato al ejecutor, pese a que este había logrado pasar inadvertido entre los piratas.

Dungan decidió que no esperaría hasta que se echasen encima de él. Alzó su arma y disparó contra el enemigo que tenía más cerca para acto seguido embestir a otro, al que atravesó con su acero. Un instante después se defendía de golpes y estocadas que le venían de todas partes, pero cuando creía que había llegado su hora los gemelos surgieron de entre la multitud y atacaron a los que hasta entonces habían sido sus compañeros. Pronto los tres

formaron un apretado círculo de manera que pudiesen cubrirse las espaldas unos a otros.

El desconcierto que produjo la traición de Guapo y Feo pronto se tornó en ira y los Perdidos de Waleska redoblaron sus esfuerzos por reducir a los tres asesinos. Sin embargo la principal desventaja con la que estos contaban era también lo que les permitía resistir, pues pese a la apabullante inferioridad numérica en la que se encontraban tan solo unos pocos de sus rivales podían atacarles al mismo tiempo. Pronto el suelo se tiñó de sangre cuando varios de los piratas cayeron muertos.

—Esto me preocupa, padre —dijo Waleska sin dejar de observar el combate.

—¿El qué, hija mía?

—Ese hombre, el grande, es uno de los Neonatos que escaparon de mi cautiverio. Temo que su líder, Ovreuc, pueda estar tramando algo.

—¿Ovreuc dices? —los ojos del Rey Caído parecieron arder con más fuerza—. Conozco ese nombre. ¿Por qué no me dijiste que estaba aquí?

—No he tenido ocasión, ha sucedido todo tan rápido... ¿Lo conoces, padre?

—Sí. Está aquí para detenernos.

—En ese caso pondré fin a este absurdo combate y daremos con él. Tienes mi palabra.

Waleska Malakoy comenzó a invocar el poder de la magia oscura que dominaba, pero el caballero espectral tomó sus manos e interrumpió el conjuro.

—No, querida mía. Los acontecimientos deben seguir su curso, no intervengas.

—Pero padre...

—Confía en mí, mi pequeña. Tú solo confía en mí.

—Siempre lo he hecho —dijo ella con una sonrisa, después volvió su gélida mirada hacia el combate.

No importaba, aunque se mantuviese al margen esos tres hombres no tardarían en caer y después les seguiría el propio Ovreuc.

Olía a quemado. Rabe maldijo de nuevo al estúpido Dungan y se afanó en apretar las cuerdas que aseguraban los toneles a la estructura de madera mientras pensaba que, por otro lado, sin las distracciones causadas por el

ejecutor él nunca habría podido preparar su medio de huida en cubierta con tanta calma. Sí, era cierto que podían descubrirle en cualquier momento y también que el fuego era una seria amenaza para su construcción, pero si conseguía resistir unos instantes más podrían marcharse de allí y regresar a casa.

El kluch se apartó unos pasos y miró su vehículo, se sentía muy orgulloso de él. Se trataba de una balsa que podía actuar también como globo de aire, de manera que pudiese elevarse si era necesario. Varios listones de madera y mucha cuerda formaban una estructura cuadrada en cuyos ángulos había asegurado cuatro toneles de madera vacíos, uno por cada ángulo. Un quinto tonel descansaba en medio, en cuyo interior había guardado una lámpara de aceite y suficiente combustible para poder hacerla arder durante horas, pues necesitaría mucho carburante para hinchar la lona ahora hacía las veces de vela. Además había dispuesto algunos alimentos en los otros toneles, de forma que compartiesen espacio con Ovreuc y los demás mientras él se asentaba en el receptáculo central y se ocupaba del globo.

Ahora solo tenía que echar su invento al agua, donde flotaría. El viento los arrastraría y cuando se hubiesen alejado lo suficiente podría cerrar la vela para convertirla en un globo y utilizaría la lámpara de aceite para hincharla y que pudiesen volar. No estaba seguro de que fuese a funcionar, pues nunca antes había hecho algo semejante, pero era lo mejor que se le había ocurrido.

Rabe miró sonriente hacia la borda del barco, una ola rompió en ese instante y algunas gotitas de agua salpicaron el invento del kluch. Muy orgulloso de sí mismo este trotó hasta situarse tras el improvisado bote y comenzó a empujarlo con todas sus fuerzas para desplazarlo hacia la borda. No se movió ni una pulgada.

El kluch miró con expresión estúpida el bote que había construido y el mar de forma alternativa. Al parecer se había olvidado de un pequeño detalle sin importancia: ¿cómo iba a ingeniárselas para desplazarlo hasta el agua? Con el ceño fruncido decidió que no podía abandonar y comenzó a empujar de nuevo, con un resultado idéntico al que había obtenido un momento antes.

Rabe sintió ganas de abofetearse mientras daba la espalda a su invento y se marchaba en busca de sus compañeros. Había fallado en la misión que le encomendase Ovreuc y al hacerlo los había condenado a todos a morir en aquel lugar. Pero al menos moriría junto a ellos, era lo menos que podía hacer.

—¡Debisteis quedaros al margen! —exclamó Dungan—. ¡Ahora moriremos todos!

—¡Pues que tengáis una buena muerte! —replicó Guapo—. ¡Es preferible a servir a ese fantasma!

—¡Cuidado, hermano!

El grito de Feo alertó a su mellizo, que se volvió hacia su derecha justo a tiempo para ver cómo un pirata le embestía con una lanza de punta fina. Trató de alzar su propia arma para interceptar el golpe pero advirtió que estaba inmovilizada, una red le envolvía parte del torso junto con el brazo del arma.

Levantó la mirada con angustia a la espera del golpe que acabaría con su vida, pero para su sorpresa el atacante se detuvo de repente y se tambaleó durante un instante antes de caer al suelo, un agujero humeante quedó al descubierto en la espalda del muerto.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Guapo mientras se apresuraba a liberarse de la red, su hermano le cubría mientras lo hacía.

—¡Sigue luchando!

Desde la distancia Anyaala sonrió. Había conseguido escabullirse del barco de los Perdidos de Waleska y trepar hasta la destartada torre vigía del de los Malditos de Malakoy, desde allí podría ayudar a sus amigos. Un segundo disparo abatió a un pirata que estaba poniendo en apuros a Dungan, después repuso la munición.

—¡Es suficiente!

La voz atronadora del Rey Caído se impuso a la batalla y los Perdidos de Waleska se detuvieron de inmediato. Dungan y los gemelos aprovecharon la pausa para tratar de recuperar el aliento, estaban agotados y cubiertos de pequeñas heridas.

—Padre, ¿qué sucede?

—Vamos a terminar con esto de una vez —respondió Jeryk Malakoy mientras se dirigía hacia los intrusos, a cada paso suyo la madera del barco parecía ennegrecer bajo sus pies—. Os someteré yo mismo y cuando haya extraído todo lo que me interese de vuestras mentes, acabaré con vosotros para que os levantéis de nuevo como parte de mi ejército.

—¿Qué manía tiene con unir a la gente a su horda de muertos vivientes —farfulló Dungan.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Guapo.

—Ovreuc dijo que no debíamos permitir que nos capturasen con vida —recordó el ejecutor.

—¿Y qué quieres que hagamos? —dijo Feo.

Sin mediar palabra el asesino apuntó al gemelo de la cicatriz con el arma de pólvora de su alfanje y retiró el seguro de la pistola de pólvora.

—Ha sido un placer —dijo con pesar.

—¡Espera! ¡Mirad arriba! —gritó el otro gemelo—. ¡Creo que estamos salvados!

Ovreuc no conseguía apartar la mirada del cuerpo de Lapont. Sus restos mutilados y sin vida yacían junto a él, pero el líder del Gremio de Asesinos de los Neonatos no lograba comprender qué era lo que había pasado. Le había llevado un largo rato llegar hasta allí, pero cuando lo hizo se llevó la sorpresa de que el científico ya estaba muerto. ¿Qué había sucedido? ¿Había sido a causa de sus heridas o de la tortura a la que lo sometía Jeryk Malakoy? ¿O tal vez Vargas había llegado hasta él antes?

Pero ya no importaba, al menos se alegraba de que no fuesen Jarvinia o el Maestro. Había llegado el momento de salir de allí, tenía que encontrar a Rabe y a Dungan y los gemelos antes de que Jeryk Malakoy y su hija Waleska cayesen sobre ellos tan letales como la muerte. Sabía que no conseguirían sobrevivir a semejante enfrentamiento.

El asesino cerró los ojos de Lapont y se marchó corriendo.

Jeryk Malakoy sintió cierto pesar en su alma oscura. Todo había acabado, ya no podría terminar su viaje a la Isla Santuario ni conseguiría el poder de la Quintaesencia, pero eso no impediría que reclamase su venganza sobre Saphir tanto en nombre de Salssa´el como en el de su propio linaje caído.

Pero antes de que eso sucediese tendría que ocuparse de algo más, pues había llegado el momento de enfrentarse a aquellos que traicionaron a Salssa´el: los Neonatos habían llegado. El Rey Caído estudió con detenimiento los barcos que tomaban posiciones en torno a su propia flota y llamó al poder de la Muerte que latía en su interior.

Todo había vuelto a su cauce, ahora tendría que asegurarse de que

cumplía la promesa que le hizo en su momento a la diosa de la vida. A fin de cuentas ella había hecho su parte.

Por primera vez desde su renacimiento el Rey Caído se sintió en paz consigo mismo.

15

—¿Amigos tuyos? —preguntó Guapo.

—Sí, afortunadamente para vosotros —respondió Dungan.

Media docena de barcos acorazados de los Neonatos abrían fuego en ese mismo momento contra las naves fantasmas de Jeryk Malakoy mientras un buen puñado de fusileros formaba en cubierta con las armas preparadas para disparar en el mismo momento en que se encontrasen suficientemente cerca de sus enemigos como para poder alcanzarles.

—¡Preparaos para contraatacar! —gritó Waleska. La hechicera se puso al mando de sus hombres sin perder un instante—. ¡Tomad posiciones para devolver los disparos!

—¡Señora, nuestro barco está ardiendo! —recordó uno de los piratas.

—¿Prefieres enfrentarme a mi ira antes que a las llamas? —bufó ella, sus ojos fríos como el hielo se clavaron en el insensato que había hablado.

—N... No, señora... Lo... Lo siento, señora —tartamudeó este, consciente de que arriesgarse con las llamas era más inteligente que hacer enfadar a la poderosa nigromante.

Mientras la mujer daba instrucciones a sus Perdidos y los proyectiles de las máquinas de guerra de los Neonatos abrían agujeros en los ya de por sí estropeados barcos fantasma, el Rey Caído dirigió su abrasadora mirada a los espectros que lo rodeaban. No hizo falta decir nada, estos se dirigieron hacia las naves enemigas tan silenciosos como la muerte e igual de imparable, al mismo tiempo que las tropas de muertos vivientes que aguardaban inmóviles en cada una de las pútridas naves se ponían al fin en movimiento. Había llegado la hora de enfrentarse a sus enemigos. A fin de cuentas habían regresado de entre los muertos precisamente para combatirles y no estaban dispuestos a fracasar.

—Hay que salir de aquí ya, no tendremos otra oportunidad —dijo Dungan.

Como si de una respuesta divina a sus palabras se tratase, el extremo de una cuerda cayó ante él desde las alturas. Tanto él como sus dos compañeros miraron hacia arriba y para su sorpresa se encontraron con varios drom kluch sobrevolándoles, el vehículo aéreo de los Neonatos pilotado por un par de esos pequeños individuos. Su desconcierto fue todavía mayor cuando vieron que el familiar rostro de Rabe asomaba por la baranda de uno de ellos.

Algunos de los piratas corrieron hacia Dungan y los gemelos para tratar de evitar que escapasen, pero unos pequeños objetos cayeron entre ellos y estallaron en grandes explosiones de fuego y pólvora.

—Sí que es bueno ese enano —murmuró Feo—. ¿Cómo ha podido construir algo así en tan poco rato? ¡Tiene bombas y todo! ¿Y de dónde ha sacado a esos otros dos pequeñajos?

Su gemelo y el ejecutor miraron estupefactos al de la cicatriz, después intercambiaron una mirada de resignación y se encogieron de hombros.

—¡Eh! ¿Nos vamos? —gritó Rabe desde arriba.

Otros dos cabos cayeron junto a ellos y los tres compañeros se agarraron cada uno a una cuerda distinta, un instante después las máquinas voladoras se elevaban para alejarles de allí. Los piratas vieron cómo escapaban sin poder hacer nada para detenerlos.

—¿Y los demás? —preguntó Guapo, bien sujeto a la cuerda.

—¡Alguien estaba disparando contra nuestros adversarios —recordó Dungan mientras trepaba hacia el aparato volador!—. ¡Debió ser Ovreuc, eso significa que está cerca!

—¡Allí! —exclamó Feo, tenía el cabo enrollado en torno a ambas manos y se limitaba a mantenerse sujeto—. ¡Hay alguien en el palo vigía!

Rabe indicó al piloto de su transporte, el único de los cuatro que les habían rescatado que todavía no llevaba nadie a remolque, que fuera hacia allí mientras los otros continuaban bombardeando a sus enemigos.

—¡Es Anyaala! —gritó el ejecutor al reconocer a la mujer que les hacía gestos con las manos.

Cuando el drom kluch de Rabe llegó hasta ella, el pequeño compañero de Ovreuc saltó a su lado, a punto de perder el sombrero.

—¡Chicos! —exclamó la mujer—. ¡Me alegro mucho de ver que estáis todos bien! ¿Pero dónde están Ovreuc y Vargas? —preguntó.

—Ni idea —confesó el kluch—. Pero hay que salir de aquí, nuestros compañeros están bombardeando los barcos.

—Ya lo he visto. Rabe, marchaos —dijo la mujer mientras le tendía al homúnculo el fusil que le prestase el líder del Gremio de Asesinos—. Devuélvele esto a Ovreuc de mi parte y dile que gracias por todo.

—No comprendo —replicó este—. ¿Por qué no se lo dices tú misma?

—No voy a marcharme, Vargas y yo nos quedamos con los Perdidos —explicó ella—. Tal vez aquí podamos hacer algo de bien, quizás consigamos apartar a algunos de la oscuridad de Jeryk Malakoy.

—No comprendo —repitió el kluch.

—Yo tampoco —confesó Anyaala con una sonrisa cansada—. Adiós, tenéis que iros ya. Tal vez volvamos a encontrarnos algún día.

Rabe frunció el ceño mientras miraba a la mujer, no entendía a qué venían esas lágrimas. Mientras decidía que los humanos resultaban demasiado complejos para que pudiese siquiera tratar de entenderlos, tomó el arma de su líder y saltó de nuevo al vehículo aéreo. Después dio la orden de partir sin más.

—¡Cuídate, Anyaala! —gritó Dungan mientras se alejaban—. ¡Te echaremos de menos!

La mujer trató de contener las lágrimas, pero no lo consiguió. Había pasado demasiado junto a esos hombres y sabía que nunca los olvidaría, no importaba lo que sucediese. Mientras acariciaba el metal de la pistola de pólvora que le entregase Ovreuc junto al fusil, la tiradora decidió que volvería a verles costase lo que costase.

Desde la cubierta del Espada Marina, buque insignia de los Neonatos, Penrod observaba la batalla naval que se desplegaba ante él. Tal y como había previsto, los Malditos de Malakoy no contaban con armamento apropiado para ese tipo de enfrentamientos y el ininterrumpido bombardeo al que estaban sometiendo sus barcos no daba ocasión de maniobrar para tratar de abordarles. Sabía que no pasaría mucho rato antes de que el caballero espectral enviase hordas de espectros contra ellos o utilizase sus poderes para contraatacar, pero contaba con que cuando lo hiciese quedaría al descubierto y podrían hundir el barco en el que se encontraba. Le gustaría ver cómo se las apañaba para usar sus poderes desde el fondo del mar.

Los ingenios mecánicos de los Neonatos continuaban rugiendo mientras arrojaban contra sus enemigos una interminable lluvia de acero y pólvora. Los pútridos cascos de las naves fantasma se hacían añicos cuando los proyectiles se estrellaban contra ellos y no pasaría mucho tiempo antes de que volviesen a descansar en el fondo marino del que nunca debieron salir.

—¡Señor Penrod, amo! —gritó una vocecilla junto a él—. ¡Ya no está!

El aludido bajó la vista. Junto a su kluch, el tirador Verner, pudo ver a un segundo homúnculo de color anaranjado. Era el que había creado el propio Maestro para que siguiese el rastro del poder de la Quintaesencia y les llevase hasta Lapont. Había cumplido bien con su cometido, aunque una vez

avistaron el fuego y el humo del barco incendiado ya pudieron encontrarles sin la guía del pequeño ser. Penrod se preguntó qué había sucedido allí. Esa embarcación no parecía formar parte de la flota de los Malditos de Malakoy y sin embargo lucía la misma bandera que estos.

—¿Quién no está?

—¡Quintaesencia irse! —explicó.

El líder neonato asintió con pesar, consciente de que eso solo podía significar que Lapont había muerto. Por un instante se preguntó si habría sido a causa del ataque, pero no tardó en desechar sus temores: habían acudido hasta allí para detener a los Malditos de Malakoy a cualquier precio y eso era lo que iban a hacer. Si sus disparos habían acabado con la vida del científico solo significaba que habían cumplido su objetivo principal.

—¡Amo, allí! ¡Es Rabe!

El aludido miró con extrañeza al pequeño Verner mientras se preguntaba si no había perdido el juicio. ¿Acaso creía que Rabe se encontraba allí, en mitad del océano?

—¡Hola, amo Penrod.

Este levantó la mirada despacio y estuvo a punto de caerse de la impresión cuando vio que el compañero de Ovreuc le saludaba desde un drom kluch.

—¿Qué haces tú aquí?

—¿No habéis venido a rescatarnos? —preguntó el pequeño.

—¡No! ¡Ni siquiera sabíamos que estabais en estos barcos! —gritó Penrod, no entendía que estaba pasando.

—Oh, en ese caso ha sido un rescate todavía mejor de lo que pensaba —dijo Rabe—. ¡No sabíais ni a quién había que rescatar! ¿Cómo lo habéis hecho?

Penrod miró fijamente y en silencio a la criaturilla, que lo observaba con su sonrisa de bobo a la espera de que le respondiese.

—Eh... Estrategia, ya sabes —farfulló el líder Neonato sin saber muy bien qué decir.

—Claro, estrategia. Eso siempre ayuda.

—¡Tú volar!

—¡No poder!

—¡Volar ahora o nosotros morir!

—¡Yo no querer morir!

—¡Pues tú volar!

—¡No poder!

Dos kluch discutían acaloradamente junto a uno de los drom kluch Neonatos que estaban atacando los barcos de los Malditos de Malakoy desde el aire. No estaban seguros de qué era lo que pasaba pero el motor que movía las hélices del vehículo no funcionaba, por lo que lo único que podían hacer era flotar inmóviles en el aire. Resueltos a tratar de arreglar la avería decidieron descender sobre la cubierta de uno de los barcos, pero todavía no habían conseguido encontrar dónde estaba el fallo.

—¡Peligro! ¡Peligro! —gritó uno de los dos pequeños, el que se ocupaba de las bombas.

Un muerto viviente cubierto por una armadura de placas oxidada se tambaleaba hacia ellos, portaba en las manos una hacha de batalla tan grande que podría haber aplastado a cualquiera de los dos homúnculos solo con caerle encima.

—¡Nosotros correr! —bramó el otro pequeñajo, el caballero maldito ya estaba casi sobre ellos.

Ambos echaron a correr todo lo rápido que les era posible y no tardaron en poner cierta distancia entre ellos y su atacante, que no pudo hacer más que mirar con expresión estúpida cómo escapaban.

—¿Por qué no pruebas conmigo? —dijo alguien tras él.

Cuando el cadáver andante se volvió Ovreuc estaba ante él y tenía sus dos dagas de oricalco en las manos, listo para el combate.

—Uuuuuuuuuuuah —fue todo lo que dijo el caballero.

—Sí, muy elocuente. Veamos lo que sabes hacer.

El asesino pasó velozmente junto a su adversario, que apenas tuvo tiempo de alzar el hacha de batalla antes de verlo desaparecer. Un instante después las armas de oricalco se hundieron en su espalda a través de los huecos de la destrozada armadura y desgarraron sendos puntos vitales de su víctima. Sin embargo este se volvió sin inmutarse y descargó un feroz golpe con su arma, pero su contrincante ya no estaba allí. Ovreuc se había situado de nuevo tras él y se dispuso a contraatacar, decidido a no fallar en esa ocasión. Hundió las dagas en el cuello del muerto viviente y no sin esfuerzo realizó un corte cruzado que sesgó la testa del caballero maldito, su cráneo rebotó contra el suelo cuando se estrelló, todavía con el yelmo puesto. El resto del cuerpo se convirtió en polvo como si la siniestra magia que lo

animaba hubiese desaparecido al cortarle la cabeza.

—Interesante —reflexionó—. Son inmunes a golpes en zonas vitales pero se deshacen cuando les cortas la cabeza. Algo me dice que saber esto me será útil algún día.

Uno de los proyectiles de los Neonatos destrozó el mástil del barco en el que se encontraba el asesino, que supo entonces que no tardarían en hundirse. Fue cuando reparó en el drom kluch que se encontraba a escasa distancia de él. No se lo pensó dos veces: corrió hacia el ingenio mecánico y se subió a él de un salto. Después miró con desesperación los mandos sin saber muy bien que debía hacer. De pronto advirtió que el indicador del combustible del motor se encontraba a cero, por lo que saltó al suelo y se apresuró a coger la lata con el carburante de reserva para llenar el depósito. Cuando hubo terminado regresó al asiento y comenzó a tocar palancas y botones hasta que comenzó a elevarse. No tardó en escuchar el movimiento de la hélice que funcionaba a toda potencia.

Concentrado en los controles como estaba mientras se alejaba del barco no vio a los dos kluch que libres del peligro regresaban en busca de su vehículo para encontrar con que este había desaparecido.

—¡Robado! ¡Ladrones! ¡Robado! —gritaron los dos al unísono mientras corrían en círculos en el mismo lugar en el que habían dejado el ingenio volador.

Un proyectil pasó casi rozando a Ovreuc, y su impulso hizo que el asesino perdiese el control del drom kluch. Lo último que vio fue cómo se precipitaba al frío océano.

Jeryk Malakoy invocó el poder de la Muerte, decidido a poner fin de una vez por todas al ataque de los Neonatos. Iba a demostrarles de qué era capaz y después los condenaría a servirle por toda la eternidad. Su esencia vital se elevó de su cuerpo y tomó la forma de un ente oscuro de ojos rojos, el mismísimo poder de la oscuridad y de la Muerte daba forma a su avatar. Se elevó por encima de la batalla y observó con detenimiento los barcos de sus enemigos en busca de un objetivo prioritario, cuando algo brilló con gran fuerza ante él.

—No dejaré que les hagas daño, yo soy tu contrincante —dijo alguien directamente en su mente.

Un ser de pura luz se encontraba ante él. Sus ojos color zafiro lo

miraban fijamente como si trataran de perforarlo con la mirada.

—Volvemos a encontrarnos —comentó Jeryk Malakoy de forma despreocupada—. La otra vez pudiste escapar, pero no dejaré que vuelvas a hacerlo.

Las dos criaturas de pura magia colisionaron en una explosión de luz y oscuridad. Los poderes de la Vida y de la Muerte se enfrentaban en pugna por prevalecer. Ambos campeones de una misma diosa, pero creados con fines totalmente distintos. Las dos criaturas incorpóreas intercambiaron golpes y descargas de poder, mientras los ejércitos que combatían bajo ellos se enfrentaban en su propia batalla sin ser conscientes del duelo que se desarrollaba sobre sus cabezas.

El Rey Caído invocó el poder de la Muerte y una nube de oscuridad negra como la eternidad cubrió al Maestro, que sintió un gran dolor que amenazaba con extinguir a su avatar de energía. Sin embargo antes de que cayese, una segunda consciencia se alzó resplandeciente tras Malakoy y hundió sus brazos de luz en el ente oscuro. Su grito desgarrador de dolor fue confundido con un trueno por los ejércitos que combatían bajo ellos.

—¡Jarvinia, te ordené que te mantuvieses al margen! —bramó el Maestro mientras se recuperaba.

—Te habría matado —respondió el avatar de la científica sin alterarse.

—Cobarde. Eres incapaz de enfrentarte a mí tú solo —bufó el Rey Caído—. No eres nada sin los tuyos.

—Por eso somos un equipo —replicó el Maestro—. Tú en cambio solo tienes a tus esclavos muertos vivientes.

Jeryk Malakoy se volvió y lanzó su poderosa garra como si se tratase de un ariete, inmovilizó al avatar de la mujer y concentró todo su poder en su otro puño. Después le atravesó el pecho.

—¡Jarvinia!

El ente compuesto por la energía de la mujer se disolvió y su luz se extinguió mientras el Rey Caído se encaraba con el avatar de su opuesto.

—He destruido su esencia —dijo—. Jamás podrá invocar de nuevo el poder de la Quintaesencia, y tú serás el siguiente.

—No, heraldo de la muerte —replicó el Maestro—. Nuestro enfrentamiento termina aquí y ahora, ya he conseguido mi objetivo.

Sin comprender a qué se refería, el Rey Caído miró hacia la batalla. Advirtió entonces que la mitad de sus barcos habían sido hundidos y justo en esos instantes el que él mismo ocupaba se perdía bajo las aguas negras.

—Has sido derrotado.

—Volveré —aseguró el caballero espectral—. Lo sabes.

—Y tú sabes que yo te estaré esperando.

Los dos entes intercambiaron una última mirada y después se dispersaron para regresar a sus cuerpos mortales. La batalla había terminado.

Mientras los supervivientes de la batalla naval se alejaban del lugar en el que descansaban los restos de los barcos caídos, un drom kluch flotaba a la deriva entre los despojos de las naves destruidas. Sobre él se encontraba Ovreuc, inconsciente a causa del golpe que se había dado cuando su vehículo se estrelló contra el mar.

3ª Parte: Cacería

1

El bosque parecía un mundo nuevo. Alejado de todo vestigio de civilización y mezclado con la naturaleza y los animales, Ovreuc comprobó que se encontraba mucho más cómodo allí que entre personas, pues nunca le había gustado la condición humana. En cambio en ese lugar salvaje era uno más entre las criaturas del bosque, un nuevo depredador dispuesto a cazar para sobrevivir y a matar por su territorio. Además no necesitaba mucho para vivir allí: con algunas dagas y sus viejas ropas tenía más que suficiente e incluso había colocado algunas trampas artesanales para capturar conejos. Si hubiese tenido un equipo mejor podría tratar de atrapar ciervos o incluso jabalíes, pero tampoco lo necesitaba pues el bosque le proveía de frutas, raíces y agua fresca y eso y algunas presas pequeñas era lo único que precisaba.

Todo estaba en calma. Su única compañía era el sonido del viento entre las hojas de los árboles, el fluir del agua entre las piedras del río, el canto de los pájaros y los gritos y llamadas de los animales del bosque.

Sobre las ramas de uno de los altos árboles de la foresta descansaba el líder del Gremio de Asesinos de los Neonatos. Vestía tan solo unos viejos pantalones de lino y unas botas de cuero y estaba desnudo de cintura para arriba, pues parte de sus ropas habían quedado destrozadas a causa del agua y el sombrero que tanto le gustaba ahora descansaba en el fondo del océano, pero afortunadamente había podido conservar sus dagas de oricalco. Dio otro mordisco a una pieza de fruta recién cogida y sorbió el jugo que le corría por la barbilla y los dedos.

Había tenido mucha suerte de sobrevivir a la furia del mar y probablemente pasaría mucho tiempo antes de que se embarcase de nuevo. No tenía ningunas ganas de repetir la experiencia. Para alguien que había estado tan cerca como él de morir ahogado era una delicia poder disfrutar de un poco de paz y tranquilidad en medio de la naturaleza, especialmente después de todo lo que habían pasado él y sus compañeros para detener a Jeryk Malakoy. Pero lamentablemente sabía que tanta tranquilidad no duraría mucho.

¿Cómo podía haber tenido la desgracia de escapar de Jeryk Malakoy y sus Malditos, una horda de espectros y muertos vivientes, para ir a encontrarse de bruces con un viejo enemigo hasta entonces olvidado?

Ovreuc recordó el momento en que había despertado en la playa, con las gaviotas volando en las alturas y arena y sal hasta en los calzones. Aturdido a causa del mareo, el agotamiento y el haber estado a punto de perecer en el mar no fue consciente de que no se encontraba solo hasta que sintió la punta de una espada en su espalda, amenazante. No le quedó más remedio que rendirse, pues se trataba de un destacamento armado de la Alianza. Pese a que en un primer momento pensó en hacerse pasar por la víctima de un naufragio y confiar en que nadie lo identificaría como el líder del Gremio de Asesinos de los Neonatos, en el mismo instante en que reconoció al cabecilla de la expedición fue consciente de que si se dejaba atrapar estaba perdido, pues no era otro que Tinus, antaño capitán de los postulantes y que al parecer con los años había ascendido a Corazón Próximo. Ovreuc y él habían tenido un desagradable encuentro años atrás, cuando el asesino cumplía un encargo para Nírlém el Paladín que acabó en tragedia, y el llamado Tinus había propinado una severa paliza a un Ovreuc prisionero e inmovilizado que no tuvo ocasión de defenderse. De no haber sido por la intervención de un superior, no dudaba que el miembro de la Legión de los Cien Corazones lo habría matado. Por eso, cuando en el mismo momento en que sus ojos se encontraron supo que le había reconocido, decidió que debía escapar de allí a toda costa.

El factor sorpresa y sus años de entrenamiento junto a los Neonatos jugaron a favor de Ovreuc, que tras arrojar un puñado de arena a los ojos del Corazón Próximo, logró zafarse del resto del grupo y escapó tierra adentro, con la Alianza pisándole los talones. Por suerte para él toda esa zona de Darlime estaba muy próxima a unos grandes bosques, y en el mismo momento en que los vio decidió que debía hacer que sus perseguidores lo siguiesen hasta allí. No había resultado difícil pues Tinus sabía que él había dado muerte a Nyala, la esposa del Corazón Bélico de la Legión de los Cien Corazones, y el asesino estaba seguro de que haría todo lo posible por llevar su cabeza ante Nírlém. Pero lo que tal vez Tinus no recordase es que aquel día, hacía ya tantos años, Ovreuc había jurado que lo mataría. Si bien era cierto que podría haber dado esquinazo con facilidad a sus perseguidores sabía que quizás no tuviese otra ocasión de cumplir su palabra, y a él no le gustaba romper una promesa. Especialmente en casos como ese.

Unas voces alertaron a Ovreuc, que apuró el resto de la fruta y miró hacia abajo con tranquilidad. Sabía que no le encontrarían allí arriba. ¿Era posible que finalmente hubiesen dado con su rastro?

—¿Hasta cuándo vamos a estar registrando este maldito bosque? —era la voz de una mujer joven, miembro de las Mercenarias de Isha.

—Hasta que lo encontremos —replicó un hombre. Inmediatamente lo reconoció como el Corazón Próximo Tinus—. No volveremos al Bastión de la Alianza sin el hombre que asesinó a la esposa del Paladín Bélico.

—Querrás decir sin su cadáver —le corrigió Irina, la amazona—. No pienso correr ningún riesgo.

—El Paladín lo querrá vivo —informó la voz del hombre—. Estoy seguro de que deseará ocuparse personalmente de él, pero eso no impedirá que se lleve unos cuantos golpes míos antes de que lo entreguemos.

—Todo eso me trae sin cuidado —replicó la otra.

—¿Queréis callaros de una vez? —protestó una tercera mujer de aspecto especialmente salvaje—. Vais a conseguir que os oiga todo el bosque.

El grupo prosiguió su camino mientras su incesante parloteo se alejaba con ellos. Ovreuc tuvo que contener una carcajada mientras se marchaban. Reconoció a las mujeres. Se trataba de una amazona, dos oteadoras como Anyaala, que ahora pertenecía a los Perdidos de Waleska, y una de las feroces bárbaras de las Mercenarias de Isha. Por su aspecto no había duda de que esta era una guerrera, una mujer habituada a combatir y que debía ser toda una experta utilizando la pesada hacha a dos manos que portaba al hombro. De las tiradoras podría ocuparse con facilidad, pero las otras dos podían causarle problemas si debía enfrentarse a ellas cuerpo a cuerpo, por lo que trataría de evitar esa situación. Desvió la mirada hacia los caballeros y advirtió que dos de ellos eran postulantes de la Legión de los Cien Corazones, dos soldados que aspiraban a ser caballeros y que resultarían sencillos de abatir para alguien con sus habilidades. El explorador que guiaba al grupo tampoco supondría un gran problema, pero no podía decirse lo mismo del veterano Corazón Próximo que los dirigía. Un caballero experimentado y de gran habilidad marcial no era en absoluto un rival sencillo y el odio que este en particular sentía por él lo hacía todavía más peligroso.

Así pues tan solo debía preocuparse de tres de sus perseguidores, pero los otros cinco podían ser problemáticos si debía combatir contra todos al mismo tiempo. Sin embargo ese no era su estilo, pues conocía muchas maneras de acabar con un grupo de enemigos. Por supuesto, a Tinus lo dejaría para el final.

Ovreuc se descolgó por las ramas del árbol hasta quedar a escasa altura del suelo y se dejó caer con el sigilo de un gato. Después emprendió la persecución, tendría que acabar con ellos de uno en uno. Cuando quisieran darse cuenta de lo que sucedía ya sería demasiado tarde.

—Deberíamos descansar un poco —dijo el Corazón Próximo Tinus—. Llevamos horas caminando.

—Si no llevaseis esas estúpidas y pesadas armaduras de metal no os cansaríais por tan solo un paseo —replicó Irina.

El caballero abrió la boca para protestar pero la volvió a cerrar sin decir nada, pues sabía que la amazona estaba en lo cierto: las armaduras eran muy útiles en el campo de batalla, pero durante una persecución resultaban más una molestia que otra cosa.

—Yo también pienso que tendríamos que parar un rato —dijo Dróner, el explorador—. Mientras os instaláis iré a explorar la zona, tal vez encuentre algún rastro del asesino.

—Iremos contigo —se ofreció Tyla, una de las oteadoras.

—Sí, podrías necesitar nuestra ayuda —secundó Arala, la otra.

—Entonces nosotros cinco prepararemos el campamento. No os arriesguéis demasiado y avisadnos a la primera señal de problemas, ¿de acuerdo? —pidió Irina.

—Claro.

Dróner soltó el morral con sus cosas y comprobó su espada, después se marchó seguido por las oteadoras.

Ovreuc advirtió que el grupo se separaba y alzó una ceja sorprendido; no podía creer la suerte que tenía. Si ellos mismos se dividían no tendría problemas para liquidarlos de uno en uno. De hecho ya había elegido a su primer objetivo.

Con el sigilo propio de alguien acostumbrado a moverse entre las sombras, el asesino desapareció a través de la maleza en absoluto silencio y con sus dagas de oricalco desnudas en sus manos. Había llegado la hora de matar.

Dróner se agachó junto a un poco de tierra humedecida por la lluvia, cogió una pizca y la desmenuzó con los dedos.

—Maldita sea —farfulló.

—¿No has podido encontrar nada? —preguntó la oteadora Tyla, una joven pelirroja y decidida que llevaba la ballesta preparada para disparar en cualquier momento.

—Al contrario —refunfuñó el explorador—. Ha estado aquí.

—¿Eso no es bueno? —Arala, de pelo castaño muy corto y rostro dulce, miraba en torno a ellos con atención.

—Normalmente lo sería —afirmó él—. Pero esta huella ha sido dejada ahí para que la veamos.

—¿Qué quieres decir con eso? —la chica del pelo castaño frunció el ceño.

—Que probablemente sepa que le seguimos y nos esté dejando un rastro falso.

—¿Entonces no deberíamos evitar ese rastro?

—Sería lo más prudente, pero no tenemos más remedio que seguirlo. Ese hombre es mejor que yo —confesó Dróner—. De hecho probablemente sea mejor que cualquiera de nosotros, sea quien sea. Si lo que sospecho es cierto no encontraremos ningún otro rastro y eso nos deja solo dos opciones: seguir la pista que él quiere que sigamos o abandonar su búsqueda.

—En cualquier caso habrá que avisar a los demás. Por cierto, ¿dónde está Tyla?

Cansada de tanto parloteo la oteadora pelirroja se había alejado de sus dos compañeros para explorar por su cuenta. Tal vez estuviesen dispuestos a seguirle el juego al que Tinus había identificado como asesino de la esposa del Corazón Bélico, pero ella no pensaba hacer algo así: lo encontraría aunque fuese por sus propios medios y cuando lo hiciese lo mataría por hacer daño a una mujer indefensa. A fin de cuentas esa era la ley de las Mercenarias de Isha: ellas cuidaban de las suyas.

La tiradora avanzó con pasos precavidos mientras afinaba el oído. Su instinto le decía que su enemigo no se encontraba muy lejos de allí.

Una rama se quebró tras ella y escuchó el crujido de una hoja al ser pisada por alguien. Se giró con rapidez, pero no había nadie.

—Deberías tener cuidado —el susurro apenas perceptible venía de

detrás de ella, junto a su oído—. Podría atacarte algún animal salvaje.

Los reflejos de la oteadora le salvaron la vida cuando se arrojó de cabeza al suelo y una daga sesgó el aire donde había estado un momento antes. Con el mismo impulso rodó sobre sí misma y se levantó de un salto, unos metros más adelante. Pero cuando se volvió, su atacante había desaparecido.

—¡Sal de una vez! —gritó.

—Estoy aquí mismo —susurró la voz, de nuevo tras ella.

Tyla trató de apartarse de nuevo, pero en esta ocasión Ovreuc fue más rápido y le hundió la daga en los riñones, pero cuando la mercenaria intentó gritar se encontró con una mano que le tapaba la boca. El arma se clavó una, dos y hasta tres veces más y finalmente la oteadora sintió cómo se sumía en la oscuridad para no despertar.

Ovreuc dejó caer el cuerpo y se limpió la sangre con la capa de la mujer. Después guardó las armas de la mercenaria. No le vendría mal otra daga y estaba seguro de que la ballesta podría resultar muy útil. Sustituiría al fusil pesado que había prestado a Dungan antes de que se separasen.

Cuando Dróner y Arala llegaron hasta allí atraídos por el grito de su compañera, tan solo encontraron el cuerpo sin vida y la capa ensangrentada.

El asesino estaba revisando la ballesta que acababa de adquirir cuando escuchó un ruido a orillas del río. En el más absoluto silencio ató el arma a su cinturón y se asomó entre los matorrales despacio, muy despacio. Como esperaba se encontró con un animal del bosque, lo que parecía un elegante ciervo de espléndida cornamenta, que bebía agua agachado junto a la orilla.

Ovreuc decidió que esa podía ser su oportunidad de disfrutar de una buena cena y cogió de nuevo la ballesta. Muy despacio colocó un virote y tensó la cuerda, después apuntó al animal. Lo que vio entonces estuvo a punto de hacerle soltar una exclamación de sorpresa.

El supuesto ciervo se encontraba en pleno proceso de metamorfosis. Su cuerpo animal había comenzado a transformarse y a adquirir características humanas. Fascinado, el asesino estudió con detenimiento los cambios que sufría la criatura, que poco a poco tomó forma humana hasta convertirse en un hombre joven y alto con el pelo castaño recogido en una cola de caballo.

Al fin comprendió lo que estaba viendo: se trataba de uno de los Adeptos de Malesur que según los rumores se cobijaban en los bosques de

Darlime. Estaba viendo a un hombre cabra, uno de los más devotos seguidores del Dios Padre de todo Saphir. Ovreuc sonrió al darse cuenta de que la presencia allí de esos hombres animales lo cambiaba todo, pues si era capaz de jugar bien sus cartas tenía delante una gran oportunidad para librarse de un enemigo peligroso sin arriesgarse.

Cuando el hombre cabra ahora transformado en humano se adentró en la espesura del bosque, Ovreuc lo siguió a distancia prudencial con la ballesta de la oteadora en sus manos. La cacería acababa de comenzar y de nuevo él era el cazador.

—¿Dónde os habíais metido? —Tinus se dirigió furioso hacia Dróner y Arala, que en ese momento regresaban junto a sus compañeros—. ¿Y Tyla?

—Muerta —respondió el explorador—. Ovreuc la mató.

La noticia cayó sobre los hombres de la Legión de los Cien Corazones y sobre las mujeres de las Mercenarias de Isha como un jarro de agua fría.

—No debemos separarnos —gruñó Pandara la bárbara—. Si lo hacemos nos cazarán de uno en uno.

—Tiene razón —afirmó Dróner—. Fue culpa mía, no volverá a pasar.

—Dejad de hablar y recoged. Hay que ponerse en marcha de inmediato —ordenó Irina. Su expresión era de pura furia.

—No puede haberse alejado mucho —aventuró Arala.

—Entonces vamos tras él —dijo el Corazón Próximo—. Lo atraparemos.

El Adepto de Malesur se detuvo al fin junto a un enorme árbol y sacudió las ramas bajas de manera que algunos frutos cayeron sobre el suelo. Recogió tres o cuatro y se sentó a la sombra del árbol para disfrutar de la comida, el viento agitó las ramas y sus hojas parecieron entonar una dulce canción.

El asesino se deslizó por entre la maleza para acercarse hacia donde su víctima descansaba y avanzó paso a paso atento con no pisar ninguna rama u hojas secas que le delatasen; la ballesta estaba preparada para disparar de inmediato si era descubierto. Dio un rodeo hasta quedar en la parte del árbol opuesta a donde se encontraba el hombre cabra mientras este arrojaba el hueso de la primera pieza de fruta a un lado y cuando mordió la segunda su

acechador comenzó a rodear el tronco.

—No te muevas —advirtió Ovreuc. El arma cargada apuntaba justo hacia el pecho del hombre.

Este, tomado por sorpresa, lo miró con los ojos abiertos como platos y levantó las manos sin soltar la fruta.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? —preguntó el Adepto de Malesur.

—Eso mismo iba a preguntarte yo a ti —dijo el asesino—. Y como soy yo el que va a armado, te toca a ti responder.

—Yo... soy Darlén, antiguo postulante de la Legión de los Cien Corazones. Abandoné y me vine a vivir al bosque, ¿qué estás buscando?

—¿Cuántos más hay como tú?

—¿Cómo?

—Te observé en el lago, sé lo que eres. ¿Cuántos sois?

—Yo... no sé de qué estás hablando.

El asesino le apuntó a la pierna y disparó, el virote se alojó junto a su rodilla mientras Ovreuc le tapaba la boca con la otra mano para evitar que sus gritos de dolor llamasen la atención de sus perseguidores o de otros hombres animales.

—Otra oportunidad —susurró—. Te quedan tres, pero si gritas te mataré en el acto.

—¿Quién eres? —escupió cuando el asesino apartó la mano de su boca.

—Yo hago las preguntas —le recordó Ovreuc mientras cargaba otro virote—. ¿Cuántos sois?

—No... no lo sé —confesó el hombre cabra.

El segundo virote se hundió en su otra pierna, ya no iría a ninguna parte. De nuevo el asesino ahogó el grito de dolor de su víctima con la mano.

—Te quedan dos oportunidades.

—¡Es verdad, maldita sea! —exclamó mientras el asesino cargaba de nuevo la ballesta—. ¡No lo sé, no sé cuántos somos! Estamos escondidos en pequeños grupos, tal vez cuatro o cinco por todo el bosque. Es la mejor manera de pasar desapercibidos, pero no tengo manera de saber cuántos forman cada uno de esos grupos ni dónde se encuentran.

—¿Cuántos son en tu comunidad?

—Cinco, seis contándome a mí —confesó.

—¿Quién es vuestro líder?

—Dantro, el hombre lince —respondió—. Él nos dirige.

—¿Dónde están tus compañeros?

—¡Déjalos en paz! —gritó—. ¡No permitiré que los lastimes!

Ovreuc disparó de nuevo, en esta ocasión al brazo izquierdo del Adepto de Malesur.

—¿Dónde están?

—Mátame si quieres —dijo él—. Vas a hacerlo igualmente, pero no conseguirás que delate a mis amigos. Ellos... ellos son mi familia.

El asesino supo que el hombre no diría nada más. Cargó un nuevo proyectil en el arma y le apuntó al pecho. No intentaría convencerle. El cuarto virote acabó con la vida del hombre cabra al alojarse en su corazón.

Ahora solo tenía que preparar el escenario para hacer girar los acontecimientos de manera que sus perseguidores dejasen de ser un problema. Tomó la daga que había obtenido de la oteadora muerta y la dejó en el suelo, después realizó varios disparos más a fin de que algunos virotos se hundiesen en el tronco del árbol o en el césped y un par más se alojasen en el pecho del cadáver.

Cuando todo estuvo listo se alejó y sonrió satisfecho por su montaje. Cualquiera que encontrase el cuerpo pensaría que lo había matado una de las Mercenarias de Isha. Los virotos de plumas grises y la daga con el símbolo que las representaba resultarían pruebas más que suficientes para inculparlas. No pasaría mucho antes de que los Adeptos de Malesur se ocupasen de sus perseguidores por él, en lo que pensarían que se trataba de una venganza por un compañero caído. Después solo tendría que liquidar a los vapuleados supervivientes de ambos grupos, entre los que esperaba que se encontrase Tinus.

El cadáver ya estaba frío cuando llegaron al árbol junto al que descansaba.

El primero en llegar fue un joven, casi un niño, con la facultad de convertirse en un extraño hombre topo que podía viajar por debajo del suelo como el animal del que tomaba el nombre. Este se había guiado por el olfato para encontrar al hombre cabra desaparecido. Cuando lo hizo, emergió a la superficie y se transformó en el crío que era en realidad. Después corrió junto a su amigo y trató de despertarlo mientras lo sacudía fuertemente con los ojos anegados en lágrimas.

—¡Despierta, por favor! ¡Despierta!

—Está muerto, Lucas.

Un hombre lince de pelaje castaño con motas blancas salió de entre la espesura y se acercó a su compañero, al que pasó una mano por encima de los hombros.

—Ya no hay nada que podamos hacer por él.

—¿Por qué lo han matado, Dantro —sollozó el chico topo—. ¿Quién ha podido hacer algo así?

—Las Mercenarias de Isha —dijo una voz sibilante, dos hombres de aspecto idéntico caminaban despacio hacia sus compañeros. Eran extremadamente delgados y tenían los ojos saltones y los cráneos afeitados. Habrían asustado a cualquiera de encontrarse con ellos en un callejón oscuro.

—Dom, Pol, Darlén está...

—Ya lo vemos —dijo uno de ellos, tal vez fuese Pol.

—Vinimos lo más rápido que pudimos —añadió el otro, quizás Dom.

—Pero no es fácil seguirte, Dantro —acusó el primero—. Eres demasiado rápido. ¿Qué haremos ahora?

—Lo vengaremos, pero lo haremos todos juntos. —El hombre lince conocía bien a los hermanos serpiente y sabía que tendían a resultar demasiado independientes del resto de su grupo.

—¿Lo sabe ya su hija? —preguntó uno de los gemelos.

—Sí.

Los cuatro se volvieron hacia la chica, se encontraba tras ellos y miraba el cuerpo sin vida de su padre con el rostro congestionado por la pena y el dolor.

—Tala, encontraremos al que lo ha hecho —dijo su líder mientras recuperaba el aspecto de hombre lince—. Y lo mataremos.

—¿Acaso eso me devolverá a mi padre? —preguntó ella, parecía que iba a echarse a llorar en cualquier momento.

—No —admitió Dantro.

—Solo buscábamos un poco de paz —protestó la joven—. Debimos haber ido a el Bosque de Lilean con nuestra gente, allí habríamos estado a salvo.

—Lo siento, Tala. Prometí protegeros y he fallado —dijo el hombre lince.

—Nadie le ha fallado a nadie —negó uno de los gemelos—. Nadie tiene la culpa de lo sucedido y solo hay una cosa que podamos hacer ahora.

—Así es —asintió Dantro—. Tiene que haber sido ese grupo de la Alianza que llegó al bosque hace unos días. Debimos encargarnos de ellos

entonces y hemos pagado por no hacerlo. Separaos y buscadlos, pero no les atacéis solos. Cuando les encontréis avisad a los demás y les haremos frente todos juntos. No dejaremos a ninguno con vida. Lo haremos por Darlén.

—Por mi padre —repitió su hija mientras se transformaba en una pequeña chica erizo—. Vamos a por ellos.

2

—¿Encuentras algo, Dróner? —preguntó Tinus.

—No, maldita sea. Ese hombre es muy bueno.

El grupo continuó avanzando. Dróner y Arala iban a la cabeza, seguidos de cerca por los postulantes, e Irina, Pandara y Tinus cerraban la marcha. Llevaban horas buscando al asesino, desde que había matado a Tyla, pero no habían encontrado ni rastro de él.

Dos figuras miraban al grupo con detenimiento. Sus ojillos crueles estaban fijos en la retaguardia de la columna que formaban los miembros de la Legión de los Cien Corazones y de las Mercenarias de Isha.

—Parece que al fin los hemos encontrado, Pol —dijo uno.

—Sin duda, Dom —respondió el otro—. Avisemos a los demás.

—Sí, démonos prisa.

Los dos hombres serpiente se deslizaron entre árboles y marcharon en busca de sus compañeros.

Dantro corría a máxima velocidad entre los árboles. Había captado finalmente el olor de sus enemigos y se apresuraba tras ellos. Sorprendido advirtió que Pol y Dom estaban unos metros por delante de él y aminoró la carrera.

—¿Qué sucede? —preguntó el hombre lince.

—Los hemos encontrado —dijo Pol.

—Se dirigen río arriba —añadió su hermano.

—Iré tras ellos, avisad a los demás y preparaos. La cacería acaba de comenzar —ordenó Dantro antes de perderse de nuevo entre los árboles.

Tala observaba a los intrusos del bosque desde su escondite, entre los arbustos que crecían a orillas del río. Cuando los hermanos serpiente dieron la voz de alarma no tardaron en comenzar la persecución de la Legión y las Mercenarias. Iban a pagar caro lo que le habían hecho a su padre.

—Nos siguen —informó Dróner, agachado junto a los matorrales del

río.

—¿El asesino? —preguntó Tinus—. ¿Acaso cree que volveremos a caer en el mismo truco dos veces?

—No es él —dijo el explorador—. Son huellas de mujer, aunque muy pequeñas.

—¿Cuánta maldita gente hay en este bosque? —protestó la bárbara—. Se supone que aquí tan solo viven animales.

—Y así es —añadió Dróner—. Estas huellas no son del todo humanas.

—¡Devon! —el grito de alarma de uno de los postulantes alertó a sus compañeros, que se volvieron hacia él mientras echaban mano a sus armas. El soldado excavaba con las manos y arrojaba puñados de tierra por todas partes, los dedos le sangraban.

—¡Nímac! ¿Qué sucede? ¿Y Devon? —preguntó Tinus.

—¡Se lo han llevado! —aulló este—. ¡Estaba aquí mismo y ha desaparecido! ¡Ha sido como si... como si la misma tierra se lo tragase!

—Pero eso es imposible —dijo Arala.

—¡A cubierto, nos atacan! —gritó Dróner, que ya saltaba tras los árboles.

Dantro surgió del bosque como una exhalación, corrió hacia ellos y se abalanzó sobre el Corazón Próximo Tinus, ambos rodaron por el suelo en una maraña de músculos, acero y garras. Con un grito de guerra el postulante Nímac corrió junto a su líder y arremetió con la espada al felino, pero este lo esquivó y le lanzó un zarpazo que arañó su cota de mallas.

—¡Son los Adeptos de Malesur! —gritó la amazona, con la lanza ya girando amenazadora en sus manos—. ¡Replegaos!

—¡Irina! —exclamó Pandara—. ¡Dróner y Arala han desaparecido, estamos solas!

Las dos mujeres se pusieron espalda contra espalda. Sabían que su enemigo no tardaría en ir a por ellas.

—¡Suéltame! —Arala pateó a la chica erizo en un intento de soltarse de su presa. La pequeña seguidora de Malesur había saltado sobre ella surgida de la nada y ambas rodaron hacia el río sobre piedras, zarzas y tierra.

—¡Pagaréis lo que habéis hecho! —prometió la hija del hombre cabra—. ¡Nos vengaremos!

—¿De qué estás hablando? —preguntó la oteadora, pero un puñetazo de

la chica erizo le obligó a centrarse en la pelea.

A fin de evitar verse arrastradas por el río las dos mujeres se soltaron. Después se pusieron de pie con las armas preparadas, mientras el río lamía sus pies. La chica erizo portaba dos de sus largas púas en las manos. Su mirada repleta de ira parecía ir a fulminar a su enemiga allí donde esta se encontraba. La mercenaria tomó su ballesta y apuntó a la Adepta de Malesur. Con la otra mano empuñó su espada corta.

—No tenemos nada contra vosotros —dijo Arala—. Estamos aquí por otro motivo.

—Es un poco tarde para eso —protestó la chica erizo—. Mi padre ya está muerto.

—¡No tengo ni idea de qué estabas hablando!

—Seguro. Defiéndete mercenaria, al contrario que vosotros no quiero matar a una persona indefensa.

Dróner se ahogaba. Podía sentir una mano atenazada en torno a su pierna que tiraba de él hacia abajo mientras se hundía más y más en la tierra húmeda. Recordaba la extraña desaparición de Davon y comprendía que estaba pasando por lo mismo, pero no pensaba rendirse sin luchar.

El explorador usó la pierna libre para patear con todas sus fuerzas. Notó que golpeaba algo y la presa que lo arrastraba se aflojó lo bastante como para que pudiese liberarse. Estiró los brazos con fuerza y comenzó a abrirse paso hacia el exterior, sentía que los pulmones le ardían. Si trataba de aspirar aire se llenarían de tierra y arena, necesitaba regresar a la superficie.

Dom y Pol hincharon sus cuellos y gorgotearon, el veneno comenzó a ascender por sus gargantas. La amazona y la bárbara se encontraban vigilantes y a la espera de un ataque que podía llegar en cualquier momento, pero incluso así no había manera de que pudiesen ver a los hermanos serpiente ocultos entre los árboles.

Dos flemas de veneno salieron disparadas hacia las mujeres e impactaron en el hombro y la pierna de la Tinusra, que dejó escapar un grito de dolor y se derrumbó.

—¡Irina! —dijo la bárbara—. ¿Qué te pasa?

—No... no lo sé —jadeó esta. Le costaba respirar—. Duele... duele

mucho, y no puedo moverme.

Otros dos gargajos golpearon a la mujer, que gritó antes de perder la consciencia. Pero en esa ocasión Pandara había visto de dónde provenía en ataque y con su enorme hacha enarbolada embistió hacia los árboles. Con el primer tajo sesgó maleza y ramas bajas, con el segundo solo golpeó aire pero el tercero encontró un objetivo y se hundió a través del omóplato de uno de los hermanos serpiente.

—¡Dom! —gritó el otro al ver caer a su hermano—. ¡No!

La bárbara se volvió hacia él con los ojos inyectados en sangre.

Tinus pateó al hombre lince y le dirigió un golpe con la espada, pero Dantro lo esquivó. El postulante Nímac le embistió con el hombro y logró desequilibrarle, pero el Adepto de Malesur recuperó el equilibrio a tiempo para evitar caer y con un fuerte empujón arrojó al soldado contra el Corazón Próximo, después desapareció entre los árboles a todo correr.

Los dos miembros de la Legión de los Cien Corazones se pusieron espalda contra espalda con las espadas enarboladas, preparados para recibir el próximo ataque de su enemigo.

El aire inundó los pulmones de Dróner, que finalmente había logrado abandonar el pozo de tierra en el que su enemigo trataba de ahogarlo. El tenaz explorador se puso en pie y desenfundó su espada corta, al menos ahora podría defenderse. Una criatura emergió de la tierra tras él, era probablemente el ser más extraño que el hombre había visto. A juzgar por sus rasgos de roedor, por sus ojos casi ciegos y por un hocico largo y prominente debía tratarse de un hombre topo.

—Ahora verás de lo que soy capaz, monstruo —dijo el explorador—. Vas a pagar por la muerte de Tyla.

Pandara hacía girar su hacha por encima de la cabeza con ambas manos. El hombre serpiente le lanzó una flema de veneno, pero la bárbara saltó a un lado y la esquivó sin dificultad. Después embistió a Pol y descargó el arma contra él, pero esta se hundió en la tierra sin causar daño alguno.

El hombre lince se encontraba allí, había conseguido apartar a su amigo

justo a tiempo para salvarlo.

—¡Os mataré a todos, no importa cuántos seáis! —gritó la mujer, fuera de sí a causa de la ira.

Pero Dantro no esperaría sentado el siguiente ataque. Saltó sobre la guerrera y sujetó el mango de su hacha de batalla con las manos para que no pudiese golpearles, ambos comenzaron a forcejear.

—¡Pol, ayuda a los demás! —gritó—. ¡Me encargaré de ella!

El hombre serpiente se deslizó entre los árboles en busca de sus compañeros.

El hombre topo lanzó un último y torpe golpe al explorador, pero Dróner lo detuvo con el antebrazo y retorció su espada corta, hundida hasta la empuñadura en el vulnerable vientre. Este trató de hablar, pero todo lo que surgió de su garganta fue un gorgoteo ahogado en sangre. Después el Adepto de Malesur murió y su cuerpo recuperó su auténtico aspecto, el de un niño.

—Maldita sea —murmuró Dróner al verlo—. Solo era un chiquillo.

Con gran pesar dejó el cadáver en el suelo y se quitó la capa para cubrirlo. No debía haber muerto así.

—Tengo que encontrar a los demás —dijo mientras buscaba huellas a su alrededor—. Hay que detener esta locura.

Arala y Tala se separaron, ambas estaban agotadas y doloridas a causa de su pelea. La oteadora cojeaba. Una de las púas de su enemiga le había dañado la pierna. Por su parte la chica erizo tenía un brazo inerte, la mercenaria se lo había atravesado con su daga y al parecer le había lastimado más de lo que esperaba, pues no podía moverlo.

—¿Por qué nos hacéis esto? —preguntó Arala.

—Somos enemigos, ¿recuerdas?

—Hemos venido aquí persiguiendo a un hombre, un asesino buscado por la Alianza. ¡No os hemos molestado!

—¡Eso díselo a mi padre! —bramó la chica erizo—. ¡Lo habéis matado!

—No sé de qué estás hablando —aseguró la oteadora—. De verdad.

Pero la joven no tenía intención de seguir escuchándole, lanzó de nuevo sus púas contra su enemiga y después arrancó dos más de su espalda, la

mercenaria esquivó una pero la otra se hundió en la pierna ya herida.

—Esto es por mi padre —aseguró la chica, Arala vio en sus ojos que no dudaría en matarla.

Pandara derribó a Dantro y se arrojó sobre él, utilizó el largo mango de su hacha para inmovilizar al hombre lince y comenzó a apretar cada vez con más fuerza a fin de asfixiarle. Su enemigo se debatía bajo ella, sin embargo la mujer era muy fuerte, aunque también menos pesada que él. Dantro se retorció y rodeó la cintura de la guerrera con una de sus piernas, después consiguió que ambos rodasen por el suelo y logró quitársela de encima. El puño del hombre lince se estrelló contra el vientre de la mujer y luego contra su rostro una, dos y hasta tres veces. Pandara no resistió los golpes y cayó inconsciente con la sangre manando por su nariz y boca.

—Ahora a por los demás —dijo él antes de marcharse corriendo entre los árboles en busca de sus otros enemigos.

—Ese maldito cobarde ha escapado —comentó Nímac el postulante.

—Tenemos que ayudar a los demás —dijo Tinus—. Pueden estar en problemas.

Los dos guerreros de la Legión de los Cien Corazones comenzaron a buscar a sus aliados, pero el bosque era un laberinto para ellos. No había ni rastro de las mercenarias, del explorador ni de los Adeptos de Malesur.

—¿Por qué crees que nos han atacado? —preguntó el postulante.

—No tengo ni idea, pero van a descubrir por las malas lo que pasa cuando alguien desafía a la Alianza.

—Claro, aunque antes tenemos que encontrarlos —refunfuñó el soldado, utilizaba su espada para abrirse paso a través de la maleza.

—¡Por allí! —indicó el Corazón Próximo—. ¡Creo que es Dróner!

Los dos compañeros corrieron hacia el lugar que Tinus indicaba. La capa del explorador cubría lo que parecía un cuerpo sin vida.

—¿Es el explorador? —preguntó Nímac mientras el otro levantaba un extremo de la prenda—. Parece muy pequeño.

—Es un niño —informó su superior—. No lo había visto antes, pero desde luego no es de los nuestros.

Tala sujetó a la oteadora, había conseguido inmovilizarla pero esta no dejaba de pelear para soltarse.

—¡No lo hagas! —gritó Arala—. ¡No somos vuestros enemigos no hemos atacado a ninguno de los vuestros!

La mujer empujó con todas sus fuerzas y ambas cayeron al barro en la orilla del río. Después estrelló una gran piedra contra la cabeza de la chica erizo y la alzó de nuevo, dispuesta a rematarla.

Una flema de veneno le impactó en el rostro y la derribó, no podía moverse.

—Yo de ti no haría eso —dijo Pol, que en esos momentos emergía de entre los arbustos.

El hombre serpiente se deslizó hacia la oteadora y le arrancó la piedra de las manos para arrojarla lejos, después golpeó a la joven en la nuca y esta perdió el conocimiento.

—¡Mátala! —bramó Tala—. ¡Asesinaron a mi padre!

—Yo creo que no lo hicieron —replicó Pol—. He oído lo que decía.

—¡Miente! —la joven recuperó su aspecto humano y rompió a llorar, desconsolada—. ¡Diría cualquier cosa para salvar la vida!

—Puede ser, pero tenemos que averiguar si realmente tuvieron o no algo que ver con lo que le pasó a tu padre.

—¡Son nuestros enemigos!

—Sí, pero si ellos no lo mataron puede que sean nuestra única oportunidad de saber quién lo hizo —explicó el hombre serpiente mientras cargaba a la oteadora sobre su hombro—. También han matado a mi hermano, pero no tomaré venganza hasta saber si todo esto ha sido culpa de ellos o si alguien nos ha manipulado. Ahora vamos, tenemos que buscar a los demás.

—¡Tinus, cuidado!

El postulante empujó a un lado al Corazón Próximo justo cuando el hombre lince pasó junto al cadáver del chico topo, por lo que se llevó al soldado por delante en lugar de a su superior, lo estrelló contra un árbol y lo destripó de un certero zarpazo.

—¡Nímac! —gritó el caballero al ver morir a su compañero—. ¡No!

—¡Solo era un niño! —gritó Dantro—. ¡Un niño!

—¡Vosotros nos atacasteis en primer lugar! —se defendió Tinus—. ¡Solo nos hemos defendido!

—Y haríais bien en desistir y entregaros —advirtió Pol, que en esos momentos llegaba junto a su líder. Acompañado por la joven chica erizo, dejó a su prisionera ante ellos—. Jefe, aquí hay algo que no encaja. Los necesitamos vivos.

—¡Arala! Si está muerta...

—No lo está, caballero —dijo el hombre serpiente—. Pero lamentablemente no puedo decir lo mismo de la amazona ni de mi hermano. Entrégate para que podamos aclarar esto y tal vez nadie tendrá que lamentar más muertes.

—¿Y los demás? —preguntó Tinus con un susurro.

—La otra mujer está viva, solo la noquee —explicó el hombre lince, las palabras de su compañero le habían calmado.

El Corazón Próximo comprendió que él era el único que seguía en pie. No sabía que había sido de Dróner, pero conocía bien al explorador y suponía que debía haber logrado escapar. Si se rendía quizás él pudiese rescatarles más tarde.

—Muy bien —aceptó al fin—. Somos vuestros prisioneros.

3

—Tendríamos que matarlos —repitió la chica erizo—. ¡Mi padre está muerto por su culpa!

—Tala, cálmate —le pidió Dantro.

—¿Qué me calme? ¡También han matado a Dom! ¡Y a Lucas que solo era un niño! —las lágrimas corrían por el rostro de la desolada joven.

Los tres Adeptos de Malesur supervivientes se encontraban en uno de los claros del bosque. Sus prisioneros estaban atados a los gruesos árboles de la zona. Las dos mujeres seguían inconscientes pese a que el hombre serpiente había insistido en atender sus heridas, pero el Corazón Próximo les miraba desafiante. Los tres estaban desarmados e inmovilizados y unas mordazas les impedían pronunciar palabra alguna.

—En todo esto hay algo que no encaja —dijo Pol—. Los escuché hablar, creo que no sabían nada de Darlén, no creo que ellos lo matasen.

—¿Entonces de qué va todo esto? —preguntó el hombre lince—. Hemos perdido a la mitad de los nuestros por culpa de estos intrusos. Salvo que tengas una explicación muy buena, pienso como Tala. Antes me contuve porque confío en ti, pero sin pruebas de lo que dices no puedo dejarlos vivir.

—Ellos mataron a tu hermano —añadió la chica erizo—. ¿Cómo puedes pensar siquiera en perdonarles, en no vengar su muerte?

—Porque sospecho que aquí está pasando algo que no sabemos y si les matamos no podremos encontrar respuestas —explicó el hombre serpiente una vez más, con un suspiro de hastío.

—¡Si les dejáis hablar nos engañarán! —advirtió Tala.

—¿Estás seguro de lo que dices, Pol? —preguntó el líder del clan—. Nos arriesgamos mucho si les perdonamos la vida.

—No estoy seguro de nada, salvo de que aquí hay algo que no encaja y de que ellos pueden tener las respuestas que necesitamos —insistió.

Pol y Dantro se miraron fijamente en un duelo de voluntades.

—Muy bien —aceptó el hombre lince al fin—. Hablaremos con ellos, pero si algo sale mal te haré responsable.

—¡No, Dantro! —protestó la chica.

—Tala, te ruego que me hagas caso —pidió su líder—. Por favor.

—No dejaré que nos engañen —advirtió ella—. Pero acataré tu decisión, eres nuestro jefe.

El hombre lince sonrió complacido por la madura actitud de la joven y se encaminó hacia los prisioneros, seguido de cerca por sus amigos. Después se aproximó al caballero y le quitó la mordaza que le impedía hablar.

—La serpiente tiene razón —dijo este entre toses—. No sabemos qué es lo que ha pasado aquí.

—¿No matasteis a Darlén? —preguntó Pol.

—No conozco a nadie con ese nombre —confesó Tinus con el ceño fruncido—. Pero os aseguro que no hemos derramado sangre desde que llegamos a este bosque.

—Darlén es mi padre —explicó Tala, Dantro advirtió que la joven era un manejo de sentimientos y que apenas podía controlar la ira y el dolor que sentía por todo lo sucedido—. Es... era un hombre cabra.

—No hemos visto a ninguno —aseguró Tinus.

—Encontramos una daga con la insignia de las Mercenarias de Isha junto a su cuerpo —explicó el hombre serpiente.

—Y también una ballesta —apuntó Dantro—. Le habían acribillado con los virotes de pluma gris que utilizan las mujeres que os acompañan, estaba clavado a un árbol por las saetas.

—Es horrible, obra de un salvaje —confesó el caballero—. Pero no fuimos nosotros.

—¿Cómo explicáis entonces que vuestras armas estuviesen allí?

—No lo sé, hombre lince —dijo Tinus—. Pero nosotros también hemos perdido a varios de los nuestros en esta pelea sin sentido. No es justo que nos condenéis por lo sucedido.

—Quizás ellas sepan algo —propuso la chica erizo, que comenzaba a dejar a un lado las dudas sobre sus prisioneros.

—Despiértalas —ordenó el hombre lince.

La muchacha asintió con la cabeza y se dirigió hacia la mujer que tenía más cerca, la bárbara de expresión hosca. Le quitó la mordaza y la abofeteó hasta que comenzó a despertar.

—¿Qué... dónde estoy? —farfulló ella entre parpadeos mientras Tala iba junto a la oteadora y repetía el proceso.

—¡Ah! —gritó la tiradora, y abrió los ojos de golpe cuando la chica le abofeteó—. ¿Qué ha pasado?

—Sois nuestras prisioneras —les informó el hombre lince—. Más os vale colaborar.

—¡Malditos monstruos! —bramó la bárbara, mientras luchaba contra

sus ataduras con los músculos hinchados por el esfuerzo—. ¡Dejadnos ir!

—Pandara, Arala, cooperad con ellos —pidió el Corazón Próximo—. Aquí hay algo que no encaja, debemos aclararlo si queremos salir de esta con vida.

La oteadora miró a su alrededor con el ceño fruncido, allí faltaba alguien.

—¿Dónde está...?

—Muerto —le interrumpió el caballero, que la miró fijamente—. Somos los únicos supervivientes.

Tala levantó las cejas a causa de la sorpresa, pero no dijo nada más.

—Ya veo —dijo al fin—. Bueno, ¿de qué va esto? ¿Cómo es que seguimos con vida?

—Sospechamos que todo ha sido un malentendido —explicó el hombre serpiente.

—Ese malentendido ha costado la vida a varios de los nuestros —acusó Pandara.

—Nosotros hemos perdido a otros dos —dijo Dantro—. Uno de ellos era solo un niño.

—¡La culpa es vuestra, fuisteis los que atacaron! —exclamó la bárbara.

—Y os defendisteis, lo comprendo y no os acuso por nada de lo que pasó.

—Escuchad, chicas —intervino el Corazón Próximo—. He estado hablando con ellos, si nos atacaron fue porque creyeron que habíamos matado a uno de los suyos.

—¿Nosotros? ¿Cómo es posible? —preguntó Arala—. Vuestra compañera, la erizo, me dijo algo similar cuando nos enfrentamos, pero todavía no sé de qué hablaba.

—Alguien mató a nuestro compañero —explicó el hombre lince—. Le encontramos clavado a un árbol y con el cuerpo lleno de virotes. Junto a él vimos una daga y una ballesta.

—No es posible —dijo la oteadora—. He tenido las mías conmigo todo el tiempo, o al menos hasta que me capturasteis.

—¿Qué hay de las de Tyla? —preguntó Pandara.

—¡Es cierto! —exclamó la tiradora—. ¡El mismo que la mató pudo llevárselas!

—¿De qué estáis hablando? —preguntó el hombre serpiente mientras estudiaba a los prisioneros con sus pequeños ojillos, su naturaleza

desconfiada le hacía sospechar de todo el mundo. Que quisiera averiguar qué había pasado en realidad no significaba que fuese a confiar ciegamente en alguien a quien de normal habría considerado un enemigo.

—Vinimos aquí buscando a alguien, un fugitivo —explicó Tinus—. Nos envía el mismísimo Corazón Bélico de la Legión de los Cien Corazones, Nírlém el Paladín.

—¿Qué tiene eso que ver con nosotros? —preguntó Dantro.

—Ese hombre atacó a algunos de los nuestros en un momento en el que nos separamos y mató a una de nuestras tiradoras —continuó el caballero—. Las armas de las que habláis deben ser las suyas, se las llevaría el asesino.

—¿Y piensas que fue él quien mató a mi padre? —preguntó la chica erizo, comenzaba a comprender que había cometido un error al juzgar a esas personas de la manera en que lo había hecho.

—Eso creo —dijo Tinus.

—¿Pero por qué? —preguntó Dantro—. ¿Qué podría ganar con eso?

—Enfrentarnos —intervino Pol—. Ahora todo encaja.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Arala.

—Es evidente: el hombre al que perseguís decidió que la mejor manera de librarse de vosotros era engañarnos para que le hiciésemos el trabajo sucio —explicó el hombre serpiente con pesar—. Mató a Darlén e hizo que pareciese obra vuestra, ya conocéis el resto de la historia.

El silencio se hizo entre los presentes, que finalmente comprendían que habían sido meras marionetas.

—¿Qué podemos hacer? —dijo Tala—. ¡Ese hombre mató a mi padre y después hizo que nos enfrentásemos entre nosotros, han muerto cinco personas en esa pelea!

Tinus esbozó una sonrisa sesgada, tal y como había pretendido los Adeptos de Malesur creían que Dróner estaba muerto. A decir verdad no estaba seguro de que no estuvieran en lo cierto, pero el suyo era el único cadáver que no había visto. El explorador era un superviviente nato, sospechaba que si alguien podía escapar era él.

—Daremos caza a ese hombre —decidió Dantro—. Pagaré por todo lo que ha hecho.

—No podréis hacerlo solos —aseguró Arala—. No tenéis ni idea de a quién os enfrentáis, es muy bueno.

—Tenemos más amigos en este bosque —dijo Tala con una sonrisa de suficiencia.

—Dejad que os ayudemos —pidió Tinus—. También tenemos muchas muertes que vengar.

—¿Qué estás diciendo? —le interrumpió la bárbara con la voz teñida de ira—. ¡No puedes hablar en serio! ¡Los Adeptos de Malesur son nuestros enemigos, fueron expulsados de Darlime por la Legión de los Cien Corazones y todavía hoy se encuentran en guerra con la Alianza!

—Lo sé Pandara, tranquilízate. —El Corazón Próximo miró fijamente a la guerrera—. Por favor.

—No podemos dejaros ir —les informó el hombre serpiente—. Bajo ningún concepto.

—¿Pero por qué? Ya ha quedado claro que nosotros no matamos a vuestro compañero.

—Lo sé, y os recuerdo que fui el primero que decidí daros el beneficio de la duda —dijo el hombre serpiente.

—Pero entonces...

—Escucha, caballero —le interrumpió Pol—. La bárbara tiene razón en una cosa: nuestros pueblos son enemigos, los Adeptos de Malesur nos rebelamos contra la Legión de los Cien Corazones y fuimos condenados por tus líderes. Puede que tengamos enemigos comunes, como los Vástagos de Kurgan o los Neonatos, pero eso no nos convierte en amigos.

—Entiendo lo que quieres decir, hombre serpiente —concedió el Corazón Próximo—. Pero no tenéis ni idea de a quién os enfrentáis. Si tratáis de detenerlo vosotros solos os matará a todos, nos necesitáis.

—Es cierto que vuestra ayuda nos sería muy útil —afirmó Dantro—, pero no podemos arriesgarnos. Si regresáis a Lerian vuestros líderes no tardarán en enviar a un ejército para acabar con nosotros. La Legión de los Cien Corazones jamás permitirá que los Adeptos de Malesur conviertan este bosque en su hogar. No dentro de Darlime y tan cerca de Lerian, no donde podemos ser una amenaza para vosotros.

—Hagamos un trato —propuso el caballero—. Todos queremos detener a ese asesino, ¿verdad?

—Sí —afirmó de inmediato el hombre lince, sus compañeros y las Mercenarias de Isha asintieron.

—Haremos lo siguiente: os ayudaremos a atraparlo pero lo capturaremos con vida, después permitiréis que nos lo llevemos de regreso al Bastión de la Alianza —propuso el Corazón Próximo.

—¿Por qué íbamos a aceptar un trato semejante? —bufó el hombre

serpiente.

—Porque a cambio de que nos entreguéis al prisionero nosotros no os delataremos —propuso Tinus.

—¿Cómo sabemos que eso es cierto? —preguntó Dantre.

—Hace años ese hombre mató a la esposa del Corazón Bélico de la Legión de los Cien Corazones —confesó el Corazón Próximo—. Por eso pretendo llevárselo vivo, para que pueda ejecutarlo personalmente. Aunque vivo no quiere decir intacto, por supuesto.

—Ya veo —dijo el hombre serpiente—. Pero no podemos confiar en vosotros.

—Hagámoslo —pidió de pronto la chica erizo—. Dejemos que nos ayuden, por Malesur. Además, hubo un tiempo en que ellos eran también hijos del Padre.

—Tala, es muy peligroso.

—Lo sé, Pol. Fui la primera en acusarles y culparles por lo que le sucedió a mi padre —recordó—. Quise matarlos desde el primer momento, pensaba que así le vengaría. Pero ahora sé que me equivocaba, que no fueron ellos quienes lo asesinaron. Por eso os lo pido, amigos. Quise condenarles y ahora que veo mi error deseo enmendar lo que hice. Ellos son inocentes de lo que les acusábamos, pero por nuestra culpa ha muerto gente. Nos dejamos engañar y eso les ha costado la vida a Dom, a Lucas y también a sus compañeros. Es nuestra carga y si ellos pueden ayudarnos a corregir nuestro error no podemos negarles ese derecho. Quería matarles cuando los trajimos aquí, pero ahora no estoy dispuesta a condenarles. Si hacemos eso tan solo estaremos dándole lo que quiere al hombre que nos engañó.

—Tiene razón —concedió el hombre serpiente con un suspiro de resignación—. Por Malesur, hermanos. Si los matamos ahora no seremos mejores que ese asesino.

—Entonces está decidido —dijo Dantro—. Tenemos un trato.

4

—¿Estáis seguros de que ha sido una buena idea separarnos? —preguntó Tinus.

—¿Y tú estás seguro de que es buena idea que refunfuñes todo el camino? —replicó la chica erizo.

—¡Haced el favor de callaos los dos! —bufó el hombre lince—. ¡Maldita sea, tenía que haberme ido con el otro grupo!

—La última vez que hicimos algo similar trató de cazarnos de uno en uno. Pudimos reagruparnos, pero no antes de perder a una de las Mercenarias de Isha —explicó el Corazón Próximo.

—Eso ya lo has dicho —gruñó Dantro—. Ahora guarda silencio, intento encontrar su rastro.

—No nos podrá emboscar si él está con nosotros —dijo Tala mientras señalaba con la cabeza a su compañero—. Es un hombre lince, ¿recuerdas? Lo oírás venir antes de que se acerque lo bastante como para atacar, no importa lo silencioso que sea.

—Sí, siempre que os calléis —protestó este de nuevo—. Por el amor de Malesur, así no hay quien se concentre.

—Muy bien, muy bien —refunfuñó el caballero.

El Corazón Próximo echó un temeroso vistazo hacia atrás. Seguía sin estar seguro de que todo eso fuese una buena idea. No importaba lo que dijese esos Adeptos de Malesur, él ya se había enfrentado a ese hombre y por más que intentase confiar en sus aliados no podía librarse de la sensación de que Ovreuc solo jugaba con ellos.

Dantro se detuvo de repente, agachó las orejas y emitió un quedo gruñido gutural.

—¿Qué pasa, jefe? —preguntó la chica erizo. Esta portaba dos de sus peligrosas púas en las manos preparada para enfrentarse a cualquier amenaza.

—No estamos solos —respondió él.

—¿Está aquí? —dijo el caballero en tanto alzaba su escudo para aprestarlo por si el asesino les atacaba.

—Hay alguien aquí, de eso no cabe duda —dijo el hombre lince—. Pero su olor me resulta conocido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tala—. ¿No es el asesino de mi padre?

—No lo sé —confesó Dantro—. Este olor me confunde.

Tinus frunció el ceño. No pensaba decir nada, aunque sospechaba de quién podría ser ese olor. Pero de estar en lo cierto no podía comprender qué intenciones tendría Dróner para acecharles. ¿Por qué seguía oculto? Quizás no estuviese seguro de que los hombres animales fuesen de fiar y prefiriese permanecer escondido a la espera de lo que pudiese suceder. A fin de cuentas él mismo tampoco acababa de fiarse de Dantro y los suyos.

—Deberíamos seguir —sugirió el caballero—. Sea lo que sea ese rastro no podemos dejar que nos distraiga.

—Tiene razón —admitió el hombre lince—. Por aquí.

Continuaron caminando entre la espesura del bosque y dejaron atrás al hombre que los observaba oculto entre la maleza.

El explorador no podía creer lo que había visto. ¿Cómo podía Tinus aliarse con esas criaturas como si tal cosa? ¿Acaso no le importaba que fuesen los asesinos de sus compañeros? Dos postulantes de la Legión de los Cien Corazones y dos Mercenarias de Isha habían muerto a manos de los Adeptos de Malesur y el resto de su grupo eran sus prisioneros, a excepción de él. Creyó que los matarían, pero no había sido así. Por algún motivo que no lograba comprender los supervivientes de la Alianza se habían aliado con los Adeptos de Malesur.

Pero él no se dejaría arrastrar a ese juego. Los Adeptos de Malesur eran monstruos, mitad hombres y mitad bestias que vivían en un estado más animal que humano. Decían ser los auténticos hijos de Malesur, pero para alguien como él que no creía en el Padre eso no significaba nada.

Dróner observó a los tres aliados que se alejaban y maldijo en silencio. No podía continuar tras ellos, los sentidos animales del hombre lince resultaban demasiado sensibles para que lograra pasar desapercibido. El más mínimo ruido podría delatarle o tal vez un soplo de viento desde el lado equivocado les llevara su olor. Tendría que buscar a las Mercenarias de Isha, a quienes habría visto partir en compañía del repulsivo hombre serpiente. Su primera intención había sido seguir a su líder, el Corazón Próximo, pero la presencia del hombre lince así como el que estuviese acompañado por dos de los hombres animales complicaba mucho las cosas. En cambio el grupo formado por las dos mujeres y el reptil resultaría mucho más manejable. Si la oportunidad se presentaba apuñalaría a la criatura y liberaría a las

Mercenarias de Isha de su vigilancia. Después de eso podrían rescatar al caballero los tres juntos.

Pero su plan conllevaba un riesgo muy grande. ¿Qué pasaría si las guerreras realmente estaban aliadas con él? No lo creía posible, al menos no de la bárbara Pandara, pues detestaba a esos seres incluso más que él mismo.

Dróner se dio la vuelta y se marchó en dirección opuesta al lugar por el que había perdido de vista al caballero y los dos Adeptos de Malesur que le acompañaban.

—Nunca pensé que acabaría aliándome con las Mercenarias de Isha —dijo el sibilino Pol.

Las dos mujeres caminaban por delante de él. Arala exploraba mientras trataba de encontrar algún rastro que los llevase hasta el fugitivo, pero por el momento no había tenido mucho éxito.

—Yo tampoco lo imaginaba —concedió la bárbara, la feroz guerrera llevaba la enorme hacha de batalla sobre los hombros y lanzaba miradas furiosas al hombre serpiente cada pocos metros—. Más vale que no intentes ninguna tontería, nada me gustaría más que hacerte pedazos yo misma.

—Ni se me ocurriría —aseguró el aludido—. Has sido muy lista al pedir que tu amiga y tú estuvieseis en el mismo grupo, Pandara. Los dos sabemos que podríais acabar conmigo sin ningún problema, ¿por qué iba a tratar de enfrentarme a vosotras?

—No lo sé, podría darte por cometer una estupidez —replicó la aludida.

—Yo nunca cometo estupideces —aseguró el hombre serpiente—. Y mucho menos si me vigila una mujer grande y fuerte que lleva como arma un hacha a dos manos que yo no conseguiría levantar por más que me lo propusiera. Todo eso por no hablar de tu amiguita la tiradora —añadió al tiempo que señalaba con la cabeza hacia la oteadora.

—Eso creía —dijo la bárbara con una sonrisa satisfecha.

—¿Encuentras algo, exploradora? —preguntó el hombre serpiente haciendo caso omiso a la guerrera.

—¿Con el escándalo que armáis? —protestó la tiradora—. Si ese asesino está todavía en este bosque, que no lo tengo claro, debe de estar partiéndose de risa mientras nos escucha discutir.

—Escuchad —dijo Pandara—. Hay otro motivo por el que quise ir contigo, Arala.

—¿Y cuál podría ser? —preguntó la chica.

—Sabía que no permitirían que fuésemos los tres juntos, por lo que Tinus estaría en el otro grupo. Él jamás nos habría dejado hacer lo que pretendo pero ahora no está aquí y no creo que el reptil vaya a poner objeciones.

—Pretendes matarlo —aventuró el aludido—. Al asesino, claro.

—Sí —confesó la bárbara mientras echaba un vistazo al hombre serpiente, de pronto sintió cierto respeto hacia la inteligencia de Pol—. No tengo intención de dejar que lo hagan prisionero para llevarlo al Bastión de la Alianza, demasiadas cosas podrían salir mal.

—Ya veo —dijo el hombre serpiente—. Por mí no os preocupéis, si decidís matarlo no solo no me opondré sino que hasta estoy dispuesto a ayudaros. Mi hermano ha muerto por culpa de ese hombre. Nada me gustaría más que vengarle.

—Entonces tenemos un trato —dijo la bárbara—. Vamos, no podemos perder tiempo: hay que encontrarlo.

—¿Espiondo a tus propios amigos?

Dróner desenfundó su espada corta y se giró para defenderse. Un hombre lo miraba con expresión burlona sentado a la sombra de un gran árbol.

—¡Tú! —exclamó el explorador.

—No recuerdo que nos conociésemos —dijo el asesino, tenía los ojos clavados en el rastreador.

—Tienes que ser él —Dróner no le apartaba los ojos de encima—. ¡El asesino de la esposa del Corazón Bélico!

Un reflejo de dolor cruzó por el rostro de Ovreuc, pero no tardó en recuperar la compostura.

—¿Y qué si lo soy? —preguntó mientras trataba de aparentar indiferencia.

Por más que intentase ocultarlo el recuerdo de ese crimen todavía le perseguía, pues era el único asesinato del que había llegado a arrepentirse a lo largo de su vida.

—¡Tú mataste a Tyla y engañaste a los Adeptos de Malesur para que nos atacasen!

—Sí —concedió—. Lo hice.

El explorador corrió hacia él y el asesino se incorporó de un salto sin desenfundar arma alguna. La espada hendió el aire, pero Ovreuc la esquivó con habilidad y sujetó la muñeca de su atacante, con un golpe seco en su mano le obligó a soltar la espada corta y le retorció el brazo, después le propinó un fuerte rodillazo en el pecho y lo derribó. Mientras boqueaba a fin de recuperar el aliento el asesino empuñó el arma del explorador y le atenazó la garganta.

—Maldito seas —bufó Dróner.

—Calla y escucha —ordenó Ovreuc—. Ya va siendo hora de que sepáis de qué va todo esto.

—¡Piérdete!

—Te he dicho que me escuches —repitió mientras aflojaba su presa a fin de que el explorador pudiese hablar—. No sabes la mitad de la historia. Vuestro Corazón Bélico, Nirlem el Paladín, me encomendó un asesinato en Lerian hace años, necesitaba a alguien que se ocupase de eliminar a cierto político que suponía una amenaza para la Legión de los Cien Corazones.

—¿De qué estás hablando? —preguntó el confundido explorador.

—¿Te dice algo el nombre de Kaeza Dugol?

—Fue un político asesinado hace bastante tiempo por un Agente de Malesur mientras daba un discurso, recuerdo que colgaron al criminal —respondió tras pensar durante unos instantes—. Después dijeron que Kaeza era un infiltrado de la Eclesía de Saül. ¿Qué tiene que ver contigo?

—Yo maté a Kaeza Dugol —confesó.

—¡Mientes! ¡Lo mató un Agente de Malesur y colgaron al asesino!

—Eso es lo que querían que creyese el pueblo, tenían que tapar su propio crimen. Respecto a tu jefe, ese Tinus, lo conocí en aquel entonces y no era más que un matón sin ápice de honor aspirante a caballero. Quizás con los años haya ascendido, pero estoy seguro de que sigue siendo el mismo.

—¿Qué derecho tiene un asesino a hablar de honor?

—Si supieses por lo que he pasado últimamente no me harías esa pregunta —replicó Ovreuc con una sonrisa cansada—. Escucha, no tengo nada contra vosotros pero tampoco tengo ningún problema en mataros, creo que me seréis más útiles vivos y conociendo la verdad que muertos.

—Digamos que te creo. ¿Qué tiene eso que ver con la esposa de Nirlem? ¿Por qué la mataste?

—Para darle una lección al Corazón Bélico, cuando terminé el trabajo rompí nuestro trato e intentó colgarme.

—No tienes pruebas de lo que dices.

—No, pero ahora hay alguien más que sabe la verdad —dijo Ovreuc—. Escucha, explorador...

—Dróner. Me llamo Dróner.

—Bien. Escucha, Dróner: si lo que te he contado no fuese cierto ¿para qué iba a contártelo? Te aseguro que me habría resultado más sencillo rajarte la garganta.

Los dos hombres se mantuvieron la mirada, el explorador fruncía el ceño, pero Ovreuc sonreía. Después lo soltó, guardó la daga y se marchó de allí sin que el otro hombre tratase de detenerle.

—Está aquí —susurró Dantro.

Tinus se colocó de manera que el hombre lince quedase a su espalda y la chica erizo a su izquierda, así podría proteger a ambos si el asesino trataba de atacarles. Tala, por su parte, hizo girar en las manos dos de sus largas y peligrosas púas y buscó un objetivo al que arrojárselas.

—¿Dónde? —dijo el caballero en voz baja.

—Aquí mismo.

El Corazón Próximo se giró de inmediato, la voz quedaba a sus espaldas. Pero todo lo que vio fue cómo alguien se llevaba a Dantro hacia las ramas de los árboles. El felino rugió y pateó sin conseguir zafarse hasta que desapareció entre las hojas.

—¡No! —el grito de Tala puso sobre aviso a Tinus, que miró hacia las alturas a la defensiva y sin saber muy bien qué hacer.

La chica erizo no tuvo el mismo problema: de un solo salto se elevó hasta las ramas y empezó a brincar en busca de su amigo. El caballero la miró boquiabierto mientras ella corría de rama en rama. Con la vista fija en las alturas maldijo en silencio, ¿qué podía hacer él en una situación así?

Dantro lanzó un zarpazo hacia Ovreuc, este esquivó el golpe y saltó hacia atrás para alejarse de él. Necesitaba más espacio. El hombre lince se estaba empleando a fondo en el combate mientras procuraba mantener el equilibrio sobre las gruesas ramas del árbol, pero para el asesino todo eso parecía ser un juego: se movía como si fuese un bailarín y cargaba todo el peso sobre una pierna mientras recogía la otra para que no le estorbase. En sus manos empuñaba sus dos letales dagas de oricalco.

La chica erizo emergió de entre las ramas y dio una voltereta sobre sí

misma mientras arrojaba dos púas hacia el asesino. Este se dejó caer hacia atrás, los pinchos pasaron sobre él sin causarle daño alguno mientras Ovreuc lanzaba una daga hacia la joven. Dantro se interpuso en la trayectoria del proyectil, que se hundió en su brazo y le arrancó un grito de dolor.

—¡No, Dantro!

La chica erizo saltó hacia su amigo y trató de atender su herida, pero este la apartó de un fuerte manotazo justo en el momento en que Ovreuc atacaba a los dos Adeptos de Malesur. Su otra daga se clavó hasta la empuñadura en el vientre del hombre lince y este rugió de dolor. Ambos cayeron de las ramas y cuando el asesino trató de alejarse, Dantro se agarró a una de sus piernas para impedirle huir. Cuando se estrellaron contra el suelo Ovreuc aterrizó sobre él y le hundió el arma todavía más en el vientre. La sangre manaba a borbotones por la herida del hombre lince.

La chica erizo aterrizó a unos metros de ellos con un grito de dolor. Trató de moverse, pero un pinchazo en la pierna se lo impidió.

—Dos de un solo golpe —dijo Ovreuc al echarle un vistazo, en ningún momento había perdido la sonrisa—. A eso lo llamo yo tener suerte.

—¡No!

Tinus llegó corriendo y se situó ante él con el escudo aprestado para detener cualquier ataque. No estaba dispuesto a permitir que el asesino matase a nadie más.

—Vaya, parece que ahora te las das de héroe —se burló Ovreuc.

—Tú en cambio sigues siendo el mismo asesino rastrero que cuando nos vimos por primera vez —dijo el Corazón Próximo—. Esta vez me ocuparé de ti para siempre, veamos si eres tan bueno cuando te corte las manos. Quiero llevarte vivo ante el Paladín, pero eso no significa que tengas que estar entero.

—Veamos si puedes respaldar esas amenazas —replicó el asesino con una mirada feroz.

—Estoy contigo —dijo Tala al caballero. Se había conseguido levantar y volvía a tener dos de sus púas en las manos.

El asesino los miró durante un momento y después echó un vistazo al cuerpo del hombre lince, si no había muerto ya no tardaría mucho en hacerlo. Después simplemente se dio la vuelta y se perdió entre la espesura, no era el mejor momento para resolver sus asuntos pendientes.

—Esto es ridículo —protestó Pandara—. No vamos a encontrarle por más vueltas que demos en este bosque, maldita sea. Está jugando con nosotros, si es que no se ha marchado ya a mucha distancia de aquí.

—Eso ya lo sabemos —aseguró el hombre serpiente—. Pero no podemos hacer otra cosa. ¿O prefieres que abandonemos la búsqueda?

—No. Si por mí fuese me gustaría estrangularlo con mis propias manos —respondió ella con una carcajada.

—¿Creéis que le irá bien a Tinus y los otros? —preguntó Arala la oteadora.

—Espero que sí. Sigo pensando que no ha sido buena idea que nos separemos, si nos ataca estaríamos más seguros todos juntos —dijo Pol.

Una larga púa surcó el aire hacia ellos, la bárbara saltó hacia la oteadora y ambas rodaron por el suelo, el proyectil se clavó en un árbol cercano.

—¡Nos atacan! —gritó Pol, que ya se deslizaba a toda velocidad para ocultarse de su atacante.

—¡Debe ser él! —exclamó la bárbara—. ¡El asesino!

—Esas púas son de Tala —advirtió el hombre serpiente—. Si las tiene él solo puede significar que se ha encontrado con el otro grupo.

—Y está claro que ha ganado —observó Arala, que acechaba entre la espesura del bosque—. ¡Ahora dejad de hablar antes de que nos mate!

El proyectil de plumas grises se clavó a un solo palmo de Ovreuc, que ahogó un grito de sorpresa.

—Tú te lo has buscado —murmuró el asesino.

Se ocultó entre las sombras del bosque y se aproximó hacia ellos cubierto por la espesura. Afortunadamente el sigilo era su fuerte y en ese grupo no había nadie con los sensibles sentidos de un felino.

—¿Dónde está? —dijo Pandara mientras se incorporaba con el hacha entre las manos, estaba ansiosa por enfrentarse a él.

Un fuerte brazo atenazó el cuello de la oteadora desde atrás mientras con la otra mano Ovreuc apuntó la ballesta hacia la bárbara y disparó. El arma se clavó en el brazo de la guerrera y su grito desgarró la calma del bosque.

—Maldita sea —protestó el hombre serpiente—. Nos tiene bien cogidos.

El asesino cogió el dedo meñique de la mano con la que la oteadora sujetaba la ballesta y se lo quebró. Esta soltó el arma.

—¡Maldito seas! —bramó—. ¡Maldito!

Pandara apretó los dientes para tratar de resistir mejor el dolor y dio un paso hacia el asesino, pero este se apresuró en desenfundar una de sus dagas y la hundió en el cuello de la oteadora, después la empujó hacia la bárbara y ambas cayeron al suelo en una maraña de brazos y piernas.

—¡No! ¡Arala, no! —gritó la mujer.

La sangre manaba a borbotones por la herida mientras la oteadora se retorció en los estertores de la muerte.

Ovreuc caminó hacia el hombre serpiente muy tranquilo sin siquiera molestarse en desenfundar otra arma.

—Ahora es tu turno —prometió—. Haré que sea rápido.

Una púa se clavó en la mano del asesino cuando se disponía a empuñar una de sus dagas y este bramó furioso.

—¡Ahora! —gritó alguien desde la maleza.

El Corazón Próximo Tinus surgió de entre los árboles y embistió contra Ovreuc con el escudo por delante, el golpe lo arrojó a varios metros de distancia mientras otra púa se clavaba en el brazo herido. A unos metros la bárbara se puso en pie con el rostro constreñido por la ira, Atara yacía muerta a sus pies y la rabia hacía a la mujer más peligrosa que nunca.

Al verse acorralado el asesino simplemente se dio la vuelta y echó a correr, pues sabía que no podía enfrentarse a todos ellos frontalmente, en especial en el caso de la bárbara y el caballero: eran dos guerreros excelentes y no podría con ellos. No en ese momento, ni mucho menos con el brazo herido.

—¡No dejéis que escape! —gritó el hombre serpiente, estratégicamente situado tras un árbol de manera que Ovreuc no pudiese llegar hasta él.

Pandara y Tala emprendieron la persecución del asesino mientras el Corazón Próximo las seguía a algo más de distancia, su pesada armadura le impedía ir más deprisa. Pol fue el último en ir detrás de él, pues se sentía más seguro en la retaguardia y cubierto por sus aliados, su campo no era precisamente el del combate.

Ovreuc corría a máxima velocidad, se arriesgó a echar un rápido vistazo a su espalda y confirmó sus sospechas: la bárbara y la pequeña chica erizo le seguían relativamente cerca, pero Tinus iba mucho más despacio. La armadura resultaba un lastre muy difícil de superar y por más que se esforzase no podría correr a la misma velocidad que los demás. Esa era la

ventaja del asesino, sabía que si corría lo bastante rápido dejaría muy atrás al caballero y entonces podría encargarse de las dos mujeres. No tenía ni idea de dónde se encontraba el hombre serpiente, pero la viperina criatura no le preocupaba: dudaba que pudiese suponer algo más que una leve molestia para él. El asesino giró de manera repentina tras un árbol y cambió su recorrido, correr en círculos le ayudaría en su objetivo de dejar atrás al guerrero. Todavía no sabía muy bien cómo iba a vencer a la bárbara aunque esta no contase con la ayuda del caballero, pues la chica erizo le había inutilizado un brazo con sus afiladas púas. Tendría que pensar alguna cosa, y sería mejor que lo hiciese rápido.

Pol vio al asesino desaparecer entre los árboles sin poder hacer nada. La guerrera del hacha y la pequeña erizo lo perseguían a toda prisa, pero no estaba seguro de que pudiesen alcanzarlo. Seguramente Tala sí que lo haría, pues conocía el bosque como la palma de su mano, pero la bárbara acabaría perdiéndose antes o después, especialmente si el fugitivo continuaba realizando giros como el que había hecho un momento antes. Además no tardaría en acusar la herida de la pierna y acabaría bajando el ritmo. Por otra parte el caballero ni siquiera conseguiría acercarse a él, no con esa armadura. ¿Qué esperanzas tenían de atraparlo?

Un águila chilló desde las alturas y el hombre serpiente esbozó una sonrisa mientras miraba hacia el cielo, por fin estaban allí. Cuando encontraron el cuerpo sin vida del hombre cabra comprendieron que algo amenazaba la seguridad del bosque y pese a que Dantre se negó a pedir ayuda, él y su hermano actuaron por cuenta propia para enviar un mensaje a algunos de los otros clanes de los Adeptos de Malesur que vivían entre los árboles y la naturaleza. Ahora finalmente estaban allí: sus vecinos habían llegado para socorrerlos. Ese hombre águila era solo el primero de muchos.

Ovreuc se refugió tras un grueso árbol y trató de calmar su respiración, había conseguido despistar sus perseguidores y ahora tenía que buscar un escondite donde curar sus heridas. Después iría a por ellos y acabaría con los cuatro que todavía le buscaban. Con Tinus se tomaría todo el tiempo que fuese necesario para devolverle afrenta por afrenta y golpe por golpe.

Echó un último vistazo alrededor para asegurarse de que no lo habían encontrado y abandonó su escondite solo para comprobar que no estaba solo: un hombre muy musculoso y de espaldas anchas se encontraba allí ante él y

le miraba con cara de pocos amigos.

—Vaya, vaya —dijo el asesino, con su mano libre empuñó una daga—. ¿Qué tenemos aquí? ¿Eres otro de esos salvajes?

El hombre no respondió.

—Si no quieres acabar como tus amigos te sugiero que te apartes de mi camino. No estoy de humor para tonterías.

El extraño comenzó a transformarse, su cuerpo ya de por sí musculoso empezó a crecer hasta casi triplicar su tamaño y se puso a cuatro patas. Sus brazos y piernas se doblaron y estiraron mientras se hacían todavía más fuertes y los dedos se transformaban en pezuñas. Ovreuc retrocedió dos pasos y dejó caer la daga sin poder creer lo que veía. Al Adepto de Malesur le crecieron dos cuernos en la cabeza, que ahora guardaba una gran semejanza con la de un toro, y finalmente la criatura bramó y coceó. Sus ojos enfurecidos se clavaron en el asesino que al tratar retroceder otro par de pasos tropezó con una raíz y cayó al suelo.

—Oh, mierda.

El hombre toro se disponía a embestirle.

5

—¡Mierda!

Fue todo lo que le dio tiempo a decir a Ovreuc antes de que el descomunal hombre toro echase a correr hacia él, con su cornamenta capaz de ensartar a un hombre de lado a lado reluciendo por el reflejo de los rayos de sol que se filtraban entre los árboles. El suelo parecía temblar a cada paso de las poderosas extremidades de la bestia, que resoplaba y bufaba por sus ollares como una criatura de pesadilla.

El asesino dio la vuelta y echó a correr. Sabía que no podía enfrentarse a un monstruo semejante ni tan solo en el caso de que se encontrase en su mejor momento y no tuviese un brazo herido. Lo más que podría hacer era esquivar los envites del formidable Adepto de Malesur, pero si este le golpeaba aunque solo fuese una vez, podía darse por muerto.

Sentía al hombre toro corriendo tras él. Los pájaros levantaban el vuelo espantados por el estruendo y los animales corrían a esconderse lo más lejos que eran capaces. Le habría gustado hacer lo mismo, pero no tenía forma de darle esquinazo a la bestia, no por el momento. Tan solo podía tratar de ser más rápido que él, pero tampoco estaba seguro de que eso fuese a funcionar. A fin de cuentas la criatura conocía bien el bosque, mientras que él corría el riesgo de girar por donde no debía y llegar a una zona sin salida.

Ovreuc cruzó a toda carrera un grupo de árboles entre los que pasaba la luz del sol y a punto estuvo de caer por un acantilado que se cortaba ante él, sin embargo en el último instante logró frenar y se sujetó a un arbolillo inclinado sobre el vacío. Trató de calmar su agitada respiración y miró atrás, temeroso de que el hombre toro lo embistiese en cualquier momento. Después se asomó al vacío y vio que tras una caída a tener en consideración había un gran lago de aguas calmas y cristalinas. Echó otro vistazo a su espalda y tomó una decisión: podía arriesgarse con una caída así pero si el monstruo que lo perseguía lograba darle alcance estaría perdido. Con un suspiro de resignación el asesino se soltó del árbol y cerró los ojos durante un instante, después saltó al vacío. Solo esperaba no romperse nada cuando chocase contra las frías aguas del lago.

La caída fue larga y la inmersión resultó fría y dolorosa, sin embargo luchó contra el dolor y trató de mantenerse consciente a toda costa. Sintió que el brazo herido le palpitaba y la sangre que fluía por sus heridas se diluía en

el agua lentamente y dejaba un leve rastro escarlata tras él. Cuando dejó de hundirse, el asesino giró en el agua y comenzó a patear para poder llegar hasta la superficie. Pese a que había cogido aire antes de hundirse, el choque contra el agua helada le había arrancado un grito silencioso que lo dejó sin reservas. Los pulmones le ardían mientras luchaba para continuar ascendiendo y, sobre todo, para no perder el sentido. Un último esfuerzo le permitió alcanzar la superficie del lago y aspiró con fuerza. El aire le pareció lo más dulce que había probado jamás. Entonces una fuerte mano atenazó su tobillo y lo arrastró hacia abajo. Las frías aguas volvieron a cerrarse sobre su cabeza y el lago quedó en calma.

Algo lo estaba llevando hacia el fondo del lago y lo peor era que se aferraba a su pierna con demasiada fuerza como para que pudiera soltarse por más que pateaba. Consciente de que no aguantaría mucho más trató de cambiar de posición para mirar debajo de él. Cuando lo consiguió lo que vio estuvo a punto de arrancarle un grito de sorpresa: estaba siendo arrastrado por la que sin duda era la criatura más extraña que había visto jamás, pues superaba incluso a los Adeptos de Malesur con los que ya se había tropezado. El ser, mitad humano y mitad animal, poseía un cuerpo alargado y cubierto de escamas como si de un pez se tratase, pero su gran cabeza repleta de dientes afilados le recordaba más a las terribles morenas que poblaban las aguas de los océanos de Darlime, aunque a diferencia de estas tenía unos brazos largos y delgados que no aparentaban la fuerza que en realidad poseían. Decidió que debía tratarse de uno de los feroces hombres morena de los Adeptos de Malesur, que según lo que había escuchado eran los más sanguinarios de todos los hombres animales. En tierra firme y en perfectas condiciones habría tenido serios problemas para sobrevivir al enfrentamiento contra uno de esos seres, pero bajo el agua y herido no tenía esperanza ninguna. Sin embargo eso no le detendría.

Palpó su cinturón y advirtió con desesperación que tan solo le quedaba una de sus afiladas dagas, tendría que ser suficiente. La extrajo de la funda mientras maldecía el haber perdido durante la pelea sus fiables armas de oricalco, regalo del Maestro. Sin perder tiempo usó la que le quedaba para clavarla todas sus fuerzas en el brazo que le sujetaba la pierna. Después le propinó una fuerte patada con la pierna libre y sintió que los tenaces dedos soltaban su presa. Comenzó a nadar hacia la superficie dando brazadas y pateando lo más fuerte que podía. Su daga se había quedado en el brazo de la criatura y si esta volvía a atraparlo no podría defenderse. Echó un fugaz

vistazo hacia abajo y vio que el monstruo le perseguía, tenía que darse prisa.

En esta ocasión, cuando rompió la superficie del lago no se quedó a disfrutar del dulce aire, sino que comenzó a nadar veloz hacia la orilla. Sintió que iba a lograr escapar, pero cuando estaba a escasos metros de tierra firme tuvo la terrible certeza de que el hombre moreno le estaba dando ventaja, aunque eso no tenía ningún sentido para él.

Unas pocas brazadas más le llevaron hasta la orilla y el asesino emergió arrastrándose y tosiendo mientras escupía agua. Fue entonces cuando sintió una fuerte respiración ante él y al levantar la cabeza se encontró de nuevo con la feroz mirada del hombre toro. Comprendió por qué la otra criatura le había dejado escapar tan fácilmente.

Un águila gritó en el cielo y cuando Ovreuc levantó la vista advirtió que a juzgar por su tamaño también esta criatura debía tener parte humana. Al parecer los Adeptos de Malesur lo habían atrapado. Algo le decía que ese grito era una señal de aviso.

Pese a que lo único de lo que tenía ganas en ese momento era de tumbarse y descansar, no lo hizo. Con un gran esfuerzo se levantó y se puso en guardia ante la bestia que tenía ante él, pese a lo inútil de su gesto: ese hombre toro debía pesar al menos cinco veces lo que él, por no hablar de sus músculos y de los afilados cuernos con que remataba su testa.

—Adelante, acaba con él —ordenó una voz.

El asesino advirtió que varios Adeptos de Malesur más llegaban hasta ellos. Una rápida mirada le permitió ver dos lince, una pareja erizas y otro par de hombres topo de afilado hocico y grandes puños. Sus ojos ciegos miraban en su dirección mientras olfateaban el aire. Quien había hablado, probablemente su líder, era un descomunal hombre oso cuyo aspecto resultaba tan majestuoso como terrible, uno solo de sus brazos era casi más grande que el propio asesino.

El hombre toro arremetió contra Ovreuc y aunque este saltó a un lado para evitar el embiste el poderoso hombro de la criatura le golpeó con fuerza y lo arrojó contra unos árboles cercanos.

—¡Alto!

Un hombre llegó corriendo por la orilla con una espada corta en las manos. Por algún motivo el asesino supo que le conocía pero se encontraba tan aturdido por las heridas, que era incapaz de recordar de qué.

—No interfieras, esto no es algo que concierna a la Alianza —dijo el hombre oso.

—Te equivocas. —El recién llegado se interpuso entre Ovreuc y los Adeptos de Malesur—. La Alianza tiene mucho que ver en todo esto, ya que hicimos un trato con los vuestros: acordamos que les ayudaríamos a atrapar a ese hombre por derramar la sangre de vuestra gente pero a cambio permitirían que lo llevásemos al Bastión de la Alianza para que lo ajusticien allí.

—Es cierto —el hombre águila aterrizaba en ese instante entre los demás—. Hablé con Pol hace unos minutos, él me lo dijo. Hicieron un trato, Liehhan.

El hombre oso clavó los ojos en el explorador y bufó enfadado. Después asintió con la cabeza y se volvió.

—Muy bien, cogedlo vivo. Hablaré sobre esto con Pol. No permitiremos que uno de los nuestros falte a la palabra dada.

El explorador se agachó ante Ovreuc y el asesino logró reconocerlo antes de perder el sentido a causa de las heridas recibidas.

—Me debes una —susurró Dróner antes de echárselo sobre los hombros y comenzar a caminar tras los hombres animales.

—¡Esto es un insulto para nuestros muertos! —bramó Liehhan—. ¡Ese hombre ha matado a muchos Adeptos de Malesur y sus almas reclaman venganza!

—Cálmate, por favor —Tala se había erigido como intermediaria entre el furioso líder y el hombre serpiente Pol—. Este hombre nos engañó para que atacásemos a la Alianza, murió gente en ambos bandos por su culpa y estuvimos a punto de matarnos hasta que solo quedase uno de los dos bandos en pie.

—Lo sé, pero incluso así...

—Liehhan, por favor —suplicó Tala—. Hicimos un trato con ellos.

Tinus y Pandara observaban la discusión sin mediar palabra. Sabían que no debían intervenir si querían que el líder de los Adeptos de Malesur los dejase vivir. Dróner descansaba junto a ellos, sentado a la sombra de un árbol. El Corazón Próximo no apartaba la mirada del explorador. Su ceño fruncido parecía indicar que no estaba del todo conforme con la situación.

—¿Hay algún problema, Tinus? —preguntó al fin.

—¿Dónde estabas, Dróner? ¿Por qué no nos ayudaste? —preguntó el caballero.

—¿Qué esperabas, que me enfrentase yo solo a tres Adeptos de

Malesur? Tal vez habría podido con la chica erizo o con el hombre serpiente, pero no con su jefe el lince y mucho menos con los tres al mismo tiempo.

—Tiene razón —intervino la bárbara. Los Adeptos de Malesur habían atendido sus heridas y al menos ya podía caminar—. Hizo bien al mantenerse oculto, aunque debió dejar que matasen al asesino. Es demasiado arriesgado llevarlo con vida al Bastión de la Alianza. Podría escapar.

—Tenemos órdenes y me limité a cumplirlas —dijo Dróner—. ¿Hice mal, jefe?

El caballero apretó los labios y al fin apartó la mirada del explorador.

—No —concedió—, hiciste lo que debías. Y no me llames jefe.

—Como quieras. Deberíais estar pendiente de esos dos —dijo señalando con la cabeza hacia la disputa entre los hombres animales—. De lo que decidan dependerán nuestras vidas.

Conscientes de que estaba en lo cierto el caballero y la bárbara miraron de nuevo hacia los Adeptos de Malesur.

—Tendríamos que matarlos a todos ahora mismo —dijo el hombre toro—. Son nuestros enemigos.

—Pero hicimos un trato con ellos —insistió Tala.

—Mataron a tres de los nuestros —apuntó Liehhan.

—Y nosotros a tres de los suyos —recordó la chica erizo—. Con la diferencia de que nosotros les atacamos y ellos solo se defendían.

—¡Por culpa de ese hombre! —exclamó el hombre oso—. ¡Os engañó a todos y ahora pretendéis dejar que escape!

Un fuerte viento interrumpió la discusión mientras un aleteo anunciaba la llegada de alguien más. Cuando el vendaval se dispersó los presentes vieron que el recién llegado era un hombre búho de plumaje blanco y grandes ojos que miraba a Liehhan con determinación. Un hombre cabra surgió de entre la vegetación y se aproximó al hechicero. Al parecer lo había estado siguiendo por tierra.

—¡Mihualo! —Pol se aproximó al guía espiritual de su pueblo y se inclinó ante él en una respetuosa reverencia—. ¿Pero cómo es posible? ¿Qué hacéis en Darlime? Creía que Liehhan y tú os encontrabais en el lejano Bosque de Lilean.

—Es una larga historia —respondió el aludido—, más apropiada para otro momento.

—Maestro, ese hombre... —el hombre oso trató de explicarse, pero una severa mirada del respetado hechicero le hizo callar.

—Hijo mío, debes ser capaz de contener tu ira. Ese hombre es nuestro enemigo, sí, y es el culpable de la muerte de muchos de los nuestros. ¿Pero acaso eso es motivo para romper un juramento hecho a Malesur?

Lieghan abrió la boca para protestar pero volvió a cerrarla sin decir una sola palabra. Pol esbozó una astuta sonrisa.

—Nuestros hermanos —continuó el hombre búho en tanto que señalaba a Pol y a Tala— juraron en nombre del Padre que ayudarían a la Alianza a apresar a ese hombre. ¿Vas a permitir que cumplan su palabra o por el contrario serás responsable de que rompan un juramento?

—¿Pero cómo sabemos que no irán corriendo a decirle a sus líderes que estamos en este bosque?

—Eso no pasará —aseguró Tinus—. Parte del trato que hicimos con Pantro y los demás era que os dejaríamos en paz.

—¿Y quién me dice a mí que cumpliréis vuestra palabra? —insistió Lieghan.

—Soy un caballero, nosotros no mentimos —aseguró el Corazón Próximo—. Ese hombre asesinó a la esposa del Corazón Bélico, Nírlem el Paladín. Solo queremos venganza, por eso nos envió tras él. Permitídselo y os aseguro que la Legión de los Cien Corazones no os molestará, de hecho estoy seguro de que Nírlem se sentirá en deuda con vosotros. ¿Quién sabe? Podría ser un principio para que la Legión y los Adeptos de Malesur firmen la paz y se unan contra el enemigo común que suponen los Neonatos.

—Eso lo dirás tú —bufó el hombre oso—. Pero aunque te crea, ¿Que hay de tus compañeros?

—Por mí no te preocupes —dijo Dróner—. Solo quiero volver a casa.

—Tampoco por mí. Por mucho que os deteste si me dejáis marchar me olvidaré por completo de vosotros —prometió la Mercenaria de Isha—. Comprendo que todo ha sido un gran malentendido.

—Muy bien —concedió Lieghan al fin—. Permitiré que os llevéis al prisionero. Vigíladlo con vuestras vidas. Si escapa no solo os estaréis poniendo en peligro a vosotros mismos sino también a nosotros, por no hablar de que saldría impune de todos los crímenes que ha cometido.

—Te juro que no permitiré que escape mientras mi corazón lata — Tinus miró a la mujer con expresión severa—. Recibirá su castigo.

Ordenaré que os escolten hasta la linde del bosque —dijo el hombre oso. Tras él Mihualo lo miraba y asentía con orgullo—. Pero después estaréis solos. Si esto sale mal más te vale que, como dices, se deba a que estéis todos

muertos. De lo contrario os daremos caza y sentiréis el terror de enfrentaros a la ira de Malesur. ¿Queda claro?

—Completamente —respondió Dróner, adelantándose a su líder—. ¿Ahora qué tal si nos dais algo de comer y de beber antes de partir? Necesitaremos todas nuestras fuerzas si tenemos que vigilar a este asesino.

Lieghan le lanzó una mirada cargada de reproche, pero finalmente asintió y dio una orden a sus subordinados.

El explorador miró a Ovreuc. Este yacía maniatado en el suelo con la mirada clavada en él.

6

—¿Por dónde demonios se sale de este maldito bosque? —protestó Pandara la bárbara después de matar de un manotazo otro insecto. Ya había perdido la cuenta de los que había aplastado desde que se despidiesen de los Adeptos de Malesur unos días atrás.

—Nos dijeron que por el sur —recordó Dróner.

El explorador caminaba al frente de la columna a fin de llevar a sus compañeros por el camino correcto.

—¿Y dónde está el sur? —añadió la belicosa mujer, que miraba con el ceño fruncido hacia el lugar donde tendría que haber estado el cielo, oculto tras un techo de hojas y ramas. El bosque era mucho más tupido allí de lo que habían visto hasta el momento en otras zonas.

Pandara cerraba la marcha. Llevaba sobre el hombro su gran hacha a dos manos y la pierna derecha cubierta por vendas que ocultaban la herida sufrida durante la pelea contra el asesino. Este caminaba unos metros por delante de la guerrera con las manos fuertemente atadas a la espalda. Además, una corta cuerda unía sus piernas por los tobillos de manera que no pudiese correr y se viese obligado a caminar a pasos cortos y una sucia mordaza se clavaba en su boca y le impedía hablar. La mirada de la mujer estaba clavada en la espalda del asesino, mientras que por delante de él caminaba el Corazón Próximo Tinus. El asesino trastabilló al tropezar con una raíz y estuvo a punto de caer al suelo, pero Pandara lo sujetó por la estropeada camisa que vestía y le obligó a mantenerse en pie. Después lo empujó hacia delante para que continuase andando.

—Si intentas hacer cualquier tontería eres hombre muerto —advirtió la bárbara—. Diga lo que diga el caballero.

Tinus suspiró y sacudió despacio la cabeza, no estaba muy seguro de que fuese a conseguir llevar con vida a Ovreuc ante el Corazón Bélico. La bárbara estaba deseando tener una excusa por pequeña que fuese para hundirle el hacha en la espalda. No le extrañaba en realidad, pues pese a que fueron ocho los que partieron en su busca tan solo seguían con vida ellos tres. Todos los demás habían muerto durante la persecución.

—Es por aquí —indicó Dróner antes de adentrarse por un tortuoso sendero apenas visible entre la maleza y desaparecer por delante de sus compañeros.

—¿Nos queda agua? —preguntó Pandara. De un empujón obligó a Ovreuc a cambiar de rumbo para seguir el indicado por el explorador.

—Apenas —indicó el Corazón Próximo—. Será mejor reservarla, no sabemos cuándo vamos a encontrar más.

—Hay un arroyo un poco más adelante —la voz de Dróner surgió de alguna parte por delante de ellos—. Podemos acampar allí para pasar la noche.

Tinus advirtió entonces que estaba oscureciendo. No se había dado cuenta hasta que el explorador mencionó la posibilidad de acampar, de tan sumido como estaba en sus propios pensamientos.

—Bien —concedió—. Pararemos algunas horas, pero nos pondremos en marcha con el primer rayo de sol.

—Bebe.

Dróner ofreció el odre de agua al prisionero después de quitarle la mordaza. Cuando el explorador apretujó el pellejo del recipiente un chorro de líquido salió disparado hacia el rostro de Ovreuc, que no tardó en buscarlo con la boca abierta y comenzar a beber con ganas. Cuando sació su sed inclinó la cabeza de manera que el agua le empapase el pelo y chorrease refrescante hacia su espalda.

—Ya era hora —dijo mientras Dróner dejaba el recipiente a un lado.

—Un «gracias» no habría estado mal —protestó el explorador con una sonrisa burlona.

—Bien. Ahora suéltame.

—Ya te gustaría —susurró el hombre de la Legión de los Cien Corazones.

Un vistazo a sus dos compañeros, envueltos en mantas a varios metros de distancia de ellos, le confirmó que dormían profundamente. Era su turno de guardia y resultaba natural que ellos quisieran aprovechar bien las escasas horas que quedaban para el amanecer.

—¿Entonces qué quieres? —preguntó Ovreuc, también en voz muy baja.

—¿Qué te hace pensar que quiero algo?

—Tu mirada —respondió el asesino con una sonrisa burlona—. Has estado pensando en lo que hablamos.

—Tal vez.

—¿Y a qué conclusión has llegado?

—Bueno... —el explorador echó otro vistazo al caballero y la bárbara, pero se tranquilizó cuando advirtió los ronquidos de la mujer y la profunda y calmada respiración del Corazón Próximo.

—¿Sí?

—Bueno —repitió—, si tienes razón en lo que dijiste, la Legión de los Cien Corazones está todavía más podrida de lo que esperaba. Aunque tampoco es que tú seas mejor.

—No, en realidad soy bastante peor —admitió Ovreuc mientras reprimía una carcajada.

—Pero no tengo intención de liberarte —confesó Dróner.

—Eso complica las cosas —dijo el asesino.

—No desde mi perspectiva.

—Estoy seguro. ¿Seguirás trabajando con ellos después de lo que sabes?

—No lo sé —confesó el explorador—. Llevo demasiado tiempo como miembro del Latir Explorador y esto es lo único que sé hacer, aunque por otra parte en estos tiempos la situación para los miembros de la Alianza no es demasiado buena.

—Es curioso, si las cosas hubiesen sido distintas para ambos podíamos habernos encontrado en situaciones opuestas.

—Tal vez, pero a mí nunca me habrían atrapado —replicó Dróner con una sonrisa de burla.

—Ahora nunca lo sabremos.

—¿Cuándo te piensas escapar? —preguntó el explorador.

—Cuando sepa cómo hacerlo —confesó—. Mientras tenga las manos atadas a la espalda y las piernas sujetas por esa cuerda para que no pueda correr no hay manera de que pueda hacer nada.

—En ese caso tienes una ardua tarea por delante —dijo el explorador mientras volvía a ponerle la mordaza.

Se dirigió de nuevo hacia sus compañeros y se sentó junto a ellos sin quitar ojo al asesino, que le devolvió la mirada. Después extrajo unas tiras de carne seca de su zurrón y se puso a mordisquearlas. Debía confesar que la historia de Ovreuc le había resultado muy interesante y por algún motivo no dudaba que sus palabras fuesen ciertas, pero no era eso lo que más le preocupaba, en realidad se sentía fascinado por el asesino. Dróner se había unido a la Legión tiempo atrás, para poner sus habilidades como hombre de

los bosques al servicio de alguien que pudiese pagarle por su trabajo, aunque nunca había sentido especial aprecio por los caballeros de armaduras tan rígidas como el honor. Las palabras de Ovreuc resonaron en su mente y comprendió que eran ciertas: de haber seguido otro camino podría estar en el mismo lugar que él, como un asesino que se ganaba la vida matando por encargo. ¿A qué debía el camino que había recorrido?

El prisionero apartó la mirada del explorador. Suponía lo que este debía estar pensando, aunque había esperado que le ayudase. Pero al parecer se había equivocado con él, lo que le dejaba pocas opciones. Sin embargo no había sobrevivido a un enfrentamiento con Jeryk Malakoy y sus caídos para ser derrotado a manos de un reducido grupo de la Alianza.

Sabía que, probablemente, al día siguiente abandonasen finalmente el bosque y si quería escapar tendría muchas más posibilidades de hacerlo allí que fuera. Aunque por otro lado, mientras no se marchasen de la foresta, la amenaza de los Adeptos de Malesur seguía estando presente. Ovreuc decidió repasar sus opciones para encontrar una salida a su situación: tenía las manos atadas a la espalda y las piernas sujetas por dos palmos escasos de cuerda que a su vez estaban atados por otra cuerda que lo sujetaba a un grueso árbol, de manera que no pudiese alejarse de allí. Echó una mirada a sus captores y se tumbó en el suelo como si intentase dormir, pero dobló las piernas hacia atrás hasta que pudo tocar sus botas con las manos atadas. Entonces comenzó a moverse como si fuese un contorsionista, estirando y doblando los brazos todo lo que podía. Sintió que los músculos de ambos brazos le ardían y con un último esfuerzo final los pasó por debajo de las piernas, de manera que sus manos quedasen delante. Echó otro vistazo a sus captores y se agachó hasta que pudo tocarse las botas con las manos, después hurgó en la derecha para extraer una pequeña cuchilla oculta en ella. Se tomó un momento para recuperar el aliento, tenía los músculos doloridos.

Había decidido que lo primero que haría cuando lograrse liberarse sería acabar con la bárbara, después se ocuparía de Tinus. No estaba seguro de qué haría con Dróner, pero eso era algo que podía esperar. Una vez se hubiese ocupado de ellos abandonaría el bosque, pues no tenía intención de vérselas de nuevo con los Adeptos de Malesur. Después acudiría a la ciudad más cercana y se dirigiría directo al cuartel de los Neonatos más cercano. Estaba deseando volver a casa y ver a Ixxen. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que pudieron pasar juntos un rato, antes de que comenzase todo el asunto de los Malditos de Malakoy, y debía de confesar que la echaba de

menos.

Resopló con hastío y con la cuchilla en la mano comenzó cortar las cuerdas que le impedían utilizar las manos libremente. El brazo herido todavía le daba pinchazos de dolor. Los Adeptos de Malesur se lo habían curado cuando revisaron las heridas de sus captores, pues al parecer nadie deseaba que se le infectase y le produjese fiebres o algo peor. Necesitaban que llegase vivo hasta el Bastión de la Alianza. A él le había venido bien, pues de no hacerlo jamás habría tenido ocasión de tratar de escapar.

Un trozo de cuerda cayó al suelo y el asesino comenzó a trabajar en el resto, debía darse prisa si no quería que le descubriesen. No había podido intentar nada durante las guardias de los otros dos, pues no le quitaron los ojos de encima durante todo el tiempo, pero Dróner no parecía tener demasiado interés en vigilarle. Al menos eso era una ayuda, toda la que necesitaba. Cuando cortó el último nudo tuvo que reprimir una exclamación de alegría, solo tendría que ocuparse de las cuerdas de sus pies y al fin estaría libre. Abrió y cerró las manos repetidas veces y sintió un hormigueo cuando la sangre corrió libremente por las venas, ahora sin la férrea atadura de las cuerdas.

La punta de una espada se aprestó contra su cuello y Ovreuc levantó las manos muy despacio mientras maldecía en silencio.

—Buen intento, asesino. —Tinus se encontraba junto a él vestido con una camisa y unos calzones de lino y con expresión de cansancio—. De no haberme levantado a orinar habrías conseguido liberarte, pero has perdido tu oportunidad. Te prometo que no tendrás otra.

El aludido clavó en el caballero sus ojos, que brillaron con un resplandor de ira y se arrancó la mordaza.

—Os mataré a todos —prometió—. Y tú serás el último en morir y a quien más tiempo dedicaré.

—No fuerces tu suerte —advirtió el Corazón Próximo—. Si te hubiese encontrado Pandara ahora mismo tu sangre cubriría el suelo que pisas. Deberías estarme agradecido.

—¿Agradecido? —preguntó él—. ¿Acaso cuando lleguemos al Bastión de la Alianza me dejaréis ir? Porque según tengo entendido me llevas ante ese bastardo de Nírlem para que me ejecuten. No te hagas el bueno conmigo, no eres mejor que yo aunque me llames asesino y tú digas ser un caballero.

—A diferencia de ti no mato a personas inocentes. Dime Ovreuc, ¿puso mucha resistencia la esposa del Corazón Bélico cuando la mataste?

Como única respuesta el aludido entrecerró los ojos mientras maldecía las palabras de Tinus.

Después de caminar durante varias horas más, finalmente el bosque quedó atrás, pero todavía quedaban algunos días de viaje antes de llegar hasta la ciudad. Ovreuc volvía a estar maniatado, aunque en esta ocasión Tinus había ordenado a Dróner que fuese detrás de él con la espada desnuda por si intentaba cualquier cosa.

—Tendrías que dejar que me ocupase yo de vigilarlo —protestó la bárbara.

—Ya hemos discutido eso, Pandara —replicó Tinus—. No me arriesgaré a que lo mates en un arrebató de entusiasmo.

—Sería lo más prudente.

Ovreuc gruñó en silencio, cansado de esas estúpidas discusiones entre sus captores. Empezaba a desear que lo hubiesen matado, con tal de no tener que seguir escuchándoles.

—Habría que parar a comer algo —propuso Dróner.

—A mí no me importaría —comentó la mujer—. Aunque desde luego no sería tan divertido como hundirle el hacha en las tripas a ese bastardo.

—Bien, haremos un descanso —ordenó Tinus. Dio el alto a sus compañeros en un recodo del camino en el que unos árboles proyectaban una acogedora sombra bajo la que podrían refugiarse mientras comían y recuperaban fuerzas—. Este es un buen sitio. Pandara, mira a ver si puedes cazar algo de comer. ¿Todavía te quedan algunos de los virotos de tus compañeras?

—Claro —afirmó ella.

—Bien, yo iré a buscar agua. Dróner, no pierdas de vista a nuestro amigo.

—No te preocupes, jefe —respondió el aludido—. No irá a ningún sitio.

—Eso espero. No tardaremos.

El explorador vio marcharse a sus compañeros mientras esbozaba una sonrisa ladina. Cuando los perdió de vista se dirigió hacia Ovreuc y lo miró fijamente a los ojos.

—Escúchame —dijo—, he estado pensando en lo que hablamos. Podría matarte ahora mismo y decir que intentaste escapar o podría simplemente asegurarme de que acabas en manos del Corazón Bélico, pero creo que tus

palabras me han hecho replantearme las cosas. Podría ayudarte a escapar.

La expresión del asesino se tornó en sorpresa ante la inesperada oferta.

—Aunque si hago eso me gustaría irme contigo, podría aprender mucho de ti. Piensa sobre ello, ¿de acuerdo? Pero no te tomes demasiado tiempo, Pandara no aguantará mucho más tiempo antes de acabar contigo. Y por si no te has dado cuenta Tinus también está deseando ponerte la mano encima.

El asesino asintió despacio para dar a entender que aceptaba mientras unos fuertes pasos indicaban que alguien se acercaba a donde ellos se encontraban. El explorador esbozó una gran sonrisa que indicó que habían cerrado el trato. Después se alejó de él y acudió a recibir a Pandara. La guerrera arrastraba por el suelo un pequeño cervatillo con un virote sobresaliendo del cuello.

—¿Alguna novedad? —preguntó mientras soltaba la pieza de caza junto a la hoguera.

—Ninguna —aseguró el explorador—. Espero que Tinus no tarde mucho en volver, estoy hambriento.

La mujer desenvainó una daga larga y se sentó junto al cervatillo, dio unos cuántos cortes bien situados y comenzó a despellejar su presa. El explorador cerró la mano en torno a la empuñadura de su espada, sintió el cuero y el acero en su mano y lentamente comenzó a desenfundar el arma. Pudo sentir los ojos de Ovreuc fijos en su espalda, observando cómo estaba a punto de traicionar a su compañera. La espada corta se deslizó fuera de su vaina y el explorador la apuntó hacia la guerrera, cuando esta se volvió sin previo aviso. Su rostro se tornó en una mueca de estupefacción al ver lo que sucedía, pero los reflejos adquiridos durante tantos y tantos años combatiendo le hicieron apartarse a un lado, aunque no fue lo suficientemente rápida y el acero le arañó en el costado. La bárbara gritó por el dolor mientras rodaba hacia su hacha. La sangre fluyó a través de la cota de mallas que cubría su torso. El explorador se dispuso a rematar a la que había sido su compañera, pero la mirada acusadora y decepcionada de esta le hizo dudar durante un instante. La Mercenaria de Isha aprovechó para contraatacar y su hacha hendió la armadura de cuero del explorador y su carne, pero un salto atrás en el último momento evitó que el golpe fuese letal. El dolor hizo reaccionar al traidor, que extrajo su espada y la clavó en el cuello de la bárbara. Esta murió en el acto y se desplomó.

—Maldita sea —farfulló el explorador—, ha estado a punto de matarme.

Se llevó la mano libre a la herida y la apretó con fuerza. Después se dirigió hacia Ovreuc y utilizó su arma para sesgar las cuerdas que aprisionaban las manos del prisionero justo antes de caer al suelo a causa del dolor. El asesino flexionó las manos por fin libres y tomó la espada del explorador caído para cortar la cuerda que unía sus pies.

—Sabía que acabaría pasando esto —aseguró la voz de Tinus—. Debí haberte matado cuando tuve la oportunidad.

Ovreuc se quitó la mordaza y se encaró con el hombre, que había arrojado al suelo las botas llenas de agua y ya desfundaba su espada.

—¡Estaba deseando que llegase este momento! —exclamó Ovreuc mientras advertía que el hombre portaba sus dagas de oricalco al cinto.

—Al final todo se reduce a nosotros dos. Será mejor que lo resolvamos aquí y ahora.

Ovreuc maldijo en silencio. El caballero se encontraba en perfecta forma y protegido por una pesada armadura de placas, pero él estaba hambriento, cansado y todavía sentía molestias en el brazo. Además tan solo disponía de una espada corta, mientras que el caballero disponía de su acero y su escudo. No iba a ser una pelea fácil.

El caballero lanzó el grito de guerra de la Legión de los Cien Corazones mientras cargaba contra su adversario con la espada en ristre y el escudo en posición para arrollarle. Pese a todas sus desventajas, el asesino continuaba siendo rápido y muy ágil. Por ello pudo apartarse de un salto y colocarse en el flanco del Corazón Próximo, aunque este se volvió de inmediato y recuperó la guardia para después emprender una segunda carga. Ovreuc volvió a apartarse de la trayectoria del arma y repitió la maniobra sin apartar los ojos de su enemigo. Cuando identificó una leve sonrisa de suficiencia en el rostro del caballero, supo que había llegado el momento que estaba esperando. Tinus emprendió una tercera embestida y el asesino hizo amago de realizar el mismo movimiento que las dos veces anteriores, pero antes de llevarlo a cabo se agachó y saltó hacia las piernas de su rival, que en esos momentos golpeaba por sorpresa hacia donde debía haber estado el asesino de haber repetido de nuevo su maniobra evasiva. El acero hendió el aire mientras su portador caía arrastrado por el peso del otro hombre, pero el agotamiento había hecho mella en Ovreuc y no consiguió apartarse a tiempo. Mientras se arrastraba para tratar de alejarse de Tinus, este lo agarró del pie y tiró de él. Después rodó hasta colocarse encima del asesino y comenzó a estrangularlo con sus manos enfundadas en guanteletes metálicos. El Neonato

boqueó como un pez fuera del agua mientras manoteaba para tratar de alcanzar la espada corta que le había caído cuando trataba de apartarse del caballero. Sin embargo el arma se encontraba fuera de su alcance y Ovreuc supo con terrible certeza que no había nada que pudiese hacer con las manos desnudas contra un hombre robusto enfundado en una armadura de placas, especialmente dado que este se encontraba sobre él y lo estaba ahogando. Esa vez no podría engañar a la muerte.

Un estruendo resonó en el aire y Tinus comenzó a aflojar la enorme presión que estaba haciendo sobre el asesino. Este advirtió que era su oportunidad y empujó al caballero para quitárselo de encima. Después rodó por el suelo hacia la espada corta del explorador, la empuñó con una mano dolorida y se puso en pie jadeando. Todavía le costaba respirar y sentía terribles dolores en el cuello, casi como si tragase cristales. Se dispuso a defenderse pero, para su sorpresa, el Corazón Próximo yacía muerto sobre un charco de sangre. Un hilillo humeante ascendía desde un agujero negro en su espalda. Ovreuc miró a su alrededor y advirtió que había alguien más allí con ellos, una mujer joven que lo miraba mientras sostenía en sus manos un fusil pesado que humeaba. Un tenue olor a pólvora se extendía por el ambiente.

—Hola, Ovreuc —le saludó con una sonrisa encantadora.

—Hola, Ixxen —respondió él, que no estaba seguro de que aquello fuese real.

Después se derrumbó a causa del cansancio y las heridas.

7

—Pensaba que no volvería a verte —confesó Ovreuc.

—Pues no has conseguido librarte de mí —dijo Ixxen mientras sonreía.

Los dos Neonatos se encontraban descansando bajo el sol rojizo del atardecer. El asesino había dormido durante algunas horas y cuando finalmente despertó se encontró con una agradable sorpresa al comprobar que la ingeniera estaba allí y no había sido solamente fruto de su imaginación. Una hoguera crepitaba. En torno a ella podían verse restos del cervatillo que había cazado la bárbara de las Mercenarias de Isha antes de que Dróner la matase. El explorador dormía cerca de ellos, sus ronquidos llegaban claramente hasta la pareja.

—Menos mal que no le mataste —comentó Ovreuc mientras miraba a su nuevo aliado—. Hice un trato con él por salvarme la vida.

—Bueno, me dijo que te había ayudado. No quise arriesgarme a que fuese cierto, así que me limité a atarle y esperar a que despertases.

—Hiciste bien. Y gracias por ocuparte también de sus heridas.

—¿Qué otra opción tenía? Habría muerto si lo hubiese dejado como estaba. ¿Qué vas a hacer con él?

—Creo que será una buena incorporación a mis asesinos, podría reclutarlo como neófito.

—Debe haberte impresionado para que digas eso de un explorador de la Legión de los Cien Corazones.

Sin mediar palabra el asesino besó a su compañera, que le devolvió el beso con pasión.

—¿A qué ha venido eso, tan de repente? —dijo ella cuando se separaron, su cabeza descansaba apoyada en el pecho del hombre.

—Tenía ganas de verte, Ixxen. Han sido unas semanas muy difíciles para mí.

—Rabe nos contó lo que había sucedido —dijo ella—. ¡Nos llevamos una gran sorpresa cuando los vimos allí! Nos contó tu plan y debo confesar que funcionó a la perfección: Comadreja Blanca escapó al ataque de los Malditos de Malakoy y nos avisó de lo que sucedía, el Maestro ordenó de inmediato que nos preparásemos para partir en su busca.

—Me lo puedo imaginar. Pero dime, ¿qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado?

—En realidad ha sido suerte —confesó la ingeniera—. Alguien descubrió tu sombrero entre los restos de un drom kluch que las olas arrastraron hasta una playa cercana y nos avisaron, supusimos que de alguna manera debías haber conseguido escapar. Aunque te haya encontrado yo hay muchos destacamentos dispersos por la zona buscándote, pero salí en tu busca la primera.

—¿Estabas preocupadas por mí? —preguntó Ovreuc con una sonrisa.

—Un poco, no sabía si estabas herido. Pero dime, ¿qué te ha pasado?

—De todo, en realidad —dijo él con una carcajada—. Durante el ataque a los barcos fantasma encontré un drom kluch abandonado y traté de utilizarlo para llegar hasta alguna de nuestras naves de guerra, pero el disparo de una máquina de guerra me derribó y perdí la consciencia. Cuando desperté me encontraba en medio de lo que parecía un cementerio de barcos y no había nadie más por allí. Afortunadamente el drom kluch había aguantado, o de lo contrario me habría ahogado, pero el globo estaba destrozado y no podía volar. Utilicé la hélice para salir de allí y cuando ya llevaba dos días a la deriva y pensaba que moriría en el mar vi la costa. Traté de llegar hasta ella pero una ola me derribó y me arrastró, aunque conseguí alcanzar la playa. Sin embargo allí me tropecé con una patrulla de la Legión de los Cien Corazones.

—¿Qué hacían ellos por esta zona? —preguntó Ixxen—. Está muy lejos del Bastión de la Alianza.

—Ni idea, pero su líder me reconoció y trataron de apresarme. Escapé y me persiguieron hasta el bosque, donde nos tropezamos con los Adeptos de Malesur.

—¿Pero cómo pudieron reconocerte?

—Fue por el hombre al que mataste, el Corazón Próximo. Él y yo ya nos habíamos visto en una ocasión, hace años. En esa época tuve un enfrentamiento con Nirlem el Paladín y la Legión de los Cien Corazones me buscaba para ejecutarme.

—Comprendo. ¿Fue por tu antiguo trabajo como asesino a sueldo?

—Más o menos. Nirlem me contrató para matar a alguien y lo hice, pero no quiso cumplir su parte del trato y maté a su esposa —confesó—. No es algo de lo que me sienta orgulloso.

La ingeniera guardó silencio mientras clavaba en él una mirada de sorpresa.

—Nunca habría esperado ver al líder del Gremio de Asesinos de los Neonatos arrepentido por matar a alguien —dijo ella—. ¿Quién era esa

mujer?

—No llegué a conocerla bien, tan solo la noche en que la maté. Pero era una persona buena e inocente, Ixxen. No debí matarla.

—Y eso te atormenta, ¿no es cierto?

—Sí.

—Ovreuc, escúchame. —Tomó las manos de su compañero con las suyas y lo miró a los ojos con ternura—. Hiciste lo que tenías que hacer, la Legión de los Cien Corazones son nuestro enemigo y en aquel entonces eran el tuyo. De haber conseguido capturarte no habrían dudado en matarte tanto a ti como a cualquiera relacionado contigo.

—Lo sé, pero incluso así yo...

—No he terminado —continuó ella—. Probablemente esa mujer no merecía morir, en eso estamos de acuerdo. Pero nuestro mundo está sumido en la guerra y continuamente muere gente que no lo merece. Tú solo hiciste lo que tenías que hacer para que Nirlem viese que tratar de engañarte salía más caro que pagarte por tu trabajo. Por cosas como esas eras considerado el mejor asesino de todo Darlime, y como tal no puedes permitirte dudas ni remordimientos o eso hará que antes o después alguien más despiadado acabe contigo.

Ovreuc la abrazó, agradecido. Por primera vez en años sentía que podía dejar ir el peso que sentía en su interior desde la muerte de Nyala.

—¿Sabes? Tenías razón cuando me dijiste que debía aprender que ahora mis enemigos son los enemigos de los Neonatos y mis problemas se convierten en cosa de todos, habría sido más fácil —admitió mientras miraba el cadáver de Tinus—. Ahora ni siquiera me importa que lo mates tú, pese a que hace años le prometí que yo personalmente acabaría con él. Supongo que es a eso a lo que te referías, ¿verdad? A que somos un equipo.

—¡Claro que sí! ¿O acaso si yo tuviese algún problema similar te lo pensarías dos veces antes de ocuparte de que me dejaran en paz para siempre?

—No lo dudaría ni un solo instante —dijo él, sonriente—. Gracias, por cierto. Y gracias también por devolverme mis dagas de oricalco. Me las quitó cuando me capturaron.

—También tengo guardado tu fusil, ese que te regalé.

—¿Lo tienes? —preguntó Ovreuc con alegría—. Pensaba que lo había perdido para siempre.

—Lo llevaba Rabe, lo reconocí de inmediato.

—Me pregunto si ellos estarán bien —dijo el asesino.

—¿Quiénes?

—Vargas y Anyaala, dos amigos. Nos ayudaron a detener a Jeryk Malakoy, pero decidieron quedarse con los piratas. Por cierto, ¿qué pasó con él?

—¿Con el Rey Caído?

—Sí.

—Conseguimos hundir la mitad de su flota y después nos dimos a la fuga, Penrod dijo que la amenaza había sido eliminada. ¿Sabes qué pasó con Lapont?

—No del todo. Lo busqué para darle muerte y evitar así que Malakoy llevase a cabo su plan, pero cuando lo encontré ya estaba muerto.

—¿Tienes idea de qué le pasó?

—Al principio pensé que mi amigo Vargas, él también lo estaba buscando. Pero el cuerpo no tenía heridas recientes, por lo que supongo que debió morir de a causa de la tortura que sufrió a manos del Rey Caído.

Ovreuc decidió omitir el estado mutilado en el que se encontraba el cuerpo cuando dio con él.

—No tiene mucho sentido —confesó Ixxen.

—No, no lo tiene. Pero la alternativa es que el mismo Jeryk Malakoy acabase con su vida, aunque eso tiene todavía menos sentido. Lo que está claro es que aquí ha pasado algo que no acabamos de comprender, pero lo importante es que hemos detenido sus locos planes de exterminar la vida de Darlime.

—Sí, aunque sigue siendo una amenaza a la que antes o después tendremos que enfrentarnos de nuevo —dijo Ixxen—. Por cierto, aunque no estuvieron presentes físicamente, tanto el Maestro como Jarvinia nos ayudaron en la batalla. Nos lo explicó él mismo a través de su avatar cuando todo terminó. Consiguieron mantener ocupado al Rey Caído mientras nosotros hacíamos nuestro trabajo, pero al parecer Jarvinia pagó un alto precio.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó el asesino preocupado.

—Durante el combate, su esencia fue destruida a manos de la oscuridad y la muerte. Físicamente está dolorida pero el Maestro asegura que sobrevivirá, aunque ha perdido el poder de la Quintaesencia.

—Eso deja solo al Maestro y a Bolban con la capacidad de utilizarla —recordó Ovreuc—. Pero me alegro de que al menos siga con vida.

—¿Y ahora qué?

—¿Cómo que ahora qué?

—Sí, ¿qué vamos a hacer?

—Bueno, llegarán otras batallas y otros enemigos a los que tendremos que enfrentarnos, pero por el momento nos hemos ganado un descanso. Por lo que a mí respecta pienso dormir y comer hasta que me canse, después volveremos a casa.

—Me parece bien. ¿Has visto? Ya ha oscurecido.

La pareja se tumbó abrazada bajo la luna. Esa noche era solo para ellos.

Epílogo

Salssa'el se sentía aliviada. Jeryk Malakoy, su Heraldo de la Muerte, había estado muy cerca de obtener también el poder de la Vida. De haberlo hecho ni siquiera la diosa sabía qué habría sucedido. Quizás su propia existencia se habría puesto en peligro, pues si se rompía el equilibrio entre la vida y la muerte, ella misma podía haber sufrido las consecuencias. Sin embargo, y para su sorpresa, fue el mismo hombre que la traicionó después de recibir el poder de la Vida quien, junto a sus seguidores, había evitado la tragedia.

Quizás se hubiese equivocado con los seres humanos, después de todo. Tal vez hubiese una oportunidad para Saphir mientras ellos estuviesen allí. Tendría que pensar detenidamente sobre ese asunto, pues si así era, los mortales tenían ante sí la posibilidad de liberarse del juego al que los sometían sus hermanos. Una oportunidad que jamás se había presentado en ninguna de las incontables esferas que dominaban. Por primera vez en eones, la diosa sintió que el futuro le asustaba. ¿Qué harían ellos, los dioses, si los mortales decidían que ya no les necesitaban? Pese a ser criaturas divinas, sin sus fieles... No eran nada.

¡GRACIAS!

Ha llegado el fin del camino y tan solo me resta agradecerte tu interés por mi trabajo. Espero que **El Rey Caído** haya sido de tu agrado; si has disfrutado de esta novela al menos la mitad de lo que yo disfruté escribiéndola, me doy por satisfecho.

Si te ha gustado, te agradecería que dejases tu opinión y lo puntuases en Amazon, pues un gesto tan sencillo como ese me resultará de mucha más ayuda de la que te imaginas para seguir escribiendo. Para mí es muy importante conocer la opinión de mis lectores, así como el apoyo que puedan brindarme con comentarios y votos.

Puedes dejar tu opinión en la página de este libro en Amazon, haciendo un poco de *scroll* hacia abajo en el apartado “Opciones de clientes” - “Escribir mi opinión” en Amazon.es o en “*Customer Reviews*” - “*Write a customer review*” en Amazon.com.

Te invito también a que busques entre mis títulos, pues, si te ha gustado **El Rey Caído**, deberías echarle un vistazo a las novelas de **Leyendas de Lácenor**. Podrías comenzar por la antología de relatos, pues está a precio especial.

Prometo, además, realizar nuevas aportaciones de forma regular.

¡Nos vemos!

Joaquín Sanjuán
jsanjuan.es
Facebook: @josanblan
E-mail: josanblan@gmail.com

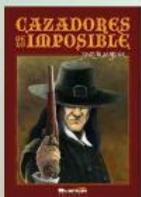
¡TE ESPERAN NUEVAS AVENTURAS!

Otras obras de Joaquín Sanjuán



Leyendas de Lácenor: La
Ciudad Blanca.

Leyendas de Lácenor: El
Guardián Gris.



Cazadores de lo imposible

Antología V Aniversario
de Leyendas de Lácenor!

